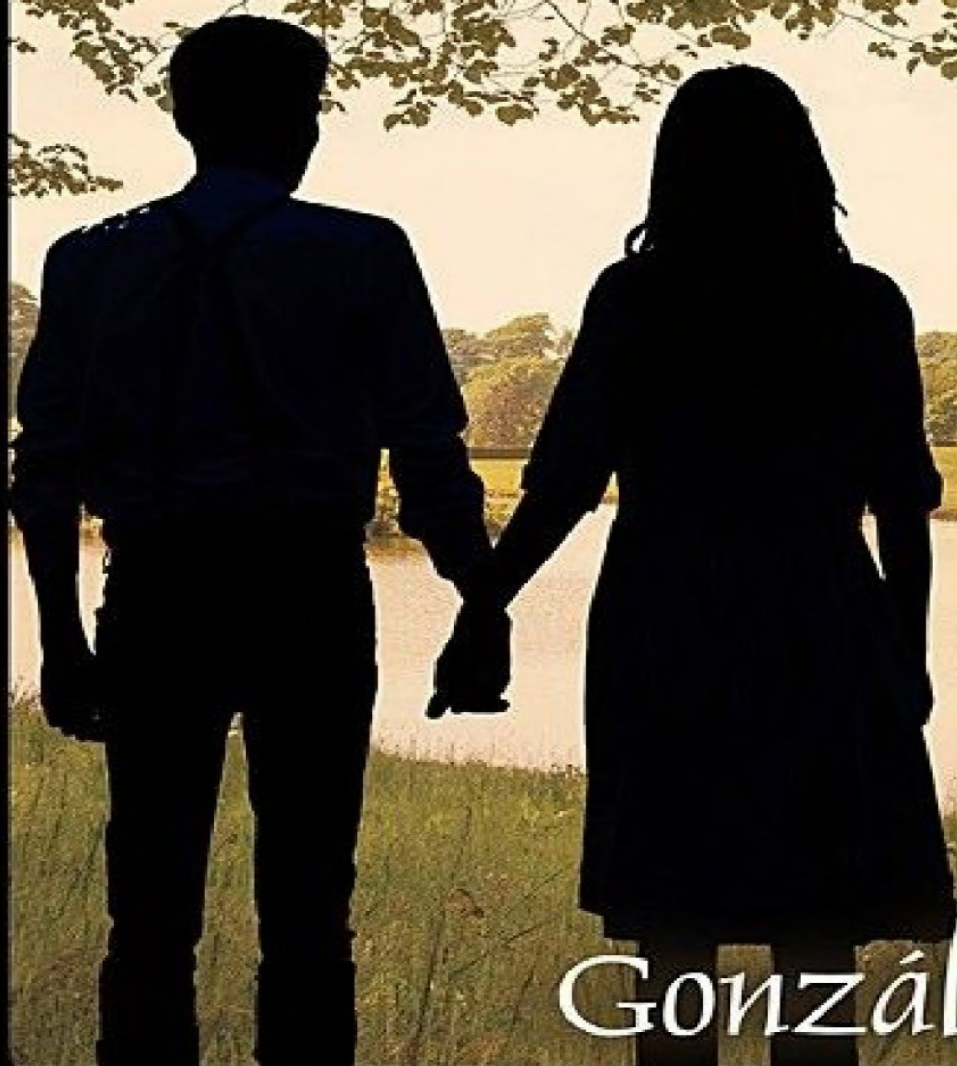


Selecta

AL ESCONDITE INGLÉS



*Reina
González Rubio*

Al escondite inglés

Reina González Rubio

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi madre, que siempre cuenta fabulosas historias,
y a la memoria de mi padre, por enseñarme
que lo mejor de un cálido verano
es refugiarse bajo la sombra de un árbol
para leer un buen libro.

Capítulo 1

ORIGEN

Tess bajó la vista para admirar de nuevo la sencilla banda ancha de plata que adornaba su dedo anular izquierdo, una joya antigua que muchos años atrás había sido la alianza matrimonial de su bisabuela y que, al fallecer esta, su viudo había llevado en el meñique izquierdo como recuerdo del profundo amor que sentía por la que había sido su esposa. Solo cuando había sabido que su fin estaba cerca, se la había legado a su hija Sarah, la abuela, que nunca se la quitó. Únicamente se separó de esa reliquia familiar en ese instante lucido que antecede al sopor que precede a la muerte y había sido para entregársela a ella, su nieta.

En ese momento Sarah Harper, Bennett de soltera, estaba siendo enterrada en el tranquilo cementerio de Bridlington, en Yorkshire del Este, rodeada por las tumbas de la que un día había sido su familia. Allí yacían, muy cerca unos de otros, los bisabuelos, Thomas y Alice Bennett; detrás estaban los padres de Tess, Jeremy y Glory Hamilton, y a su espalda, junto a la tierra recién abierta, adyacente al lugar en que se había depositado el ataúd de Sarah, descansaba el abuelo Bernard. Todos, excepto el bisabuelo y la abuela, habían muerto demasiado jóvenes; la bisabuela Alice no había llegado a cumplir los treinta años, el abuelo Bernard apenas tenía sesenta años cuando un fulminante ataque al corazón le sesgó la vida, y los padres de Tess habían sido dos jóvenes veinteañeros alocados a los que el asfalto resbaladizo de una curva un día de

lluvia les jugó una mala pasada.

Una suave ráfaga de viento glacial rozó su rostro y la transportó de nuevo a la áspera realidad. Quería llorar pero, a pesar del inmenso dolor que sentía, sus lágrimas se negaban a brotar. Oyó en la lejanía la voz del sacerdote mientras el ataúd era depositado en la tumba.

—Puesto que Dios todopoderoso ha querido en su infinita misericordia llevarse con él el alma de nuestra querida hermana Sarah, nosotros entregamos su cuerpo a la tierra, cenizas a las cenizas, polvo al polvo...

Gradualmente el desfile de amigos y vecinos que habían asistido al sepelio cesó y se quedó sola en el umbroso cementerio para ofrecer a aquella mujer que la había criado su último adiós. Cerró los ojos y aspiró el aroma dulzón de las flores que rodeaban el lugar del enterramiento; al abrirlos se agachó para rozar los pétalos de una de las múltiples coronas fúnebres y arrancó unos capullos que fue depositando en las otras tumbas de su familia en un acto de unión con el clan que un día habían sido. No quería irse, pero los dejó allí unidos por la misma tierra que, como un manto protector, cubría su descanso eterno. Ella, sin embargo, se había quedado muy sola.

A la salida del camposanto la esperaba su amigo Alan. Era como un hermano para ella, incluso hubo un tiempo en que la abuela había albergado la ilusión de que algún día se casaran, hasta que se había dado cuenta de que aquel deseo era totalmente imposible.

—Eh, ¿cómo estás? —le preguntó a la vez que la acunaba entre sus brazos en un gran abrazo de oso.

—Siempre pensé que la abuela viviría para siempre —dijo ella con un suspiro.

—Todos lo creímos, cariño, pero al final ha resultado que ella también era mortal.

Se hizo el silencio mientras los dos seguían abrazados.

—Anda, vamos a casa y te prepararé un té bien caliente. Creo que lo necesitas —dijo Alan besando la mejilla de Tess.

—Gracias por ser mi amigo y estar a mi lado estos días tan duros.

Alan se quedó mirando fijamente a los ojos de su amiga y la besó tiernamente en la frente. Sobraban las palabras.

Una vez en casa mientras ella permanecía acurrucada en posición fetal en uno de los sillones de mimbre de la galería acristalada y miraba el hermoso jardín que con tanto mimo había cuidado Sarah Harper durante toda su vida, Alan preparó la infusión para ambos

El cielo se iba oscureciendo para dejar paso a la penumbra. Los dos permanecieron en silencio, con las tazas aún humeantes en la mano, mientras la luz iba disminuyendo lentamente.

—Vete cuando quieras, Alan, mañana tienes que trabajar.

—No voy a dejarte sola esta noche. Me quedaré aquí contigo.

—Estoy bien, de verdad —dijo ella intentando convencer a su amigo para que se marchara a la vez que levantaba la mano derecha haciendo el inequívoco gesto de un juramento.

—Sé que mientes y no me importa quedarme el tiempo que me necesites.

—Mañana tienes que abrir el pub y preparar las comidas. Además necesito estar sola; anda, compórtate como un buen chico y márchate.

Alan apuró de un solo trago su taza e instó a Tess a hacer lo mismo.

—Siempre he sido bueno así que te haré caso y me voy —consideró Alan a regañadientes mientras su amiga apuraba el té—, pero si me necesitas, mi teléfono está abierto las veinticuatro horas del día para ti.

—Lo sé, y gracias por todo.

Acompañó a Alan hasta el coche y se despidieron con un abrazo prolongado y cálido. Esperó en el umbral del portón del jardín hasta que el vehículo se perdió al final de la calle. Solo entonces se volvió y camino lánguidamente hasta la casa, abrió la puerta y, una vez en el vestíbulo, la cerró despacio mientras oía el chirrido de las bisagras que se asemejaba a un grito de dolor. Tess pensó que también el antiguo caserón lamentaba la muerte de Sarah.

Por primera vez en toda su vida estaba completamente sola en aquella

vivienda. Agudizó el oído en un intento vano de percibir algún sonido, pero solo existía el silencio. Se dirigió al saloncito para sentarse en uno de los sillones, pero no logró alcanzarlo; sintió un pequeño vahído y se desplomó lentamente hasta que todo su cuerpo cayó al suelo. Se hizo un ovillo para intentar menguar hasta no ser nada y se agarró las rodillas con los brazos enterrando la cabeza entre los muslos. Comenzó a entrever pequeños puntitos negros que se fueron haciendo más grandes hasta convertirse en grandes manchas oscuras, cerró los ojos y su cuerpo comenzó a convulsionar. Las lágrimas llegaron a sus ojos y las dejó escapar, por fin logró llorar.

Tumbada en el duro suelo, mientras los últimos estremecimientos producidos por el llanto la asaltaban, se quedó profundamente dormida. Al despertar se sentía dolorida y fría. Fuera la oscuridad era total. La rigidez de su improvisada cama le estaba pasando factura a sus huesos; se levantó lentamente y encendió la luz. La habitación se iluminó de repente y el resplandor dañó su vista, entrecerró los ojos e intentó protegerlos con una de sus manos, la misma en la que la abuela Sarah había colocado el anillo familiar.

Comenzó a girarlo, pero el aro se agarraba con ímpetu a su dedo; quiso sacarlo, pero no calculó bien su fuerza porque lo desenchajó con tanto brío que la alianza resbaló de su mano y cayó al suelo rodando hasta la cercana chimenea. Asustada ante el temor de perderlo se apresuró a recogerlo y al alcanzarlo lo apretó con fuerza en la palma de su mano. Era su mayor tesoro. Antes de volver a ponérselo lo examinó con detenimiento y algo llamó su atención, la cara interna del anillo tenía unas palabras grabadas. Encendió una lámpara que estaba en una mesita para tener más luz, acercó la alianza a la bombilla e intentó leer la inscripción, las palabras carecían totalmente de sentido: «*maite dotzut*», y junto a estas se podía apreciar un símbolo que le recordó ligeramente a una esvástica nazi.

El corazón de Tess se aceleró; la horrorizó el signo esculpido en esa alianza de bodas. Una bomba había acabado con la vida de la bisabuela Alice en uno

de los terribles bombardeos alemanes que había sufrido Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Las palabras podían estar escritas en inglés antiguo o gaélico, incluso alguna lengua que se hablará en las colonias de ultramar, pero que ese emblema estuviera grabado en aquel anillo resultaba totalmente incomprensible.

Miró las fotografías familiares que descansaban sobre la repisa de la chimenea e interrogó a aquellas figuras estáticas en voz alta. «¿Qué sabéis vosotros de esas palabras y ese símbolo?»; todas permanecieron mudas. Tess se volvió a colocar el anillo en su dedo, cogió un vaso de una mesita, se sirvió whisky y lo levantó para brindar con los retratos de los que fueron sus antecesores. Cerró los ojos, apuró el contenido ambarino de un solo trago y se sirvió cinco copas más; después de la última logró que el dolor se fuera adormeciendo. Necesitaba hablar con Alan, pero debía esperar al día siguiente, cuando las sombras de la noche hubieran partido y los efluvios etílicos se hubieran evaporado.

Al quedarse dormida tuvo sueños agitados y se despertó cuando el alba comenzaba a colarse gradualmente en la habitación. Con angustia se dio cuenta de que su familia se limitaba a seres de rostro amarillento que descansan eternamente estáticos en viejos portarretratos. Acongojada llamó a Alan para que fuera a su casa.

—Mira lo que he descubierto en el anillo de la abuela —dijo Tess en cuanto Alan entró en la casa tendiéndole el anillo.

Lo miró con curiosidad intentando leer las palabras que llevaba escritas y descifrar el símbolo dibujado.

—Pone algo así como «maite dotzut»; no me suena a ningún idioma que conozca.

—A mí tampoco —dijo ella con un suspiro—. ¿Y el símbolo?

—Sí, quieres que te diga la verdad, se asemeja a la esvástica nazi, aunque dudo que tu bisabuela llevase ese símbolo en su anillo de bodas.

—Eso es lo que yo he pensado —contestó Tess.

Se sentaron en el porche acristalado de la vivienda mientras tomaban una taza de humeante té.

—Me dijiste que tu abuela había nacido en una de las islas del canal —dijo Alan.

—Sí, en Jersey. Allí se conocieron sus padres cuando el bisabuelo fue a trabajar, se casaron y vivieron en la isla hasta que volvieron aquí cuando la abuela era muy pequeña.

—Quizá algún joyero alemán establecido en la isla lo hizo y el símbolo es una especie de firma, ese tipo de emblemas lo tenían los pueblos germanos hasta que los nazis la convirtieron en suyo —argumentó Alan.

—Puede... ¿Tú hablas gaélico?

—Conozco algunas palabras de gaélico irlandés y, si me esfuerzo, también puedo reconocer el Gales, pero a mi esas palabras no me suenan a ninguna de esas dos lenguas.

—El abuelo Bernard se inventaba palabras; quizá mi bisabuelo también tenía esa afición —dijo Tess

—¿Cómo que se inventaba palabras? —preguntó Alan sorprendido, pues era la primera vez que oía hablar de ese pasatiempo.

—Nos decía que la abuela y yo éramos tan únicas y especiales que solo en una lengua inexistente tenía la magia capaz de expresar todo lo que nos quería. Siempre pensé que eran expresiones que se decían en Argentina, ya sabes que vivió allí hasta que sus padres tuvieron el accidente en el que murieron y tuvo que regresar.

—No tenía ni idea de ese lenguaje falso. Nunca me has dicho nada —dijo Alan sorprendido.

—Era nuestro secreto, tonterías de cuando yo era una niña. Cuando murió las quise poner en su lapida, pero la abuela no me dejó; dijo que las palabras secretas siempre deben permanecer ocultas porque en caso contrario pierden su hechizo.

—Pues sí que sois una familia palabrera, tu abuelo se las inventaba y en la

alianza de bodas de tus bisabuelos aparecen otras extrañas —dijo con sarcasmo, y añadió—: por el hostel suele venir de vez en cuando un profesor de Oxford especialista en lenguas europeas; es un tipo campechano y muy simpático, si quieres lo puedo llamar y tal vez nos pueda decir el idioma en el que está escrita la inscripción de la alianza.

El profesor MacCarron se mostró, desde un primer momento, muy interesado en las palabras grabadas en el anillo junto con el símbolo que las acompañaba.

—Iré investigando el idioma de esos vocablos y su significado, así como el emblema que las acompaña y, cuando tenga mis conclusiones, se lo haré saber —dijo el investigador en la conversación telefónica mantenida con Alan.

—¿No está interesado en ver el anillo?

—No especialmente.

—Verá —dijo Alan—, mi amiga acaba de perder a su abuela y he pensado que tal vez un viaje corto le sentaría muy bien. Ella no va a querer desplazarse en estos momentos, pero si le digo que el profesor desea ver la alianza seguro que accede.

—De acuerdo, dígale que este profesor no tiene en cuenta para nada las nuevas tecnologías y que debe hacer el viaje. Será nuestro secreto —dijo con voz sonriente.

—Gracias profesor.

Dos días después Tess y Alan emprendieron el viaje en automóvil hacia Oxford. Conducía él y era relajante dejar fluir el paisaje desde la ventanilla del coche. Con la muerte de Sarah había perdido a una persona a la que había querido desde que era un adolescente confundido por su sexualidad y humillado por ella. La mujer nunca lo había juzgado, jamás le había dicho esa retahíla de sandeces que a veces le repetían con insistencia; ella sabía que no estaba aturdido, ni mucho menos enfermo, y que lo que sentía no se pasaría

con el tiempo. Siempre lo había aceptado tal como era.

Aquella mañana vieron el amanecer en los Midlands del Este mientras el sol se abría paso al nuevo día entre los arboles del bosque de Sherwood; en contraste, la ciudad universitaria los recibió envuelta en llovizna. Oxford aún conservaba el encanto de villa medieval y contaba con el seductor ambiente del Támesis y los barcos de madera en sus orillas. El departamento de lenguas europeas, donde el catedrático Ian McCarron los esperaba, estaba ubicado en una edificación tradicional del campus, cercana al río, que abrigaba un cuidado césped en su patio central organizado en perfectos, y simétricos, cuadriláteros y un tejado rematado por una de las clásicas agujas, tan características, que forjan la particularidad de la arquitectura gótica del lugar.

—Adelante, adelante —anunció una voz profunda al otro lado de la puerta en cuanto la golpearon con los nudillos.

Al pasar al despacho se encontraron con un hombre de pie junto a la mesa. Era alto, cercano a los dos metros, el pelo entrecano, unos grandes ojos grises y una dulce sonrisa que transmitía confianza. Adelanto su cuerpo y les estrechó la mano con fuerza.

—¿Me han traído el anillo? —dijo con amabilidad invitándolos a tomar asiento a la vez que él también se sentaba.

Tess se quitó la alianza de su mano izquierda y se lo tendió al profesor, que lo cogió con exquisito cuidado.

—Ha pertenecido a mi familia durante tres generaciones y he descubierto que tiene unas palabras grabadas, pero no consigo identificar en qué idioma están escritas —explicaba ella—. Pensamos que tal vez sea gaélico antiguo o incluso un dialecto de la alguna isla de canal, ya que mi bisabuela nació allí.

—He realizado algunas averiguaciones y puedo decir con certeza que no es ninguna forma de gaélico, ni es escocés, ni irlandés, ni galés y tampoco es el idioma que se habla en Jersey. La población nativa de las islas tiene como lengua materna un dialecto del normando, aunque en la actualidad se habla muy poco —apuntó el profesor con una sonrisa

—¿Entonces qué idioma es? —inquirió Tess con ansiedad pensando que la visita no había logrado ningún fruto.

—Es vasco —anunció triunfalmente.

—¿Vasco? —pronunciaron a la vez Tess y Alan sorprendidos ante la inesperada noticia.

—Sí, vascuence, vascongado, euskera... como queráis denominarlo. Es el idioma autóctono del pueblo vasco.

—¿Está seguro, profesor? —preguntó Alan un tanto desconcertado.

—Segurísimo. Es una lengua muy antigua que se habla en los territorios español y francés que están junto al Golfo de Vizcaya, no desciende de tronco indoeuropeo y está aislada. Muy interesante de estudiar para cualquier lingüista —analizó el profesor.

—¿Y qué significan las palabras? —interrogó Tess con curiosidad

—No soy especialista en el idioma, pero me he comunicado con un colega de la Universidad del País Vasco, Jon Urrutia, y me ha confirmado que esas palabras efectivamente están escritas en vasco, pero no en el lenguaje que se habla en la actualidad, y que se denomina «batua», sino en una forma antigua llamada «Bizkaíno» y que se hablaba en esa provincia antes de la unificación de la lengua. —El profesor se tumbó hacia atrás en su silla y su rostro adquirió una media sonrisa de total satisfacción—. Es un mensaje de amor universal. Significa te quiero.

—Tienen sentido si se trata de una alianza de boda —murmuró Alan.

—¿Y el símbolo? Parece una esvástica nazi —preguntó Tess.

—Es una cruz de brazos curvilíneos denominada *lauburu* por los vascos. También la tienen algunos pueblos centroeuropeos como celtas y germanos y es objeto de culto entre budistas e hinduistas, por lo tanto es un símbolo iconográfico de la humanidad que ha representado conceptos muy diferentes. Por desgracia su forma siempre se identifica con los nazis que se lo apropiaron como su emblema.

Tess se quedó totalmente aturdida con la revelación que acababa de hacer el

profesor y cogió el anillo, que estaba en la mesa, para leer las palabras con más detenimiento.

—Mi familia nunca ha tenido nada que ver con el País Vasco —susurró—. ¿Por qué la alianza de boda de mis bisabuelos lleva una inscripción escrita en ese idioma y una de esas cruces? No entiendo nada.

—Este anillo tuvo algún día valor para alguien y esa persona tuvo alguna relación con el País Vasco de eso no hay duda —razonó el profesor—. ¿Visitaron tus bisabuelos el País Vasco en alguna ocasión?

—No que yo sepa, la única relación que existe en mi familia con el País Vasco es una reproducción del cuadro *Guernica* que está colgado en el salón mi casa.

—Quizá tu bisabuelo compró el anillo a algún pescador vasco que recaló en Jersey; ten en cuenta que se casaron en la isla —se aventuró a decir Alan intentando dar una explicación coherente.

—Sea de la forma que fuera que este anillo llegó al dedo de tu bisabuela —dijo el profesor—, no hay duda de que esas palabras están escritas en el idioma de los vascos y que el símbolo junto a ellas es su cruz de brazos curvilíneos.

—Dile lo de tu abuelo Bernard al profesor —señalo Alan.

—Era un inventor de palabras —señaló Tess con ternura al recordarlo—. Había dos palabras cariñosas con las que nos llamaba a la abuela y a mí. Jugábamos a los secretos y este era uno que solo podíamos saber los tres. Siempre decía que era su idioma olvidado.

—¿Puedes decirme cuales eran esas palabras?

—A mí me llamaba «Lastana» y a mi abuela «Biocha».

El profesor sonrió.

—Voy a meter esos vocablos en un buscador y vemos si aparece algo.

Ian McCarron tecleaba en el ordenador. Su búsqueda duró unos minutos hasta que levantó la vista de la pantalla y fijó sus brillantes ojos grises en Tess.

—Esas palabras existen en el idioma de los vascos. Son formas afectivas de denominar a alguien. *Lastana* es caricia y *Biocha* significa corazón. —El profesor se quedó en silencio y miró alternativamente a Tess y Alan—. La forma correcta de escribirlas sería *Laztana*, la *z* se transforma en *s* al pronunciarla y en el vocablo *Biotza*, la *tz* es similar a la *ch* en el idioma español, semejante a nuestra pronunciación inglesa de *chocolate* para que me entendáis. Indudablemente no son vocablos apócrifos.

Tess estaba perpleja.

—Cuando era pequeña existían muchas de esas palabras imaginarias, pero cuando fui creciendo el abuelo ya no las decía y las he ido olvidando. Recuerdo perfectamente esas dos porque era la manera que siempre tenía de dirigirse a nosotras y lo hizo hasta el día que murió.

Evocó silencios entrecortados y susurros que probablemente iban más allá de la intimidad de un matrimonio y que en ese momento eran secretos escondidos en las letras grabadas de una alianza de bodas. Murmullos y palabras. Misterios por descubrir.

Capítulo 2

RAÍCES

Aquel día de la primavera de 1933 Thomas, melancólico, miraba a través del ventanal de su despacho el lento fluir de la ría de Bilbao. El ambiente era plomizo y gris con esa llovizna suave, pero persistente, que los lugareños denominaban *sirimiri*. Apoyaba su frente en la enorme cristalera de la ventana mientras contemplaba distraído el magnífico edificio del ayuntamiento bilbaíno con sus impresionantes escalinatas que daban acceso a la puerta principal.

Se sentía atrapado. Varios años atrás había desembarcado en la ciudad, desde su Inglaterra natal, para trabajar en la industria naviera. Era joven, avaricioso y un poco temerario. La industrialización de la ría del Nervión y las minas habían permitido el enriquecimiento de una burguesía que se creía aristócrata. Desde que había llegado a la ciudad había logrado las dos cosas que vino persiguiendo, estaba aprendiendo el negocio y era bastante más rico que cuando llegó. La fortuna le había sonreído, pero también se cobró un peaje demasiado alto.

Elisa, su esposa, acababa de sufrir un segundo aborto. Siempre había sido una muchacha de salud delicada y se cansaba con demasiada asiduidad. Esta vez el repentino final del embarazo se había producido a los cinco meses de gestación y había afectado sobremanera a su frágil cuerpo y sobre todo a su estado mental de perpetua languidez. El médico les había recomendado

seriamente que, si deseaban más adelante tener hijos, debían esperar un tiempo para volver a intentar una nueva gestación. A él no le importaba; era perfectamente capaz de pasarse meses sin desear mantener una relación sexual con su esposa, pero le preocupaba, y mucho, su suegro, el insigne Ramón Salazar, que deseaba fervientemente un heredero varón a quien poder legar sus negocios, su fortuna y, por supuesto, su poder.

Haberse unido en matrimonio con la hija de Salazar había sido un golpe de buena suerte. Cuando el empresario le propuso que se casara con Elisa no le importó demasiado que fuera un joven sin apenas patrimonio; era inglés y eso aportaba cierto pedigrí a su familia. Él simplemente se había limitado a aprovechar la oportunidad. Thomas no lograba entender la fascinación que la burguesía de esa pequeña ciudad sentía por todo lo británico. Su despacho, decorado con maderas nobles oscuras y con un sofá tapizado en cretona de flores, era tan típicamente inglés que podría haber sido cualquier despacho del distrito financiero londinense. Los dueños de las minas y los patrones de las fábricas tenían su elitista círculo de encuentro en La Sociedad Bilbaína, un selecto club social para caballeros al estilo de los tradicionales, y distinguidos, clubs anglosajones. Vivían en casas que parecían más inglesas que muchas de las que existían en su país natal y las decoraban con lo que eufemísticamente denominaban *estilo inglés*.

Al llegar a Bilbao, y ser consciente de esa fascinación por todo lo británico que se despertaba en aquella élite, supo sacar partido de esa circunstancia y se volvió mucho más inglés de lo que había sido en su vida. Su golpe de suerte llegó cuando conoció a Elisa Salazar, una chica resultona pero insulsa, con la se casó. Como yerno de Ramón Salazar se convirtió en uno de los hombres que conformaban la elite bilbaína de aquellos años.

—Hola muchacho —saludo su suegro al entrar en el despacho sin molestarse en llamar a la puerta.

—Buenos días, Ramón —contestó Thomas intentando que su tono de voz no denotase el desagrado que suponía la interrupción de sus pensamientos.

—¿Cómo te encuentras?

Thomas sabía que su suegro se refería al reciente aborto sufrido por su esposa.

—Preocupado por Elisa y triste por la pérdida del bebé.

El silencio se hizo entre los dos hombres.

—Aún sois jóvenes, los hijos ya llegarán, por lo menos eso ha dicho el médico —dijo Ramón—, pero ya sabes que necesito un heredero; ese fue el trato y tienes que cumplir.

—Parece que este lo podría haber sido —replicó Thomas visiblemente dolido por todas las veces que le había mencionado su deber de tener un hijo varón.

Recordaba perfectamente el acuerdo: hijos, dos chicos por lo menos, que pudieran heredar el imperio de su suegro, que solo tenía una hija. Indudablemente a él no le había importado venderse al diablo para conseguir el poder del que gozaban los Salazar.

—Pero este ya no lo será, y yo sigo necesitando mi sucesor.

No entendía la insensibilidad de ese hombre; su hija había estado a punto de fallecer como consecuencia de una terrible hemorragia a raíz de la pérdida y el solo pensaba en su maldito heredero.

—Hay otro tema del que quiero hablarte —dijo Ramón muy serio.

—Tú dirás...

—Elisa es frágil y necesita reposo —comenzó a hablar solemnemente—. Los dos somos hombres y soy perfectamente consciente de tus necesidades, pero reprime tus instintos con ella durante una larga temporada.

—Yo nunca haría daño a mi esposa —contestó Thomas molesto por aquella intromisión de su suegro en lo más profundo de su intimidad matrimonial.

—Lo sé, por eso te pido que te mantengas alejado de tus deberes conyugales durante un tiempo. Y tampoco quiero que te vayas de putas porque mi hija se merece tu respeto; no tengo que decirte que es una mujer de moral intachable y una esposa recta, así que abstente. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —afirmó Thomas azorado.

—Hoy comemos en La Bilbaína con Aldecoa y Aguirre. Pasaré a recogerte para ir juntos —dijo Ramón Salazar abandonando el despacho.

Al oír el golpe que cerró la puerta, Thomas volvió a perder su mirada en el paisaje enmarcado desde su ventana. Era curioso que su suegro le prohibiera ir a Las Cortes, la zona donde trabajaban las prostitutas de la ciudad, de todos era conocida la afición que Ramón Salazar tenía por organizar fiestas en ese barrio para cerrar negocios con la naviera o cuando botaba un barco en su astillero. Le ayudaba un personaje al que apodaban «Divino», célebre por organizar las mejores juergas de Bilbao. Conocía los secretos mejor guardados de todos aquellos distinguidos caballeros, quién prefería la compañía de efebos antes que ninfas o quién era excesivamente aficionado al opio o la morfina.

Las mujeres que trabajaban allí, algunas demasiado jóvenes, arrastraban tras ellas similares historias de hambre, seducción y abandono, y el hecho de vender sus cuerpos las situaba en los últimos peldaños del escalafón social. En aquellos momentos, Thomas no se sentía mejor que ellas; las muchachas se dejaban comprar por unas míseras monedas, en las calles o en los prostíbulos de la zona, a personajes como Ramón Salazar; él había vendido su integridad. En ese instante no sabía cuál de las dos mercancías era más abominable al ser ofrecida.

No era el insigne caballero británico que muchos pensaban que había llegado a Bilbao para convertirse en un relevante armador. Provenía de una familia de clase obrera que había ascendido a clase media con un poco de buena suerte, algo de codicia y mucho trabajo duro. Su abuela se había quedado viuda siendo muy joven y con un niño pequeño que mantener. Su marido era pescador y había muerto en la mar un día de temporal mientras intentaba traer el sustento a casa. Su barquita nunca había llegado a puerto, su mujer y su hijo, de apenas un año, habían estado cercanos a la indigencia, aunque habían podido salir, en primer lugar gracias a la caridad de los vecinos

y luego al trabajo de la viuda. Era una mujer áspera y dura que había realizado todas las tareas inimaginables para ganarse el sustento; para ella no había existido la palabra descanso. Había lavado ropa ajena, ayudado en el puerto a descargar pescado, había hecho recados a gente importante, ayudado en las labores de la casa siempre que alguien pedía una asistente por horas y aún le había quedado la noche para fregar vasos y limpiar en el pub. El titánico esfuerzo de ella había conseguido que su hijo estudiara y, si bien los conocimientos le habían llegado del trabajo de su madre, el capital necesario para montar un pequeño astillero de reparación de barcos se lo había dado su suegro, el tendero del pueblo, al casarse con su única hija.

A veces Thomas se preguntaba si su padre había contraído nupcias con su madre por las mismas razones que él lo había hecho con Elisa. Sus padres siempre habían sido un matrimonio correcto, nunca habían dado un escándalo, jamás habían tenido amantes conocidos, siempre se respetaban y apenas discutían, pero él, desde muy niño, había captado que en aquella pareja faltaba algo y que detrás de toda esa apariencia de matrimonio intachable se escondía la frialdad de un terrible desamor. Tal vez por eso se había prometido a sí mismo que él se casaría con una mujer a la que amara o permanecería soltero. El destino, y su falta de voluntad, le habían jugado una mala pasada, y la realidad había sido bien distinta, su matrimonio era infinitamente peor que el de sus progenitores.

Después de finalizar sus estudios le habían ofrecido trabajo en una compañía de Bilbao; sus ricos compañeros rechazaban puestos así por considerarlos nimios, pero para un joven provinciano como él, sin demasiados contactos profesionales y escaso dinero, había significado una buena oportunidad laboral y puso rumbo a la ciudad en busca de su fortuna. El propietario del negocio era Ramón Salazar. Recordaba la primera vez que le había visto en su imponente despacho, vestido impecable con un traje de rayas de color gris y solapas cruzadas; sus ojos eran pequeños y claros, enmarcados por unas gafas de pasta negras y sus labios rematados por un débil bigotillo. En su anular

derecho lucía una gruesa alianza de oro y su meñique izquierdo estaba adornado con un sello, también dorado, que lucía en su exterior el escudo de armas de su apellido en esmalte. Era rico y quería que todo el mundo que lo mirara lo supiera.

Llevaba apenas un año trabajando cuando Ramón Salazar lo había invitado a cenar a su casa un viernes. Sabía que la burguesía industrial vasca había construido, a finales del siglo XIX, el barrio de Neguri, a unos doce kilómetros de Bilbao, allí erigieron sus lujosos refugios del más puro estilo inglés donde se escondían, en chalets y palacetes, las grandes fortunas que se hacían en las fábricas, astilleros y minas situadas en la orilla izquierda del río Nervión.

Los enormes capitales producidos por la industria se articulaban en torno a un puñado de familias, de ilustres apellidos, que emparentaban entre sí para seguir manteniendo el estatus y hacer crecer su riqueza a la par que su poder. Una de esas familias era la de Ramón Salazar que quiso dar lustre a sus futuros nietos añadiendo a su apellido uno de origen inglés. No le importaba el precio que tuviera que pagar por ello ni tampoco a las personas que tuviera que sacrificar para lograrlo.

Thomas había vendido su alma al más villano de los diablos la noche que había accedido a cenar en su palacete. A la finca se accedía por una gran verja de hierro con dos columnas a los lados, rematadas por dos águilas de piedra, que daba paso a un camino flanqueado por robles y que facilitaba el acceso a un caserón construido siguiendo los parámetros de las grandes mansiones de la campiña inglesa en el que destacaba su ladrillo de color rojizo con las ventanas, y la puerta de acceso, enmarcadas con ricas molduras en piedra color hueso. La casa estaba compuesta por un espacio central con tejado a dos aguas escoltada por dos torreones que le daban aspecto de fortaleza infranqueable, pero se estaba abriendo para él y en esos momentos aquello le produjo una honda satisfacción. El nieto de un humilde pescador ahogado en el mar del Norte estaba entrando en aquel palacio como invitado del monarca naviero.

El chofer de don Ramón, conduciendo un flamante Hispano Suiza de color negro, le dejó junto a la entrada principal del hogar de los Salazar. Un mayordomo, que ya estaba esperando, abrió la puerta e invitó a Thomas a acompañarlo al interior. Al subir la escalinata, y entrar en la casa, lo primero que vio fue un enorme vestíbulo con columnas de mármol rojizo estilo imperio, donde le esperaba Ramón Salazar. Sus ojos se perdieron en la gran escalera central, dividida en dos, que conducía al piso superior donde, suponía, se encontraban las dependencias de la familia.

En el salón, de grandes ventanales adornados con pesados cortinones de terciopelo, esperaban la esposa de Ramón, Carmen, acompañada de su hija Elisa, una muchacha de aspecto etéreo, acentuado por la palidez de su rostro, que le daba un halo de perpetua enferma. Thomas, en el papel del perfecto caballero, rozó sutilmente con sus labios el dorso de la mano de las mujeres, primero la de la señora Salazar y después la de la joven; al rozar su piel noto que estaba helada. Durante la cena, servida por doncellas de cofia blanca y uniformes negros, en un comedor con todas las luces encendidas, con immaculados manteles de encaje belga, vajilla de fina porcelana y cubiertos de plata, se dio cuenta de que Elisa Salazar apenas levantaba la vista para mirar al frente; tampoco era una gran conversadora y las escasas palabras que había pronunciado se limitaban a escuetas frases. Ambos sabían que estaban allí para sellar su destino.

Después de cenar pasaron a un saloncito con un piano, la sala de música, y Elisa interpretó algunas piezas con más empeño que acierto. A una hora prudencial ella y su madre se retiraron; Elisa le tendió la mano a Thomas para que se la besara y al rozarla volvió a notar su flacidez y frialdad.

Una vez solos, Ramón Salazar y él se dirigieron a la sala de fumar y encendieron sendos puros.

—¿Qué te ha parecido mi hija? —preguntó Ramón de sopetón.

—Una joven encantadora —respondió Thomas sin querer ahondar demasiado en el tema.

—Ando buscándole marido —dijo Salazar de golpe.

El corazón de Thomas se aceleró, pero intentó que no le temblara la voz al responder,

—Seguro que no tiene problemas para encontrar un esposo adecuado; es una chica muy atractiva.

—No, no voy a tener problemas, y no precisamente porque sea atractiva. Es mi heredera y de hecho ya he recibido varias propuestas, algunas de ellas interesantes, pero las he rechazado de momento. ¿Sabes por qué?

—No señor, no me imagino las razones de su negativa.

—Porque te quiero a ti.

Thomas observó el humo que acaba de expulsar de sus pulmones y que ascendía directo hacia el techo. Sentía la mirada de Ramón Salazar fija en su rostro buscando la respuesta.

—¿Por qué yo? — Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Te has criado en buenos colegios y puedes pasar por un perfecto caballero inglés, tu verdadero problema es que careces de patrimonio. —Hizo un silencio—. Y además sé que eres ambicioso.

—¿Realmente piensa eso de mí?

—Te pareces a mí: nada te detiene hasta conseguir el objetivo. Has venido a Bilbao para hacer fortuna; yo deje Navarra por la misma razón y como podrás ver no me ha ido nada mal. Si eres listo, te casarás con mi hija, y pondré a tu disposición una importante dote como regalo de boda de la que solo tú serás beneficiario.

Ambos hombres se quedaron en silencio mirándose fijamente. Fue Ramón quien siguió hablando.

—Mi padre y mi madre provenían de familias de la nobleza navarra, incluso se dice que mi madre descendía de Sancho III, el Mayor, pero poco importaba eso; ambos eran jugadores y dilapidaron su fortuna en los casinos de San Sebastián y Montecarlo. Tenían pedigrí, pero muy poca cabeza así que no me quedo más remedio que tenerla yo. Me vine a Bilbao con el objetivo de

llenarme los bolsillos y poseo una de las mayores fortunas vascas, que viene a ser igual que decir que soy uno de los hombres más ricos de España; casarme con Carmen Aguirre para hacerme un hueco en los negocios marítimos de la familia me ayudó mucho. Me he dejado la piel en la naviera y el astillero, pero no tenemos heredero y el hermano de mi mujer murió sin hijos, una adversidad. Es en este punto en el que tú entras en el juego.

Thomas seguía fumando mientras miraba cara a cara al hombre que seguía hablando. Estaba inquieto, pero no quería que sus nervios le jugaran una mala pasada. Se quedó en silencio dejando que su interlocutor hablara.

—Me imagino que habrás oído hablar de la endogamia de las familias de la oligarquía industrial vasca.

—Sí, son frecuentes los matrimonios entre parientes para mantener el patrimonio y que continúe en la misma familia.

—En la familia de Carmen yo aporte nueva sangre y todavía la quiero más limpia para mis nietos. ¿Me la vas a proporcionar tú?

Seis meses después, en la iglesia del Carmen de Neguri, se celebró el matrimonio entre Elisa Salazar Aguirre y Thomas Bennett. Las celebraciones nupciales duraron tres días; los obreros de las fábricas de Ramón Salazar recibieron una pequeña paga extra para celebrar el feliz acontecimiento al igual que el servicio de la casa familiar.

Durante mucho tiempo se habló de aquella boda. Para unos, los más cercanos al círculo de la familia Salazar, Thomas era sencillamente un arrogante británico cazafortunas, mientras que la mentalidad popular fantaseó con la historia de amor de la rica heredera y el joven empleado de su padre. La realidad era que ambos habían obedecido órdenes, aunque por motivos distintos. Elisa porque sabía que por su bien debía mostrarse sumisa y Thomas para emprender el juego del poder y el dinero del que siempre había ansiado aprender las reglas.

La luna de miel fue en Biarritz; Ramón Salazar había reservado una suite con dos habitaciones, en vez de la tradicional habitación nupcial, en el Hotel du

Palais. Elisa le dejó claro desde el principio a su marido que, aunque eran un matrimonio, cada uno dormiría en diferente habitación y por supuesto en distinta cama, durante toda su vida. La noche de bodas se presentó en su alcoba cubierta con un fino camisón de raso que dejaba entrever su incitante cuerpo de mujer.

—Papá me ha dicho que quiere un heredero. —Fue lo único que dijo su esposa desde el umbral de la puerta.

Apagó la luz y dejó la estancia en penumbra, se acercó al lecho y se metió entre las sábanas. Una vez acomodada se subió en camisón hasta la cintura, sin quitárselo.

—Haz lo que tengas que hacer —le dijo mientras permanecía rígida con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y los ojos cerrados.

Se tumbó al lado de su esposa y comenzó a acariciar su piel, sintió que el cuerpo femenino se relajaba un poco e intentó quitarle el camisón, pero Elisa no se lo permitió. Sobre la tela palpo la suavidad de sus pechos y el endurecimiento de sus pezones cuando los acarició suavemente con sus dedos. Al bajar su mano entre los muslos, noto la tensión femenina y sintió como su esposa cerraba sus manos agarrando el embozo de la sabana mientras dejaba escapar un suspiro tembloroso.

—No tengas miedo —le susurro Thomas tratando de calmarla, pensando que era recelo lo que posiblemente sentía.

Era su esposa y deseaba hundirse en su carne suave y caliente, pero no reaccionaba a ninguna de sus caricias. Volvió a besarla, sujeto su cuerpo con una pierna y separo sus muslos antes de entrar en ella; Elisa se puso más tensa y grito con dolor.

—Relájate cariño, relájate —susurró a su oído mientras intentaba besarla en la mejilla mientras ella rechazaba su contacto.

Ninguna barrera le impidió entrar en el cuerpo femenino y se percató de que su esposa no era la virginal muchacha que su padre figuraba. Sin ningún impedimento comenzó las investidas, leves al principio y más fuertes después

hasta que se derramó en su interior cumpliendo con el deber para el que se habían casado. Elisa se quedó quieta unos segundos, intentó quitarse de encima a su marido con un leve empujón y, cuando lo consiguió, se acomodó el camisón y saltó de la cama. Al abandonar el dormitorio estaba llorando; desde la puerta, le dijo a su marido:

—Te haré saber si hemos concebido un hijo.

Una vez solo, en un revelador segundo, vislumbró lo que iba a ser su vida y no le gustó nada. Tenía que huir de allí. Se vistió y encamino sus pasos hacia la zona del puerto. Allí, en una estrecha callejuela, se encontró frente al burdel en el que entró. En aquel lupanar pasó las siguientes horas de su noche de bodas en compañía de una bella, y experimentada, prostituta francesa. Necesitaba, más que nunca, sentir contra su cuerpo el calor de una mujer. Aunque tuviera que comprarlo.

A partir de aquel día se había acostado con su esposa en una docena de ocasiones y se había quedado encinta dos veces, en ambas había perdido al bebé. Había sentido tremendamente la pérdida de las dos criaturas. Afortunadamente el médico había aconsejado esperar un poco para volverlo a intentarlo una tercera vez debido a la frágil salud de su esposa. Agradecía aquellos meses sin la obligación de tener que hacer el amor a un cuerpo inerte y gélido.

Lo que desconocía era que el cuerpo de Elisa era incapaz de sentir calor desde el momento en que su padre había hecho añicos todos sus sueños. La señorita de una de más afamadas familias de industriales vascos se había enamorado de un chico que se ganaba la vida como chófer de uno de los amigos de su padre. Un amor imposible y sin ningún futuro. Al saberse embarazada, se habían fugado para contraer matrimonio, pero los habían pillado y el muchacho que había mancillado su honor había sido embarcado a la fuerza, en un viaje sin retorno, en uno de los barcos de la naviera Salazar con destino a México. A Elisa la habían encerrado en un convento donde había dado a luz a su hijo, un varón, al que solo había podido ver y escuchar durante

un breve instante. Jamás había vuelto a saber nada ni del bebé ni de su padre. Desde aquellos horribles días, que el tiempo había ido envolviendo en una irreal neblina, había caído en una tristeza perenne en la que todo daba igual. Aquella pasión de juventud arruinada, junto con el robo del niño, la había desposeído para siempre de la capacidad de amar.

Los momentos que Thomas pasaba en la mansión se escondían de su familia política en la biblioteca. Era el único lugar donde se sentía relajado y podía pensar con claridad. Era raro que sus suegros acudieran a esa estancia y mucho menos su esposa. Por eso la había tomado como un refugio particular; el calor de la chimenea, la visión de los troncos ardiendo, las paredes con las estanterías cubiertas de libros y ese agradable olor a la cera, con la que pulían la madera, mezclado con el papel de los viejos libros, se colaba por su nariz hasta introducirse en lo más de hondo de su ser y producía en su ánimo una agradable sensación de bienestar.

Estaba sentado en el sillón, de espaldas a la puerta, con los ojos cerrados y manteniendo en su regazo el libro que había estado leyendo, una traducción del inglés que el dramaturgo español Leandro Fernández de Moratín había efectuado de Hamlet, cuando un ligero sobresalto la privó del duermevela en el que estaba sumido. Percibió que el pomo de la puerta giraba lentamente y esta se abría despacio. Unos pasos suaves se dirigieron a una de las estanterías; Thomas asomó la cabeza por un costado de la enorme orejera de la butaca y vio una muchacha, con un vestido oscuro, que acariciaba los lomos de los libros suavemente, con tanta ternura, que parecía que lo hiciera a las mejillas de un bebé.

—Hola —se atrevió a decir, lo que rompió en un instante la magia de aquella visión.

La muchacha se sobresaltó e inclinó la cabeza hacia delante fijando su vista en el suelo.

—¿Te he asustado? lo siento —dijo él

Azorada, levantó la vista, y Thomas observó los ojos azules más hermosos

que había contemplado en toda su vida. No eran de un azul corriente porque aquel iris tenía una mezcla de varios tipos de azul con algunos toques de gris, y estaban enmarcados en una cara blanca de mejillas sonrosadas.

—Perdone, señor —dijo la chica visiblemente turbada—; pensé que no había nadie. Discúlpeme.

Intentó darse prisa en abandonar la habitación; sin embargo, Thomas sintió la necesidad de seguir hablando con ella.

—No te vayas —alcanzó a decir—, ¿cómo te llamas?

—Josefa —respondió la chica con un tono débil de voz y con la mirada cabizbaja.

—¿Eres nueva? Nunca te he visto por aquí.

—Soy la hija de Dominga, la cocinera —dijo levantando la vista del suelo y dejando ver de nuevo sus increíbles ojos.

—¿Trabajas de doncella? —interrogó Thomas.

—No, señor, hoy he venido para estar un rato con mi madre, pero está muy ocupada en la cocina y me he escapado; ella no se ha dado cuenta.

Thomas señaló el plumero que la chica agarraba nerviosa.

—¿Entonces qué hacías limpiando? —dijo señalando con la mirada el plumero.

—Lo siento mucho señor, no volverá a suceder. Era una manera de entrar aquí —susurró.

Thomas comprendió entonces la razón por la que la chica estaba en la biblioteca.

—¿Te gusta leer?

Ella hizo una mueca con su rostro que quiso ser una sonrisa.

—Sí, señor. Mucho.

—¿Qué tipos de libros? —quiso saber visiblemente interesado en que aquella chica, hija de la cocinera, fuera una ávida lectora.

—Novelas —contestó ella tímidamente—, pero también he leído la obra que tiene usted.

Se hizo un silencio entre ambos que ella rompió.

—No volveré a hacerlo, señor, pero por favor no se lo diga a nadie. A mi madre no le gusta que pierda el tiempo con los libros y a los señores no les gustaría saber que entró aquí. A veces me llevo alguno, pero una vez leído lo devuelvo; ellos ni lo notan.

Thomas sintió pena por ella, pero también orgullo por su determinación.

—No te preocupes; por mi nadie lo va a saber, es más, siempre que este yo aquí puedes venir a leer, no me molestas.

Ella sonrió abiertamente mostrando unos labios firmes y carnosos que escondían unos dientes blancos y pequeños.

—Gracias, señor.

Impulsivamente Thomas se levantó de la butaca y extendió la mano hacia ella. Josefa vaciló un momento y correspondió estrechando la mano tendida. El sintió la piel áspera de la palma de la muchacha y la energía del apretón.

—Acabamos de hacer un pacto. Tu interés por la lectura será nuestro secreto —dijo guiñándole un ojo.

Ramón Salazar entró en la habitación en ese momento dando un intenso empujón a la puerta y ahuyentó con su presencia la magia de aquel encuentro. Se quedó mirando a la muchacha con ojos severos.

—¿Qué demonios haces aquí chica? —preguntó elevando el tono de voz un poco más alto de lo que se podría considerar aceptable.

—Al verla en el pasillo la he mandado limpiar un poco el polvo entre los libros —se apresuró a decir Thomas—, pero luego me he enterado de que no trabaja en la casa. Me lo estaba diciendo ahora.

Salazar los miró a los dos y luego dirigió su dura mirada hacia ella,

—¿Y tú no tienes boca para hablar? Vete con tu madre a la cocina. No quiero verte vagabundeando por la casa.

—Sí, señor —dijo a la vez que abandonaba la habitación apresurada.

Cuando salió, Thomas le comentó a su suegro:

—No la trates así; parece una buena chica.

—La madre quiere colocarla a servir con alguna buena familia, pero yo opino que es mejor que aprenda a cocinar y a bordar, así podríamos buscarle un buen marido o bien profesar para monja en un convento. Ella quería estudiar ¿te lo imaginas? —dijo con sorna.

—Claro que me lo imagino, ¿por qué no? —preguntó Thomas extrañado.

—La hija de un campesino y una cocinera —manifestó ligeramente enfadado—, y encima mujer.

—Sinceramente no veo el problema, ni en que sea mujer ni en que sea hija de quien es.

—Pareces una maldita sufragista inglesa —rio Salazar con una sonora carcajada— o, peor aún, uno de esos endemoniados rojos tocapelotas que quieren acabar con las clases sociales.

—¿Qué tienen que ver esos rojos tocapelotas o las sufragistas con que la chica quiera estudiar?

—¿Y cuál será el siguiente paso? ¿Qué los hijos de los obreros vayan a la universidad? ¿Qué las mujeres ocupen asientos en los consejos de administración de las empresas? —expresó Ramón con ironía—. O, mejor aún, que sean ellas las que las dirijan.

Thomas quiso replicar aquellas palabras que expresaban una manera de pensar que lo exasperaba, pero no ignoraba que debía callar. Desde que había entrado a formar parte de la familia Salazar, y de su círculo, era mejor no tener ideas propias.

Y, como el cobarde que era, enmudeció.

Capítulo 3

ESPIGAR

Tess estaba sentada en el sofá hecha un pequeño ovillo. Habían pasado varios días desde que había vuelto de Oxford y sentía una terrible desazón. Descubrir que las palabras grabadas en el anillo y las inventadas por el abuelo Bernard pertenecían a la misma lengua, la que hablaban los vascos, aún la confundía. Intentaba recordar, buscar algún indicio que la llevase a comprender el silencio en el que la habían confinado, pero era inútil. No lograba encontrar ninguna explicación.

Alguien entró suavemente en la habitación, lo que la sacó de su estado absorto.

—¡Señora Green! —dijo sobresaltada ante la inesperada presencia del ama de llaves de la casa.

—Niña —susurró la mujer mientras se acercaba y le acariciaba la mano y depositaba dulcemente un beso en su cabeza—. He venido para ver cómo estabas.

—Ya te dije que te tomarás unas vacaciones. Sé que estás agotada y estar ociosa durante una pequeña temporada te sentará bien.

—He descansado el tiempo necesario para reponerme de la pérdida de Sarah, pero ahora estoy de nuevo aquí para ocuparme de ti —repuso ella—. Sabes que me necesitas, así que no se te ocurra echarme porque no me voy. Ya sé que es preguntar por preguntar, pero ¿cómo estás, jovencita?

—Bien, no te preocupes.

—Pues a mí no me lo parece, da la sensación de que un enorme camión te ha pasado por encima. Me tienes muy preocupada.

Miró a la mujer con cariño, siempre había sido mucho más que el ama de llaves; su abuela y ella habían sido amigas y confidentes. Aún recordaba a las dos mujeres cuchicheando en la cocina delante de una taza de té o riéndose en el jardín mientras plantaban bulbos antes de llegar la primavera.

—¿Te hablo alguna vez mi abuela del País Vasco? —preguntó Tess con la esperanza que le hubiera hecho alguna confianza a su amiga.

—¿Del País Vasco? ¿Dónde había aquel grupo terrorista? No me acuerdo cómo se llamaba —interpeló confusa—. Alguna vez comentábamos las noticias de los periódicos o de la televisión.

—¿Sabes si mi abuela o el abuelo tenía algún pariente allí?

—Nunca me dijo que lo tuvieran. ¿Por qué me preguntas eso?

Tess le relató el descubrimiento de las palabras grabadas en el anillo que siempre llevaba su abuela y el idioma en que estaban escritas. El ama de llaves se quedó perpleja e intentó buscar alguna explicación.

—Puede que tu bisabuelo lo comprara en algún anticuario, o tal vez a algún refugiado de aquellas tierras que recabó en Inglaterra huyendo del fascismo del continente antes de la Segunda Guerra Mundial —y añadió con un suspiro—: aquellos fueron tiempos difíciles y duros. Durante la Guerra Civil Española vinieron algunos niños vascos a Inglaterra. Quizá lo trajo alguno de ellos y se lo regaló a alguien o lo intercambio por algo que necesitaba.

—Hay más. ¿Alguna vez oíste a mis abuelos hablar y no les entendías las palabras?

La señora Green la miró sorprendida.

—A veces cuchicheaban entre ellos y decían palabras raras, pero tampoco me preocupe demasiado por ello. Tu abuelo era un buen hombre, pero con un carácter serio y muy reservado. Tu abuela decía que la muerte de sus padres siendo él tan pequeño lo había marcado. Además pensé que hablaban de cosas

íntimas que yo no tenía por qué saber. No sé qué decirte.

—Mi abuelo también conocía palabras en la lengua de los vascos.

El ama de llaves puso cara de sorpresa, pero no dijo nada, ya que en ese mismo instante sonó el timbre de la puerta y se apresuró a abrir. Poco después entró Alan en el salón con un paquete que contenía pastelitos recién hechos; sacó tres tazas con sus platillos del aparador y puso los pastelitos en un plato de dos pisos.

—No tengo hambre, Alan —indicó Tess.

—Estos pasteles están tan buenos que entran sin tener apetito —replicó la señora Green ofreciéndole uno—. Voy a poner agua a hervir para el té que te vas a tomar junto con los dulces.

Al rato el ama de llaves entró en el salón con la humeante tetera y llenó las tres tazas con la infusión. A regañadientes Tess agarró uno de los dulces del plato y lo mordisqueó lentamente hasta que logró terminarlo, luego se tomó el té. Tuvo que reconocer que beber la infusión y alimentar su cuerpo le sentó bien.

—Tengo que revisar las cosas de la abuela —susurró—; debo hacerlo.

—No hay ninguna prisa Tess —le dijo Alan agarrando su mano con ternura.

—Hazlo cuando estés preparada —añadió el ama de llaves.

—Quizá entre sus cosas encuentre una pista de todo este misterio —comentó mientras jugueteaba con el aro que tenía en su anular izquierdo.

—No te obsesiones —expuso Alan—; seguro que existe una explicación mucho más sencilla que todas las locas hipótesis que se nos puedan ocurrir.

Ella ya no oyó esas palabras porque iba lentamente, con paso cansino, escaleras arriba, a la habitación de la abuela. Giró el tirador con cautela y se adentró en una habitación en penumbra que aún olía a la colonia de orquídeas que siempre utilizaba Sarah Harper. Cerró los ojos y aspiró el perfume familiar con la esperanza de oír la voz de la anciana llamándola, pero la alcoba seguía en silencio, ni siquiera contaba con la presencia espectral de su última moradora. Se dirigió al ventanal y descorrió las cortinas de un golpe

dejando que la luz llenara la estancia después de tanto tiempo de oscuridad.

Todo estaba como lo ella lo había dejado: la cama de latón, negro y bronce, con aquella colcha hecha a mano por expertas mujeres artesanas de la zona, el último libro que estaba leyendo sobre la mesilla de noche con su marcador en la última página en la que posó su mirada y las fotografías familiares sobre la cómoda. Abrió el armario, pulcramente ordenado, y rozó con las yemas de sus dedos los vestidos y los abrigos que colgaban de la barra embutidos algunos de ellos en fundas transparentes, deslizó la mano por las blusas y las faldas y aspiró el olor de los gruesos jerséis de lana que se ponía la abuela en los duros inviernos de Yorkshire.

—Sí, desea coger algo señora Green —invitó Tess a la mujer que se había la había seguido y estaba parada en la puerta sin atreverse a entrar en la habitación.

Ella avanzó con pasos ligeros por la alcoba y abrió uno de los cajones del chifonier y escogió una pañoleta de brillantes colores que acarició con las manos para llevársela al pecho.

—Sí no te importa me gustaría quedarme con esto. Era la que llevaba tu abuela la primera vez que vine a esta casa; tu madre apenas era una niña, aún no había cumplido cinco años. Fue tu abuelo quien me contrató para ayudarla aunque ella se negaba a tener una criada y me nombró oficialmente ama de llaves. Sarah me gustó desde el primer momento; aún la veo aquel día, joven, arrodillada en el jardín y cubriéndose la cabeza con este pañuelo. Ha pasado ya mucho tiempo de aquello. Las dos hemos envejecido juntas y vivimos buenos momentos —dijo con voz temblorosa y ojos húmedos—. Estaba pensando venir con ella aquí para cuidarla mejor, pero se nos ha ido antes de poderlo hacer.

Tess sonrió y asintió con la cabeza a la vez que iba al joyero y sacaba unos pendientes de perlas y un collar a juego.

—Toma también esto. —Le ofreció depositándolos en la mano del ama de llaves.

—No puedo aceptar esas joyas. Ella ya me ha dejado un dinero en el testamento y ha sido mucho más generosa de lo que hubiera imaginado.

—Siempre has estado cuando ella lo ha necesitado. A mi abuela le hubiera gustado que los tuvieras y a mí también.

Una lagrima resbalo por la mejilla de la señora Green mientras acariciaba las perlas.

Dos horas más tarde, después de revisar papeles, y vaciar armarios y cajones, no existía ningún objeto en aquella habitación que llevara a una pista sobre el enigma que Tess intentaba resolver.

Volvían a estar los tres en el salón, sentados en los sillones, cuando Tess levantó la vista hacia la litografía del *Guernica* de Picasso que presidía la habitación. Recordó las veces que lo había mirado cuando era niña y las explicaciones que le había dado la abuela, «Este cuadro no es una pintura para adornar paredes; es un símbolo del sufrimiento que provoca una guerra», había dicho. Entonces ella, aún niña, levantaba la vista hacia esa pintura en blanco y negro, que la asustaba un poco, mientras la abuela le iba explicando los seres humanos y los animales que aparecían en el lienzo y el dolor que representaban. Se sentía sobrecogida y angustiada porque el cuadro era oscuro, casi negro, como la maldita guerra.

—Siempre me ha conmovido ese cuadro —dijo el ama de llaves al darse cuenta de que Tess lo miraba fijamente—. A tu abuela le gustaba mucho; la de veces que la he visto yo ensimismaba contemplándolo.

—La litografía la compraron mi abuela y su padre en el Museo de Arte Moderno en un viaje que hicieron a New York en los años cincuenta. Decía que, por mucho que hubieras visto reproducciones del cuadro, el original es impresionante. Le prometí que algún día iría a verlo, ahora ya está en España, en Madrid.

—La ciudad vasca quedó destrozada después del bombardeo. En aquel momento fue un suceso sin precedentes —apuntó Alan.

—Un pueblo vasco —musitó Tess—. Todo está en Guernica.

—¿Qué dices? —preguntó Alan

—Era algo que la abuela repetía, «todo está en Guernica», cada vez que me explicaba el cuadro.

—Sarah se refería al sufrimiento de la guerra; ella perdió a su madre en un bombardeo sobre Londres y tal vez ese cuadro le recordaba a ella —señaló la señora Green.

—«Todo está en Guernica» —repitió Tess levantándose de un salto.

Se quedó unos instantes mirando profundamente aquella imagen y entonces intuyó que la lámina escondía una clave que la ayudaría en su búsqueda.

—Ayudarme a descolgar el cuadro, por favor.

—¿Te has vuelto loca? —opinó Alan

—¿No te das cuenta? Guernica es una ciudad del País Vasco y *todo está en Guernica*. Échame una mano por favor —pidió excitada.

Una vez que estuvo el cuadro en el suelo, Tess lo miró con interés, palpó sus bordes, repicó con los nudillos la madera del marco esperando oír el sonido que anunciaba un vacío, pero parecía que el marco no escondía nada. Entonces le dio la vuelta y curioseó con detenimiento el papel oscuro que protegía su parte trasera. «Todo está en Guernica», en sus entrañas. Con dedos ágiles arrancó la hoja marrón oscuro que cubría su parte posterior y, mientras la rasgaba, oyó un grito contenido de la señora Green y una pregunta de Alan:

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Lo vas a destrozar!

Ella no hizo caso a ninguno de los dos y siguió rompiéndolo. Los tres se quedaron en silencio cuando, después de retirar el papel, aparecieron unas fotografías antiguas y amarillentas. Las apartó cuidadosamente hasta que tuvo todas entre sus manos; eran cuatro, y las depositó, una a una, sobre la mesa de café para observarlas con detenimiento mientras Alan dejaba la litografía apoyada en una esquina.

En la primera se veía a una pareja en la foto oficial de su boda. La mujer sonreía a la cámara y llevaba un velo de encaje que cubría su cabello, pero que dejaba ver los pendientes de perlas que colgaban de sus orejas; el vestido

blanco, largo, brillante y sencillo, estaba rematado por una espectacular cola que el fotógrafo había colocado frente a los novios. Al lado de la mujer, un hombre joven y bastante alto, vestido con chaqué oscuro y unos guantes en la mano, que también sujetaba una chistera, miraba fijamente a la cámara, pero sin sonreír. No había duda de que el hombre era un jovencísimo bisabuelo Thomas, pero la mujer era desconocida. Tess examinó la foto con atención y le dio la vuelta. En el reverso, con una elegante caligrafía, habían escrito unas palabras con lápiz, dos nombres propios: Elisa y Thomas. No tenía ni idea quien era Elisa, pero el nombre del varón se correspondía con el del padre de la abuela Sarah.

Otra de ellas era el retrato de una joven mujer, que sonreía abiertamente, con la cabeza cubierta por un velo negro de los que se ponían las mujeres católicas para ir a misa, llevaba un vestido, o una blusa, con un gran cuello redondo blanco. Al darla la vuelta, escrita con la misma caligrafía que la anterior había un nombre: Josefa Arruti. Tess no entendía que aquella chica llevará ese extraño nombre porque, si la muchacha de la imagen no era su bisabuela Alice Bennett cuando era joven, era su hermana gemela.

La tercera mostraba a una familia campesina que posaban muy rígidos y formales delante de lo que parecía ser una granja. Dos mujeres, una de ellas con un pañuelo blanco que le ocultaba el cabello, estaban sentadas en un rústico banco de madera que semejaba a un tronco de árbol, cada una de ellas tenía un niño en su regazo, en el medio una niña acariciaba a un enorme perro y en un rincón, de pie junto a una vaca moteada, un hombre que llevaba la cabeza una enorme boina miraba desafiante a la cámara con los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo. Al volver la imagen leyó: «Demetrio Mendieta con Lorenza Arruti y sus hijos Jesusa, Valentín y Antón». No había duda, aunque no estaba escrito su nombre, que la otra mujer era la que tanto se le parecía a la bisabuela.

Por último el escenario de la cuarta imagen era totalmente diferente: estaba tomada en lo que parecía una mansión inglesa, delante de ella, en una

impresionante escalinata, posaban doncellas de vestidos negros con delantales blancos a juego de las cofias y criados perfectamente uniformados con trajes negros y corbatas a juego. En el centro, un hombre y una mujer de mediana edad vestidos de gala, ella con un vestido hasta los pies y un gran sombrero, el con chaqué oscuro y chistera. A su lado la misma pareja de la otra fotografía con su indumentaria de boda. Pero si algo tenía de especial esta imagen, era que una de las criadas estaba señalada con un círculo de color rojo. Al mirar en su reverso se leía: Mansión de los Salazar. Neguri. Boda de Elisa y Thomas. Dominga.

—Ahora sí que no entiendo nada y el misterio se acrecienta. ¿Sabías algo de todo esto? —preguntó Tess a la señora Green

—No tenía ni idea —respondió perpleja—. La casa señorial parece una mansión de campo y quizá esa familia eran refugiados que vinieron a trabajar aquí después de la Guerra de España. De alguna manera tu bisabuelo estuvo en contacto con ellos, el anillo podría haber pertenecido a alguna de esas mujeres. Claro que lo que estoy diciendo no son más que elucubraciones mías.

—La mujer de la foto, la que dice que es Josefa Arruti, es mi bisabuela Alice Bennett, o alguien muy parecida a ella, y el hombre de la foto de bodas es mi bisabuelo, pero en su boda con otra mujer de cuya existencia no tenía ni idea hasta ahora. La abuela nunca me dijo que su padre había estado casado antes de hacerlo con su madre —señaló Tess intentando dar algo de coherencia al descubrimiento.

—Vosotros afortunadamente no los vivisteis, pero aquellos tiempos fueron difíciles —refirió el ama de llaves—. Mucha gente huyó de España tras la guerra civil; quizá las personas de las fotos fueron una familia de refugiados y entraron en el país con papeles falsos. Posiblemente tu bisabuelo estuvo casado antes y, por lo que aparece en la fotos, era una familia importante, muy diferente de la otra que parecen campesinos. Igual la mujer de las fotos era una hermana de tu bisabuela y nunca tuviste constancia de ello.

—¿Era mi abuela hija de Thomas y Alice? ¿O lo era de su primer

matrimonio? —interrogó Tess esperando encontrar la respuesta.

—Alice era la madre Sarah, no tengo dudas. En las fotos que conservaba tu abuela de su madre se puede notar el aire familiar —dijo Alan.

—Bueno, los parecidos a veces se buscan; no es extraño oír decir a alguien que un niño adoptado se parece a sus padres al desconocerlo —replicó Tess.

Los tres se quedaron en silencio. La señora Green cogió la foto donde se mostraba la mansión.

—Para empezar, lo primero que debemos indagar sobre *Neguri* —expuso—. vamos a empezar por ahí y poco a poco iremos cerrando la investigación. ¿Qué os parece?

—Puede ser algo tan sencillo como el nombre de la casa o la zona donde está ubicada —respondió Alan—. Una vez que lo sepamos tal vez podamos averiguar más cosas. Voy a buscar por Internet a ver que indagamos.

Cogió la *Tablet* y comenzó a teclear. Se quedó parado unos segundos, levantó la vista un momento y miró alternativamente a ambas mujeres. Su cara denotaba total estupefacción.

—No os lo vais a creer. *Neguri* está en el País Vasco: es un barrio residencial cercano a Bilbao que fue construido por las grandes fortunas vascas.

El corazón de Tess comenzó a latir con más fuerza.

—¿Qué más dice? —preguntó con un hilo de voz.

—Aquí dice que se conservan aún muchas de las antiguas mansiones señoriales, aunque algunas han sido derribadas.

—Entonces esa puede ser la conexión con el País Vasco —musitó Tess

—Es una buena pista, podría ser el lazo de unión que nos faltaba —confirmó Alan.

—Igual tu bisabuelo iría en alguna ocasión por negocios a Bilbao y pudo comprar allí el anillo. Una especie de recuerdo que trajo para su esposa —se aventuró a decir la señora Green.

—¿Y la foto de boda con esa mujer desconocida?

—Quizá se casó con ella y enviudo joven. —La señora Green cogió la foto de la boda y la observó con detenimiento—. Y más tarde conoció a tu bisabuela. No es raro que un viudo vuelva a casarse; mi difunto marido perdió a su primera esposa después de parto y cuatro años después se casó conmigo.

—¿Y las palabras en vasco que mi abuelo decía que eran inventadas?

—Puede que tu bisabuelo las aprendiera y se las enseñara a su hija y está a su esposo. Más tarde tu abuelo inició el juego contigo —esclareció Alan.

—Sinceramente creo que hay un misterio que rodea a mi familia que no entiendo porque no han querido que yo conozca, pero que tengo interés en descubrir —señaló Tess mirando alternativamente a Alan y a la señora Green.

—No lo sé, cariño, tal vez es mejor no remover el pasado. Deja descansar en paz a los muertos; si ellos se llevaron sus secretos a la tumba debieron tener sus razones —susurró la señora Green.

—No puedo y espero que me apoyéis en la decisión que tome.

Ambos la miraban sin responder hasta que fue Alan quien rompió el tenso silencio.

—¿Qué vas a hacer?

Tess volvió a mirar las fotos, miró el cuadro de Picasso apoyado en la pared y sacó el anillo de su dedo anular izquierdo para volver a leer la inscripción. Inspiró aire y lo expulsó con ímpetu.

—Me voy para el País Vasco en cuanto pueda y una vez allí intentaré averiguar quiénes son esas personas y qué relación tienen con mi familia —anunció Tess con determinación.

Dos meses más tarde llegaba al aeropuerto de Bilbao. En el instante en que las ruedas del tren de aterrizaje del avión rozaron la pista, tuvo la certeza de que había alcanzado su principio.

Capítulo 4

GERMINAR

Thomas se sobresaltó al oír unos golpecitos suaves en la puerta de la biblioteca mientras dormitaba en uno de los cómodos sillones. Se había refugiado allí para poder estar un rato en soledad; su esposa Elisa, como era muy habitual en ella, sentía un terrible dolor de cabeza y no podía ser molestada bajo ningún concepto; por eso se encerraba en su habitación, una estancia a la que él tenía negado el acceso. Su suegra estaba en la galería bordando una camisa infantil para el ropero de los pobres. Era la presidenta de un grupo de mujeres que cada tres meses visitaban las parroquias al margen izquierdo de la ría o la zona de las minas, donde vivían los obreros que trabajaban en las fábricas de sus maridos, para repartir ropa y comida entre los más necesitados.

Su suegro llevaba dos días llegando tarde a la casa y marchándose pronto por la mañana alegando un exceso de trabajo. Thomas sabía que no estaba trabajando, pero eso era mejor callarlo; en aquella casa nadie cuestionaba a Ramón Salazar.

Volvieron a tocar la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo Thomas molesto porque le interrumpieran sus pensamientos.

—Con su permiso, señor. Mi madre me ha pedido que le traiga una taza de té y unas pastas que acaba de hornear.

Era Josefa, la hija de la cocinera.

—A tu madre no le entra en la cabeza que los ingleses tomamos el té a las cinco de la tarde y no a las siete —comentó riendo.

El rostro de la muchacha se iluminó con una sonrisa mientras dejaba la bandeja en una de las mesas próximas a él. Se quedó observando disimuladamente a esa chica que le hacía, aunque se avergonzaba de ello, sentir un cosquilleo que le impulsaba a intentar rozar su piel. Indudablemente nunca lo había hecho, su propio decoro y el respeto que sentía por aquella mujer se lo impedían.

—No, señor, ya sabe que aquí la merienda es a las siete, a las cinco de la tarde casi estamos terminando de comer si la sobremesa se alarga.

Él sonrió ante el comentario de aquella dulce muchacha que irradiaba inocencia detrás de esos ojos que proyectaban una luz especial, eso sí, siempre que la tímida chica estuviera tranquila ante su interlocutor e intuía que con él lo estaba.

—Te llamas Josefa, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó ella con un suave y cantarín tono de voz.

—¿Has leído algún otro libro de la biblioteca? —preguntó a la chica queriendo que se quedaría un poco más junto a él para prolongar un poco más el encuentro.

—No, señor, no he podido.

—Mi suegro me dijo el otro día que querías estudiar.

—Es solo una ilusión —dijo elevando los ojos al cielo y lanzando un leve suspiro—. No tengo medios económicos ni apoyo para eso. Mi madre dice que es una pérdida de tiempo los estudios en las mujeres, y mi hermana y su marido son del mismo parecer, pero me hubiera gustado ser maestra.

Esas palabras fueron pronunciadas con tanta tristeza que Thomas por un instante quiso abrazar a la joven para consolarla, pero se contuvo, ya que era consciente de que ese gesto suyo podría ser malinterpretado por la chica o, lo que era aún peor, alguien podía entrar en la biblioteca en ese momento y poner

en un apuro a cualquiera de los dos. No, no se arriesgaría a perder todo lo que había conseguido desde que era el yerno de Salazar.

—Yo creo que tu madre está equivocada y deberías estudiar si te gusta. Quizá alguien te podría ayudar a conseguir una beca —se aventuró a decir Thomas.

—No, señor, es imposible. Mi madre es viuda y lo que gana va para ayudar con el caserío a mi hermana y mi cuñado. Tienen tres niños pequeños y son tiempos muy difíciles, como me imagino que sabe el señor.

No era ajeno a las penurias que alguna gente sufría, aunque para él fueran tiempos de bonanza; estaba haciendo una pequeña fortuna que invertía astutamente en Inglaterra, aunque no ignoraba que el sueldo de cocinera que cobraba Dominga apenas daría para atender las necesidades básicas de aquella extensa familia.

—Mi madre me está buscando un trabajo de doncella —seguía diciendo Josefa— para que mi jornal también ayude a la economía familiar y poder salir adelante sin tantas privaciones, aunque don Ramón dice que tal vez debería buscar un marido o ingresar en un convento, pero si proceso como monja no podría ayudar a la economía de mi hermana.

—Sí, te casas tampoco —argumentó Thomas.

Venciendo su timidez lo miró fijamente a los ojos y se atrevió a preguntar:

—¿En su país las mujeres estudian?

La contempló intensamente antes de responder.

—Algunas lo hacen, pero otras lo tienen tan difícil como tú.

—Claro, me imagino que las que no tienen dinero. Eso es igual en todas las partes del mundo.

—Pero no siempre será así —dijo él bajando el tono de voz—. Algún día las cosas cambiarán y todo el que quiera estudiar, hombres y mujeres, podrán hacerlo; y quienes trabajan cobrarán un salario justo que les permita vivir en condiciones dignas sin tener la necesidad de poner a sus hijos a trabajar a los catorce años, o antes, para que aporten su jornal a casa.

Ella lo miró abriendo mucho los ojos.

—¡Es usted socialista, señor! —dijo a media voz con expresión asombrada a la vez que se llevaba las manos a la boca en un cómico gesto de sorpresa.

—¡Chissst! ¡Es un secreto!

Una sonora carcajada, que invadió el ambiente y aplaco la tensión, salió de las gargantas de ambos al unísono.

—Me tengo que ir, señor, mi madre se estará preguntando por qué tardo tanto y no quiero que se disguste y me riña.

No quería que ella se marchara; intentó agarrarla del brazo, pero Josefa retrocedió y sin querer rozó con sus dedos la piel de la mano de la chica. Hacía tiempo, demasiado, que Thomas no sentía una cálida fricción como aquella. Hubo algo inexplicable y ambos se quedaron paralizados, sin saber muy bien como había sucedido, las palmas de sus manos quedaron en contacto y ninguno las retiró. Se miraron a los ojos y la vista de Thomas bajo hasta los labios carnosos que se entreabrían, ambos sabían que debía suceder lo inevitable. Él fue acercando pausadamente su boca a la de ella mientras sus dedos se entrelazaban en un íntimo contacto. Josefa cerró los ojos y sus labios se unieron a los de Thomas con apenas un roce en el acto más íntimo que consumaba con un hombre.

Fue un beso casto, caliente y muy húmedo, pero de tal intensidad que hizo que ambos se estremecieran. Josefa se retiró de Thomas, con un poco de brusquedad, y sus mejillas tomaron una intensa tonalidad colorada; se encontraba avergonzada consciente de lo que acababa de suceder: había permitido que un hombre la besara saltándose todas las reglas del decoro, y encima no había sido cualquier muchacho un día de romería, sino el patrono de su madre y el marido de la señorita de la casa. Nadie debía enterarse de ese acto, jamás. Había oído demasiadas historias escabrosas de criadas y señores, y no deseaba ser protagonista de ninguna de ellas.

—Lo siento señor, le ruego que me disculpe. Me tengo que ir —dijo precipitadamente mientras abandonaba la habitación.

Él se quedó mirándola conservando aún la humedad y el calor de sus tiernos y virginales labios en los suyos. Sonrió ante la vergüenza en sus ojos y el color rosáceo de sus mejillas, que indicaban su temor, pero en la mirada de la chica también se atrevió a vislumbrar una cierta receptividad, y eso le gustaba.

—Yo, en cambio, no lo siento —pronunció. Nadie lo oyó porque Josefa había corrido cerrando la puerta tras de sí. Volvía a estar solo en la biblioteca y el té se había quedado frío.

Solía pasar horas en la biblioteca con la esperanza de que volviera a entrar en busca de algún libro, incluso acechaba la entrada de servicio con la esperanza de verla una vez más, pero durante un mes no supo nada de Josefa. Un día se atrevió a preguntar a Dominga por su hija en un gesto que intentaba ser amable.

—Don Ramón le ha buscado un trabajo de acompañante de una dama en Bilbao, la viuda de Mendizábal. Es una buena casa para una muchacha como ella.

Thomas se quedó estupefacto y apretó los puños hasta que casi le dolieron las manos, aun así fue capaz de articular algunas palabras.

—¿Usted está conforme con ese trabajo, Dominga?

—Por supuesto señor.

—Me alegro mucho por ustedes.

Aunque era mentira. Muchos conocían que el naviero mantenía a una querida en un piso de la calle de la Estación, cercano a la Sociedad Bilbaína. Catalina Gómez, viuda de Mendizábal, era la amante de Ramón Salazar. En breve Josefa iba a ser su acompañante y a Thomas eso no le gustaba nada porque era de todos conocidos que a Salazar le gustaban las chicas jóvenes. No quería imaginar a la dulce y tímida muchacha en los brazos del depredador de su suegro.

La situación tampoco convencía a Catalina. En el momento en que recibió la orden de acoger en su casa a la joven hija de Dominga sintió una punzada en el estómago. Si Salazar la reemplazaba, su vida se desmoronaría porque vivía en

un decorado de cartón piedra; se había hecho con unos ahorrillos, pero aún no contaba con lo suficiente para poder vivir con cierta holgura y costear la educación a su hijo. Sospechaba que iba a ser sustituida en las atenciones de su amante y por lógica debía sentir hacia su sucesora una cierta hostilidad, pero solo podía abrigar rabia e impotencia porque otra mujer, joven y pobre, se encontraba en la misma situación que ella se había visto obligada a sufrir.

Con el devenir de los años nunca olvidaría la primera vez que había visto a Josefa: estaba de pie en el salón de su casa, con un sencillo vestido azul celeste a juego con sus ojos y su pelo rubio recogido en un moño. Las manos sujetaban con firmeza un bolsito negro, un tanto raído, y tan tímida que casi no se atrevía a levantar la mirada del suelo. En su conjunto no era una belleza espectacular, pero se podía decir que aquella chica modesta, de modales elegantes, era resultona. La orden de Ramón había sido clara y tajante: nunca había tenido novio y desconocía todo lo referente a cualquier tipo de relación entre un hombre y una mujer, por lo tanto debía adquirir los conocimientos necesarios para dar placer a un hombre en la cama. Ella era la responsable de introducir a aquella apacible muchacha en la boca del maléfico dragón.

—Me ha dicho Ramón que te llamas Josefa y eres la hija de Dominga la cocinera de la casa de los Salazar ¿verdad? —preguntó a la muchacha mientras la invitaba a sentarse en uno de los sillones del salón de su casa.

—Sí, señora —contestó ella mientras se sentaba justo en el borde del sofá, en una posición claramente incomoda.

Catalina contempló a la muchacha, que seguía con los ojos fijos en el suelo.

—¿Sabes quién soy? —interrogó.

—Sí, señora —reveló mientras retorció sus manos con nerviosismo.

—¿Y estás conforme en vivir conmigo? —preguntó.

—No tengo ningún inconveniente señora —respondió mirando fijamente a Catalina.

—¿Sabes porque estás aquí?

—Sí, señora, mi madre y don Ramón me lo han explicado.

Catalina estudió a la cohibida muchacha.

—¿Estas conforme con ello?

La chica desvió la mirada con vergüenza y sus mejillas se tiñeron de escarlata.

—No, señora, pero no tengo más remedio que hacerlo.

Un leve suspiró inundó la garganta de Catalina, que la observó fijamente y sintió una terrible pena por la pérdida de su inocencia de una manera tal cruel.

—Como yo, Josefa, como yo—susurró.

Catalina había sido la esposa de un capataz del astillero que había fallecido en accidente laboral y que la había dejado sin apenas recursos y con un niño de dos años al que sacar adelante. Ramón se había embelesado con la joven viuda; al principio había sido la indemnización en metálico y una pequeña pensión para la manutención del huérfano que se encargaba de pagar el astillero, más tarde algo de dinero esporádico para pagar pequeñas deudas acumuladas y, cuando le pidió trabajo, y se atrevió a sugerirle que tal vez conociera alguna casa donde solicitaban una criada externa; él tuvo la oportunidad que había estado aguardando.

Como una araña teje su tela para atrapar a su presa, comenzó a urdir el plan con el único propósito de convertir a Catalina en su amante. Primero fueron promesas y luego halagos, pequeños detalles sin importancia que, poco a poco, derribaron el muro que la joven viuda había levantado entre ella y Salazar. La primera vez que se acostaron juntos ella había sabido que su pesadilla había comenzado.

Nadie era tan tonto como para creer que don Ramón no se cobraba los favores que le hacía. Las mujeres que habían sido sus amigas hasta entonces, esposas de los compañeros de trabajo de su marido, le volvieron la espalda al considerar que la afligida viuda se había vendido por dinero y todas ellas sabían que esa acción tenía un nombre. Los hombres cotilleaban a su paso, e incluso algunos de ellos deseaban ver acabada su relación con Salazar para ocupar su puesto dando por hecho que su conducta, a partir de ese momento,

sería saltar de cama en cama sin importar demasiado el hombre que la ocupara.

Catalina prefería no pensar, ajena a todos los comentarios maliciosos o los terribles silencios, que se originaban a su paso y con la cabeza alta, y sin bajar la mirada, actuaba como si no le importaran los desprecios aunque no fuera cierto. Al mudarse de Baracaldo a Bilbao acudía todos los domingos, y días de precepto, a la misa en la parroquia de San Nicolás, aunque nunca comulgaba ante el temor que el cura le negara la comunión en una humillación pública. Seguía teniendo miedo. Había logrado salir del cuartito que alquilaba en una barriada obrera y vivía en el bonito piso en la capital de la provincia que le compró Ramón, y que puso a su nombre, su hijo estudiaba en un buen colegio privado que también pagaba su amante, e incluso contaba con servicio doméstico, una mujer que venía por horas a su casa para hacer las tareas más pesadas del hogar. La querida de uno de los hombres más ricos de la provincia no podía tener callos en sus manos.

Una vida fácil para la viuda.

Ni una sola de las personas que la criticaban sabía la bilis que Catalina se había visto obligada a tragar al convertirse en la compañera de cama de un hombre que le doblaba la edad. Había sido una muchacha joven, como tantas otras, que había abandonado un pueblecito de Burgos para trabajar de criada en Bilbao. Tenía quince años cuando había llegado a la capital, por mediación de una tía, para servir en casa de un prestigioso médico. No conocía a chicas de su edad y se encontraba terriblemente sola. Poco a poco había ido conociendo a otras criadas con las que se topaba en los ultramarinos o en los bancos del parque del Arenal los días que libraban. Había dejado los paseos solitarios por la Gran vía o el Casco Viejo y había comenzado a frecuentar, con sus nuevas amigas, un baile detrás del ayuntamiento. Allí había sido donde había conocido al que más tarde sería su marido.

Antonio procedía del interior de la provincia y era un hijo segundón, los que, según las leyes del mayorazgo, le impedían heredar el caserío. Solo tenía tres

salidas, quedarse y trabajar para su hermano, lo que implicaba que nunca podría contraer matrimonio y convertirse con el tiempo en un solterón; emigrar a América para hacer fortuna, o buscar trabajo en alguna de las industrias que se asentaban a orillas del río Nervión. Había elegido la última opción y había entrado como peón en el astillero de Ramón Salazar. Era fuerte, tenaz, honrado y cumplidor; poco a poco había ido escalando puestos en la empresa. Como regalo de boda, el día que le había anunciado que iba a contraer matrimonio con Catalina, lo había ascendido a encargado, lo que llevaba consigo un aumento de sueldo, y la pareja pudo alquilar una habitación con derecho a cocina en una barriada obrera de Baracaldo. Su nueva vida matrimonial había comenzado de manera perfecta.

Cuatro años después, un día, mientras Antonio trabajaba en una de las naves del taller, le había caído encima una enorme pieza de metal que lo había aplastado y le había producido la muerte en el acto. Un desafortunado accidente, así lo habían calificado. Catalina se había quedado viuda con veintidós años y un hijo de apenas dos. Ramón se había fijado en la belleza serena de la joven viuda en el entierro de su esposo, elegante en la sencillez del barato vestido negro, con los ojos llorosos pero sin derramar una sola lágrima, acariciando las flores antes de arrojarlas sobre el ataúd que contenía el cuerpo de su marido. Al ir a darle el pésame, sus ojos se habían encontrado durante un breve instante y había rozado con sus labios la piel de la mano de la viuda, áspera pero confortable, y le había gustado mucho, demasiado. Al encontrarse tan cerca, había podido aspirar el suave olor a espliego y trigo que desprendía el cuerpo de la joven y en aquel preciso instante había comprendido que la deseaba, y convencido de su poder, supo que por muchos obstáculos que aquella mujer quisiera levantar entre ellos sería su amante. Había tardado dos años en conseguirlo.

Lo que nunca sospechó es que, mientras se acostaban en la enorme cama de matrimonio del piso que le había regalado, ella pensaba en su esposo. Cerraba los ojos y se transportaba a aquellos primeros días de baile y veía la sonrisa

de Antonio y como se entrecerraban sus ojos cada vez que reía. No eran las finas manos de su lujurioso amante las que sentía mientras recorrían su cuerpo, sino aquellas de piel callosa que pertenecían a su marido. Apretaba la mandíbula ante las terribles embestidas de Ramón porque le daba asco sentirlo dentro de ella, y recordaba la delicadeza de aquel compañero que tanto había amado. Su amante podía invadir su cuerpo, pero jamás le permitiría penetrar su mente. Debía ser astuta; el insigne caballero nunca debería sospechar que aquel acto era una tortura para ella. Por eso cuando todo terminaba ella sonreía, no por la satisfacción de un buen sexo como Ramón Salazar creía, sino porque solamente por medio de aquellos espantosos y crueles momentos, únicamente capaces de soportar escondiéndose en sus placenteros recuerdos, su hijo algún día conseguiría todo lo que su padre se había atrevido a soñar para él.

Contemplando a la frágil muchachita se impuso el complejo deber de protegerla y cuidarla hasta donde una mujer como ella, que ya era un ángel caído, pudiese alcanzar.

En la mansión de Neguri, Ramón y Thomas estaban sentados en uno de los salones disfrutando de unos magníficos puros habanos; la doncella les acaba de traer una cafetera con el café, sirvió una taza a cada uno de ellos y abandono la habitación después de hacer un gesto de despedida inclinando ligeramente la cabeza. Cuando ella se fue, aspiraron el humo de sus cigarros profundamente para después expulsarlo. Salazar se levantó y sacó una botella de brandy de un mueble y vertió un chorro de licor ambarino en cada una de las tazas.

—Por una vez en la vida voy a dar la razón a mis obreros que se toman uno, o varios, de estos antes de entrar a trabajar —dijo riendo y levantando la taza en señal de brindis—. Estos carajillos son capaces de levantar de la tumba a un muerto. Salud.

Thomas levantó la taza repitiendo el ritual que había iniciado su suegro, era

tan fuerte que con el primer sorbo el líquido de la taza le quemó la garganta antes de aposentarse en su estómago.

—No me voy a andar por la ramas, Thomas —dijo finalmente Salazar.

Nunca la hacía, pensó su yerno. Ramón era un hombre que siempre imponía su voluntad a los demás.

—Hay un tema que me preocupa, y mucho —siguió hablando—. Carmen dice que la niña sufre mucho por ese contratiempo que se ha presentado, ella está ansiosa por tener un bebé y quizá esa zozobra la lleve a cometer alguna imprudencia y trate de convencerte para ello, pero será mejor que la dejes descansar una temporada.

—Elisa es frágil y ha tenido dos abortos; ten por seguro que nunca haría nada que pudiera enfermar a mi esposa y por supuesto que voy a respetar las recomendaciones del doctor.

Se alegraba de seguir las órdenes del médico; después de todo era muy difícil cumplir los deberes conyugales con la frialdad de una esposa que solamente acudía a su lecho cuando su padre se lo ordenaba, con la intención de concebir un hijo.

—Ya sé que eres hombre y tienes tus necesidades. No voy a ser yo quien te las reprima. Ya te comenté que no quería que fueras con fulanas —Salazar seguía hablando— y que luego le contagies cualquier enfermedad vergonzosa a mi niña. Además, están las chismosas de sus amigas que podrían venir con el cuento y se lleve un disgusto. Somos hombres, Thomas, y la única forma de respetar a nuestras mujeres y no molestarlas con la lujuria que nos posee es tener una amante. Ya sabes que eso es algo que está bien visto entre los hombres de nuestra posición y que nuestras esposas, más o menos, toleran.

A Thomas se le atragantó el humo del puro que estaba fumando y comenzó a toser hasta que se puso rojo. ¿Qué pretendía Ramón Salazar?

—Es una buena chica; Catalina dice que te agrada.

—No entiendo nada —logró balbucir Thomas una vez recuperado de la sorpresa.

—¡Sí, hombre! Catalina, la viuda de Mendizábal.

—¿Quieres que Catalina sea mi querida? —preguntó Thomas confundido ante ese giro inesperado, y desagradable, de compartir amante con su suegro.

—¡Qué idea tan estúpida! Tu amante va a ser Josefa, la hija de Dominga la cocinera.

—¡Pero qué demonios dices! —gritó Thomas poniéndose de pie bruscamente recordado a la ingenua muchacha que acudía a hurtadillas a la biblioteca de la mansión.

—Ya lo he hablado con Dominga y está de acuerdo. Ahora la chica está en casa de Catalina, que te la está preparando. Será allí donde tú la visites.

—¿Qué ha dicho la chica? —preguntó Thomas rememorando las sensaciones que había sentido aquel lejano día en que sus labios se habían saboreado.

—Ella está de acuerdo. No va a poner ningún obstáculo —afirmó con dureza su suegro.

Thomas lo dudo, y mucho.

No había escapatoria, y Josefa lloraba en su habitación después de la conversación mantenida con Catalina. Estaba asustada. El señorito inglés era amable, pero ella no quería ser su mantenida. No podía negarse, estaba atrapada; el patrón lo había decidido y entendía las razones de su madre para llevar a cabo aquella acción: no podía perder el trabajo en una casa tan buena. Si desaprovechaba esa oportunidad otra la cogería y se beneficiaría de la situación. Convertir a su hija Josefa en la amante de uno de los señores de la casa, aunque fuera el yerno, la ponía a ella en una situación privilegiada. Además Ramón Salazar se había ofrecido a ayudar a su hermana Lorenza, que estaba muy enferma, pagando la totalidad de su costoso tratamiento.

La viuda de Mendizábal entró en la habitación con una taza en la mano.

—Toma cariño te he traído un poco de tila —dijo mientras se acercaba a la cama, se sentaba a su lado y le acariciaba con mimo la mejilla por la que aún rodaban las lágrimas.

—Gracias —acertó a decir Josefa entre sollozos—, lo siento. Por llorar.

—No hay nada que sentir cielo pero quiero que te tranquilices. Conozco muy bien por lo que estás pasando y también, como tú, he contenido muchos sollozos.

Josefa la miró fijamente.

—Yo no soy la amante de Ramón Salazar porque lo desee —confesó Catalina, y añadió—: a mí, como a ti, no me queda otro remedio.

—Yo pensaba que usted, bueno, no sé cómo decirlo —balbució Josefa.

—Que soy una mujer sin respeto y moral —terminó por decir Catalina—, pero eso no es así, chiquilla. Estoy sola con un niño pequeño, no tengo estudios y el único trabajo que puedo hacer es el de sirvienta. Colocarme en una casa significaría tener que dejar interno en un colegio a mi hijo y que él entrase a trabajar en una fábrica como peón a los catorce años. No es lo que su padre quería para él.

Se quedó callada un instante, elevó la mirada al techo y lanzó un enorme suspiro antes de seguir hablando.

—Cuando estaba embarazada, Antonio, mi marido, acariciaba mi barriga y soñaba con el mundo en que viviría nuestro hijo. Era un idealista. El día que nació el niño se puso muy contento y nada más nacer comenzó a hablarle de las cosas buenas que quería para él, y ante todo deseaba que tuviera una buena educación, que incluso fuera a la universidad. A él le hubiera gustado estudiar para maestro pero nunca lo pudo hacer.

—A mí también me hubiera gustado ser maestra, pero carezco de medios económicos.

—Somos mujeres y tenemos que ser fuertes. Algún día lograremos salir de este pozo en el que nos han metido. Aunque por ahora tengamos que tragar mucha hiel, escaparemos, te lo prometo. ¿De acuerdo?

—Sí, doña Catalina. Gracias.

—Josefa, para ti soy Catalina y me tratas de tú, nada de usted. Las dos tenemos que estar unidas para pasar este mal trago. Esta tarde va a venir el

señor Bennett. Antes de su visita te daré una copita de brandy para que te achispes un poquito y te relajes. Os quedareis solos durante tres horas y tienes que hacer todo lo que él te pida. No te preocupes porque después estaré yo contigo. Más adelante te daré supositorios de quinina como método para que no tengas hijos, no son cómodos, pero si efectivos y lo ayudaremos con un diafragma. Yo uso ambos métodos y hasta el momento me ha ido bien. Hoy no emplearás ninguno, cuando se vaya el señor Bennett, te haré un lavado vaginal para que aprendas a hacerlo más adelante.

—Sí —contestó Josefa con un hilo de voz totalmente aturdida ante situaciones que no entendía. No podía decir en el último momento que dudaba, que lo único que deseaba era marcharse lejos de aquella casa y no volver a aparecer porque se sentía terriblemente humillada.

Catalina le dio un beso en la frente y la envolvió en un maternal abrazo. Sabía lo que estaba pasando en la mente de la muchacha. Recordaba el miedo y el asco que ella misma había sentido la primera vez que se había acostado con su amante; al marcharse él y quedarse sola se había metido en la tina con agua caliente y había restregado todo su cuerpo con un estropajo para quitar cualquier huella que él hubiera dejado. No soportaba oler su propia piel porque estaba impregnada de su aroma a tabaco, almizcle y cedro. Luego se había acostumbrado a evadirse y simular, eso la había salvado de la locura. Mujeres como ella y como Josefa no tenían otra elección. Algún día las cosas cambiarían, tenían que hacerlo.

Thomas Bennett llegó al piso a la hora convenida. No le gustaba nada el arreglo que su suegro le había propuesto pero debía aceptarlo, no había lugar para la negación en aquel convenio. Le abrió la puerta Catalina, era una mujer bella de rostro delicado y finos modales que no se asemejaba en nada a la idea que se había hecho de ella, una mujer un tanto descarada y con cierto toque ordinario.

—Lo está esperando —dijo dejándolo entrar en el recibidor y cerrando la

puerta—; es la última habitación, al fondo a la izquierda. He preparado un refrigerio para ustedes que ya está en la alcoba. Nadie los molestará porque se quedarán solos en la vivienda.

—Gracias —acertó a decir él torpemente sintiendo que aquella situación terriblemente incomoda lo sobrepasaba.

—Trátela bien, por favor —suplicó antes de coger un bolso que estaba en el aparador de la entrada antes de marcharse—; es una chica delicada.

—Lo sé y le doy mi palabra de que así será —murmuro Thomas andando ya por el pasillo que llevaba a la alcoba donde lo esperaba Josefa.

Al abrir la puerta se encontró con la chica sentada en la cama con un casto camión de color marfil. Una virgen dispuesta en el altar del sacrificio. Ella le sonrió tímidamente. Parecía una gatita asustada, y él se sintió como el más feroz de los lobos. No le gustaba la idea de convertir a aquella chica en su amante, pero instintivamente sabía que el destino de aquella inocente muchacha ya estaba trazado; no le cabía duda de que, si él no lo hacía, otro se encapricharía de la muchacha y ocuparía su lugar, y eso era algo que no podía consentir. Le gustaba, es más, la deseaba y se hizo a sí mismo la firme promesa de que nunca le haría daño.

—Hola, Josefa —dijo sin poder apartar la mirada de la chica sintiendo por primera vez que su cuerpo se tensaba.

—¿Quiere que me acueste en la cama? —preguntó con un hilo de voz.

—Quiero que hagas exactamente lo que tú quieras hacer —dijo remarcando estás últimas palabras—. Sé que no estás cómoda con la situación y no tenemos ninguna obligación.

—Pero entonces si no hacemos...

—Podemos jugar al parchís o a las cartas. Lo que ocurra aquí será cuestión de los dos y nadie más tiene que enterarse. Te aseguro que no quiero tener en mi cama a alguien que no quiere estar y no voy a forzar la situación.

Notó que Josefa estaba rígida y se quedó mirándola un instante fijamente, al fin y al cabo estaba allí para acostarse con él; podía aplazar el momento, unos

días a lo sumo, pero no posponerlo eternamente. Estaba allí para ser la amante de aquel hombre e iba a cumplir su parte del trato. Por eso retiro las sabanas y se introdujo en la cama cubriendo su cuerpo con las mantas.

—¿Puedo? —preguntó Thomas y ella asintió con la cabeza

Él se desnudó lentamente dejando su ropa perfectamente doblada sobre silla; solo se dejó puestos los calzones, y se metió en el lecho. Acomodó su cuerpo con el de ella, rozó con la yema de su dedo índice los labios de la chica y noto una pequeña humedad. Fue entonces cuando quiso que sus labios se juntaran, primero en un casto beso donde solo se unieron sus bocas, pero ella estaba respondiendo y Thomas se aventuró a jugar con su lengua sobre la de ella. Sabía que su cuerpo era inexperto, pero también notaba que no rechazaba sus besos. En aquel momento se atrevió a poner su mano en su cadera; la fue deslizando con cuidado hacia la rodilla y, a la vez que le subía el camisón, comenzó a acariciar, suave y pausadamente, la parte interna su muslo. Debía ir despacio; deseaba que la chica se acostumbrase a él y que pudieran gozar juntos. Ansiaba tener una intimidad cómplice con ella.

—¿Estas asustada?

—Un poco.

—No quiero hacer nada que te pueda hacer daño. ¿Puedo continuar?

—Sí, señor.

Al obtener su permiso, le levantó el camisón y se lo quitó, rozó sus pechos notando como se endurecían sus pezones. Observó su cuerpo inmaculado de senos redondos y una suave pelusa rizada entre los muslos. Su deseo se acrecentó y notó como su miembro crecía y se ponía duro. Volvió a besarla en la boca y Josefa se estremeció, tocó sus pezones erectos, metió la mano entre sus muslos y sintió la humedad caliente con la que agradecía sus caricias. La volvió a besar, esta vez con mayor avidez. Tenía que terminar aquello porque deseaba tanto estar dentro de ella que aquel ardor lo estaba matando.

—Tengo miedo al dolor —dijo ella atemorizada y avergonzada por lo que estaba sintiendo.

Esas palabras se le clavaron en el pecho a Thomas, que cogió sus cara entre sus manos y rozó sus labios con ternura.

—¿Nunca has estado con ningún hombre? —interrogó aunque la pregunta sobraba porque ya conocía la respuesta.

Josefa negó con la cabeza, mirándolo a la cara con esos increíbles ojos azules clavados en los suyos.

—De ningún modo te haré daño. ¡Eres tan hermosa! —murmuró con la voz nublada por el deseo.

Se tumbó encima de la dulce muchacha mientras sus manos y su lengua recorrían su cuerpo en lugares donde nadie lo había hecho. Ella tembló al notar que sus cuerpos se fundían para convertirse en uno; intentó zafarse por el temor al dolor, pero él no se permitió. Thomas tapó su boca con la suya y comenzó a irrumpir en la virginal cavidad, primero suavemente hasta ir poco a poco subiendo el ritmo; fue entonces cuando Josefa elevó sus piernas y le atrapó entre sus muslos con fuerza.

—Así preciosa, así —dijo el con un gruñido satisfecho por la reacción de la muchacha.

Las palabras de su amante hicieron que contrajera su cuerpo impetuosamente con la intención de que no pudiera salir de ella y en medio del dolor sintió un inmenso placer a la vez que notaba que Thomas derramaba en su interior un líquido caliente. Unos segundos después se retiró y la abrazó con fuerza.

—¿Cómo estas cariño? —le dijo mientras la besaba en la frente.

—Bien —acertó a decir porque no quería que se diera cuenta de que estaba rara, nerviosa, excitada y también desconcertada de que un hombre hubiera visto su cuerpo y le hubiese tocado en sus rincones más íntimos.

—Eres tan suave que contigo estoy en el paraíso —dijo acunándola entre sus brazos y sintiendo por primera vez en mucho tiempo el calor que desprendía un cuerpo femenino después de ser amado.

Nada importaba ya para Josefa, que se sentía tan bien en el refugio de los brazos de aquel hombre con ese acento tan peculiar al hablar. Siempre había

pensado que el acto íntimo que acababa de realizar sucedería con su marido después de que un cura hubiese bendecido su unión. Las chicas que cometían ese pecado eran malas, siempre se lo habían repetido, su madre, sus maestras y el cura. Siempre había sido decente y no dejaba que ningún varón se acercara demasiado, por eso incluso en el baile mantenía las distancias. Las lecciones no le habían servido; se tocó sus labios hinchados y de repente cayó en la cuenta de que se acaba de convertir en una de esas muchachas que carecían de moral y escrúpulos, y lo más curioso era que no le importaba. Abrazó el cuerpo del hombre que tenía a su lado y con los ojos le pidió más. El la complació.

Esa fue la primera tarde de muchos días. Compartían goce sexual, pero también risas y confidencias, y poco a poco los amantes forzosos fueron también amigos. Hasta que llegó ese día en que Thomas pronunció dos palabras que tanto simbolizaban entre dos personas que se aman: «Te quiero». Josefa se puso rígida, ya que nunca hubiera esperado esa confesión, ella también se había ido enamorando lentamente del inglés, pero le daba miedo expresarlo en voz alta, al fin y al cabo ella era una simple concubina sin derecho al amor del él, pero esa declaración lo cambiaba todo. Ya no tenía que esconder ese sentimiento durante más tiempo por eso replicó: «Yo también».

Ambos supieron que el mensaje intercambiado que se habían atrevido a expresar era la señal que marcaría su destino.

Capítulo 5

FUEGOS FATUOS

La tarde que su avión tomó tierra en Loiu, el País Vasco recibió a Tess con un fuerte viento, que complicó el aterrizaje, como si hubiera sido un prelude de la agitada búsqueda que le esperaba. Sin embargo, al día siguiente, tan solo unas horas más tarde, la ciudad amaneció en calma y el alba inundaba con su luz un cielo azul salpicado por pequeñas y orondas nubecitas blancas. Al entreabrir la ventana de su cuarto, el frío se dejaba colar en el ambiente, pero el débil sol depositaba su tenue calor en su piel como una dulce caricia. Estaba alojada en un hotel céntrico y, a pesar de la comodidad de su habitación, apenas pudo dormir esa noche porque un leve cosquilleo recorría su cuerpo e impedía que el sueño se adueñase de ella. Tenía ganas de encontrarse cara a cara con esos personajes mudos escondidos detrás de unas imágenes amarillentas.

A primera hora de la mañana, después de un frugal desayuno, estaba preparada para comenzar su búsqueda. Mentalmente trazó el plano de la jornada. A buen recaudo, en su bolso, llevaba las fotografías que había encontrado detrás del cuadro. Había posado tantas veces sus ojos en ellas que había logrado memorizar la escalinata del palacete en la que aparecía la próspera familia con el servicio el día de la boda. Si esa casa era de las que no habían sido derribadas, tenía la certeza de reconocer la vivienda. Conservaba la esperanza de que aún la habitara alguien de la familia o bien

que un antiguo vecino recordara a sus antiguos moradores y pudiera explicar el destino que habían tomado aquellas vidas.

Nada más bajarse en la estación de metro en Neguri, y adentrarse por las calles del barrio, comprendió que la suya no iba a resultar una tarea fácil. Las antiguas mansiones que aún se podían encontrar estaban escondidas entre bloques de pisos de baja altura, rodeados de pequeños jardines exquisitamente cuidados; sus calles eran solitarias y los comercios inexistentes.

La recepcionista del hotel le había hablado del barrio y de la gente que lo habitaba en sus orígenes; tal vez había perdido el esplendor de tiempos antiguos, cuando las grandes fortunas construían en sus terrenos impresionantes mansiones, pero desde luego no había duda de que seguía siendo el lugar de residencia de personas acomodadas. Había preguntado al encargado de la estación, enseñándole la foto, si la podía guiar hasta la antigua casa solariega pero el hombre desconocía si aún se mantenía en pie.

Después de deambular entre calles vio una urbanización de modernos pisos y a un hombre arreglando el jardín de los edificios y se dirigió hacia él.

—Hola, buenos días —dijo al acercarse—, estoy buscando una residencia de este barrio y no sé si usted la pudiera conocer.

—Estoy recién llegado y llevo poco trabajando de portero en la finca, pero la auxiliaré gustoso si está en mi mano —contestó el hombre con un marcado acento de algún país de América del Sur que Tess fue incapaz de identificar.

Sacó de su bolso la foto en blanco y negro donde posaban señores y criados ante el palacete y se la mostró.

—¿Reconoce la casa? —preguntó ansiosa—; pertenecía a una importante familia del barrio y quizá aún siga en pie.

El conserje se quedó mirando la fotografía un buen rato.

—No le podría decir —dijo al fin—; ya le he dicho que soy nuevo, y la foto parece muy antigua. Algunas de esas mansiones aún existen, pero otras se derribaron para hacer apartamentos.

La puerta del portal de uno de los edificios se abrió y apareció una anciana

acompañada de un pequeño perro. El empleado le devolvió la foto y fue solícito hacia la mujer que andaba muy despacio. Al llegar a su altura el portero dijo:

—Señora Aldecoa, esta chica está buscando una antigua residencia del barrio y tal vez usted la pueda ayudar. Es una dama muy importante en el distrito —dijo mirando a Tess y haciendo sonreír a la mujer mayor.

—¿Qué casa buscas? —preguntó directamente a Tess.

—Esta —dijo tendiéndole la fotografía, que la señora tomó en sus manos y se quedó mirando con ojos empañados de nostalgia.

—La casa de Ramón y Carmen, ¡qué bonita era! Daban fiestas maravillosas a las que acudía lo mejor de la sociedad. Su hija se casó con un inglés muy guapo; fue una pena que los dos murieran demasiado jóvenes.

Un pequeño escalofrío recorrió el cuerpo de Tess.

—¿Sigue en pie la vivienda? —preguntó ansiosa esperando una respuesta afirmativa.

—¿De dónde has sacado la foto? —preguntó con recelo—. No me gusta que vengan por aquí forasteros a hurgar en cosas que no les incumben.

—He venido desde Inglaterra porque me encanta fotografiar antiguas mansiones; la recepcionista del hotel donde me alojo me ha asegurado que este barrio tiene algunas magníficas de estilo inglés —mintió sin saber porque lo había hecho, pero intuyendo que a aquella mujer no le podía decir la verdad.

—No me has contestado a la pregunta —respondió mientras la miraba con desconfianza.

—Me la ha dado una amiga que colecciona fotografías antiguas. Creo que la compró en algún mercadillo de Londres.

La señora Aldecoa pareció que se quedaba tranquila con la explicación y lanzó un pequeño suspiro antes de comenzar a hablar.

—La casa de los Salazar era una de las más fabulosas y aún existe, claro que ya no mantiene el esplendor de antaño; desgraciadamente todo eso se perdió para siempre. La tienes cerca del ayuntamiento, Oswaldo te dirá como ir. Yo

prefiero no recordar, me pone triste —dijo abatida mientras se alejaba con andar lento e inseguro

Tess notaba una sensación rara en el estómago mientras caminaba al encuentro de la vivienda de los Salazar. La señora mayor había hablado de un inglés, que no tenía por qué ser su bisabuelo, pero su imaginación volaba hacia él en el pasado. Un joven guapo, como había dicho aquella distinguida señora, un verdadero galán de la época, paseando por las mismas calles que en ese momento, tantos años después, estaba pisando ella. En el hipotético caso que fuera la misma persona, nunca se habría imaginado, en aquel lejano tiempo, que una biznieta suya recorrería las mismas calles en busca de su historia. Esperaba fervientemente que aún quedaran huellas de ese hombre británico y no se hubiesen borrado todas, fuera o no el bisabuelo.

Perdida en sus pensamientos, justo al doblar una esquina, custodiada a una distancia corta, por bloques de apartamentos de baja altura, se encontraba el edificio que buscaba. A pesar del tiempo transcurrido aún se erguía majestuoso con el orgullo que le confería el haber logrado sobrevivir al paso del tiempo. Conservaba parte de su antigua grandiosidad en sus ladrillos rojizos y en su edificio central protegido por dos torreones. Tenía un murete antiguo de piedra que sujetaba una artística verja de hierro forjado que delimitaba su perímetro y que, centrada, tenía una puerta artísticamente labrada, que daba acceso al caminito que conducía a la magnífica escalinata de entrada de la mansión. Era la misma donde, tiempo atrás, se había tomado la fotografía que llevaba en su bolso.

La había encontrado. Llenó sus pulmones de aire mientras sus ojos no se podían apartar de aquel palacete. Se agarró a los barrotes de la verja con fuerza al sentir un leve tambaleo en su cuerpo; no era capaz de diferenciar si se debía a la emoción, o al miedo, que en ese momento estaba sintiendo. Finalmente estaba allí.

Pensó de nuevo en un joven bisabuelo; se lo imaginó asomado a cualquiera de esas ventanas, subiendo y bajando aquella formidable escalera de piedra

apoyado en la balaustrada lateral, residiendo allí rodeado de sirvientes. Tenía que haber sido un magnate si esa era su casa, y el bisabuelo no lo había sido. Nunca había sido pobre, era verdad, el astillero le daba para vivir holgadamente, tal vez incluso un poco más, pero quien antaño habitara aquella gran casa señorial debía ser inmensamente rico.

Le faltaba valor para llamar a aquella puerta, pero no era el momento de abandonar. Empujó la puerta de la verja con temor a que no pudiera traspasarla, pero no estaba cerrada. Se puso a caminar por el sendero hasta que se encontró a los pies de la escalinata que daba acceso a la casa solariega y se quedó observando su magnífica arquitectura de estilo inglés.

—¿Desea algo? —Una voz masculina interrumpió sus pensamientos.

Se volvió sobresaltada y vio a un hombre entrado en años, con un traje gris, corbata del mismo tono y camisa blanca que sonreía con la amabilidad de quien comprendía que aquel era uno de los gestos que pagaban su sueldo.

—Discúlpeme, ¿es esta la mansión de los Salazar? —preguntó al que creía era el conserje.

—Sí —corroboró el hombre.

Tess se quedó en silencio mirando el imponente palacio.

—¿Sigue viviendo la familia aquí?

Él se limitó a mirarla, pero sin contestar. Entonces Tess abrió el bolso y mostró la fotografía al hombre que la cogió entre sus manos y la estudió con interés.

—Ha cambiado mucho desde que se tomó esta foto —murmuró con voz apenada.

—¿Conoce a alguna de las personas que están en la imagen? —preguntó Tess con la idea de conseguir alguna pista de la mujer cuyo rostro estaba marcado con el círculo.

—Claro, son Ramón Salazar y su esposa el día de la boda de su hija con el inglés, posando con el servicio de aquel entonces, hace muchos años; yo creo que esta foto se tuvo que tomar antes de la guerra. Entonces vivían en el barrio

gente muy rica, ahora cualquiera puede comprar una casa aquí, ¡qué tiempos aquellos! La pena es que ya nunca más volverán —comentaba más hablando para sí mismo que con la extranjera que tenía enfrente.

—Estoy muy interesada en ponerme en contacto con alguien de la familia — dijo Tess

El hombre guardo silencio y le devolvió la instantánea.

—Si vive alguien de la familia me gustaría poder hablar con ellos —insistió ella de nuevo.

—Ahora la mansión está dividida en apartamentos y no estoy autorizado a decir quién vive aquí. Usted es una completa desconocida, ¿lo entiende, verdad?

—El que me interesa en realidad es el marido inglés de la hija ¿Sabe algo de él? —preguntó Tess con la intención de sonsacarle algún tipo de información al portero.

El conserje permaneció en silencio.

—Según me acaba de informar una vecina del barrio, la señora Aldecoa falleció hace algunos años.

—Pobre muchacha, cuando él murió se volvió loca. Sabe que dicen que su fantasma aún vaga por la casa —añadió en voz baja

—¿El del inglés?

—No, el de la joven señora.

Entonces comenzó a narrar la leyenda de la locura de la única hija de Ramón Salazar.

El esposo de Elisa había muerto durante la Guerra Civil junto con su hija. Había sido una tragedia para todos, pero en especial para la viuda, una mujer de salud delicada completamente enamorada de su marido y que amaba profundamente a su hijita, una niña a la que le había costado mucho concebir. El dolor la había encerrado entre las cuatro paredes de su casa. Nunca salía de la mansión y una vez terminada la contienda solo lo hacía los domingos, y fiestas de guardar, para ir a misa. Decían que no tenía ganas de vivir y que el

sufrimiento por la terrible pérdida la estaba matando lentamente. Un día se la habían encontrado al amanecer en la playa de Ereaga, en una de esas jornadas de fuerte temporal en el cantábrico, ataviada con su traje de boda y, arrastrando la enorme cola del vestido por la arena, se fue adentrando en las frías aguas del mar. Cuando las olas saltaban por su cintura y la marejada la alejaba de tierra firme, un pescador había dado la voz de alarma a la Casa de Náufragos y rápidamente la habían rescatado de morir ahogada. Durante el salvamento había opuesto una feroz resistencia mientras recitaba palabras incoherentes. Nadie habló de aquel intento de suicidio, aunque era un secreto que todos conocían, en los corrillos a media voz lo achacaban a su débil estado mental, muy comprensible, después de la enorme pérdida sufrida.

Nunca había vuelto a salir de casa, al principio se la podía ver vagando por el jardín, enfundada en su vestido de novia, cada vez más sucio y ajado, y con un muñeco en las manos diciendo que era su bebé. Un día había desaparecido, algunos dijeron que se había encerrado en su habitación para siempre, otros que la familia Salazar, al fin, había decidido internarla en una casa de reposo donde la daban mejores atenciones. La verdad era que un par de años después había aparecido una esquela en el periódico anunciando su muerte, se le había hecho un discreto funeral y la habían enterrado en el mausoleo familiar en el cementerio de Derio. Nadie supo a ciencia cierta dónde había muerto o cuáles habían sido las circunstancias de su defunción; ninguna persona ajena a la más íntima familia había podido velar su cadáver. Se especuló que se había suicidado. La Iglesia Católica no deja enterrar a los suicidas en sagrado, pero don Ramón había acallado los rumores con cuantiosos donativos al obispado. Pasado un tiempo se habían atenuado las habladurías, la gente del barrio podía ser rivales en los negocios, pero las familias eran una piña para tapar los devaneos y las desgracias de su entorno, y desde luego no permitían que nadie quitara un ápice de lustre a sus apellidos con murmuraciones malévolas.

Por mucho que lo habían intentado, no pudieron hacer callar las habladurías de la gente corriente cuando comenzaron a relatar a media voz los trágicos

avatares de Elisa Salazar y la habían convertido en leyenda. Muchos años después, se contaba que su espectro volvía cada cierto tiempo a la mansión familiar para buscar a su marido y a su hija, y que vagaba por las estancias llevando aún puesto su ajado vestido de novia, del que nunca se había despojado, desde aquel aciago día en que se adentró en aguas turbulentas buscando la paz eterna.

—¿Ha visto usted alguna vez al fantasma? —preguntó Tess al conserje.

—Verlo no, pero sí le puedo decir que, sobre todo determinadas noches, a veces se oyen ruidos extraños y se sienten cosas —reveló el hombre muy serio.

Tess volvió a mostrarle al hombre la fotografía, ya que parecía que estaban cogiendo confianza, con la esperanza de que tal vez pudiera hablarle de alguna de las personas que aparecía en ella.

—Por casualidad no le resultara conocido alguno de los rostros del servicio de la familia que están en la foto.

—Es demasiado antigua, como puede suponer yo entonces no trabajaba aquí —advirtió el hombre mirándola con detenimiento.

—Me interesa sobre todo la mujer que está enmarcada con el círculo —indicó ella mientras señalaba a la mujer con el dedo índice.

—Está claro que es una de las criadas, por el vestido. A veces se acerca por aquí paseando una señora que, cuando era jovencita, trabajó como pinche de cocina en la mansión y solemos charlar de aquellos tiempos. Tal vez ella se acuerde de algo o incluso pueda reconocer a alguien de los que salen retratados.

Tess volvió a guardarse la foto en el bolso.

—¿Y alguien de la familia?

El conserje dibujo en su rostro una enigmática sonrisa, pero no contestó nada.

—Volveré mañana para ver si puedo hablar con esa señora.

—Venga hacia el mediodía —le sugirió el portero—; si aparece será a esa

hora, pero no le prometo nada, ya que no viene a diario.

—No importa, no faltaré a esa cita —replicó Tess sonriendo mientras se alejaba del lugar.

Aquella noche volvió a dormir mal. Soñó con una mujer que corría por la arena de una playa vestida con un raído ropaje de novia y que intentaba atrapar, con unas manos cadavéricas, a la abuela Sarah convertida ya en una mujer anciana.

Llegó pronto a la cita del día siguiente; eran las doce en punto volvía a estar de nuevo frente a la casa. No se veía al conserje y se sentó en un banco que estaba junto a los edificios de apartamentos cercanos para esperarlo, ya que no quiso entrar en el recinto de la mansión. Una hora después divisó al portero caminando por el sendero. Se levantó del banco y fue a su encuentro.

—Un miembro de la familia hablará con usted, el joven señor Mendizábal. Me ha comunicado que le ha surgido un pequeño problema en el trabajo, pero que viene para aquí y le ruega que le espere.

—Muchas Gracias. No sabe lo agradecida que le estoy por su ayuda —dijo Tess con el semblante que reflejaba su alegría por encontrar a algún descendiente de los Salazar.

—Parece una chica agradable así que se puede sentar en el jardín de la casa, y si le apetece tomar algo le puedo ofrecer un café o un refresco.

—No se moleste en sacar nada, pero si no le importa me sentaré en uno de esos bancos; es un magnifico lugar para esperar a alguien —dijo Tess sonriendo.

El conserje le devolvió el gesto y la acompañó al recinto; después, se dio la vuelta y volvió al interior de la mansión.

Media hora más tarde salió de la casa un hombre, rondando la treintena, ataviado con unos vaqueros y una camisa blanca; su pelo era castaño y su tez clara. Escondía sus ojos detrás de unas clásicas gafas de sol Ray-Ban. Dos cosas llamaron poderosamente la atención a Tess: su elegante forma de andar y

su cuerpo fibroso, y bien cuidado, acostumbrado al ejercicio. Era un hombre atractivo y desde luego él lo sabía

—¿Eres tú la chica extranjera que pregunta por la casa de los Salazar? —interpeló de manera amistosa marcando su rostro con una encantadora sonrisa. Tenía una voz seductora, profunda y grave, que parecía que al hablar acariciaba con las palabras.

—Sí, mi nombre es Tess Hamilton y estoy interesada en encontrar a alguien de la familia Salazar —al decir estas palabras intentó que no se notara su nerviosismo. Se sintió un poco tonta por su turbación.

—Soy Borja Mendizábal Salazar. ¿En qué puedo ayudarte? —comentó a la vez que le tendía la mano con cortesía.

Tess correspondió al saludo y estrecho la mano tendida. Al rozarla sintió su piel fina y la firmeza con que retenía la suya.

—Tengo una fotografía que he encontrado entre las cosas de mi abuela en Inglaterra que está tomada en esas escalinatas hace muchos años —dijo haciendo un gesto con la cabeza para señalar el lugar—. En ella se puede ver a mi bisabuelo, o alguien con un increíble parecido, en una foto de boda, pero yo desconocía que hubiera estado casado con otra mujer que no fuera mi bisabuela. También hay una mujer, que por lo que he entendido pertenecía al servicio de aquella época, y que se encuentra señalada con un círculo rojo, lo que me hace pensar que es una persona importante para el misterio que me ha traído hasta aquí y estoy intentado resolver.

Borja se quitó las gafas y dejó al descubierto la mirada profunda de sus ojos oscuros.

—¿Puedo ver la foto?

La sacó del bolso y se la ofreció. El la contempló en silencio durante un breve espacio de tiempo.

—Sí, está tomada aquí. Es una de las fotos antiguas de la familia que se conserva en el álbum familiar.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí, claro —respondió él—. No es la primera vez que veo esta imagen, fue tomada el día de la boda de Elisa Salazar con Thomas Bennett; la pareja mayor son Ramón Salazar y su esposa Carmen. Están posando con el servicio en un acontecimiento importante, algo común en la época. Era una forma de decir que el servicio también formaba parte de la familia pero, como puedes ver, la propia imagen refleja la división de las clases sociales por algo tan simple como su vestimenta.

—Thomas Bennett era mi bisabuelo —las palabras salieron de su boca en apenas un balbuceo.

—Eso es imposible, murió en la Guerra Civil Española —refutó Borja con convicción—. ¿Estuvo casado antes en Inglaterra?

—Eso es algo que desconozco, nunca se habló de ningún matrimonio anterior de mi bisabuelo. Mi abuela Sarah era su única hija y acaba de morir en Inglaterra, y Thomas, su padre, era el viudo de Alice Bennett, que murió en uno de los bombardeos sobre Londres durante la Segunda Guerra Mundial.

—Ese Thomas que dices que es tu antepasado no podía ser el marido de Elisa, posiblemente sean dos personas diferentes con el mismo nombre —confirmó Borja con ímpetu.

—El hombre de la fotografía es mi bisabuelo —repitió Tess con convicción una vez más—; coincide el nombre y la apariencia. Son la misma persona.

—Mira, tal vez un hombre con un cierto parecido tomó la identidad de Thomas para huir del fascismo. Eran tiempos de confusión y la Guerra Civil en España convirtió a muchos republicanos en exiliados, gente perseguida que tuvo que desaparecer para salvar su pellejo —pronunció Borja mirándola fijamente a los ojos.

—¿Entonces por qué entre las cosas de mi abuela también estaba esta foto? —dijo mientras rebuscaba en el bolso la fotografía de boda de Thomas y Elisa y se la mostraba.

Borja miró la foto con incredulidad.

—Es la foto de boda de Elisa. Dicen que se volvió loca y murió con ese

vestido puesto, aunque para entonces ya estaba muy sucio y ajado porque se negó a quitárselo los últimos años de su vida.

—Todas las fotografías estaban escondidas. Tengo más. —Tess volvió a rebuscar en su bolso le enseñó las otras dos.

—A la chica no la conozco y en cuanto a la otra es la de una familia típica de aldeanos que están posando delante del caserío familiar —señaló Borja después de examinarlas durante un rato.

—¿Se podría saber dónde fue tomada? —preguntó Tess esperanzada.

—No, es cualquier zona rural vasca, incluso podría ser la parte norte de Navarra, la zona del valle del Baztan tal vez, ya que Ramón Salazar era navarro.

Borja vio la desilusión en los ojos de Tess.

—La verdad es que me has intrigado con las fotos —y añadió—: no sé por qué esas fotos de mi familia están en tu poder.

—La chica del retrato y la que aparece con la otra familia es mi bisabuela Alice o por lo menos alguien que se parece muchísimo a ella —explicó Tess—. Pero no entiendo qué relación pueden tener una gente que vivía en esta mansión con una familia campesina.

Entonces le contó la historia de las enigmáticas palabras, mientras le mostraba el anillo, y el descubrimiento de las fotos ocultas detrás de la litografía del *Guernica*.

—El anillo que llevas es demasiado sencillo para ser de la familia Salazar, desde luego te puedo asegurar que no es una joya familiar —pronunció Borja muy serio; tomó aire y añadió—: en cuanto a las fotos detrás del cuadro, solo te puedo decir que Thomas Bennett y su hija murieron durante el bombardeo de esa localidad en la Guerra Civil.

Tess lo miró con sorpresa por las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Murieron allí? ¿Estás seguro? —preguntó mientras se llevaba las manos a la boca en un gesto de profundo desconcierto.

—Por supuesto, he oído contar muchas veces esa historia porque soy el

biznieto de Ramón Salazar. No tenía herederos varones directos, pero si una gran fortuna y a nadie a quien legarla y adopto al hijo huérfano de un primo, mi abuelo.

El mismo día que terminó la Guerra Civil, Ramón había comprendido que nunca podría tener un sucesor y había comenzado a preparar a Emilio Aguirre, un pariente lejano de su esposa Carmen, como el heredero de sus negocios. Una llamada desde Pamplona había cambiado el destino de los acontecimientos. Una enfermera de sala del hospital Alfonso Carlos le había comunicado que su primo Gregorio Salazar, combatiente en la Guerra Civil en un tercio requeté navarro, había fallecido a causa de las profundas heridas producidas en el campo de batalla. Viudo desde años atrás y con un único vástago, le había confesado con preocupación a la enfermera que le inquietaba mucho el futuro de su hijo Gregorito que, con quince años, no solo iba a carecer de la mano firme de un hombre que lo guiara por la vida, sino que se quedaba huérfano a merced de la beneficencia, ya que carecía de parientes dispuestos a acogerlo. Antes de exhalar su último aliento le había hecho prometer a la enfermera le haría llegar un recado a su primo: «Cuida de mi hijo; sé que tu harás del muchacho el hombre que quiero que sea».

Ramón Salazar no había vacilado ni un minuto. Había adoptado legalmente al muchacho y le había dado la mejor educación que el dinero había podido comprar; primero en el colegio de los Jesuitas de Bilbao y después en la Universidad Comercial de Deusto. Al acabar los estudios, había empezado a trabajar en los negocios familiares preparándose para ser el sucesor. Para reparar de alguna manera el agravio realizado a Emilio Aguirre, había casado a Gregorito con su hija mayor, Julia, y además le había dado un sillón en el Consejo de Administración de la naviera.

—Gregorio Salazar y Julia Aguirre son mis abuelos maternos —dijo Borja Mendizábal—, así que soy biznieto de Ramón Salazar.

—¿Vive alguno de ellos? —preguntó Tess con la esperanza de poder hablar con alguno de los dos.

—No, murieron hace ya algunos años.

—A veces estas familias conservan algún tipo de documentos privados durante generaciones. ¿Sabes si la tuya guarda diarios, contratos o algún otro escrito donde pueda husmear y averiguar algo?

—Sinceramente, lo desconozco, quizá mi madre guarde alguna cosa, pero no te lo puedo asegurar. Cuando se tuvo que dismantelar la mansión se tiraron muchos papeles, algunos porque los consideraron inútiles y otros simplemente reflejaban acontecimientos que era mejor olvidar. Mi madre pertenece a una generación que lo tuvo todo un día y lo perdió el siguiente casi sin darse cuenta.

Comenzó a narrarle aquellos años dorados del barrio, y su gente, que reflejaban las viejas fotografías que había traído con ella. Le habló de la llegada de un joven Ramón Salazar a Neguri a principios del siglo XX; era el periodo de máximo esplendor de la oligarquía de la que fue parte. Eran hombres ricos que invirtieron en minería, astilleros, siderurgia o finanzas, y se hicieron mucho más prósperos. Los empresarios de aquella generación estaban entre los millonarios españoles y algunos de ellos incluso habían comprado títulos nobiliarios que les habían permitido dejar de ser burgueses para convertirse en aristócratas. Uno de esos oligarcas había sido Salazar que había extendido sus tentáculos en la industria naval y se había convertido en propietario de un gran astillero y una naviera. Años más tarde había comprado para sí el título de conde.

La Guerra Civil había truncado sus planes y, fieles al bando nacional, cuando finalizó la contienda Ramón, y sus amigos, habían utilizado sus buenas relaciones con el régimen franquista para conseguir no solo poder económico, sino también el político y social. Lo realmente importante para formar parte de todo aquel esplendor era el pedigrí, no el dinero, y ellos tenían ambas cosas. Ningún millonario advenedizo había logrado cruzar sus murallas. Nunca habían pensado que un día caerían y jamás se prepararon para hacerlo.

En los años setenta del siglo XX la crisis había desbaratado la industria

vasca. La llama de los Altos Hornos, su emblema, se había ido apagando lentamente y arrastró en su caída a muchas otras empresas. Ramón Salazar había perdido el astillero y había visto su naviera languidecer lentamente hasta que murió. Como él, muchos de sus amigos pasaron del esplendor al ocaso.

—Lo que hoy en día ves de Neguri son los restos de un naufragio —reveló Borja levantando sus brazos y señalando a su alrededor—. Actualmente el dinero y el poder no se obtienen por relevo generacional. Hoy en día el trabajo hay que ganárselo y nadie mantiene en un puesto a un incompetente solo por su apellido.

—Me imagino que el derrumbe de aquella sociedad tuvo que ser dura —dijo Tess y añadió mirándole fijamente—, pero tú al fin y al cabo eres uno ellos.

Borja se quedó en silencio y luego replicó:

—En cierto modo sí lo soy por parte de madre, aunque tengo que reconocer que es una mujer atípica. Ella estudió en la universidad en una época que pocas mujeres de su clase social lo hacía, se casó con quien quiso, sin importarle su pedigrí social, para gran disgusto de sus padres y nunca utiliza el título de condesa que heredó. Así que ya vez, soy un mestizo social.

—He comprobado que aún se mantienen en pie algunas de aquellas mansiones y son impresionantes.

—Muchos de sus propietarios terminaron arruinados y no podían mantener los palacetes. Algunos de ellos tenían hasta veinte personas de servicio; ese gasto es hoy por hoy inasumible. De sus descendientes, unos pocos han conseguido mantener a duras penas las casas, otros las han vendido y se han marchado a barrios cercanos.

—He visto algunas muy bien conservadas.

—Unas forman parte de dependencias municipales y otros son sedes sociales de empresas. Muchas, verdaderas joyas arquitectónicas, fueron derruidas para construir apartamentos. Mira —dijo señalando los edificios al lado de la mansión—, ese terreno que hoy en día ocupan los bloques de pisos era el jardín de la casa Salazar. Donde hoy se levantan esos apartamentos antes había

un estanque artificial con patos, un enorme jardín con pavos reales y caballerizas. Mi madre de niña se paseaba con su pony por el jardín mientras su abuelo la acompañaba en su caballo. En cuanto a la casa solariega está reconvertida en apartamentos de lujo. A la muerte de Ramón Salazar, mi abuelo intentó mantenerla, pero era una ruina; al heredarla mis padres se vieron obligados a vender los terrenos del jardín a un constructor para no perderla. Acercaron la valla forjada hacia la vivienda porque no la quisieron destruir, cerraron la mayoría de las dependencias y se redujo el servicio a una persona interna y a contratos externos cuando se necesitaba más personal. Aun así era imposible mantener el edificio en buen estado y los gastos eran descomunales, así que al terminar yo la carrera de arquitectura la convertimos en apartamentos de lujo para alquilar. Nosotros vivimos en la torre derecha que está dividida en dos pisos, el bajo es el de mis padres y el de arriba el mío. El resto de los apartamentos ya te he dicho que los alquilamos para poder sufragar los gastos de mantenimiento. Mi padre tuvo la buena cabeza de hacerlo para no perder todo el patrimonio.

—Me gustaría saber qué pensaría Ramón Salazar de todo esto —manifestó Tess—. Ver su mansión dividida y ocupada por extraños.

—Posiblemente no se lo creería, o acusaría al plebeyo de mi padre de arruinar su precioso legado —replicó Borja con sarcasmo.

—Igual tu madre me podría ayudar en mi búsqueda —apuntó Tess tímidamente.

Borja la miró durante un instante.

—No es precisamente una persona a la que le guste hablar del pasado —dijo al fin.

—¿Sabe que estoy preguntando?

—No, no he querido decirle nada hasta no hablar contigo. No sabía quién eras o lo que estabas buscando; por eso he preferido ser yo la persona que te recibiera. Ahora que te conozco intentaré hablar con ella, aunque no te prometo nada.

—Gracias, Borja.

—No me lo agradezcas, estoy intrigado por esas fotos y por el inglés al que todos creían muerto y resulta que parece ser que tiene una biznieta. Lo único que lamento es que el insigne prócer Ramón Salazar no esté vivo para verlo, pero seguro que en estos momentos está revolviéndose en su tumba y cavilando la forma de volver del más allá para poner orden.

Sus palabras fueron acompañadas por una sonora carcajada de regodeo.

Capítulo 6

GUERREROS

El llanto chillón de un bebé resonó con fuerza en la mansión de los Salazar. Tres meses atrás había nacido la primera hija de Elisa y de Thomas, Emilia Bennett-Salazar. La niña había sido inscrita en el Registro civil con el apellido paterno y materno formando uno solo; ella y todos sus hermanos, cuando llegaran, llevarían el apellido Salazar a las nuevas generaciones. El patriarca de la familia no había celebrado su nacimiento con euforia: era una niña, no llenaba su expectativa de fines sucesorios y no se molestó en disimular su decepción. Elisa tampoco ocultó su contrariedad al saber el sexo de su bebé. Si hubiera sido un varón ya habría cumplido su tarea de procrear al sucesor de su padre y no tendría que volver a pasar de nuevo por la inquietud de la concepción, el embarazo y el parto. La pequeña solo se limitaba a dormir y a comer, y no daba demasiado la lata. Carmen y Elisa esperaban que la niña dejase atrás la hinchazón de sus ojos, la rojez de su cara y su nariz aplastada para presentarla ante sus amistades en ese momento era un tanto feúcha, aunque se notaban sus ascendentes sajones en los ojos azules, la piel blanca y el pelo rubio. Con el tiempo podría ser una bonita niña. El hermano tendría que llegar más tarde, muy a su pesar.

Delicada de salud, su embarazo había sido muy complejo y apenas había salido de su habitación. El nacimiento, a altas horas de la madrugada, después de más de dos días con dolores, la había dejado exhausta y además no le había

subido la leche. El no poder amantar a su hija ella misma no suponía ningún problema, nadie de su posición lo hacía, y ya habían contratado a una joven de Bermeo, viuda reciente y con un hijo recién nacido, como ama de cría para dar el pecho a la niña. Elisa, que apenas pudo abandonar su habitación durante el embarazo a causa de complicaciones médicas, no pensaba quedarse ni un minuto más de lo necesario encerrada en la casa y quería reanudar cuanto antes su vida social. De momento una niñera, y la *aña* que amamantaba al bebé, eran suficientes para cuidar de la pequeña.

En las dependencias del servicio, Dominga estaba de luto y tenía pocas ganas de fiestas, aunque intentaba que nadie lo notara, no quería que los señores pusieran en duda su buen hacer ni volverse descuidada y que la echasen de la casa. Trabajo no le iba a faltar, su buena cocina era conocida entre todas las familias de Neguri, pero con los Salazar estaba a gusto. La pena la carcomía por dentro. Su hija Lorenza, a la que más quería, se había ido consumiendo poco a poco por el cáncer que anidaba en su estómago. Le habían dado radioterapia, un tratamiento caro, gracias a la generosidad de don Ramón, que no había reparado en gastos, pero nada se había podido hacer por ella, ya que la maldita enfermedad la había ido devorando lentamente. Su maltrecho cuerpo no había admitido ningún alimento hasta que había dejado de comer por completo y se había ido mermando poco a poco hasta convertirse en una carcasa de piel y huesos. Los últimos días de su vida se asemejaba a un frágil pajarito y su hermana Josefa era la que estaba cuidándola permanentemente, le hubiera gustado permanecer al lado de su hija hasta recoger su último suspiro de vida pero su cocina no podía ser desentendida. Se despidió de ella la tarde que tenía libre y a la mañana siguiente le mandaron el aviso de su fallecimiento. Era el último golpe que la vida le había traído: primero se había marchado un hijo con apenas diez años, luego el marido y en ese momento su adorada niña. De la familia que había formado solo le quedaba Josefa, pero no se llevaba muy bien con ella. Era una chica díscola, muy distinta a su hermana.

Sabía que nunca iba a obtener su perdón por convertirla en la amante del inglés. Tanto don Ramón como ella eran católicos y seguían todos los preceptos que ordenaba la iglesia; sin embargo, habían pecado realizando un acto impúdico y cruel. Se había confesado por supuesto y el sacerdote le había calmado con bellas palabras, le aseguró que El Señor entendía que había sido su afán por salvar a Lorenza la que le había llevado a proceder en contra de todos los buenos preceptos de la moral. Estaba arrepentida, pero en el fondo de su corazón sabía que, si la ocasión se volvía a presentar, lo haría de nuevo. No albergaba ninguna duda, aun así esperaba que Dios le absolviera la falta y para ello rezaba el Rosario todas las tardes.

Podía llegar a entender que Josefa se mostrase tan fría y distante con ella pero, egoístamente, la necesitaba a su lado. Su yerno no podía ocuparse de los tres hijos que Lorenza había dejado y existía una moza, aún sin casar, aunque rondaba los treinta, que vivía en un caserío cercano al de su difunta hija, y se mostraba muy solícita en atender al viudo. Dominga tenía miedo de que, tarde o temprano, ocurriese algo inevitable; conocía bien lo fácil que era para un hombre sucumbir al pecado de la carne, y Demetrio no tardaría en hacerlo. No quería esa madrastra para sus nietos.

La única forma de realizar lo que tenía en mente era acabar el acuerdo al que había llegado con don Ramón; de esta manera su hija sería libre para dejar al inglés e irse a vivir al caserío donde podría ocuparse de su cuñado y de sus sobrinos. Pasado el tiempo de luto, se podían casar y así su hija podría tener una vida respetable y olvidar su licencioso pasado.

—No —gritaba Salazar furioso ante la proposición de Dominga—, tenemos un pacto y lo vas a cumplir hasta el final. La chica se queda en la casa de Catalina y allí la seguirá visitando Thomas cuando quiera. Cuando hicimos el trato estuviste de acuerdo, mis buenas pesetas me ha costado. Creo que no tengo que recordártelo.

—Señor, pero ahora que la niña ha nacido, quizá Josefa pueda estar más libre. Tal vez el joven señor no la requiera demasiado tiempo —insistía

Dominga obstinada.

—¡Maldita sea! El tiempo que la necesite es cosa de él. La obligación de ella es estar disponible siempre. Eso es lo que hacen las amantes y tú estuviste de acuerdo en que tu hija lo fuera, así que ahora no me vengas con monsergas. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Pues esta conversación se acaba aquí porque no hay más que hablar. Te puedes retirar.

Dominga abandonó la estancia cabizbaja, pero sin resignarse ante las circunstancias adversas. Tenía que arreglar la situación y debía ser rápido, antes de que la arpía de la vecinita encandilase a Demetrio y se quedase con los nietos, la casa y los terrenos.

Ajenos a la agitación que los rodeaba, Thomas y Josefa habían hecho de la habitación en casa de Catalina su particular mundo. Estaban tumbados en la cama, entrelazados después de una prolongada tarde de amor. Thomas acariciaba lentamente el cabello de su amante mientras ella frotaba con uno de sus dedos, en un íntimo y sensual gesto, la palma de la mano del hombre al que amaba. El comienzo de su historia no había sido convencional, pero se habían encontrado dos personas que necesitan amar y sobre todo ser amadas. Dos seres perdidos que se habían aferrado fuertemente el uno al otro para sentirse a salvo y no volver a extraviarse nunca más.

Unos breves segundos después, a continuación de ese acto tan sumamente erótico que estaba llevando a cabo Josefa, Thomas la apresó el dedo con que lo acariciaba y se la llevó a los labios. Lo introdujo en su boca y comenzó a succionar con delicadeza. Ella sintió el calor que emitía su boca y extrajo con ímpetu su dedo para acercar con apremio sus labios a los de él y regalarle un beso, suave al principio pero que fue subiendo en intensidad hasta convertirse en abrasador. Amaba a aquel hombre por encima de todas las cosas, nunca pensó que aquel trato infame que había hecho su madre con Ramón Salazar la

llevaría al estado de felicidad que estaba viviendo. Se había enamorado y, lo que era muy valioso, se sentía totalmente correspondida por él.

—¿Cómo se dice te quiero en tu idioma? —preguntó él apretándola con ternura contra su pecho y acariciando su barbilla.

Al idioma al que se refiera era el vasco, el lenguaje que hablaba siendo niña en el caserío con su padre. Ahora intentaba hablarlo con sus sobrinos para que no lo olvidaran, de la misma manera que se lo había transmitido a ella. Su madre lo conocía pero jamás lo usaba. Desde que había entrado a trabajar al servicio de los Salazar opinaba que era un idioma de gente ignorante e inculta y no quería utilizarlo.

—*Maite Dotzut* —respondió ella.

Thomas abandonó el lecho y fue a buscar algo al bolsillo de su chaqueta. Al volver se arrodillo en un costado de la cama y atrajo a Josefa hacia él. Cogió su mano izquierda y acercó la palma a sus labios dándole un tierno beso.

—*Maite Dotzut* —dijo emocionado—, bendigo el día que Ramón Salazar me propuso esta locura porque fue el día que comencé a vivir realmente.

Entonces la mostró un sencillo aro de plata. Se lo acercó a Josefa y le reveló lo que interiormente llevaba grabado el anillo, las palabras y a su lado un *lauburu*, la cruz vasca de brazos curvilíneos.

—¿Está bien escrito? —preguntó Thomas con una sonrisa.

—Sí, claro que sí —respondió Josefa con un hilo de voz y los ojos húmedos, visiblemente emocionada.

Fue entonces cuando Thomas Bennett se llevó la alianza a los labios para depositar un sutil beso, después introdujo el anillo en el dedo anular izquierdo de Josefa mientras pronunciaba unas palabras mirándola a los ojos:

—Sé lo difícil que ha sido para ti vivir esta situación. Si pudiera proclamar a los cuatro vientos que te amo y hacerte mi esposa, ante Dios y ante los hombres, lo haría, pero sabes que hoy por hoy ese acto es imposible; por eso quiero hacer una ceremonia privada, solo para ti y para mí. Con este anillo yo te desposo —comenzó a susurrar Thomas—. Te reconfortaré cuando estés

triste y reiré contigo cuando te sientas alegre. Confía en mi amor aún en los momentos más difíciles que lleguen a nuestras vidas.

—Yo también prometo amarte hasta mi último aliento de vida y ser siempre tu fiel compañera. Este anillo y tus palabras significan mucho para mí. — Josefa no pudo seguir hablando porque la emoción le embargaba y no permitía salir a sus palabras.

—Claro que lo sé, conozco la educación tradicional y católica que recibiste y todos los obstáculos que has debido franquear para entregarte a mí de la manera que lo has hecho. Eso hace que nuestro amor sea tan especial y único. El amor es generosidad y eso es lo que tú me regalas cada día. Por ahora solo puedo decir que te amo por medio de ese anillo en el que querido grabar esas las palabras y aunque están ocultas a los ojos de la gente siempre estarán en contacto con tu piel.

Selló la promesa con un beso que fue el prelude para una tarde de amor.

Los acontecimientos que se estaban produciendo fuera de su la burbuja creada por ellos eran convulsos. Aquel año de 1935 España vivía el segundo bienio de la Segunda República Española gobernada, en una confederación de derechas, con Niceto Alcalá Zamora de presidente. En los círculos empresariales de Bilbao algunos de sus integrantes apostaban claramente por él, mientras que otros, aunque minoritarios, seguían las doctrinas nacionalistas de Sabino Arana, entre ambos bandos acontecían acaloradas discusiones políticas en los clubes en las que Thomas no participaba; ese apasionamiento no comulgaba con su flema británica, y en su fuero interno pensaba, aunque nunca lo decía abiertamente, que la sangre caliente de los españoles los hacía discutir más de la cuenta por cosas que, a veces, carecían de sentido.

Josefa y Catalina no tenían opiniones políticas definidas, pero estaban contentas con la república. La transformación más significativa para ellas era que, por primera vez en la historia de España, habían podido votar y se sentían libres para elegir el papel que querían desempeñar en su vida. Aunque el mundo se convulsionaba por los cambios que estaba viviendo en el piso de la

calle de la Estación reinaba la alegría. Catalina no le había dicho a su amante nada sobre los estudios de taquigrafía y mecanografía que estaba realizando. Llegaría el momento en que Salazar se desharía de ella por otra más joven y, aunque estaba segura de que le daría una cuantiosa compensación, el dinero se acababa rápido, pero si lograba colocarse como secretaria o recepcionista en alguna oficina, con los ahorros que tenía y su sueldo, podría mantener su hogar sin dificultades. Por su parte, Josefa se estaba preparando para iniciar los estudios de magisterio.

El día que Thomas Bennett se presentó en la casa de la calle de la Estación con su hija en brazos, Catalina se tapó la boca con la mano en un gesto de absoluta sorpresa y tuvo el impulso de cerrar la puerta de golpe, pero en una fracción de segundo se percató que no estaba en posición de hacerlo. Thomas tenía, doblada sobre su brazo, la manta del bebé de lana y terminada en unos llamativos pompones de color rosa. La pequeña Emilia se empeñaba en agarrar uno de ellos sin demasiado éxito y cada vez que no lo conseguía emitía un pequeño grito de enfado. Aquel ser inocente no debía pagar los pecados de los adultos que la rodeaban; incapaz de rechazarla, le sonrió con dulzura.

—Pase por favor, pero no sé si será muy conveniente... —Catalina dejó las palabras en el aire mientras se retiraba y le franqueaba la puerta.

—No te preocupes, si veo que la situación es incomoda, me voy enseguida —dijo Thomas mientras se adentraba en la casa y se dirigía al salón.

Josefa salió al oír las voces y, cuando vio a la pequeña, su cuerpo se tensó; sintió como si millones de alfileres taladrasen su estómago e intentó ahogar el lamento que pugnaba por salir de su garganta, pero se recompuso enseguida. Al fin y al cabo era la hija del hombre que amaba, una parte de él. En lo bueno y en lo malo.

La niña se quedó mirando a la mujer durante un instante con sus grandes ojos azules y extendió un brazo para intentar tocarla. Josefa fue acercando uno de sus dedos a la pequeña, que acabó atrapándolo con su pequeño puño. El bebé, de piel suave y tibia con olor a leche y vainilla, lanzó una gran sonrisa

desdentada mientras hacía un ruido semejante a un pequeño chillido y le ofrecía el sonajero que tenía en una de sus manos como regalo.

—¿Me lo das? ¿Es para mí? —decía Josefa aceptando el juguete y agitándolo para hacerlo sonar.

—Papá, pa... mamá, mamá —balbucía mirándola.

Hubo un tenso silencio.

—Al único que llama papá es a mí, pero llama mamá a todas las mujeres —relató Thomas un tanto turbado.

—Voy a preparar algo de merienda a esta preciosidad y a los mayores —dijo Catalina abandonando la estancia para dejar solos a los amantes.

—Me alegro de que hayas traído a la niña —dijo al fin Josefa rompiendo el mutismo.

—No quería importunarte, pero se me ha ocurrido así de repente... no me he dado cuenta de que tal vez pudiera molestarte. Perdóname.

Josefa miró alternativamente al padre y a la hija:

—¿Cómo me va a molestar este bichejo? —dijo extendiendo las manos a la niña y observando, por el rabillo del ojo, la tranquilidad que denotaba el rostro de su padre.

Cogió a la niña de los brazos de Thomas y se sentó con ella en el suelo, la puso de frente y comenzó a taparse la cara y jugar a las escondidas mientras ambas se carcajaban.

—Me siento feliz de verla tan contenta —dijo Thomas con voz alegre.

—Sí, estos juegos les encantaban a mis sobrinos cuando eran pequeños.

—¿Jugabas mucho con ellos?

—Cuando vivía en su casa me gustaba pasar mucho tiempo con los pequeños y ayudarlos a descubrir la vida.

Catalina entró con una bandeja en el comedor y la depositó en la mesa.

—A la niña le he hecho una papilla de maíz con leche y le añadido un poco de miel. Espero que le guste.

—Perfecto —apuntó Thomas—; es una comilona, le gusta todo.

Mientras estaban hablando Josefa iba dando el cuenco de papilla a Emilia, y tal como su padre había dicho, era muy buena comedora y se la acabo toda sin protestar. Cuando vio el plato vacío sonrió abiertamente con un gracioso mohín.

—Merendad vosotros —dijo Catalina dispuesta a abandonar la habitación.

—No, quédate con nosotros —le dijo Thomas.

—Pero Antonio va a venir del colegio y... ya sabe —insistió Catalina nerviosa—, el niño hay cosas que no entiende.

—Lo único que tiene que entender es que es mi hija y la he traído aquí para que vosotras la veáis —replicó Thomas—; además, a la niña le vendrá bien jugar con otro niño.

—¡No digas eso! —le reprendió Josefa divertida—. Antonio tiene ya nueve años y cree que es muy mayor.

Llamaron a la puerta y Catalina fue a abrir; el muchacho beso primero a su madre y después entró corriendo en el comedor para abrazar a Josefa. Al percatarse de que estaba Thomas Bennett con la niña, se sintió azorado.

—Lo siento —dijo con hilo de voz.

La pequeña Emilia lo miró con sus grandes ojos y comenzó a mover sus bracitos en señal de alegría. Josefa acercó la niña a Antonio que le acarició su cara tiernamente mientras la nena sonreía con entusiasmo.

—No te creas que voy a jugar contigo porque tengo que merendar y después hacer los deberes —le decía mientras la chiquilla intentaba acercar sus manos a la mejilla de su amigo.

—¡Claro, eres muy mayor para andar jugando con bebés! —comentó Catalina a su hijo revolviéndole el pelo con las manos.

El muchacho sonrió ampliamente y se marchó corriendo a la cocina, de la que volvió con unas onzas de chocolate entre pan y un gran vaso de leche.

—Me ha dicho tu madre que los estudios se te dan muy bien y que cuando seas mayor quieres estudiar intendente mercantil o derecho —apuntó Thomas para iniciar una conversación con el niño—. Buen planteamiento. Con

cualquiera de esos estudios te labrarás un buen porvenir.

Una sonrisa apareció en la cara de Antonio, y Thomas se dio cuenta de los mucho que se parecía aquella expresión a la de Catalina, una mujer dulce y amable que había acogido a Josefa como si de una hermana pequeña se tratara. Sintió un poco de vergüenza al recordar como la había juzgado. No era la amante de Salazar por gusto, de igual manera que Josefa no se había convertido en la suya por su propia voluntad. La diferencia era que Ramón había cometido un acto infame utilizando a una mujer viuda que necesitaba sacar adelante a su hijo. Él había cometido el mismo acto denigrante, pero se había enamorado de la dulce muchachita que le habían ofrecido. Ramón utilizaría a Catalina hasta que se cansase de ella, Thomas se había prometido a sí mismo defender con su propia vida, si era necesario, el bienestar y la felicidad de Josefa. Esa era una notable diferencia para un mismo hecho, o por lo menos así lo quería creer.

En cuanto terminó de merendar, Antonio se sentó en el suelo, se acercó a la niña y la hizo sentarse a su lado. Emilia estaba fascinada con su nuevo amiguito y en apenas en dos minutos se convirtieron en inseparables compañeros de juegos.

—Me gusta verla así, disfrutando con otro niño —dijo Thomas mirando a la niña completamente embelesado.

—¿Cómo la trata ella? —se atrevió a preguntar Josefa.

Catalina se retiró discretamente a la cocina.

—Está todo el día con la niñera y el *aña* —tomó aire suspirando—. En cuanto a Ramón, ya conoces su obsesión con un heredero varón, y Elisa solamente la ve cuando pide que se la bajen para mostrársela a las visitas; el resto del tiempo ni tan siquiera se acerca a su habitación porque la molesta si llora o le da asco si ve a la niñera cambiarle los pañales. Sí no te hubieran obligado a...

Los ojos de Josefa revelaron una enorme tristeza y dolor, y levantó la mano para que se callara.

—No quiero pensar en ello —susurró.

Un silencio tenso se interpuso entre los dos, pero fue interrumpido por el sonido del teléfono y la aparición de Catalina poco tiempo después.

—Acaba de llamar Ramón. Viene para aquí.

Sabían lo que aquello significaba. Salieron de la casa por separado, Thomas con Emilia primero y un poco tiempo después Josefa con Antonio, que se dirigieron al cercano parque de El Arenal para dar un paseo. El yerno de Salazar y la hija de la cocinera no se podían mostrar juntos en público; nadie hubiera creído que existía una amistad entre ambos y las murmuraciones de una aventura hubieran dañado, además de la reputación de Josefa, el buen nombre su familia política. Por supuesto Thomas jamás hubiera expuesto el honor de ella ante murmuraciones malintencionadas y además no podía permitirse el lujo de enfadar a su suegro. Aún.

La última noche de aquel año los amantes no pudieron celebrarla juntos como les hubiese gustado. Thomas debía estar en la cena de Nochevieja que Ramón Salazar celebraba tradicionalmente en su palacete. Era un honor ser invitado a aquel banquete de fin de año en la casa de los Salazar; solo los más poderosos entre todos los insignes tenían un asiento en su mesa en el tradicional festín. Después de la copiosa cena, los invitados esperaban las campanadas que anunciaban la entrada del año nuevo. Con la primera campanada comenzaron a comer las habituales uvas; al finalizar todos se pusieron en pie en la mesa, con una copa de champán en sus manos que elevaron hacia la presidencia de la mesa donde estaba el anfitrión dispuesto para pronunciar su discurso.

—Levanto mi copa —comenzó a decir Ramón— por el nuevo año que empezamos. Espero que esté lleno de dicha y felicidad para todos. Y anhelo que esté sea el año en que mi yerno y mi hija me hagan abuelo otra vez, esta vez de un varón si es posible. Por todo vosotros, y por todas las buenas cosas que seguro que nos ofrecerá este año que comienza ahora, ¡feliz 1936!

—¡Por 1936! —elevaron todas las gargantas al unísono.

Después del brindis, los invitados se dirigieron al frente de la casa para seguir con admiración el espectáculo de fuegos artificiales que todas las nocheviejas se lanzaban desde la casa Salazar y que eran vistos desde ambos márgenes de la ría del Nervión. Algunos de los invitados, sobre todo los más mayores, se retiraron sobre las tres de la mañana, pero otros, los jóvenes y juerguistas, esperaban el chocolate con churros que tradicionalmente se comenzaba a repartir a las seis de la mañana.

El reloj marcaba las ocho de ese primer día del año cuando los últimos asistentes abandonaban la mansión. Thomas y Ramón los despidieron al pie de las escalinatas y al subir las escaleras Ramón tomó por el brazo a Thomas.

—Lo del niño lo ha dicho en serio —dijo.

—Lo sé; es algo que no paras de repetir desde que nació Emilia. Ten paciencia, sabes que Elisa está muy delicada; necesita más tiempo para reponerse y aún no puedo acudir a su lecho —replicó Thomas visiblemente incómodo y liberándose de Ramón, que aún mantenía agarrado su brazo.

Al pasar por delante de la puerta de la habitación de su esposa giró levemente el picaporte, pero estaba cerrada. Respiró aliviado, aunque no le extrañó, además tampoco deseaba traspasar el umbral y adentrarse en aquella estancia; prefería la soledad de su cama y poder añorar en sueños el cuerpo tibio y suave de su amante.

Josefa no quiso ir esa noche al caserío para recibir el Año Nuevo, prefería evitar discusiones con su cuñado Demetrio. Se quedó en Bilbao junto a Catalina y su familia política. Compraron algunos deliciosos manjares en el cercano Mercado de la Ribera y turrónes artesanales a un alicantino que venía todos los años y abría un puesto en un portal de la calle Bidebarrieta. Su madre se había enfadado al conocer su decisión. Ella debía atender la cocina de los Salazar esa noche tan especial, y la asustaba y la irritaba que los vecinos de al lado fueran a pasar la nochevieja con la hija que no habían logrado casar. Debido a la tirantez entre ambas, tampoco ese año acudió a Neguri a ver la Gran Cabalgata de Reyes que organizaban las grandes familias

para sus vástagos.

La tarde del cinco de enero de 1936 iba a ser la primera vez que parara en la mansión de Salazar para dejar obsequios a la pequeña Emilia. Ese día sus Majestades de Oriente, vestidos con ricas telas, montados en bellísimos caballos árabes y seguidos por multitud de pajes a pie, con antorchas en mano y acompañados por carros ricamente engalanados que portaban magníficos presentes visitaban las casas más insignes dejando obsequios a las familias. El palacete resplandecía, con todas sus luces interiores y exteriores encendidas. Ramón Salazar esperaba a sus majestades de oriente a caballo en la verja de entrada y cuando aparecieron guío a la comitiva hasta la escalinata donde desmontó e invitó a hacer lo mismo a los tres Reyes Magos que le siguieron al interior con algunos pajes que portaban los obsequios.

En el vestíbulo, junto a la escalera que llevaba al segundo piso, los estaban esperando Thomas, Carmen y Elisa que tenía en brazos a la niña. Los Reyes le hicieron entrega a la pequeña de una bonita muñeca que representaba a un bebé de mejillas sonrosadas. En cuanto vio la muñeca Emilia se puso a dar palmas, para expresar su contento, e intentó agarrarla. Elisa no se lo permitió. Hizo un saludo con la cabeza a sus majestades de oriente, recogió ella la muñeca y la exhibió ante todo el personal de servicio mientras estos aplaudían con entusiasmo. Ofrecieron a sus majestades un pequeño refrigerio y, después de entregar otros regalos para los hijos de los sirvientes, siguieron su recorrido por otras casas del barrio.

Todos los años las calles de Neguri, durante esas breves horas del cinco de enero, se llenaban de curiosos, sobre todo niños, con la intención de ver el boato de aquella cabalgata privada a la que acompañaban en un bullicioso pasacalle.

—¿Tenemos caramelos para repartir? —preguntó Thomas a Dominga impotente ante las miradas de aquellos chiquillos parados ante la verja de la entrada.

—No, señor —contestó ella

—¡Anda Dominga! rebusca un poco que algo habrá.

—Ya sabe usted que los señores no lo aprueban y no quiero meterme en ningún lío —dijo la cocinera tímidamente.

—Yo asumo la responsabilidad. Mañana compro más y repongo las existencias así que nadie tiene que enterarse —dijo él guiñándola pícaramente un ojo—. Será nuestro secreto.

Dominga suspiró, fue a la despensa y le entregó un pequeño saquito que contenía unas tabletas de chocolate, bombones y caramelos. Thomas se acercó a los chavales más rezagados y fue repartiendo equitativamente los dulces. Sus caritas se iluminaron ante el inesperado regalo que repartía el señor que vivía en una casa tan grande. A quien no gusto demasiado el gesto de su yerno fue a Ramón que lo estaba contemplando desde una ventana del salón. A veces el inglés se comportaba como un verdadero idiota, pensó.

El mes de febrero de ese año trajo unas elecciones generales que ganó una coalición de izquierdas, el Frente Popular y, fiel a lo prometido, Manuel Azaña formó un gobierno constituido por republicanos de izquierda. Quienes apoyaban a la derecha vieron en ese gesto una provocación personal contra ellos, se comenzaba a hablar del terror rojo, y de asesinatos de empresarios y religiosos. Ramón Salazar mostraba su temor a una intervención comunista en España llevada a cabo por la Unión Soviética. Si tal barbarie se llevase a cabo, supondría el fin de sus empresas y, por supuesto, de sus fortunas. Incluso pensaba que sus vidas peligraban y recordaban, a todo aquel que quisiera oírlo, el asesinato del zar ruso y su familia a manos de los bolcheviques.

En junio el ambiente estaba enrarecido, aunque en la habitación de Josefa se seguía respirando un aire impoluto. Un rayo de sol entraba tímidamente a través de los visillos casi transparentes mientras ella permanecía tumbada en la cama, con una combinación de raso en color rosa como única prenda; dormitaba mientras intentaba seguir con uno de sus pies la melodía de la célebre canción de Fred Astaire «Check to Check», que en esos momentos

sonaba en la radio. Alguien abrió la puerta del dormitorio y Josefa abrió los ojos.

—Hola, cariño —dijo Thomas entrando en la habitación.

Llevaba un ramo de flores en una de sus manos y en la otra una botella de vino con dos copas. Josefa salto de la cama y rodeó a Thomas con los brazos. El apresó su boca y bajo su mano hacia los pechos, acariciándolos suavemente. Josefa comenzó a jadear al notar la excitación entre las piernas de su amante. Thomas le subió la combinación de raso que llevaba, sin dejar de acariciarla, hasta que se la quitó pasándola por sus brazos. Cuando estuvo completamente despojada de su ropa, la depositó en la cama, cogió la botella de vino la abrió y, en vez de verter su contenido en las copas, comenzó a derramar pequeñas gotas de vino sobre ella sin permitir que ninguna de ellas permaneciera mucho tiempo sobre su piel porque nada más derramarlo lamía febrilmente con su lengua el licor, esparcido como gotas de rocío, sobre la delicada y blanca epidermis de su amante. Lamió sus pechos y deslizó la mano por sus muslos para notar su calor y su humedad, y sintió que ella clavaba sus dedos en su espalda aferrándose a él. Con el pulgar acarició el punto más sensible de ella, y sintió como su humedad caía en su mano como néctar recién recolectado. Se bajó los pantalones y se introdujo en ella con fuerza, pero a la vez con una sutil delicadeza. Josefa susurró su nombre a la vez que su semilla caliente se derramaba en su interior. Ambos se sujetaron con fuerza en un ardoroso y prolongado abrazo.

—Mi dulce Jo —susurró él con voz ronca a la vez que salía de su interior y se tumbaba en la cama exhausto.

Un rato después se levantó y fue a la cómoda, donde había dejado las copas junto a la botella, y sirvió el vino en las copas de cristal tallado.

—Por nosotros y por nuestro amor —dijo Thomas alzando la copa.

Josefa se incorporó del lecho y se cubrió su cuerpo desnudo con un chal que estaba a los pies de la cama y comenzó a pasear nerviosa por la habitación.

—¿Ha hablado don Ramón contigo? —susurró ella a la vez que una fina

lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¿Qué ocurre? —dijo acercándose a ella para abrazarla.

—Quieren casarme con mi cuñado Demetrio.

Thomas la contemplo incrédulo a la vez que la apartaba suavemente las manos de Josefa para poder ver su rostro. Ella lo miró de frente mostrando una enorme tristeza en sus azules ojos.

—Necesita una mujer que cuide de los niños y son los hijos de mi hermana, los quiero muchísimo —contaba atropelladamente sin atreverse a mirar a los ojos de su amante—. Además, asegura que no le importa la relación que hemos tenido y que yo no sea virgen, pero para casarse ha puesto la condición de que termine lo nuestro y esperemos el tiempo suficiente para saber si estoy esperando un niño. Le he asegurado que, en caso de que el matrimonio se lleve a cabo, no volvería a verte. Mi madre me ha dicho que me tengo que casar con él porque, si no lo hago yo, lo hará una vecina y perderemos el caserío y a los sobrinos. Ya está todo hablado con don Ramón.

Contempló la atónita mirada de Thomas mientras ella hablaba con palabras entrecortadas. Se quedaron en silencio mirándose uno al otro.

—Lo más importante es lo que tú quieras. ¿Estas dispuesta a casarte por el bien de tus sobrinos? ¿Amas a Demetrio? —dijo al fin Thomas

Las lágrimas Josefa pugnaban por salir y con voz temblorosa balbuceo:

—Nunca me ha gustado mi cuñado y no hizo feliz a mi hermana; es un hombre rudo y muy autoritario, sé que nunca voy a ser mínimamente feliz a su lado. Me insulta, pero no le hace ascos al dinero que obtuvo para la enfermedad de Lorenza y el que consigue para mantener el caserío. Yo te quiero a ti; te lo he dicho muchas veces. Lo sabes.

—Entonces no tendrás que sacrificarte cariño porque yo también te quiero a ti. Nadie va a destruir esto; si es necesario me divorciaré de mi esposa para casarme contigo.

—No puedes hacer eso Thomas, sabes que si lo llevas a cabo te pondría en un situación muy difícil.

—No me importa. Te prometo que encontraré la fórmula para que no te tengas que casar con Demetrio y podamos seguir juntos.

La promesa fue sellada con un apasionado beso.

Fiel a su palabra, no dudó en comunicar rápidamente a Ramón Salazar su decisión de no abandonar a Josefa.

—Yo mismo se lo negué a Dominga cuando me lo propuso, pero luego, dándole vueltas, no me pareció una idea tan mala. No será fácil encontrar marido a la chica cuando tú la dejes, pero claro que no me imaginaba que te habías encelado tanto. Deja de preocuparte que ya te encontraremos otra — dijo su suegro con tono sarcástico.

—Cuidado, Ramón, estás hablando de Josefa y no te voy a permitir ese tono ni esas palabras para referirte a ella.

—Yo empleo el tono que quiero para hablar de quien me dé la gana y tú no eres quién para desafiarme.

Thomas notó un calor que inundaba el interior de su cuerpo. Había llegado el momento de actuar, el amor le daba las fuerzas suficientes que nunca había tenido hasta ese momento.

—Josefa es la mujer de la que estoy enamorado y, si no me queda otro remedio, me divorciaré de tu hija para casarme con ella.

—Los católicos no nos divorciamos y menos para casarnos con criadas —y añadió—: además si te divorcias perderás a la niña. Eso ya lo sabes.

—Tú no quieres a la pequeña y Elisa tampoco. Jamás me la quitarás. No te lo voy a permitir de ningún modo, así que ándate tú también con cuidado.

Una sonrisa cínica asomó del rostro de Salazar ante el enfado de Thomas.

—Puede que su nacimiento me decepcionara, pero es una Salazar y su madre debe ser tratada con el respeto que se merece. Si no lo haces, lo pagarás, ¿entendido?

—No renunciaré a Josefa. ¿Te ha quedado suficientemente claro? —replicó Thomas en un tono de voz más alto que el aceptable para una conversación entre personas educadas.

—Eres patético, muchacho, pero no olvides nunca que me debes todo lo que eres y lo que tienes. Una sola palabra mía y se acabó —replicó Salazar con enfado.

—No te saldrás con la tuya Ramón. Esta vez no.

—Mira, al principio no me gusto la proposición de Dominga, pero si la chica se casa ya es diferente. No seas egoísta y deja que tenga la vida decente que tú nunca le vas a poder ofrecer.

Con el semblante rojo de ira y los puños apretados, se quedó mirando durante un instante a su suegro, que lucía una sonrisita en su rostro. No quería seguir discutiendo y abandonó la habitación dando un fuerte portazo que retumbó en toda la casa. Ramón Salazar seguía manteniendo la mueca sarcástica; él siempre ganaba y eso era algo que todos lo sabían, incluso el estúpido de su yerno.

La decisión de Thomas enfureció a Dominga. Había puesto mucho dinero, y esfuerzo, en sacar adelante el caserío que algún día sería de su hija Lorenza, pero su prematura muerte había dado al traste con sus ilusiones. Si Josefa se casaba con el yerno, la situación podría dar un giro positivo para sus planes; el nieto mayor heredaría la casa y las tierras, pero si el inglés no la dejaba todo se iba al traste. Pidió a su yerno que tuviera paciencia, pero Demetrio se estaba impacientando; mucha de su prisa se debía a la vecina que lo presionaba para que tomase una decisión: o ella o la cuñada.

Josefa decidió enfrentarse a su madre y acudió a la mansión. Al entrar en la casa, por la puerta de servicio, la recibió un silencio abrumador. Experimentó la sensación de estar en una vivienda hechizada donde el tiempo se había quedado detenido eternamente. En el piso de arriba oyó el lastimero llanto de una niña que nadie calmaba, sabía que no debía acudir a la habitación infantil, pero un impulso muy fuerte que brotaba del instinto, y no de la razón, le hizo subir las escaleras para acudir junto a la criatura. La pequeña Emilia estaba sola, agarrada a los barrotes de la cuna y berreando con desesperación; su

rostro estaba rojo, congestionado por el llanto, lo que indicaba que debía llevar mucho tiempo en esa situación. La alzó de la cuna y la meció en sus brazos tratando de calmarla; inmediatamente la niña dejó de llorar e hizo algunos hipos mientras ella la abrazaba. No tardó demasiado tiempo en aparecer la sonrisa en su rostro, y puso sus manitas en la cara de Josefa acariciándola con sus regordetes dedos.

—*Wapa, wapa, wapa*

La había reconocido, beso su cabecita y cerró los ojos para inhalar la fresca fragancia que desprendía el pequeño cuerpecito.

—¡Zorra! —Oyó que alguien gritaba a su espalda.

Se dio la vuelta despacio abrumada por la rabia que desprendía el insulto y se encontró con la mirada inquisitoria de Elisa Salazar.

—¡Fuera de aquí, maldita puta! No te atrevas a tocar a mi hija —volvió a gritar aún más fuerte mientras mantenía su mirada desafiante.

—¿Por qué gritas? ¿Qué ocurre aquí? —preguntó doña Carmen, que acababa de entrar apresuradamente a la habitación infantil.

Ambas mujeres se quedaron mirando a Josefa con recelo.

—Lo siento, la oí llorar. No había nadie y pensé... —balbuceó Josefa asustada.

—La está tocando, mamá, ha manoseado a la niña. Quítasela —gritó Elisa

Su madre la obedeció inmediatamente y arrebató a Emilia de las manos de Josefa para dejarla en la cuna. La niña volvió a llorar agarrándose con una mano a los barrotes y levantando la otra hacia Josefa para que la volvieran a coger en brazos.

—Tienes la desfachatez de presentarte en mi casa —dijo Elisa con resentimiento—. ¡Hasta tu madre se avergüenza de ti! No te quiero ver más por aquí. ¡Vete!

Las piernas de Josefa estaban paralizadas, incapaces de dar un paso. Miró primero a la niña y luego a las dos mujeres. Sintió ganas de coger a la criatura, que seguía llorando, y estrecharla entre sus brazos hasta que se calmara, pero

al final logró reaccionar y no lo hizo, se limitó a salir corriendo de la habitación mientras ahogaba un sollozo que quería escapar de su garganta, con sus manos. Aquella era una fecha que jamás se borraría de su memoria al igual que la de muchas otras personas. El calendario marcaba 18 de julio del año 1936 y ese mismo día comenzaba la Guerra Civil Española.

Capítulo 7

LABERINTO

Tess volvía a mirar, una y otra vez, las enigmáticas fotos que estaban desplegadas en abanico sobre la estrecha mesa de su habitación de hotel. Se sentía terriblemente confundida por las últimas revelaciones. A veces notaba una opresión en el pecho que le impedía respirar; cuando esto sucedía, tomaba aire con fuerza y lo expulsaba con ímpetu en un intento de ahuyentar la tensión que sentía. Ahora sabía que las imágenes no habían sido olvidadas al azar y el *Guernica* de Picasso escondía para los Bennett mucho más que la simbología que le explicaba su abuela del famoso cuadro cuando ella era apenas una niña.

Cerraba los ojos y la recordaba absorta observando la litografía del salón, con la mirada más allá de aquel dibujo. Ella había sido la sustituta perfecta de una madre de la que conservaba un borroso recuerdo infantil. Jamás existieron los secretos entre ellas; por eso no lograba entender su silencio ante una historia que, al fin y al cabo, también le pertenecía y se había visto obligada a realizar un largo peregrinaje a una ciudad desconocida.

Afortunadamente había encontrado a Borja que se había convertido en su aliado y le proporcionaba una valiosa ayuda de manera desinteresada. Le caía bien, incluso a veces le atraía y estaba casi segura de que entre ambos existía una conexión mucho que iba mucho más allá de una tensión sexual no resuelta. Por un instante lo comparó con otros hombres que habían pasado por su vida y se dio cuenta de que era totalmente diferente a todos ellos.

Nada tenía que ver con el rubio y atlético australiano que había sido su primer amor. Ni con Luca el divertido y loco italiano con el que había pasado seis magníficos meses en Florencia, y mucho menos con Jeff, su novio hasta seis meses atrás, cuando le anunció que iba a ampliar nuevos horizontes a Canadá y que en ningún momento se dignó a sugerir que le acompañara. No, no se parecían en nada. Aunque en el fondo tal vez guardara cierta similitud con Alan, no en el aspecto físico, sino en ese halo que ambos desprendían. Nadie que los observara juntos podía pensar que se parecieran en lo más mínimo; físicamente eran casi antagónicos, pero ambos llevaban una coraza que no querían quitarse. Alan la llevaba para protegerse de las personas que no entendían su homosexualidad. Aún desconocía el secreto que escondía Borja debajo de su caparazón.

La tarde anterior habían estado en la playa en la que Elisa Salazar había intentado ahogarse. Contemplando el arenal, visualizó la imagen de la mujer vestida de novia adentrándose en un mar indómito y sintió un espasmo que recorría su cuerpo como una descarga eléctrica. Al notar el temblor, Borja pasó su brazo por su hombro y acercó su cuerpo tibio para proporcionarle calor y seguridad. Ella agradeció el gesto, pero cuando él tomó sus manos entre las suyas sintió una pequeña sacudida al notar esa piel suave y cálida contra la suya. Hacía mucho tiempo, tal vez demasiado, que no sentía nada igual cuando un hombre la rozaba.

Una vez en la cafetería, mientras contemplaban por el gigantesco ventanal el encrespado mar de agitadas olas con blancas crestas de espuma, Borja volvió a coger la mano de Tess entre las suyas y las retuvo más que un mero instante. El momento íntimo y seductor se rompió cuando la persona que estaban esperando entró por la puerta y se dirigió a su mesa con el andar tranquilo de la vejez.

Francisca, a quien todo el mundo llamaba Paquita a pesar de ser ya una anciana, había entrado a trabajar como criada en la mansión de los Salazar en el año 1941 cuando España se hundía en una terrible posguerra saturada de

miseria y hambre. En la actualidad tenía casi noventa años, el pelo blanco y el andar torpe, pero el paso de los años no le había arrebatado una memoria extraordinaria. Al ver a Borja sonrió ampliamente y se dirigió hacia la mesa donde ambos estaban acomodados. Él la estaba esperando de pie y al llegar a su altura la abrazó con afecto y posó dos tiernos besos en sus mejillas arrugadas, conector de que ese gesto de amistad, y cercanía, significaba mucho para aquella mujer que había trabajado durante muchos años en la casa familiar.

—Me ha dicho mi nieta que al terminar nuestra charla la llame por teléfono para que venga a recogerme. Me tendrás que marcar los números que ya no veo demasiado bien —dijo mientras se sentaba en la silla que Borja le ofrecía.

—¿No quiere ella quedarse con nosotros? —preguntó Tess con amabilidad.

—Está harta de oírme contar viejas historias. A mí me gusta recordar aquellos tiempos; yo entonces era joven y venirme a servir a Bilbao fue toda una aventura. Tuve suerte de entrar en tu familia; conmigo los señores fueron muy buenos y siempre les he guardado mucho cariño —dijo Paquita con una sonrisa mirando a Borja con afecto.

Delante de una humeante taza de manzanilla comenzó a contarles su trabajo como criada en la casa, trabajo que abandonó para casarse, ya en 1955, cuando la madre de Borja era pequeña. Pero nunca dejó de tener contacto con la familia porque de vez en cuando solía acercarse a la mansión para saludar a algunos de sus antiguos compañeros que seguían trabajaban allí y doña Carmen siempre la recibía durante esas visitas con cariño. Don Ramón siempre había sido amable con ella e incluso le había hecho algunos favores, como colocar a su marido en una fábrica poco antes de casarse, un trabajo que les había traído estabilidad económica, ya que cuando eran novios él trabajaba como peón en la construcción. Más tarde, por mediación también de Salazar, había entrado a formar parte del Sindicato Vertical y le habían concedido un cargo importante en la delegación provincial, lo que había traído consigo una

susceptible mejora económica y social a sus vidas.

—El año que entré a servir en la casa fue difícil para mí —contaba Paquita pérdida en sus recuerdos—. A mi padre lo habían matado en la guerra, en el frente, luchaba con Franco y se suponía que las familias de los que se habían mantenido leales a él debíamos quedar bien, pero no fue así porque la miseria nos comía. Mi madre murió de tuberculosis nada más acabar la guerra; entonces era una enfermedad maldita que traía el hambre y la necesidad que se pasaba. Yo me quede al cuidado de una tía que apenas podía atenderme y no estaba muy contenta teniendo una boca más que alimentar. El cura de mi pueblo, que había estado en el seminario con uno de una parroquia de Bilbao, habló con él de mi situación y me buscaron el trabajo. Me dieron unos papeles donde decían que era una buena cristiana y mi familia era gente de bien, ya que mi padre había dado su vida por el Generalísimo y por España y me vine a servir a la casa.

—¿Cuántos años tenías entonces? —preguntó Borja.

—Trece para hacer catorce.

—¡Si eras una niña! —susurró Tess.

—Tenía ya la edad suficiente para ganarme mi comida. Estábamos en plena posguerra y los Salazar eran una buena familia cristiana que se apiadaron de mí; si ellos no me hubiesen admitido, mi vida habría sido muy diferente. Entonces para las chicas como yo servir en buenas casas era una verdadera oportunidad, y en ese sentido yo fui una privilegiada.

—¿Quién vivía entonces allí? —preguntó Borja.

—Estaba don Ramón y su esposa doña Carmen, la hija, doña Elisa, que estaba muy enfermita, y tu abuelo Gregorito, que era aún un chiquillo. Era muy formal y buen niño. Menuda boda hicieron cuando se casó con tu abuela. Celebraron el banquete en la mansión y el servicio estuvo invitado a un refrigerio, la familia nos respetaba mucho y se portaba muy bien con las personas que trabajábamos en la casa. Me acuerdo mucho de tu abuelo, lo bueno y educado que era.

Borja elevó los ojos al cielo recordando a aquel hombre, a él siempre le había parecido frío y distante y, al igual que su esposa, nunca habían jugado con él cuando era niño, siempre había tenido una actitud severa. Afortunadamente, el cariño y los mimos que debía sentir un niño de sus abuelos lo había conocido por parte paterna.

—Entré a trabajar en la casa en febrero de 1941; lo recuerdo porque unos días antes sucedió la tragedia del incendio de Santander, una ciudad tan bonita y se quemó casi toda. ¡Qué pena! Enseguida me hice con las normas de la casa. Al principio me pusieron para ayudar en la limpieza y luego cuando ya cumplí los quince me trasladaron como pinche de cocina; me gustaba mucho y se me daba bien.

Aquella mujer, dulce y parlanchina, se perdía en los recuerdos de un pasado que añoraba. En un momento de la conversación, cuando Paquita comenzó a entristecerse, perdida en su nostalgia, Tess advirtió el brillo en sus ojos llorosos y decidió que había llegado el momento de mostrarle las imágenes. Sacó las fotografías del bolso y le ofreció la primera, aquella que mostraba a una pareja el día de su boda.

—¿Son estos los retratos misteriosos que has encontrado en tu país? —preguntó la mujer.

—Sí, estaban en mi casa de Yorkshire, detrás de un cuadro —respondió Tess mientras le pasaba la imagen que Paquita miraba atentamente.

—¡Qué guapa estaba la señorita Elisa! —exclamó emocionada al mirarla—. Lo que son las cosas, unos años después estaba loca de pena por la pérdida del marido y la hijita. Yo conviví poco con ella, pero recuerdo sus lamentos cuando se acercaba la fecha del aniversario de su defunción. La mujer que yo conocí apenas tenía nada que ver con la que está retratada.

Después le enseñó la foto tomada en las escalinatas del palacete donde se mostraba, señalada en un círculo, a una de las personas del servicio.

—¿Reconoce a esta persona? —preguntó Tess señalando con el dedo la cara enmarcada.

—¡Claro! ¡No la voy a conocer! Es Dominga. Tenía mal genio pero era una buena mujer y excelente cocinera. Algunas otras familias la tentaron para ir a trabajar con ellos pero todas las veces las rechazó porque siempre fue fiel a los Salazar.

Borja y Tess se miraron unos segundos.

—¿Sabe usted de donde era?

—Venía del interior de la provincia, de la zona de Durango creo. Era viuda y desde que había perdido al marido trabajaba en la casa para alimentar a sus hijas.

—¿Conoce su apellido?

—Déjame que haga memoria —dijo Francisca intentando recordar—. Creo que ella era Dominga Bilbao.

—¿Y el marido?

—A veces venían cartas para ella como viuda de Arruti, pero no me hagas mucho caso, podría estar equivocada. Mi memoria a veces no es demasiado buena.

Entonces Tess sacó la que mostraba a la familia delante de la casa de campo.

—Me parece que él —dijo Francisca señalando la imagen del hombre— es Mendieta, estaba con la Falange y tenía un cargo importante. Aquí parece un aldeano, luego prosperó mucho. A veces venía a ver a don Ramón y se pasaba por la cocina a saludar a Dominga. Hablaban fuera en voz baja y ella se quedaba de muy mal humor. Después de esos encuentros, mejor que no te cruzases en su camino porque iba a caerte una bronca segura por la menor nimiedad.

—Cuéntanos lo que recuerdes de Dominga; aunque te parezca una tontería, quizás a Tess le pueda ayudar —pidió Borja.

La cara de la mujer se ensombreció.

—La pobre sufrió mucho. Perdió a su marido y a todos sus hijos, dos chicas y un chico. Una de las hijas estaba casada y, cuando murió, su viudo, Mendieta, se volvió a casar. Ella no era bien recibida por la nueva esposa y

apenas tenía contacto con los nietos. Estaba tan sola que murió en la casa porque no tenía donde ir. Los Salazar la apreciaban mucho y, aunque ya casi no podía trabajar, la dejaron quedarse; había una nueva cocinera que era quien hacía todo el trabajo, pero Dominga mandaba, ¡ya lo creo que disponía! Era imposible llevarle la contraria. Don Ramón le aseguró que siempre tendría su lugar en la casa y cumplió su palabra, nunca la mandó al asilo. Así de bueno era él.

—¿Y la otra hija? —preguntó Tess interesada.

—Murió en la guerra —contestó Paquita

En aquel momento puso delante de la mujer el retrato de la joven que había encontrado identificado como Josefa.

—¿Es esta la hija de Dominga?

Paquita se revolvió incomoda en la silla, desvió la vista y no contestó.

—Por favor, cuéntanos lo que sabes —le dijo Borja con dulzura—. Necesitamos saber, de verdad.

—Se decían cosas, pero yo no quiero hablar mal de los muertos. Además, Dominga siempre se portó muy bien conmigo y no quiero mancillar su nombre.

—Te entiendo Paquita, pero necesito conocer la historia que esconden esas fotos. Lo que ocurrió fue hace mucho tiempo; ese pasado no hará daño a nadie, pero puede que me sirva para entender muchas cosas que hoy por hoy son incomprensibles para mi —insistió Tess anhelante.

La mujer clavó su mirada en ella sopesando si debía hablar o callar; bajo la mirada al suelo y unas palabras salieron de su boca con un hilo de voz:

—Yo no llegue a conocer a la chica, pero el servicio comentaba que no se entendía que, con lo buena persona que era Dominga, le hubiera salido una hija tan torcida. —Y con un suspiro añadió—: decían que había sido la amante del esposo de doña Elisa.

—¿Recuerdas cómo murió? —quiso conocer Tess.

—Doña Carmen decía que el yerno y su amante fueron castigados por sus pecados. Ambos murieron en Gernika cuando la bombardearon; lo peor es que

también murió la niña que, pobre inocente, no tenía que estar allí. Nadie se explicaba como el padre había sido tan inconsciente de llevársela cuando iba a un encuentro con su querida, una barbaridad totalmente incomprensible que le costó la vida a la pequeña. La desvergüenza inmoral de su esposo, unida a la terrible tragedia, causó que la señorita Elisa perdiera la razón. Una pena, ya lo creo que sí.

El *Guernica*: el cuadro que representaba el bombardeo de una ciudad donde se suponía que había muerto su bisabuelo y una hija. Las palabras de Paquita vislumbraban una sombra en el pasado que, en estos momentos, Tess hubiera querido ignorar. Había abierto la caja de Pandora para dejar salir los sapos que su familia había intentado esconder; ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Se debía haber quedado en la tranquilidad de Yorkshire llorando a la abuela pero tuvo ese impulso de coger un avión a Bilbao para aclarar la historia que se escondía detrás de unas palabras incomprensibles. Ahora no podía recular y debía continuar con las averiguaciones, aunque los acontecimientos que entreveía no le gustaran en absoluto.

Borja se sentía incómodo, y a tenor de las revelaciones que había realizado Francisca, tal vez el marido inglés de Elisa Salazar, al que todos creían muerto, podría haber muerto junto a su hija en el bombardeo o tal vez no. Delante de su casa se había presentado una chica inglesa que aseguraba ser la biznieta de ese hombre fallecido, que casualmente tenía una hija y existía una remota posibilidad que ambas niñas fueran la misma persona. Por el momento lo silenciaría por el bien de la familia. Él también era Salazar: eran su clan. Decidió callar ante Tess y averiguar por su cuenta. Tenía la persona perfecta a la que preguntar; lo llevaría a cabo cuando estuviera preparado para, tal vez, recibir una respuesta incómoda.

—Creo que tal vez Paquita no recuerde todo muy bien, al fin y al cabo es una persona mayor y quizá algunas cosas no las interprete bien —comentó Borja cuando iban en el coche camino del hotel.

—La hija de Dominga y Thomas fueron amantes. ¿Lo pones en duda? Porque

yo desde luego lo tengo muy claro —expresó Tess con el semblante enfadado clavando su mirada en los ojos de él.

—Puede que solo fueran especulaciones —quiso defenderse retirando la mirada—. Ya sabes chismorreos del servicio.

—No. Tú sabes que no lo fueron; de igual manera que sabes lo que eso significa.

—No, Tess, no lo sé —dijo Borja de mala gana.

—Mi bisabuelo Thomas tal vez raptó a su hija y huyó con su amante, la persona que yo hasta ahora creía que era mi bisabuela —sentenció Tess.

—Especulas —se defendió Borja, que se sentía atacado por el tono de voz con el que acababa de pronunciar esas palabras.

—No, y tú lo sabes, aunque no lo quieras creer. Thomas y Josefa aprovecharon la confusión de la guerra para huir y crearse una nueva identidad; eso es lo que yo creo.

—Mira, Tess, unos papeles oficiales no se sacan de la chistera y se necesitan para vivir. Creo que la historia que te estás imaginando es inverosímil.

—Eran tiempos difíciles, la Guerra de España, luego la Mundial. Un mundo de refugiados donde la gente se movía de un lugar a otro y se saltaban las leyes para ayudar a un amigo, a un conocido o simplemente por dinero.

El silencio se hizo entre los dos; fue Tess quien lo rompió.

—No me puedo creer que mi bisabuelo secuestrara a su hija; de verdad es que no me cuadra con todas las cosas buenas que me contaba la abuela sobre su padre. Ella lo adoraba, igual que a su madre.

—Déjame hablar con algunas personas para ver si logramos esclarecer algo.

Habían llegado a la puerta del hotel. Tess miró a Borja a los ojos, el levantó su mano para acariciar la mejilla de ella con sus dedos y ella sintió a suavidad de sus manos contra su piel.

—Hasta mañana —dijo Borja con voz ronca.

Por la mente de Tess cruzó el pensamiento de invitarlo a subir a su habitación. Necesitaba con urgencia sentir el calor de otro cuerpo en el suyo y

perderse entre los vapores del sexo para olvidar, pero el de Borja no era el más conveniente en este momento.

—Hasta mañana —dijo al fin saliendo del coche.

Desde el vehículo, Borja se quedó mirando como traspasaba la puerta del hotel, arrancó y se perdió entre el tráfico de la ciudad. Tenía que haber subido a la habitación con ella y hacerla olvidar. A lo mejor se estaba acercando a una verdad incómoda.

La noche de Tess estuvo cubierta de pesadillas hasta que el estrépito del sonido de su móvil la despertó; miró al reloj de la mesilla. Nueve y media de la mañana. Se había quedado dormida. Cogió el teléfono y reconoció en la pantalla el número de Borja.

—Buenos días, dormilona —le dijo sin darla casi tiempo a responder—. Esta mañana nos vamos al cementerio de Derio.

—No sé qué me estás diciendo —le contestó aun medio dormida—. ¿Vamos a ir dónde?

—A visitar la tumba de Thomas y de su hija. Estoy desayunando en la cafetería del hotel. ¿Estarás lista en quince minutos?

—Sí, bajo ahora mismo —dijo incrédula por los que acababa de oír.

Perdida en sus pensamientos, mientras abandonaban la ciudad en el coche de Borja, se dirigía a visitar la tumba de un bisabuelo muerto en Inglaterra y una niña que, tal vez, había fallecido siendo una anciana unos meses atrás. Un disparate; quizá lo mejor sería coger un avión de vuelta a Inglaterra y olvidarse de los Salazar para siempre.

—He hablado con mi madre —estaba diciendo Borja—, y no cree que tu bisabuelo y Josefa huyeran juntos con la niña. Ramón Salazar nunca lo hubiera permitido, y te puedo asegurar que entonces tenía el suficiente poder para hacerlo.

—No me entra en la cabeza que el padre de mi abuela hiciera eso, ni que Josefa, si realmente era la mujer que se hizo pasar por la madre de mi abuela, le permitiera usurpar la hija a su esposa. En realidad no sé lo que estoy

diciendo —suspiró Tess—; no los conocía en absoluto.

—¿Tus bisabuelos tuvieron más hijos? —preguntó él con la intención de romper el tenso mutismo.

—No, la madre de la abuela tuvo un aborto con algunas complicaciones. Bueno, eso me dijeron pero ahora no sé si eso también formaba parte de la mentira.

—Igual no podía tener hijos y tu bisabuelo no quiso renunciar a la suya.

—La bisabuela murió demasiado joven, con el tiempo posiblemente hubieran aumentado la familia, incluso por medio de la adopción. La abuela decía que su padre era muy niño y de hecho ayudaba a un orfanato entrenando a su equipo de críquet; a veces los invitaba a la botadura de alguno de los yates de su astillero o se los llevaba de picnic. Incluso hay una beca que lleva el nombre de mi bisabuela destinada a cubrir los gastos de los estudios para niños sin recursos.

En el pueblo se recordaba con admiración a Thomas Bennett y a su esposa. El hombre, y la mujer, que la pequeña ciudad honraba, eran totalmente diferentes a los que se estaba encontrando en este viaje.

—De todas formas, mi madre me ha dado la llave de la capilla del cementerio para que veas con tus propios ojos las tumbas de Thomas y su hija —hablaba Borja ajeno a los pensamientos de Tess.

—¿Tenéis una capilla en el cementerio?

—Sí, la hizo construir Ramón Salazar; todos los de la familia directa, y sus cónyuges, tienen derecho a ser enterrados allí.

—En Inglaterra toda mi familia está enterrada bajo tierra —comentó Tess recordando el sepelio de su abuela y el sonido de las paletadas de grava sobre su ataúd.

—El camposanto donde está la sepultura de los Salazar reúne a los panteones de las familias ilustres de la provincia, aunque quizá el de los Salazar sea uno de los más ostentosos.

Al traspasar la verja de hierro con el coche, Tess se quedó impresionada con

la primera visión del cementerio. Cuando Borja aparcó, salió despacio del vehículo sin poder apartar la mirada del sorprendente monumento con el que recibía aquella necrópolis a sus visitantes. La capilla central del camposanto, de estilo neoclásico, tenía una enorme belleza arquitectónica, pero lo que la hacía extraordinaria eran sus dos galerías cubiertas, una a cada lado, a modo de claustro, y que hacían de aquel conjunto un monumento espectacular. Tess no pudo dejar de acceder a uno de los laterales y dar unos pasos por su interior fijándose en la bóveda y pasando su dedo por los delicados arcos.

—Asombroso, ¿verdad? Mira allí —dijo Borja, que se había situado a su lado y estaba señalando a la derecha a una tumba guardada por cuatro fantasmagóricos soldados de piedra—, es el monumento franquista a los caídos en la guerra. Claro que como otros cementerios también tiene su paredón de fusilamiento; en él fueron abatidos a tiros muchos militantes de izquierdas. En la pared aún se puede ver los agujeros de bala. Dicen que esos boquetes siempre tenían rosas rojas y claveles reventones el día uno de noviembre, cuando se honra a los muertos.

Tess seguía con atención todas las explicaciones que Borja le daba sobre aquel lugar regio. Paseaban entre tumbas y panteones como si fuera una superpoblada ciudad gris asentada en un manto verde de hierba.

—Se respira calma —dijo ella observando la soledad de los sepulcros.

—Solo el día de Todos los Santos esto parece más una bulliciosa ciudad que un lugar de muerte. La gente se afana en que las tumbas estén limpias y que luzcan con flores ese día, no sé si por costumbre o por amor, es cuando uno se acuerda de sus difuntos.

Siguieron andando por el recinto y al final del recorrido llegaron a una plaza donde se encontraban los mausoleos más regios.

—Es la plaza de Begoña —narraba Borja—; aquí se encuentran los panteones de las familias más ilustres de Vizcaya. En la muerte, como en la vida, también existen las clases sociales y aquí están enterrados los más pudientes. El de Ramón Salazar es aquel.

La vista se dirigía a una gran construcción cerrada, a modo de capilla, de estilo neogótico y con más de quince metros de altura. El monumento estaba coronado por una cúpula que sustentaba un ángel de mármol blanco y decorando sus esquinas había gárgolas de piedra, como si de una pequeña catedral se tratara.

—Desde luego la muerte no iguala a todo el mundo —comentó Tess impresionada ante la visión de aquel monumento funerario.

—Indudablemente no, estos sepulcros poco tienen que ver con las sencillas cruces de madera o hierro de otras tumbas —respondió Borja sonriendo a la vez que sacaba una llave del bolsillo del pantalón y abría la puerta de la lujosa capilla.

La nariz de Tess estaba preparada para oler a humedad y cerrado, pero en cambio el ambiente desprendía un intenso aroma a incienso. En su interior, dos sarcófagos de mármol blanco, separados por una gran cruz dorada, daban cobijo a los restos mortales de Ramón Salazar y su esposa Carmen Aguirre. La sencillez de sus tumbas, a pesar de las letras doradas con sus nombres, contrastaba con la recargada ornamentación externa del panteón. A ambos lados había pequeñas capillas que guardaban los cuerpos de otros miembros; en una de ellas a la izquierda reposaban los abuelos de Borja.

—Antes, la familia tenía contratada a una persona que limpiaba la capilla dos veces por semana y ponía flores frescas en las tumbas, pero ya no se puede asumir el gasto que eso conlleva y lo hacemos cuando se acerca el día de Todos los Santos.

—¿También vosotros queréis que luzca bien ese día? —preguntó Tess.

—Sí, nosotros somos de los que nos acordamos solamente en esa fecha. Tendrías que verla ese día, la capilla está abierta y llena de flores; algunos años hay tantos ramos que hay que colocarlos fuera —informo Borja sonriendo sutilmente y tirándole levemente de la mano para llevarla hacia un rincón.

—Sin embargo, el olor a incienso me ha sorprendido.

—Hay un sacerdote, amigo íntimo de la familia que, cuando tiene que venir al cementerio, se acerca para visitar el panteón y lo cuida con esmero. Ramón Salazar tramitó su entrada en el seminario y procuró que a su madre, una joven viuda de guerra, no le faltase nada.

Borja la condujo hasta la capilla de la derecha, donde había tres sencillos sepulcros de piedra. Uno de ellos llevaba el nombre de Elisa Salazar Aguirre, el otro el de Thomas Bennett y una más pequeña, entremedio de ambos y con un angelito dibujado, el nombre de Emilia Bennett-Salazar; envolviendo a estos dos últimos, caía una orla de mármol negro y en la que con las letras doradas se informaba de la causa del fallecimiento del padre y la niña: «Vilmente asesinados por la tea roja en la quema de la ciudad de Guernica el 26 de abril de 1937».

—Gernika fue bombardeada —dijo Tess con incredulidad ante las palabras que estaba leyendo

—Bueno, la versión oficial franquista fue que la habían quemado los rojos. Ramón mantuvo esa idea vehementemente durante toda su vida y decía que *El Guernica* de Picasso solo era la fantochada de un maldito comunista.

—Entiendo la rabia en un primer momento, pero pensaba que con el paso de los años las cosas se habían apaciguado y esa inscripción —dijo señalando la pared— se habría borrado porque no es verdad.

—La familia la ha conservado así, en realidad no sé por qué.

Tess suspiro; se había criado con la imagen de ese cuadro y con el dolor que representaban sus imágenes. Un desgarró semejante al que sentía al ver el nombre de su bisabuelo en aquel cementerio.

—¿Seguro que hay un cuerpo enterrado ahí? —preguntó súbitamente.

—Un hombre de total confianza fue a recoger los cuerpos para traerlos aquí y ser enterrados en el panteón familiar.

—¿Alguien notificó a la familia de Thomas su fallecimiento?

—No tengo ni idea.

—¿Y si el cuerpo enterrado no es el de Thomas? Se podría sacar una

muestra de ADN y compararla conmigo.

—Deja descansar en paz a los muertos; no conviene alterar su reposo eterno —dijo Borja en voz muy baja.

—Tal vez podrías hablar con tu madre y que ella de la autorización —insistió en busca de una respuesta positiva.

—No, no voy a hacer pasar a mi madre por la exhumación de un cadáver por una conjetura absurda —pronunció con contundencia.

Tess repasó con uno de sus dedos las letras del nombre de su bisabuelo sin saber qué pensar. Ya no conocía la clase de hombre que había sido Thomas Bennett. Notó un pequeño escalofrío que le recorrió el cuerpo y la hizo agitarse en un minúsculo espasmo. Borja la atrajo hacia su cuerpo en un gesto protector; Tess descansó la cabeza en su hombro. Él la apartó un poco y tomó su cara entre sus grandes manos y fue entonces cuando inclinó su cabeza hasta rozar sus labios con los de ella.

—¡Por Dios Borja estamos en una cripta! —exclamó mientras lo apartaba de un suave manotazo.

—¡Mojigata!

El enfado de Tess hizo sonreír a Borja. Cada vez le gustaba más esa mujer y tal vez, si las circunstancias hubieran sido otras, se hubiera planteado un fugaz *affaire* con ella. En el escenario actual era imposible porque, si sus investigaciones la llevaban a buen puerto, seguramente saldría herida la persona a la que más quería Borja en este mundo, y no estaba dispuesto a que eso llegara a suceder. Seguiría a su lado para averiguar donde la llevaban las pesquisas y, si llegaba el momento en que se acercaba a alguna verdad incómoda, entorpecerla.

Sus intenciones no le impidieron acompañarla al hotel, subir a su habitación y hacer el amor durante una madrugada en la que ambos lograron olvidar su búsqueda y sus temores.

Capítulo 8

CENIZAS

En un Bilbao en guerra, los hombres que luchaban se agrupaban en batallones fieles a la república compuestos por nacionalistas o partidos de izquierda. Existían, aunque en menor medida, pequeños grupos afines al General Franco, que esperaban que el alzamiento triunfara y, hasta que eso sucediera, se resignaban a luchar en la retaguardia, más con palabras que con hechos, y esperaban el día que el general Mola, acompañado de los batallones de requetés Navarros, entrara triunfal en la ciudad. Algunos amigos de Salazar fueron encarcelados por su adhesión al alzamiento nacional, su club social, la Sociedad Bilbaína, fue ocupada como sede de gobernación y muchos de sus privilegios escindidos.

El frente estaba cada vez más cerca y la pequeña ciudad acogía a refugiados republicanos que habían huido de zonas ya ocupadas por los nacionales, los alimentos escaseaban debido a la contienda y una parte de la población pasaba hambre. Mientras Carmen Aguirre y su hija Elisa acudían todos los días a misa para pedir la victoria del general Mola, Thomas Bennett era uno de los ciudadanos ingleses que mediaba entre el Partido Nacionalista Vasco y los diplomáticos de su país para que Inglaterra apoyara un régimen autónomo independiente para el País Vasco una vez terminado el conflicto. Catalina, fiel a la república, ayudaba a algunos compañeros socialistas de su difunto esposo como buenamente podía.

Aquel día, su cuñado Juan y su hijo estaban comiendo en su casa. Tanto él como su esposa nunca la habían juzgado por lo que se había visto obligada a hacer y siempre habían sido amables y cariñosos tanto con el pequeño Antonio como con ella. Eran su familia, la única que le quedaba. La cuñada había preparado una pequeña cesta con alimentos del caserío y había mandado al marido y a Juanito a Bilbao para entregársela. No había sido fácil lograr que los productos llegaran intactos, pero habían pasado el cerco sin que se los requisaran. Reunidos alrededor de la mesa, sonó el timbre de la puerta. No esperaban a nadie y se sobresaltaron al oírlo, escondieron deprisa los huevos fritos y el pan de maíz que estaban sobre la mesa, mientras Catalina se disponía a ir a la puerta de entrada.

Unos segundos después apareció Thomas con su hija Emilia en brazos. Josefa se levantó de la silla y corrió a abrazarlos.

—¿Cómo has traído a la niña? —preguntó mientras besaba la cabecita del bebé.

—No te preocupes; en la casa nadie se dará cuenta —respondió mientras la besaba a frente.

Le pasó a la niña a Josefa y sacó de debajo de abrigo varios paquetes.

—Traigo azúcar y café —dijo dirigiéndose a Catalina mientras esta los cogía.

—Nos vienen muy bien, gracias, Thomas. ¿Has comido?

—Sí, Catalina. No te preocupes.

—Te preparo un cafecito entonces —dijo solícita.

—Te lo agradezco.

Thomas se sentó junto a Josefa y cogió a la niña en brazos para que ella pudiera seguir comiendo.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Juan a Thomas, refiriéndose al acuerdo entre el gobierno vasco y el inglés.

—No creo que Inglaterra esté dispuesta ayudar al País Vasco en un autogobierno —dijo Thomas seriamente—. Durante las negociaciones siempre

nos tropezamos con un muro; estamos en un callejón sin salida

—Todos nos dejan solos, los gobiernos europeos no quieren intervenir en la guerra pero los alemanes y los italianos están ayudando a Franco y nadie los para —dijo Juan con tristeza.

—Los gobiernos de Europa no se dan cuenta de los peligros que encierra el fascismo. Algún día tal vez lo lamenten —susurró Thomas.

El aroma de café que salía del humeante puchero que Catalina colocó en la mesa impregno el ambiente de aquel comedor. Todas las personas que estaban alrededor de la mesa deseaban olvidar que en las calles de esa ciudad, y en las de los pueblos de su alrededor, la tragedia se vivía a diario.

Aquella tarde la pasaron Thomas y Josefa en la intimidad de una habitación en penumbra entre sábanas que olían a lavanda. La pequeña Emilia estaba cansada después de jugar durante un buen rato con Antonio y Juanito, y se había quedado profundamente dormida; la habían acostado en una vieja cuna de mimbre que se le iba quedando cada vez más pequeña. Thomas acariciaba la piel de Josefa y besaba su cuerpo en una tarde dedicada al amor y a la pasión. Ninguno de los dos se detuvo demasiado en preliminares porque no era ternura lo que necesitaban. Ambos querían dejar escapar la angustia que atenazaba sus vidas envuelta en esa extraña sensación de que mañana podía no existir. Josefa necesitaba abrigar a Thomas dentro de su ser y el, intuyéndolo, la penetró con dureza como si cada sacudida fuera la última en la que iba a depositar en ella una parte de él. Un grito casi silencioso escapó de sus gargantas al llegar a la culminación de ese acto tierno y rudo. Al abandonar Thomas el cuerpo de su amante, besó sus labios, pero no fue una caricia tierna como la que se daban después de hacer el amor, sino dura, y fue correspondida con similar violencia. Al separarse sus corazones latían al unísono mientras sus cuerpos tenían el sudor de la pasión y el olor a sexo reciente. Habían logrado sentir y eso significaba que aún estaban vivos.

La niña comenzó a despertarse.

—Papa, papa, pa.

Él se levantó, cogió a su hija de la cuna y la colocó en la cama entre los dos. Josefa la besó en la frente y aspiró su aroma.

—Huele a vida —musitó mientras seguía olfateando a la niña.

—En este país nada huele ya a vida, ni tan siquiera la inocente piel de un bebé —replicó Thomas.

—Las cosas se arreglarán para volver a ser como antes. Tiene que ser así porque, si no, estaremos perdidos.

Thomas la miró y sonrió con dulzura.

—No sé si eres muy optimista o demasiado ingenua.

—No vamos a permitirles ganar la guerra. Ellos se sublevaron y tendrán que pagar por lo que hicieron. No pueden salir impunes del sufrimiento que nos han traído.

—Mi pequeña idealista —dijo con ternura mientras le acariciaba despacio la palma de la mano—. Otros dicen que no se puede volver al caos de la república y están deseando que Mola desfile por Bilbao.

—No lo conseguirán. ¡Esta maldita guerra la vamos a ganar nosotros! —dijo Josefa con fervor.

—No sabía que eras tan belicosa —dijo Thomas mientras la besaba en la frente.

—Quiero volver a pasear tranquila por El Arenal en primavera, ver a las madres jugar con sus hijos en la calle y observar el paso de los tranvías. Quiero lo que teníamos antes.

—Cariño, siento decírtelo, pero lo que tuvimos antes nunca volverá. Esta miserable contienda ha abierto muchas heridas; nos ha hecho tomar partido y enfrentarnos unos contra otros. Gane quien gane esta guerra, las cosas van a ser muy diferentes. Las heridas que se están abriendo tardarán muchísimos años en cerrar y dejarán profundas cicatrices.

Josefa se quedó mirando a Thomas con la esperanza de que se equivocase, aunque en el fondo de su corazón sabía que lo que decía era verdad.

—Por cierto, han detenido a tu cuñado.

—¿A Demetrio? —preguntó disgustada.

—Tu madre ha pedido a mi suegro que interceda por él, pero Salazar no puede hacer nada. Muchas de sus amistades están encarceladas y, aunque tiene amigos en todas las esferas, no es buen momento para dar ningún paso. A favor de él tengo que decir que lo ha intentado, no se ha acobardado para nada, pero le han cerrado las puertas.

Josefa sintió una opresión en el pecho. ¿Qué les ocurriría a sus sobrinos?

—¿De qué se le acusa? —preguntó.

—Parece ser que estaba pasando armas a un tercio de los requetés en Durango.

—¡Será estúpido! Primero que si era Carlista como toda su familia, luego que si la doctrina de Sabino y ahora está con los requetés. Ese hombre es un pájaro de cuidado, siempre baila donde cree que se toca la mejor música. ¿Y los niños?

Thomas la miró fijamente a la cara viendo en su semblante la preocupación que sentía por sus sobrinos.

—Los vecinos se ocupan de ellos.

—¡Por supuesto! Felisa tiene muchas ganas de pescarlo y de casarse con él. Seguro que está ganándose la confianza de los críos. Otra que es buena pieza y del hermano mejor no hablar.

—¿Celosa? —preguntó Thomas riendo porque ya sabía la respuesta.

—No, tonto —dijo mientras le acariciaba la cara—, pero son los hijos de mi hermana y sabes lo que los quiero.

—Bastante más que ellos a ti —musitó Thomas sin poder evitarlo a pesar de que sabía que esas palabras la herían.

—Repiten lo que oyen y les dictan lo que tienen que decir —trato de justificarlos Josefa—. Sé que me quieren.

Al día siguiente Josefa estaba a las puertas de la cárcel esperando para ver a su cuñado. Le llevaba una muda limpia y una pastilla de jabón. Catalina le

había conseguido un pase especial, ya que algunos de los que cuidaban a los presos eran conocidos de ella. No le hicieron esperar demasiado y enseguida la mandaron a pasar a una habitación pequeña. Allí revisaron el paquete, envuelto en papel de estraza, y lo dejaron sobre la mesa; no habían confiscado nada. Después se fueron a buscar al preso. Se sentó en una de las sillas que estaban alrededor de un pequeño pupitre y esperó.

Minutos después se abrió la puerta y entró Demetrio acompañado por uno de los guardas. El aspecto de su cuñado era desaliñado y estaba escuálido, y esa delgadez se acentuaba más por las ropas que llevaba, holgadas y no demasiado limpias. Unas profundas ojeras de color violeta, casi negro, le enmarcaban los ojos y sus labios reseco tenían un color blanquecino. Enseguida supo Josefa lo mal que lo estaba pasando en el presidio.

—Hola, he venido para traer algunas cosas que he pensado que puedes necesitar —fue lo primero que dijo intentando mostrarse amable con aquel hombre.

El la escrutó con la mirada fijamente puesta en el rostro de ella, pero se quedó en silencio de pie.

—Lo primero que se me ha ocurrido que te pueda hacer falta —prosiguió Josefa—; ya sabes, ropa limpia y algunos artículos de aseo, pero la próxima vez te traigo lo que me digas. ¿No quieres sentarte?

Su cuñado seguía sin hablar, pero sus ojos seguían clavados en ella; era una mirada oscura y tenebrosa, una mirada que estremecía. Al final, las palabras salieron de su boca mascullando.

—No quiero nada tuyo. —Su mensaje denotó tanto odio que Josefa se asustó.

—¿Qué sucede? —No quiso que el temblor de su voz mostrara que estaba asustada y dolida.

—Eres una mala pécora; no sé de qué artimañas te has valido para entrar aquí, pero no me extrañaría que te acostaras con alguno de esos rojos. Dicen que os van las orgias. Ya se sabe que puta una vez, puta todas.

—Demetrio, eres mi cuñado, el viudo de mi hermana, y por lo tanto mi

familia; creo que me deberías tratar con amabilidad al igual que lo hago yo contigo —susurró ella débilmente sin querer pensar en el significado de las palabras que acababa de escuchar y temiendo, a la vez, que los guardas de alrededor lo oyeran.

—Hasta tu propia madre te ha rechazado. ¿Qué clase de hija eres?

—¡Demetrio!

—Te estas acostando con un hombre por dinero, ¿no es lo que hacen las putas? Y cuando quiero darte una vida decente dices que no, ¡zorra! No te acerques a mis hijos, no vuelvas a visitarlos al caserío. Quiero una mujer decente que los eduque con valores cristianos como madre para ellos.

Josefa lo miraba fijamente mientras él seguía hablando. En un instante realizó un gesto brusco, se acercó a la mesa y puso una de sus manos encima. Sus palabras eran apenas un susurro y estaba tan cerca que Josefa podía oler su aliento y oír su respiración entrecortada.

—Y vives con esa roja, la amante de Salazar; seguro que ella te ha enseñado los trucos de meretriz barata. En la nueva España no hay cabida para mujeres como vosotras.

Dio un fuerte puñetazo en la mesa y acudió uno de los guardias que lo redujo y le sacó de la habitación a empujones mientras miraba con tristeza a Josefa. Ella fijó su vista en el paquete que no había aceptado Demetrio. Uno de los carceleros, que se dio cuenta de la situación, lo recogió de la mesa envolviéndolo bien y se lo ofreció a Josefa que lo miró, sin apenas verlo, y negó con la cabeza.

—Seguro que conoce a alguien que necesite estas cosas. Si mi cuñado es tonto y no las quiere, otros no serán tan remilgados.

El guardia asintió.

No lograba recordar cómo había atravesado los pasillos del presidio cuando oyó el sonido de la puerta exterior de la cárcel al cerrarse. Jamás les haría daño a los hijos de su hermana. Su pecado había sido obedecer a su madre que posiblemente no se hubiera comportado de igual manera con Lorenza si

hubiera sido ella la enferma. Aún recordaba como los primeros meses de su relación con Thomas y cómo se sentía como una vulgar prostituta, pero eso había quedado atrás, de toda aquella tristeza y amargura había nacido algo bueno. Un soplo de aire le abofeteo la cara y suspiró, su amor tal vez no gozara de futuro, ¿pero quién lo tenía en estos tiempos?

Al día siguiente Ramón Salazar se presentó en casa de Catalina sin avisar. Estaban en la cocina limpiando unas lentejas que llevaban demasiadas piedras, cuando oyeron que la puerta de la vivienda se abría. Catalina se llevó el dedo a los labios en señal de silencio y Josefa se quedó paralizada.

—Quédate aquí, iré a ver qué quiere —ordenó Catalina— y, no importa lo que escuches, no salgas.

Josefa agudizó el oído al percibir un murmullo en el pasillo. Poco después la puerta de la cocina se abrió.

—Quiere hablar contigo. Te está esperando en el comedor —anunció Catalina.

Josefa notó que su cuerpo temblaba, le tenía miedo. No existía ninguna razón para ello, pero aquel hombre le producía temor. En la corta distancia que separaba la cocina del comedor miles de pensamientos se agolpaban en su mente. Lo que más temía era que quisiera poner fin a la relación con Thomas. Había oído demasiadas historias de otras chicas como ella que al final habían acabado en casas de mala reputación. No sabía si podía soportar aquello. Ella tenía a Catalina, aunque su protección rozaba ciertos límites porque tenía su sustento unido a Salazar, pero Thomas nunca la dejaría caer en ese abismo. Abrió la puerta nerviosa.

Allí estaba don Ramón, con su traje gris de raya diplomática, su camisa blanca y aquel alfiler que brillaba en su corbata, un diamante posiblemente. Ni esos tiempos de guerra había dejado de vestir como un hombre rico.

—Siéntate, Josefa, tengo que hablar contigo —dijo nada más verla.

Ella obedeció, pero él se quedó de pie haciendo que ella tuviera que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo aunque era incapaz de fijar sus ojos en los

de él. Tenía una mirada que le daba miedo, y él se detuvo más tiempo del necesario en contemplar su rostro.

—He oído que has ido a ver a tu cuñado a la cárcel —dijo al fin.

¡Así que era eso! Josefa respiró aliviada.

—Sí, pude conseguir entrar para llevarle algo de aseo y ropa limpia.

No dijo nada de que había rechazado ambas cosas ni de los insultos que habían salido por su boca.

—Ya sabes que está con los requetés.

—Sí, lo sé.

—Por el bien de España tenemos que ganar esta guerra —apuntó Ramón Salazar—. Si triunfan los rojos, esos putos comunistas nos van a quitar todo. Quieren que este país se convierta en Rusia. ¿Lo sabes verdad?

Ella permaneció callada observando a Ramón Salazar e hizo un pequeño gesto de asentimiento no demasiado convencida. Tenía sus propias ideas y debía poder expresarlas; las mujeres habían conseguido el derecho a voto y en algunos frentes republicanos luchaban al lado de sus compañeros, pero no era el momento adecuado para una confrontación política así que hizo lo que sabía realizar muy bien, asentir y callar.

—Tienes que hacerme un favor.

—Por supuesto don Ramón —se apresuró a decir tal como le habían enseñado.

—Tienes que llevar una carta de tu madre a Felisa, la chica que está cuidando a tus sobrinos —dijo mientras sacaba un sobre cerrado que tendió a Josefa.

No dejaba de ser un escrito de una abuela a la mujer que cuidada de sus nietos; lo único extraño era que las palabras manuscritas del sobre no era la letra de su madre.

—Mañana un coche te llevará a Durango, y a las nueve te encontrarás con ella en el pórtico de la iglesia; le darás la carta y esperarás a que vuelva con otra para tu madre. ¿Has entendido? —decía tendiéndole el sobre.

—Sí, señor.

—Otras cosa, Josefa, no quiero que vayas por la casa, ya sabes que a Elisa no le gusta verte por allí. Tus visitas la alteran mucho, así que si quieres ver a tu madre queda con ella en su día libre.

Bajo la mirada al suelo, pero estaba cansada de ser débil; levantó la vista y por primera vez en su vida miró directa y fijamente a los ojos de Ramón Salazar. Por un segundo creyó percibir en él un amago de irritación y avanzó un paso hacia ella. Josefa instintivamente se levantó y ambos se quedaron frente a frente, retándose sin palabras.

—¿Ha quedado todo claro? —dijo al fin Salazar.

—Sí, señor, no se preocupe que realizaré el encargo —musitó azorada.

Él se dirigió a la puerta de la estancia de espaldas a Josefa y cuando estaba a punto de abandonar el comedor se volvió hacia ella:

—Sé que tu cuñado no quiso saber nada de ti y te recibió con palabras muy feas. Quiero que sepas que yo no estoy de acuerdo con él. —La miró durante un segundo a los ojos, y Josefa creyó notar un atisbo de franqueza.

Sospechó que en sus manos tenía un documento de guerra, y Catalina informó a algunos compañeros sobre el mensaje que Ramón Salazar había entregado a Josefa. Una vez leída la carta, decidieron que Josefa siguiera todas las instrucciones que le habían dado y partió para Durango el miércoles 31 de marzo según el plan previsto. Llegó a su destino a las ocho y media de la mañana, la misma hora en que la tranquilidad de la comarca rural fue rota por una formación de aviones que aparecieron inesperadamente en el cielo, cuatro bombardeos y nueve cazas. Josefa no prestó demasiada atención a los aparatos que sobrevolaban el firmamento, se hallaban en guerra y posiblemente la incursión de la aviación se debía a una inspección de rutina de las posiciones de los dos bandos. Los nacionales estaban en Guipúzcoa y la línea del frente no quedaba lejos.

Sin embargo, aquel día el toque de alarma se repetía con insistencia mientras los aviones, de espaldas al sol, no se limitaron solamente a inspeccionar, sino

que comenzaron a descargar sus bombas. En muy poco tiempo la vieja cruz del camino, las casas, la iglesia del colegio de los jesuitas, donde en esos instantes se estaba dando misa, e incluso la parroquia fueron prácticamente reducidas a escombros. Josefa se debía reunir con Felisa en el pórtico exterior de esa iglesia, donde se estaba celebrando un mercado. En vez de eso contemplaba abrumada como se destruía la población mientras oía gritar a la gente con tremendos alaridos. El pueblo era humo y caos.

Llegó el silencio. Las bombas dejaron de caer y Josefa se encontró cara a cara con la desolación. El antiguo pueblo de hermosas casas palaciegas era un escenario devastado cubierto de cascotes. Intentó buscar a Felisa con desesperación porque, si algo la ocurría sus sobrinos, se quedarían solos, pero no la encontró. Intentó ayudar a algunos heridos y consolar a las personas que se abrazan a un cadáver con impotencia intentado traspasar el calor de su vida a un cuerpo inerte y helado. Desesperada preguntó a un militar que intentaba poner un poco de orden en aquel caos.

—¿Dónde llevan los cadáveres?

—Al cementerio.

Corrió hacia el camposanto, pero en ese instante oyó de nuevo el rugir de los aviones que volvían. Era ya la segunda a vez que visitaban el cielo ese día y, aunque no tiraron bombas, poco después volvieron para lanzarlas mientras los cazas ametrallaban a una población que corría aterrada y sin sentido de un lado para otro. Nadie podía hacer nada; Durango no tenía defensa antiaérea.

Los trozos de tela arrancados a las camisas de los muertos sirvieron como vendas para curar a los heridos; tuvo que consolar a personas que la miraban incrédulos pensando que todo aquello era irreal y, lo peor de todo, fue mirar con horror los cuerpos muertos que encontró en su camino. Era gente que esa mañana se habían levantado de la cama preparadas para el nuevo día sin sospechar que sería el último de sus vidas. Los que aún vivían no podrían olvidar esa fecha.

No había rastro de Felisa.

Aunque estaba sin fuerzas, decidió ir al caserío para ver cómo estaban sus sobrinos. Empezó el camino a pie, andando por caminos de tierra y subiendo después por las escarpadas laderas, haciéndose daño en las piernas con los jaros y tropezando con las piedras que se deslizaban y le hacían perder el pie en numerosas ocasiones. Llegó exhausta al portalón y tocó con insistencia la aldaba de la puerta principal de la vivienda. Nadie acudió a su llamada. Se sentó agotada en un banquito al abrigo del aire nocturno, pensando en pasar allí la noche, de repente la puerta se abrió y apareció Felisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó belicosa.

—Llevó todo el día buscándote; estaba preocupada por si te había pasado algo. Me imagino que sabes que ha habido un bombardeo terrible en Durango...

—Lo sé —dijo con voz fría y sin hacer ningún amago de retirarse de la puerta para que Josefa pudiera pasar.

—¿Puedo entrar?

—No.

—Por favor, Felisa; estoy cansada solo necesito comer algo y hacer noche en un lugar a resguardado. Te prometo que con las primeras luces me voy.

La mujer se le quedó mirando, pero abrió lentamente la puerta indicándola con un gesto que pasará.

—Gracias —susurró Josefa.

La cocina del caserío tenía la lumbre encendida y alrededor del fuego estaban cuatro hombres que miraron a Josefa con recelo. Ella volvió a mirar la estancia y se dio cuenta de que, en un rincón apilados junto a un taburete, había varios fusiles.

—Es la cuñada de Demetrio, la que mandó don Ramón con la carta.

—Pues llega un poco tarde —dijo uno de ellos con sorna.

—A mí me dijeron que me vería hoy con Felisa en el mercado y allí he estado a su hora —se defendió Josefa—. Han bombardeado Durango y aquello ha sido un desconcierto. Terrible.

El silencio volvió a reinar en la estancia hasta que fue interrumpido por unos golpes en la puerta. Uno de los hombres fue a abrir y en la cocina entró el hermano de Felisa, iba vestido de faena con albarcas en los pies y gruesos calcetines de lana.

—¿Qué hace está aquí? —preguntó señalando a Josefa.

—Me ha traído la carta de Salazar y la han pillado las bombas. Ha subido porque estaba preocupada por los sobrinos —se apresuró a decir Felisa.

—¿Te han sorprendido los aviones? —preguntó dirigiéndose a Josefa.

Por un instante pensó que la habían intentado matar en el bombardeo y que había sido conducida a la ciudad con engaños.

—¿Quién sabía que venias hoy para aquí?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Josefa. No le gustaba nada el tono de la voz del hombre al hacer la pregunta.

—Catalina y don Ramón, y posiblemente mi madre.

Aquel individuo la estaba intimidando para que tuviera miedo.

—¿Nadie más?

Ella negó con la cabeza.

—Mejor, más fácil será hacerte desaparecer.

Un temblor recorrió el cuerpo de Josefa.

—¿Qué te propones? —preguntó sobresaltado uno de los hombres dejando entrever por medio de la voz su miedo.

—Os ha visto aquí y ha visto las armas, ¿es que sois idiotas?

—Es la hija de Dominga y la protegida de Salazar. A ninguno de ellos les gustará saber que has hecho daño a esta chica —dijo otro de ellos.

—Se ha muerto mucha gente hoy, una más ni se notará. Además la han mandado aquí; igual querían deshacerse de ella y buscar otra amante más fresca para el panoli del yerno.

Los cuatro hombres y Felisa se miraron entre sí. Al final fue ella la que habló:

—Josefa se marchará y no dirá nada. No me encontró y se volvió para

Bilbao. ¿Verdad, Josefa? —preguntó la mujer con desesperación.

—Sí —contestó con un hilo de voz.

Se oyeron unos fuertes golpes en la puerta principal del caserío. Los cinco hombres sacaron sus pistolas y se situaron en actitud de alerta.

—Vete a abrir, Felisa, a ver quién cojones es.

La mujer fue a abrir apresuradamente y entró Thomas Bennett en la estancia.

—¡El puto inglés! —dijo el cabecilla visiblemente enfadado

Thomas miró a Josefa intentando tranquilizarla. Ella se quedó quieta mirando alternativamente a los dos hombres.

—Vamos, Josefa, nos vamos para Bilbao ahora mismo —dijo dirigiéndose a ella y tendiéndole la mano.

Josefa intentó dar un paso hacia él, pero el hermano de Felisa se interpuso en su camino agarrándola con tanta fuerza de un brazo que ella emitió un pequeño chillido de dolor.

—No tan deprisa.

—Déjala —ordeno Thomas con enfado.

—Mira qué suerte ha tenido la fulana: su amante ha venido a buscarla —decía el cabecilla, que aún la tenía sujeta por unos de sus brazos, mientras acercaba peligrosamente su rostro al de Josefa.

Thomas sintió el peligro, dio un paso adelante, estiró su brazo con el puño, con la clara intención de golpear su mandíbula, pero los otros hombres se interpusieron en su camino colocándose delante de su jefe, que había soltado ya a Josefa con un empujón que casi la tira al suelo.

—Debe ser muy buena en la cama —siguió diciendo en tono burlón—. Igual deberíamos disfrutarla todos para comprobarlo e intercambiar impresiones.

Logró soltarse de los hombres, avanzó rápido hacia el hermano de Felisa y le dio un puñetazo en la cara que lo hizo tambalearse. Uno de los hombres rápidamente extrajo la pistola de la funda colocada en su cinto y le apuntó con el arma al corazón.

—Soy ciudadano inglés; si me matas, te verás en un lío —fue lo primero que

se ocurrió decir, aunque sabía que aquello solo era una fanfarronería. Estaban en guerra y una vida humana no tenía ningún valor en esos momentos.

Sonó una risotada en la habitación.

—Estos ingleses son la hostia. No tienen huevos y lo llaman la flema británica, pero tengo que reconocer que tú has aprendido algo de hombría de los españoles.

—Si nos haces algo, Salazar se enfadará contigo y no te conviene —dijo Thomas pausadamente pronunciando cada una de las palabras con clara intención de amedrentar a aquel hombre.

—¿Y crees que se va a enterar?

—Además de ti, en esta habitación hay cuatro hombres y una mujer. ¿Los vas a matar también para que callen? Porque, si no lo haces, alguno de ellos puede que hable. No ahora, pero tal vez más adelante. Siempre vivirás con ese temor —comentó Thomas tranquilamente.

Los aludidos se revolvieron inquietos mirándose unos a otros.

—Ellos son mis hombres y ella mi hermana. Nunca me traicionarían.

Thomas se adelantó un paso, miró a los ojos al cabecilla con una mirada fría y sentenció:

—¿Estás completamente seguro?

Un silencio sepulcral se adueñó de la habitación que fue roto por una vocecita infantil.

—Tía, ¿has venido a vernos?

Josefa se volvió y corrió hacia la niña situada en el umbral de la puerta acurrucándola entre sus brazos.

—Sí, cariño, que venido para ver si estabais bien.

—Nos hemos asustado mucho con la tormenta que han traído los aviones.

Thomas se acercó dónde estaban ellas y acarició los cabellos de la pequeña a la vez que intentaba traspasar tranquilidad a Josefa con la mirada.

—Ahora que sabemos que estáis bien, nos marchamos para Bilbao.

—¿Vas con la abuela?

—Sí, preciosa —dijo Thomas mientras agarraba a Josefa por la cintura para sacarla de la casa cuanto antes.

Nadie se movió en el caserío; con Jesusa en la cocina, no podían hacerlo. Thomas salió con paso apresurado y agarró a Josefa de la mano arrastrándola colina abajo hasta el lugar donde estaba el coche. Una vez allí, abrió la puerta del copiloto y, cuando Josefa estaba acomodada en su asiento, la cerró y corrió para ponerse al volante. Arrancó deprisa y el coche tomó velocidad por una empinada pendiente derrapando de vez en cuando con las piedrecillas del camino de tierra. Tenían que alejarse cuanto antes de aquel lugar y sobre todo de las personas de las que habían huido.

Cuando ya estaban en la carreta principal, Josefa comenzó a hablar pausadamente; la oscuridad se veía rota de vez en cuando por las luces de otros vehículos.

—Gracias por venir, no sé lo que hubiera pasado. Conozco a esos hombres de toda la vida, pero ya no sé quiénes son —dijo con tristeza—. La maldita guerra los ha cambiado.

—Catalina me dijo que estabas en Durango; al enterarme del bombardeo solo pensé en coger un coche y venir por ti.

—¿Cómo sabías que estaba en el caserío?

—Miré por todos los rincones de lo que queda del pueblo; vi los destrozos, los cascotes, y no te encontraba. Fui desesperado al cementerio temiendo que estuvieras entre los muertos, pero afortunadamente no te hallabas allí. Me sentía agobiado e impotente y de repente se me ocurrió que tal vez estarías con tus sobrinos en el caserío.

—Ha sido horrible. Caían las bombas y luego los otros aviones acribillaban a la gente y volvían a pasar para matar más gente que caían al suelo y allí se quedaban tirados en la tierra. No eran soldados, eran personas que estaban en el mercado, curas dando misa, monjas en el convento, mujeres y hombres, e incluso niños. Era un pueblo en un día normal y de repente ya no existía nada.

Thomas paró el coche en un entrante, miró a la mujer que tenía frente a sí

durante un momento y la apretó contra su pecho; notaba que estaba helada, y sus intentos por transmitirle algo de calidez eran vanos. Temblaba y su cuerpo era incapaz de reaccionar al calor que intentaba brindarle.

—Te quiero, cariño —le comentó suavemente al oído—, y por todo ese amor que siento por ti debemos tomar una importante decisión que cambiará la vida de los dos. Lo he estado meditando mucho y creo que es lo que debemos hacer.

Josefa se sintió intranquila ante esas palabras y percibió un pinzamiento en su estómago, deshizo de su abrazo y miró de frente a su amante.

—¿A qué te refieres?

—Eres consciente de que vamos a perder la guerra, ¿verdad?

—Todavía no está todo perdido.

—En unos meses, sino antes, lo estará.

—¿Te vas a marchar? —preguntó Josefa con voz temblorosa temiendo que una respuesta afirmativa tornara en realidad la peor de sus pesadillas.

—Nos vamos a marchar, cariño.

—No te entiendo.

—Tu, la niña y yo iniciaremos una nueva vida lejos de aquí, en un lugar donde no nos tengamos que esconder y podamos proclamar a los cuatro vientos que nos amamos. Es algo que llevo pensando mucho tiempo y ha llegado el momento de llevarlo a cabo.

—No quiero seguir escuchándote —dijo Josefa mientras se revolvía nerviosa en su asiento.

—Nos merecemos una segunda oportunidad para comenzar de cero.

—Ramón Salazar nunca permitirá que te lleves a su nieta.

—En estos momentos no tiene tanto poder como antaño, y yo tengo buenos contactos tanto con el Gobierno Vasco como con los diplomáticos ingleses. Salazar no es ningún problema.

Acercó su cara a la de Josefa y le rozó los labios con un beso húmedo y caliente.

—¿Me quieres? —le pregunto a ella a pesar de conocer la respuesta.

Josefa le agarró la mano y sus palmas se rozaron mientras besaba sus labios con deseo:

—Te quiero más que a mi propia vida —confesó ella al terminar el arrumaco—, y si algún día te pierdo, una parte de mí se morirá irremediablemente contigo.

—¿Entonces me secundarás en el plan? —preguntó Thomas suplicante.

—No quiero que nuestro amor haga a daño a otras personas.

—A quien va a hacer daño, ¿a Ramón? Que te entregó a mí como amante para proteger a su hija, ¿a tu madre? Que no le importó lo más mínimo...

—Me preocupa la niña.

—Carmen y Elisa solo la exhiben con sus amistades como si fuera una monita de feria, y Ramón está desilusionado porque no fue varón. Cuando sea un poco mayor se dará cuenta de todo y sufrirá. Mi hija se merece una vida con personas que la amen. Dime algo, cariño —le susurró Thomas mientras le acariciaba la mejilla con un dedo.

—Estoy embarazada —confesó.

El dedo que acariciaba su mejilla se paró bruscamente. Josefa sintió que el estómago quería salirse por su boca.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Dos semanas. Por favor no permitas que me lo quiten —dijo llorando—. Si se entera Ramón, sabes lo que hará.

Thomas la abrazó con fuerza, en ese momento, más que nunca, debían huir para proteger a su familia. Volvió a besar a Josefa con pasión, bajo hacia sus pechos y poco a poco fue bajando hasta sus muslos. Eran caricias suaves y gratificantes. Ella apretó la mano de él y la condujo hasta su interior para que notará que estaba preparada para él. Ambos despertaron sus instintos más primitivos; él le quito las bragas y se puso a horcajadas sobre ella en el asiento del coche; Josefa levantó su vestido hasta la cintura para darle paso y abrió sus piernas todo lo que pudo.

—Eres preciosa —susurró el—, y nuestro bebé también lo será. Nunca permitiré que os hagan daño a ninguno de los dos. Esta vez no.

Ambos cuerpos, unidos por el mayor de los deleites, sintieron el abandono que solo existe tras obtener el placer más infinito. Después Thomas volvió a su asiento mientras ella se recomponía la ropa.

—¿Estás contento por el embarazo?

—Claro que sí, no lo dudes nunca. Quiero a ese bebé porque es una parte de ti y de mí; deseo que sea un niño, o niña, feliz y que viva en el mejor de los mundos posibles. Por él me reafirmo en mi postura de dejar atrás el pasado. Nuestro futuro comienza hoy. Somos una familia y este es nuestro segundo hijo. ¿De acuerdo?

Josefa lo miró; podía negarse y darle miles de razones para terminar con aquellos pensamientos locos de ese hombre al que amaba, al que siempre amaría.

—Sí, nos iremos —dijo débilmente porque en el fondo sabía que no quería darle ninguno.

Thomas sonrió, encendió el motor y se inclinó para darla un beso en la mejilla a la vez que apretaba sus manos con fuerza. A pesar de la penumbra nocturna intuyó el semblante radiante de Josefa. El coche rodó por la carretera que conducía a Bilbao. En medio de aquella confusión habían encontrado, al fin, su destino. El único requisito era tener valor para afrontarlo y ambos lo tenían de sobra. Ya lo habían demostrado.

Ahora solo quedaba esperar.

Capítulo 9

SECRETOS DISFRAZADOS

Borja conducía el coche por la cómoda autopista que unía la localidad de Durango con Bilbao. A medida que se iban acercando a la comarca, los picos de las abruptas montañas se recortaban en un cielo azul. El reflejo del sol irradiaba las salvajes peñas volviéndolas de un matiz semejante al acero brillante lo que, unido a los campos con diferentes tonalidades de verdes, forjaba el impresionante panorama de la zona.

—Durango también sufrió un enorme bombardeo durante la Guerra Civil —contaba Borja— y, aunque fue tan atroz como el de Gernika, no tuvo su repercusión internacional.

Con la mirada perdida en la bella campiña, Tess trataba de imaginar el mismo paisaje tiempo atrás. La vida cambiaba a pasos agigantados y parecía imposible que aquel agradable paraje en calma hubiera sido testigo de una guerra que había sembrado de muertos la comarca.

—El día del bombardeo también era día de mercado —seguía contando Borja—; el pueblo quedó destrozado.

Calló y miró a Tess, que contemplaba absorta la campiña que se recortaba a través del cristal de la ventanilla del automóvil.

—¿Qué es lo que pasa en estos momentos por tu cabeza? —preguntó mientras disminuía la velocidad para pagar el peaje.

El tímido sol se colaba por los cristales del vehículo. Ella cerró los ojos y

respiró profundamente intentando disfrutar al máximo del momento.

—Estaba observando estos campos tan hermosos y pensando que es difícil llegar a imaginar que algún día vieron una guerra.

—Cuando era pequeño mi abuelo solía llevarme a escenarios donde habían transcurrido batallas de la historia de España —contó, pero inmediatamente se dio cuenta de que debía haber callado.

—¿Tu abuelo Gregorio?

—No, mi abuelo paterno.

Tess percibió que Borja se revolvió incomodo en el asiento al mencionar a su otro abuelo. Siempre sucedía lo mismo cada vez que hablaba de él. Pensaba que tal vez había acaecido algún problema familiar y no quiso ahondar más en el tema.

—¿Y dónde ibais? —preguntó realmente interesada en la infancia de Borja.

—Cogíamos el coche cuando yo tenía las vacaciones de verano o en Semana Santa y nos íbamos a recorrer escenarios de batallas famosas. Numancia, Covadonga, Navas de Tolosa, Bailen... Dormíamos en hostales, comíamos en tascas de los pueblos y sobre todo hablábamos mucho con la gente —narró Borja nostálgico.

—¿Estabas muy unido a tu abuelo?

—Mucho. En aquellos campos me decía que esas batallas habían influido en nuestra política, nuestra cultura y mentalidad. Habían determinado quienes somos, y recordábamos durante un momento a los que habían librado aquellas batallas, a quienes murieron y a quienes sobrevivieron.

—Nos guste o no, no hay acontecimiento histórico que no tenga guerras o muertos —señaló Tess

—Sí, ya lo creo que sí. Mi abuelo fue un niño de guerra y le tocó vivir los tiempos amargos de la posguerra, tal vez eso hizo de él un pacifista convencido.

Al salir de las rotondas de circunvalación, enfilaron hacia el centro del pueblo.

—Me preguntó en qué lugar estaría yo si no hubiera habido una guerra civil en España —dijo Tess de repente—. Ese conflicto parece ser que también influyó en mi vida incluso sin haber nacido.

—Eso no lo sabemos aún —dijo Borja con cautela.

Ella se limitó a mirarlo con detenimiento y no quiso replicar sus palabras con ningún comentario agrio. Se había dado cuenta de que su semblante era serio y mantenía la mandíbula apretada; se preguntó el porqué de ese gesto y decidió ser prudente y mantenerse callada. Le necesitaba. Aún.

—Iremos al ayuntamiento para preguntar sobre la familia Mendieta —dijo el mientras dejaban el coche en un parking—. Con un poco de suerte tal vez aún viva por aquí alguno de sus miembros y nos pueda contar que ocurrió con Dominga y su hija.

El funcionario que los atendió en el registro se mostró amable hasta el momento en que pronunciaron el nombre de la familia que buscaban. Los miró firmemente a los ojos y su semblante, hasta entonces cordial, se tornó agreste.

—Como empleado municipal no puedo desvelarles ninguna circunstancia de los vecinos. Tienen que saber que los datos que están en un padrón municipal no se pueden ceder a particulares.

—Pero nosotros solo queremos saber si aún viven en la localidad —intentó razonar Tess.

—Le acabo de decir que no puedo darle ese dato. Buenos días.

Ante la negativa del empleado público, a Borja se le ocurrió la idea de preguntar en el club de jubilados por la familia. Entraron en el bar de la asociación y vieron que algunas personas, la mayoría hombres, se distribuían entre varias mesa. Se sentían observados con curiosidad por los parroquianos y se dirigieron directamente al camarero que estaba detrás de la barra.

—Hola, estamos buscando a una familia que no sé si aún viven por aquí —reveló Tess—. ¿Nos puede usted ayudar?

—Si está en mi mano, por supuesto. ¿A quién buscan?

—A la familia de Demetrio Mendieta —comunicó Tess.

Un silencio tenso impregnó el ambiente. Notaron como los hombres que estaban allí se miraban los unos a los otros y luego los observaban a ellos con perplejidad.

—¿Por qué buscan a esa familia? ¿Son parientes? —les preguntó uno de los jubilados para poder saciar su curiosidad.

—No nos une ningún tipo de relación familiar, simplemente queremos localizar a alguien de la familia —informó Tess.

—No fue demasiado apreciado en el pueblo porque hizo daño a mucha gente, él y su cuñado —informó mirando fijamente a aquella mujer de acento extranjero interesada por un hombre de funesto recuerdo en la localidad.

—¿Su cuñado? —preguntó Tess muy interesada—. Pensé que el hermano de su esposa Lorenza había muerto cuanto era apenas un niño.

—Me refiero al hermano de su segunda mujer, Felisa; yo era muy chico, pero he oído contar innumerables historias de aquella época. Puedo asegurarle que muchos de los mayores de este pueblo aún recuerdan a los cuñados y no precisamente con simpatía, algunos incluso con terror.

Varias cabezas de los presentes asintieron ante la información.

—¿Por qué dejaron tan mal recuerdo? —interrogó Borja.

—Eran buenas piezas. se apropiaron de propiedades que no eran suyas e incluso desterraron a gente después de la guerra para quedarse con su ganado o las tierras. Nada los paraba porque entonces había que acatar y callar y ellos se beneficiaron de eso —informó el encargado.

—¿Sigue viviendo alguien de la familia con la que podamos hablar? —interrogó Tess con temor de que quizás sus descendientes hubieran abandonado el pueblo.

El hombre asintió afirmativamente y se limitó a indicarles el camino que llevaba al caserío. Antes de que se marcharan les advirtió que los Mendieta no eran muy cordiales con las visitas de forasteros.

Justo al llegar a la última casa del pueblo había que tomar una estrecha carretera que conducía a la cumbre de una montaña; allí casi en lo más alto,

debajo de unas enormes y afiladas rocas, se encontraba el caserío familiar. La calzada cada vez era más empinada y el camino se iba estrechando en cada pronunciada curva. Borja detuvo el coche en un recodo del camino y salió para acercarse a un poste, situado en una esquina de un sendero, que contenía varios buzones para la correspondencia.

—Vamos bien —le gritó a Tess después de leer detenidamente los nombres que indicaban los casilleros.

La abrupta carretera se volvía angosta en algunos tramos e iba dejando al lado algunas casas dispersas que se veían en la lejanía, hasta que allí, en lo más alto, en una verde pradera y rodeada de pinos, surgió el majestuoso caserío de los Mendieta. Era de piedra con dos alturas, en la planta baja se veía un portalón con forma de arco, en la primera cuatro grandes ventanas, con contraventanas de madera, las dos centrales de balcones con barandillas de hierro forjado, y en la más alta las cuatro grandes cristaleras daban a la misma balconada. Las terrazas de los dos pisos estaban cubiertas de flores de diferentes formas y tonalidades; algunas caían en espesos ramilletes formando vegetales cascadas de bellos colores. La vivienda estaba rematada por un pendiente tejado a dos aguas techado con tejas de un rojo intenso.

—¡Es precioso! —exclamó Tess mientras observaba la tradicional construcción vasca.

—Sinceramente es uno de los más bonitos que he visto; está excelentemente conservado y su estructura es muy sólida. Al restaurarlo han realizado muy buen trabajo respetando todos los elementos tradicionales como la piedra y el forjado de los balcones, admirable —replicó Borja mientras detenía el coche para observar mejor la casa bajo la mirada profesional del arquitecto que era.

Tess sacó la instantánea que tenía de Josefa y su familia en el bolso y observó la antigua imagen con la visión que tenía frente a ella.

—¿Crees que pudo ser tomada aquí? —preguntó Tess a Borja tendiéndosela.

La cogió y observó tanto la imagen como el paisaje real que se extendía ante sus ojos.

—Podría ser el mismo portalón, aunque la casa ha cambiado mucho desde aquellos tiempos —señaló después de un rato de análisis.

El silencio envolvía el ambiente roto de vez en cuando por el graznido de un pájaro. Tess abrigó un atisbo de duda pero a la vez estaba excitada y nerviosa ante el recibimiento que iban a tener al llamar a aquella puerta y si la iban a poder traspasar. No sabía que era lo que realmente deseaba, si entrar en el caserón y descubrir lo que había venido a buscar o no atravesar la cancela y borrar de la memoria todo lo que había sucedido desde la muerte de la abuela.

—Vamos a ello —dijo Borja mientras volvía a poner el vehículo en marcha y enfilaba hacia la entrada principal de la casa.

Al oír el sonido del coche, una mujer de mediana edad salió a la puerta justo en el instante de observar como dos desconocidos, un hombre y una mujer jóvenes, aparcaban un coche y salían de él.

—¿Se han perdido? —preguntó amablemente.

—No exactamente —respondió Tess—. ¿Es esta la casa de la familia Mendieta?

—Esta es—respondió la mujer en un tono no tan cordial.

Entonces Tess mostró la antigua foto del caserío a la mujer que la recogió observándola con detenimiento.

—¿De dónde la ha sacado? —preguntó mirándola fijamente con cara de asombro.

—La encontré entre las pertenencias de mi abuela cuando murió.

—¿Y por qué tenía ella esto? Usted es extranjera, ¿verdad?

—Sí, soy británica, igual que mi abuela. Encontré esta foto escondida junto a otras y no logro comprender por qué estaban allí, puesto que nunca tuvo relación con el País Vasco —manifestó de manera atropellada.

La mujer volvió a mirar la foto.

—¿Sabe quiénes son esas personas? —interrogó Tess con incertidumbre.

—Uno de los niños es mi padre. Está con sus hermanos, Jesusa y Antón; una de las mujeres es mi abuela Lorenza, la otra su hermana y el hombre mi abuelo

Demetrio. Tuvo que ser tomada antes de la guerra.

—¿Conoce a esta mujer que aparece en la foto? —dijo Tess señalando a Josefa.

—Es Josefa, la hermana de mi abuela, que murió cuando el bombardeo de Gernika.

—¿Está segura de que fue una de las víctimas? —preguntó Borja

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues claro que lo sé a ciencia cierta; en esta casa se honró su memoria durante mucho tiempo a pesar de lo que era — contestó la mujer visiblemente molesta—. Por cierto, ¿usted quién es? Ya que se atreve a hacerme esa pregunta.

—Mi nombre es Borja Mendizábal Salazar. —Raras veces utilizaba su segundo apellido, pero lo hizo con intención. Pensó que tal vez siguiera conservando alguna vinculación en aquella familia.

—¿Algo que ver con Ramón Salazar?

—Era mi bisabuelo.

La mujer se lo quedó mirando con cara de asombro, y Borja percibió un pequeño temblor en su labio superior. El incómodo silencio fue roto por Tess, que desconocía el motivo de la tensión entre ambos y quería retomar la conversación en el asunto que la había llevado hasta la puerta de aquel caserío.

—¿Qué era Josefa? —interrogó y se mordió el labio al darse cuenta de que el tono en que lo había pronunciado esas palabras podría parecer un tanto incorrecto en una invitada.

La propietaria de la casa se frotó una mano contra otra de forma nerviosa.

—A mí no me gusta hablar de esto y no sé a qué viene preguntar tanto — contestó de una forma un tanto brusca.

La mujer miró alternativamente a ambos y percibió sus ojos clavados en ella esperando su respuesta. Habían venido a averiguar y no se iban a marchar sin hacerlo; por eso, en cuanto les dijera lo que querían oír se marcharían y la dejarían en paz para siempre. Era mejor hablar.

—Mi abuelo no la apreciaba demasiado; según él, era una mujer demasiado liberal para aquella época, no escondía que era la amante de un hombre casado —dijo en voz baja avergonzándose de sus palabras.

—¿Podríamos hablar con alguien más de la familia?, tal vez su padre o alguno de sus tíos.

—Mi tía Jesusa es monja y está en un convento en Burgos, mi tío Antón emigró a América hace muchos años y nunca más volvimos a saber de él. En cuanto a mi padre, vive aquí conmigo, pero ya es muy mayor y a veces tiene lagunas de memoria; no sé si se acordará de algo y tampoco estoy segura de que sea bueno para el su visita.

—Por favor —suplicó Tess—, es muy importante para mí averiguar algo sobre la relación de Josefa con mi familia; por eso he realizado este viaje que me ha llevado hasta aquí. Le aseguro que molestaré lo mínimo posible.

La mujer reflexionó durante unos instantes. Borja agarró la mano de Tess para infundir un poco de valor. Al final la mujer dijo:

—Bueno, ya les he dicho que mi tía murió en el bombardeo; no sé qué más quieren saber.

—Cualquier cosa. Igual su padre puede recordar alguna cosa, algo trivial que parezca que no tiene demasiada importancia, pero tal vez para mí si la puede tener.

La mujer miró a Borja. Sabía que no debía negar nada a un Salazar.

—Pueden pasar pero, si les dejó traspasar la puerta de mi casa, es por el respeto que en esta casa se le tiene a la memoria de don Ramón.

Los tres se quedaron en silencio.

—Por cierto me llamo Miren Mendieta —se presentó.

—Yo soy Tess Hamilton.

Ambas mujeres se estrecharon la mano. Miren estaba sudando.

—Yo la estoy ayudando en su investigación —dijo Borja extendiendo la mano para estrechar la que la mujer le tendió—. Me he alegrado de venir hasta aquí; soy arquitecto y su casa es una de las más bellas que he visto. Está

perfectamente conservada y tiene un encanto especial; se nota que las personas que viven en ella la cuidan con esmero.

La mujer sonrió con orgullo.

—Sí, es verdad para nosotros es un tesoro, pero pasen dentro. Es una pena que no tengamos a nadie que la herede, pero la vida es así.

Al traspasar la puerta del caserío se encontraron con un gran espacio abierto. La cocina estaba a la derecha y junto a ella una gran mesa de comedor de madera oscura con doce sillas haciendo juego. Al fondo había un enorme sofá, al lado de una chimenea baja, y un par de mullidos sillones orejeros. Un mueble albergaba una televisión encendida que miraba un anciano sentado en una de las butacas. Tapado con una manta de cuadros, Valentín Mendieta apartó sus pequeños ojos, cubiertos por unas gafas doradas de gruesos cristales, del aparato para posarlos en los recién llegados a los que miraba con curiosidad.

—¿Quiénes son? —preguntó a su hija con la voz débil y ligeramente rota.

—La chica se llama Tess, es inglesa.

—¿Vienen a ver la casa? Últimamente tenemos muchos extranjeros por aquí y algunos quieren hacer fotos. Voy a cobrar por cada una y me haré rico —dijo sonriendo.

—No, no vienen a eso —explicó su hija elevando un poco el tono de voz.

—¿Te has perdido muchacha? —preguntó Valentín con curiosidad.

—No —se apresuró a responder su hija—, ha venido hasta aquí porque dice que ha encontrado una foto de nuestra familia entre las cosas de su abuela que ha muerto en Inglaterra hace poco.

A Valentín aquellas palabras parecieron no sorprenderlo:

—¿Y tú quién eres? —dijo moviendo la cabeza hacia el hombre que acompañaba a la chica.

—Es un biznieto de Ramón Salazar; está acompañando a la chica inglesa —informó Miren a su padre antes de que Borja pudiera hablar.

—¿Vienes a reclamar algo? Don Ramón lo dejó todo arreglado con mi

abuela y todavía estamos aquí los Mendieta. Cuando el último de nosotros desaparezca, podrás venir a exigir; no deberás esperar mucho muchacho, yo soy muy viejo y mi hija soltera y sin descendencia.

—No deseamos nada —se apresuró a contestar Tess—. Solo quería saber si usted reconoce a esta familia.

Miró a Miren Mendieta pidiendo su aprobación y cuando esta asintió con un movimiento leve de cabeza tendió al anciano la vieja fotografía que le había guiado hasta él y de la que Valentín se apoderó con manos temblorosas. La miró durante un rato y se la devolvió a su dueña.

—Fue hace mucho tiempo. Han pasado muchas cosas desde entonces —consideró sonriendo nostálgicamente

—Lo sé, pero a mí me gustaría saber quién es esta persona. ¿La recuerda? —dijo Tess a la vez que se agachaba a su lado y señalaba a Josefa.

—Era mi tía. Decían que era mala, pero todos mentían.

—¿Quién decía que era mala? —preguntó Tess

—Mi padre, Felisa, la abuela Dominga. Todos lo comentaban, pero para nosotros era un ángel; siempre fue muy buena y nos adoraba a los tres hermanos ¡qué importancia puede tener que no fuera demasiado virtuosa! Ella nunca hizo mal a nadie.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Los rojos la mataron en Gernika; eso es lo que ellos decían —se calló un momento para seguir hablando—, pero eso también fue un embuste. Se lo inventaron todo.

Tess sintió una punzada en el estómago. Quizá estaba demasiado cerca de la verdad.

—¿No la mataron los rojos? —preguntó visiblemente interesada.

—No, claro que no, señorita.

—¿Entonces dónde está ahora esa tía tuya? —le pregunto Miren a su padre.

—Ya lo sabes, murió en el bombardeo que hicieron los aviones alemanes, pero en esta casa no se podía hablar de ello. Yo le oía hablar en el silencio de

la noche.

—¿A quién oía hablar Valentín? —interrogó Borja.

—A mi padre y a Felisa. Decían que Dios la había castigado por atea, que nos había castigado a todos. Pero fueron los alemanes, aunque mi padre me pegaba una bofetada cada vez que se lo decía.

—Ya les he dicho que a veces no hila demasiado bien las ideas —dijo Miren dirigiéndose a Tess y a Borja mientras se encogía de hombros en un gesto de impotencia—. Creo que este es uno de los momentos en que está divagando.

El anciano estiró una de sus manos hacia Tess e hizo un gesto para que se acercara. Cuando estuvo lo suficientemente cerca cogió una de sus manos y ella notó que estaba muy fría.

—Aquella noche la querían asesinar. Los aviones habían venido a Durango y ella estaba allí. Subió andando muy preocupada para ver como estábamos porque nos quería mucho, y ellos pretendieron matarla.

—¿Quiénes eran ellos?

—Amigos de mi padre. Solo Felisa la defendió, luego vino el inglés y también querían asesinarlo. Mi hermano Antón y yo lo escuchábamos todo y despertamos a nuestra hermana para que saliera a saludar a la tía, y así no la mataron aquella noche. Fue la última vez que la vi.

—Mi padre y sus hermanos tuvieron una infancia difícil —contó la hija de Valentín—. Su madre murió cuando eran unos niños; la abuela no los podía cuidar y su madrastra Felisa no los quería demasiado. En cuanto a su padre, era bastante autoritario, siempre imponía su voluntad y eso destruyó la familia; mi tía ingreso en un convento siendo apenas una niña y mi tío huyo a América para escapar del ambiente en que vivía.

—Después de morir mi madre, mi padre se quería casar con la tía Josefa con la bendición de mi abuela Dominga —relataba Valentín ensimismado en sus recuerdos—. Ella era muy guapa y nos quería mucho, pero estaba enamorada del inglés y no consintió en la boda; ese rechazo afectó mucho a mi padre. Al

principio pensamos que era por amor propio, pero más tarde supimos que el caserío estaba a nombre de Josefa y mi padre lo codiciaba. La única manera de tenerlo era por el matrimonio. Entonces la gente no se andaba con esas pamplinas del divorcio y todo lo que tenía la mujer era del marido. Yo no digo que este bien o este mal, pero así era, sí señor.

Tess miró a Borja durante un segundo.

—¿Qué ocurrió después de la muerte de su tía?

—Mi abuela Dominga heredó la hacienda como madre de Josefa. Al acabar la guerra, mi padre se unió a la Falange e intentó poner las escrituras del caserío a su nombre, pero no pudo porque don Ramón Salazar le paró los pies. Yo era muy pequeño cuando vino aquí con mi abuela; venían en un coche grande y negro con un chofer de uniforme gris, guantes y gorra. Muy elegante, sí señor, yo nunca había visto nada igual. Fue la primera vez que vi a mi padre sumiso ante alguien, con la cabeza gacha y repitiendo todo el rato: «Se hará lo que usted diga», «Como usted mande». Llegaron enseguida a un acuerdo; mi abuela Dominga les alquilo el caserío por una renta anual. Por entonces mi padre ya estaba casado con Felisa, y siempre se quejaban de que debían abonar un arrendamiento muy caro, pero por la cuenta que les tenía nunca dejaron de pagar. Luego descubrimos que todas las rentas la abuela las metía en una libreta de ahorro a nombre de ella y de sus nietos. Mientras exista un Mendieta vivo ocupará la casa, cuando eso no sea así, pasará a los herederos de Salazar, ese fue el acuerdo al que llegó mi abuela por la protección de don Ramón, poco imaginaba la pobre que nos íbamos a extinguir tan pronto.

Borja hizo un gesto de incredulidad. No sabía nada de esa cláusula.

—Mi bisabuela Dominga hizo uso del mayorazgo y legó la casa y las tierras a mi padre que era el primogénito —apuntó Miren intentando desviar la atención de las palabras de su padre—; yo me he criado aquí, en la casa familiar. Cuando el abuelo Demetrio falleció, Felisa se marchó a vivir a un piso en Durango que había comprado el matrimonio. Nunca más volvió a pisar en esta casa ni quiso saber nada de nosotros.

—Aquí no la queríamos —señalo Valentín—; al morir su hijo, el odio hacia los de su marido se acrecentó, mandó a mi hermana al convento y enfrentó a mi hermano con mi padre. Mala mujer eligió mi padre, muy siesa.

—Felisa y mi abuelo tuvieron un hijo, pero nació muy débil, apenas llegó a los dos años y ella lo pasó mal al perder el niño —explicó Miren refiriéndose a las palabras de su padre.

—Siempre pensó que el caserío era de mi padre porque así se lo hacía creer él a todo el mundo —siguió narrando Valentín— y, cuando el hermano y ella se enteraron de que la dueña era mi tía, se enfadaron mucho y acusaron a mi padre de haberlos engañado. Los tres tuvieron una gran discusión. Por lo visto pensaban saltarse las leyes del mayorazgo y dejar el caserío a mi hermanastro, pero en cuanto se enteró mi abuela luchó por nosotros, con la ayuda de don Ramón, que le debía mucho.

—¿Qué le debía a Dominga? —interrogó Tess muy interesada en que un patrono debiera algún tipo de favor a su empleada.

—Antes los criados eran muy fieles a los señores, tal vez se refería a eso —se apresuró a contestar Miren—, o tal vez porque don Ramón había pagado el tratamiento de un cáncer que sufrió mi abuela; no fue barato en aquellos tiempos.

Valentín permanecía en silencio. Su mirada perdida traspasaba los muros como si se quisiera evadir a un mundo que ya no existía.

—Nos traía chocolate y caramelos —recordaba con nostalgia—; se preocupaba por nosotros, pero después de la guerra, cuando Felisa se instaló definitivamente aquí, tiró todos los juguetes y la ropa que nos había dado. No quería nada que le recordará a la antigua familia de mi padre.

—¿Tienen alguna foto de Josefa? —preguntó Tess dirigiéndose a la hija de Valentín.

—También las quemaron. Si no llegara a ser por mi abuela, tampoco hubiéramos tenido ninguna foto de mi madre o de cuando nosotros éramos pequeños. No había muchas, pero alguna existía porque los fotógrafos

ambulantes venían a las ferias de los pueblos o de puerta en puerta para hacer retratos. Miren, vete a mi cuarto —dijo levantando un dedo delgado y frágil hacia su hija— y coge la caja de madera que se la voy a enseñar a las visitas.

Al abandonar la hija de Valentín la habitación, este se volvió hacia Tess.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó súbitamente.

—Es la primera vez que estoy aquí —respondió ella abrumada.

—¿Has venido a buscarme para llevarme a Bilbao? Me voy a portar muy bien tía, llévame contigo.

Tess y Borja intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Creo que está desvariando, ya nos ha dicho la hija que tiene pérdidas de memoria y quizá le hemos cansado demasiado —comentó Tess apesadumbrada.

En aquel momento entró la hija de Valentín con una caja que entregó a su padre. Este la abrió con delicadeza; en ella guardaba unas fotos amarillentas en blanco y negro. Las acarició con sus dedos arrugados pasando su yema por cada rostro que mostraban.

—Se fueron todos —susurró— y me dejaron muy solo.

—¿Las puedo ver? —le pidió Tess con delicadeza.

Sin dejar que las miraran las volvió a depositar en la caja que cerró con ímpetu.

—No. Estoy fatigado, y ya les he contado muchas cosas, no quiero hablar más —decía mientras agitaba la mano en señal de despedida para que se fueran.

Los dos, acompañados por la hija de Valentín, salieron al portalón.

—Mi padre es muy mayor y está cansado. Revivir todo aquello no le hace ningún bien —les dijo.

—¿Pero están seguros de que Josefa murió en el bombardeo? —insistió Tess.

—Antes, cuando se decía que Gernika la habían quemado los rojos, en la familia se la respetaba, era una heroína, una mártir de la cruzada. Al hacerse

oficial lo del bombardeo alemán, dejó de serlo. En esta casa se prohibió hablar de ella; solo cuando mi abuelo murió mi padre empezó a contarme cosas. La adoraba y decía que era un ángel; su padre, por el contrario, proclamaba que era una ramera. No sé con cuál de las dos versiones quedarme y no quiero volver a pensar en ella. Es pasado y no me interesa.

—Pero forma parte de ti —le dijo Tess desafiante. Había algo en aquella mujer que no le gustaba y hacía que se pusiera a la defensiva.

—No, yo no le veo así. Entiendo que tengas curiosidad por saber cómo llegó esa foto a estar en poder de tu abuela, pero eso no tiene nada que ver conmigo. Igual la llevó alguno de la comarca que tuvo que exiliarse, la vendió y terminó en manos de tu abuela.

—No, estoy convencida que no fue así —replicó Tess visiblemente molesta.

—A mí no me importa lo que tu pienses —dijo Miren Mendieta irritada.

—¿Sabéis donde está enterrada tu tía? —preguntó Borja intentado disipar la tensión que se palpaba entre las dos mujeres.

—No lo sé a ciencia cierta; por lo que tengo entendido don Ramón se ocupó de todo lo relacionado con el sepelio.

Tess iba a preguntar algo, pero Miren alzó la mano para detenerla.

—Sí, hay un certificado de defunción. El lugar de su muerte es Gernika y la fecha 26 de abril de 1937. Su nombre y dos apellidos están entre los fallecidos durante el bombardeo, si queréis lo podéis comprobar. Josefa Arruti Bilbao. Si ese documento no hubiera existido, ahora este caserío solo sería un montón de ruinas.

—Muchas gracias por atendernos —dijo Borja empujando levemente a Tess hacia el coche.

—Hoy he sido muy amable con ustedes que se han presentado en mi puerta sin avisar, pero no vuelvan. La próxima vez no serán tan bien recibidos. —Y mirando fijamente a los ojos de Borja apuntó—: ningún Salazar va a ocupar mi casa antes de tiempo.

Sin esperar respuesta, se metió en la casa y cerró la pesada puerta. Mientras

iban hacia el vehículo, Tess dirigió una última mirada al lugar.

—Desde luego es un sitio precioso —dijo—, me imagino a Josefa corriendo por estos campos y estos bosques cuando era apenas una niña. En aquella época poco se imaginó lo que el destino le tenía preparado.

Borja puso en marcha el coche y lentamente se fueron alejando del lugar.

—Vamos a Gernika; seguro que tienen archivos de las personas fallecidas en el bombardeo, intentaremos encontrar los nombres de Josefa, de Thomas y de la niña —dijo Tess—. Intuyo que estoy cerca del final.

Borja sabía con certeza que el descubrimiento de la verdad era inminente.

Capítulo 10

INCURSIÓN

Josefa se sentía terriblemente inquieta; debía tomar la decisión más trascendental de su vida, ya que su resultado iba a interferir en la vida de otras personas. Por un lado estaban Thomas y ella, una pareja que nunca sería libres para amarse y mostrar ese afecto en público, su situación siempre sería clandestina y como tal sórdida. La única esperanza era abandonar Bilbao para siempre, aunque su fuga hiciera daño a mucha gente; Demetrio se casaría con Felisa provocando un terrible dolor a su madre, también Catalina y el niño, tan a merced de don Ramón. Pagarían de una u otra forma las consecuencias de ese acto, y luego estaba Elisa, la esposa de Thomas, delicada de salud y de mente frágil, a la que la desaparición de su marido y su hija tal vez dañarían aún más.

Perdida en sus pensamientos comenzó a girar, en un gesto nervioso, la alianza que le había dado Thomas. Lo deslizó de su dedo y volvió a leer las palabras «*Maite dotzut, te quiero*».

—Ni lo pienses, debes ir.

La voz que sonó a su espalda la sobresaltó y el anillo estuvo a punto de resbalar de sus manos al volverse bruscamente. No había oído a Catalina que había entrado sigilosamente en la habitación.

—¿También me lees el pensamiento? —dijo Josefa sonriendo

—Casi —respondió Catalina devolviéndola la sonrisa, para añadir—. Te

conozco lo suficiente para saber que estás pensando en quienes vas a dejar atrás. Debes mirar por tu bienestar, los que nos quedamos nos las arreglaremos. Por un solo instante de tu vida compórtate como una mujer egoísta y piensa solamente en ti, ya te han hecho renunciar a demasiadas cosas.

—No sé —vaciló Josefa.

—Sí, hay alguien que merece ser feliz eres tú. —Catalina tomó aire antes de hacerle una confesión—. Ya sabes que siempre me he negado a que evacuaran a mi hijo, pero la verdad cada día pienso más en que, si perdemos la guerra, no sé si voy a ser capaz de quedarme, no quiero vivir en el país que seremos. Sueño con irme a otro lugar, lejos de aquí, donde nadie sepa quién soy y que he sido, donde pueda hablar sin miedo, un sitio en el que nadie conozca a Salazar y pueda ser simplemente una respetable viuda con un hijo. Sé muy bien lo que me espera el día que se canse de mí, y lo hará. No voy a permitir que ningún otro hombre maneje mi vida o se meta en mi cama sin ser invitado.

—¿Dónde irás?

—Tal vez a Inglaterra con vosotros si me aceptáis —dijo guiñándola un ojo.

—Entonces ven ahora.

—No puedo todavía. Hoy es vuestro momento, la oportunidad no se va a volver a presentar. No la desperdicies.

—No quiero dejarte, Catalina, no puedo.

Ambas mujeres se quedaron en silencio; fue Catalina quien volvió a hablar.

—Márchate, Josefa, y no mires atrás. Huye con Thomas y su hija; olvídate de que alguna vez ha existido todo esto.

Y así lo hizo.

Aquella tarde el coche la recogió en Bilbao para llevarla a la casa donde pasó la noche en Guernica. Un piso céntrico donde vivía una mujer que le cedió una de las habitaciones. Al abrir la puerta no hizo ningún comentario, tampoco dio su nombre; se limitó a indicarle cual era el cuarto y dónde estaba el baño antes de desaparecer. En la alcoba le había dejado una bandeja con un cuenco de sopa además de una jarra con agua y toallas limpias. No se oyó

ningún ruido durante la noche, y a la mañana siguiente la casa estaba solitaria, pero encontró pan y una jarra de leche templada en la mesa del comedor. Al abandonar el lugar la mañana del lunes, nadie apareció para decirle adiós.

Siguió las instrucciones que le había dado el chofer del automóvil al dejarla en la localidad y esperó a Thomas sentada en las escalinatas de la iglesia de Santa María. Arreglada con un sencillo vestido negro y con un abrigo verde oscuro, el mejor que tenía, se sentía inquieta. Todas sus pertenencias las llevaba en una cesta de mimbre, más adecuada para una merienda campestre que para una huida, y eran en realidad cosas meramente sentimentales: unas fotografías, una cadena de plata que le había reglado su padre cuando era una niña, un pañuelo de seda de colores vibrantes que le había dado Catalina al poco de llegar a su casa y un poco de ropa de recambio. A esos escasos bártulos se reducía su vida. Aunque lo que de verdad importaba era lo que estaba esperando en esos momentos: Thomas y la pequeña Emilia.

Antes de divisarlo lo sintió y al enfocar sus ojos se dio cuenta de que era él. Una figura elegante y sólida, con su abrigo abotonado y sombrero, además de un bastón. El hecho de que en sus brazos portara a la niña le daba un aire incluso más viril. La pequeña iba vestida con un abriguito de lana rosa y un sombrero de punto del mismo color, en sus manos llevaba un osito de peluche color marrón. Lucía una amplia sonrisa mientras se acercaban, y Emilia, en cuanto se dio cuenta de su presencia, tendió sus bracitos hacia Josefa para que la cogiera.

—Ten cuidado, pesa mucho —advirtió Thomas, que estaba muy sobreprotector desde que se había enterado de su embarazo.

—Miles de madres cogen a sus hijos en brazos mientras están embarazadas —le dijo dándole un beso en la mejilla a la niña.

—¿Es todo lo que traes? —señaló Thomas mirando la cesta de mimbre.

—Sí, tal como me dijiste, he cogido lo estrictamente necesario todo lo demás lo he dejado en mi habitación en la casa de Catalina.

—Bien, así en el caso de que mi suegro vaya a su casa a investigar

encontrarán todas tus pertenencias y no pensarán que ella sabía algo de esta huida. Lo que necesitemos lo iremos comprando.

—¿Dónde vamos?

—Lo primero que debemos hacer es ir al mercado de los Jardines del Ferial para adquirir algunos productos a los aldeanos. Comidas que no necesiten lumbre como queso, pan, manzanas o membrillo; lo que encontremos. Después saldremos con mi coche hacia la playa de Laga, donde esta noche nos recogerá un bote que nos acercará al pesquero que nos pasará al otro lado de la frontera.

—Tengo ganas de llegar allí —murmuró Josefa aturdida ante la vorágine que suponía su escapada.

—Mañana estaremos en Francia y seremos por fin libres —comentó Thomas queriendo infundirle ánimo—. Ahora vamos a ver que podemos comprar para comer.

Recorrieron los puestos de los aldeanos que habían bajado de sus caseríos para vender su mercancía, pero apenas les dio tiempo a comprar algunos productos antes de que el alcalde clausurara el mercado. Aquel día, 26 de abril de 1937, flotaba un intranquilidad en el ambiente que Josefa achacaba, como muchos otros, a la proximidad del frente y a un posible avance enemigo hacia Guernica.

Aún no era mediodía cuando abandonaron la villa en el automóvil de Thomas, conducido por Satur, su chofer, camino de la playa Laga. El verde paisaje que se divisaba por las ventanillas del coche contrastaba con el azul del agua de las marismas que formaba la ría de Guernica. Sentada con la niña en su regazo, Josefa señalaba las aves que se veían recortadas sobre el espléndido paisaje coronado por un despejado cielo de un brillante azul y sin apenas nubes. Pasaron la localidad de Arteaga y tomaron el desvío que llevaba a la playa de Laida. Al acercarse al majestuoso castillo, que la emperatriz Eugenia de Montijo había convertido en residencia imperial, el chofer disminuyó la velocidad para tomar un sendero, estrecho y sin asfaltar,

que hacía que el coche diera unos suaves botes. La niña sonreía y agitaba sus manos sintiéndose encantada por el inesperado tiovivo en que se había convertido el coche.

El vehículo se paró cerca de muros del recinto en una verde pradera, al abrigo de unos frondosos árboles, donde extendieron una manta y sacaron una cesta con las viandas. Acababan de sentarse para disfrutar de la comida cuando oyeron un colosal estruendo en el cielo. Josefa se asustó, ya que aquel ruido le recordaba al que hacían los aviones cuando bombardeaban Durango.

—Thomas —dijo con un tono de voz apenas audible mientras abrazaba a la niña que comenzaba a llorar asustada por el infernal sonido.

Inmediatamente los dos hombres se pusieron de pie y elevaron la vista al cielo, colocaron sus manos a modo de visera ante sus ojos para poder distinguir mejor de dónde provenía el estrépito. Lo que vieron los dejó sin palabras: eran una escuadrilla de aviones que sobrevolaban la marisma a baja altura y se dirigían hacia Guernica.

Ambos intercambiaron una mirada de preocupación; Josefa temblaba mientras abrazaba a la niña e intentaba tranquilizarla sin éxito, ya que, muy asustada, no paraba de llorar. Thomas pasó uno de sus brazos alrededor de sus hombros y la atrajo hacia él besando con delicadeza su frente. Ninguno de los tres adultos era capaz de pronunciar una sola palabra.

—Estate tranquila cariño, no nos va a pasar nada —informó Thomas con tono sombrío.

—En Durango ametrallaban a las personas desde los aviones. Estamos en peligro si nos ven —dijo Josefa asustada recordando el bombardeo sufrido.

—No malgastarán su munición con nosotros —intentó tranquilizarla Thomas —, pero avanzaremos despacio, tal vez por seguridad tengamos que ir andando a la playa.

—Un automóvil por una carretera llamará demasiado la atención —dijo el chofer—. Tengo unos conocidos en Arteaga y el caserío no está lejos, con su permiso iré a pedirles un carro para poder llevarlos a la playa.

—¿Y el coche? —preguntó Thomas

—No se preocupe, lo dejaré en un lugar seguro y luego vendré a recogerlo

—respondió Satur.

—Mañana a primera hora tiene que estar en el garaje de la casa de Salazar.

—Allí estará don Thomas, no pierda cuidado.

El conductor vació el maletero, colocó los bultos junto al tronco de uno de los árboles, arrancó el automóvil y se perdió por una carretera tortuosa al amparo de un bosque que se recortaba a ambos lados. Se quedaron solos, sentados en la pradera y abrazados viendo como en el horizonte, justo donde estaba el pueblo que acaban de dejar atrás, densas columnas de humo se elevaban hacia el cielo mientras se oía el bramido de violentas explosiones.

Ruido, humo y ese olor penetrante a infierno. Fuego y azufre. A Josefa le hubiera gustado ser creyente para rezar por la salvación de las personas que intuía que estaban muriendo en esos momentos, pero dejó de serlo en Durango mientras contemplaba con horror los cadáveres que había dejado aquella otra incursión aérea; allí había implorado al cielo mil veces, con todas las oraciones que conocía, que cesara aquella barbarie, pero las bombas no habían cesado de caer y había sido entonces cuando se había dado cuenta de que nadie la escuchaba.

El tiempo pasaba con desmedida lentitud y cada vez eran más las detonaciones y mayor la humareda que producían. Con cada estallido el cuerpo de Josefa temblaba y protegía entre sus brazos a la niña. Thomas intentaba calmarla envolviéndola para que escondiera su rostro en su pecho y tapaba sus oídos con sus manos para que no viera, ni oyera, lo que estaba ocurriendo. Era imposible porque en aquellos momentos la angustia llegaba al corazón. Cada una de aquellas bombas era emisaria de muerte y desolación.

Al cabo de un rato volvió Satur acompañado de otro hombre y un burro de color plateado que portaba unas alforjas de mimbre. El animal se veía lustroso y bien cuidado, obediente y de naturaleza pacífica. La niña intentó acariciarlo y la bestia, pacientemente, le dejó que le diese unos golpecitos cariñosos en

las orejas.

—Le he prometido algo de dinero por el burro —dijo el chofer mirando a Thomas y señalando al aldeano que mantenía al animal sujeto por una sogá.

El rebuscó entre los bolsillos del pantalón, aún le quedaba algo de dinero en efectivo, aunque no demasiado, y sacó un par de billetes arrugados de cincuenta pesetas.

—¿Valdrá con esto? —dijo mirando al lugareño.

—Sí, señor, es suficiente.

El campesino acomodó una manta de cuadros en una de las alforjas y se dispuso a cargar la maleta y la cesta de mimbre que estaba en el suelo en la otra.

—Ponga a su hija en la alforja que tiene la manta, señora —dijo dirigiéndose a Josefa—. La niña viajara más cómoda y usted más ligera.

—¿Sabe lo que ha pasado en Guernica? —preguntó Josefa.

—No, señora, mi mujer ha ido esta mañana a vender al mercado algo de verdura, pero se ha venido enseguida. Luego hemos visto los aviones y el humo. No sabemos más, pero nos hemos imaginado que será como Durango.

—Espero que no, aquello fue terrible —dijo Josefa con un hilo de voz.

—¿Estuvo allí? —preguntó el hombre.

—Sí —contestó escuetamente Josefa que no quería recordar.

—Esto se va a poner muy feo, no sé qué ha pasado hoy en Guernica pero, aunque siempre he mantenido la esperanza, hoy la he perdido.

Hacía dos horas y media que habían avistado los primeros aviones sobrevolando el cielo de la ría de Guernica y el bombardeo aún no había parado. Unos aparatos se alejaban pero rápidamente eran sustituidos por otros. Los cuatro elevaron sus ojos y se quedaron en silencio durante unos instantes hasta que el aldeano se despidió y ellos iniciaron su camino.

La marcha la iniciaba el chofer que guiaba agarrando al burro con una fuerte sogá atada a su arnés, Josefa en el lado de la alforja donde iba acostada Emilia, que sonreía divertida ajena a la tragedia, y Thomas se situó detrás del

animal. Avanzaban despacio, procurando ir por caminos no demasiado expuestos a la vista de los aviones y ocultándose bajo los árboles en cuando oían el rugir de los motores. Nadie lo quería declarar en voz alta, pero en su fuero interno todos tenían el temor de que alguno de los cazas soltara su metralla contra ellos.

De espaldas a Guernica el sonido de los aviones sobrevolando el lugar y las explosiones que producían fueron cesando poco a poco, aunque aún se oía el humo con el aroma del infierno que traía la suave brisa de las marismas. El día comenzó a hacerse ocaso; la falta de visión hacía que tropezasen en el camino, pero cuando el chofer encendió un candil, con una débil luz para alumbrar el sendero y no despeñarse, Thomas lo mandó apagar. Un resplandor, por muy pequeño que fuera, podía detectar su posición y en esos momentos era muy comprometido.

Dos horas después habían recorrido los ocho kilómetros que separaban la localidad de Arteaga de la hermosa y solitaria playa de Laga. Allí destacaba imponente el peñasco de Ogoño, visible incluso con la oscuridad reinante.

—A partir de ahora tienen que seguir solos —dijo el chofer mientras vaciaba las alforjas con el exiguo equipaje.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Thomas extendiendo la mano hacia el fiel conductor que lo había asistido desde que se había casado con Elisa Salazar.

El hombre estrecho con fuerza la mano tendida.

—Ha sido un honor conocerlo, don Thomas, y trabajar para un hombre como usted. Les deseo todo lo mejor en la vida que van a comenzar, señora —dijo a la vez que inclinaba la cabeza hacia Josefa.

Sus palabras la conmovieron, y ella, instintivamente, lo abrazó con fuerza. Siempre había sido un hombre callado que hacía su trabajo y no había tenido mucha relación con él, pero hoy le estaba infinitamente agradecida por su ayuda y su discreción.

—Si alguien te pregunta... —comenzó a decir Thomas.

—A usted lo perdí en Guernica durante un tumulto en el mercado y llevaba a su hija en brazos. Desgraciadamente el bombardeo hará totalmente creíble la coartada. No se preocupe porque no me van a pillar; en cuanto deje el coche en la casa desapareceré para siempre con mi familia.

—¿Dónde te vas?

—Nos vamos primero a Francia y luego si podemos a Estados Unidos a las fábricas donde se construyen los automóviles; tengo allí un conocido que dice que hay mucho trabajo y buen futuro para un entusiasta de los coches como yo.

—Seguro que consigues un buen empleo en la industria de Detroit. Eres una buena persona y un excelente mecánico. Te deseo lo mejor en la vida, Satur —le dijo Thomas.

—Buena suerte a ustedes también. Se la merecen.

En el mismo instante en el que el hombre se alejaba con el burro una luz intermitente comenzó a deslumbrar desde unas rocas situadas debajo del peñasco de la solitaria playa.

—Nos están esperando, Josefa. Es la señal.

Ella agarró a la niña y Thomas el petate y la cesta. Caminaron por la fina arena hasta llegar a las rocas situadas bajo el peñón. Allí había un hombre junto a una barca de remos.

—No sabíamos si podrían llegar después de lo de hoy —les dijo en apenas un susurro.

—Hemos escapado del bombardeo por los pelos —le informó Thomas.

—Dicen que la han destruido —expresó el hombre con congoja—. El barco ya está esperándolos.

Josefa quiso hundir sus pies en aquella arena mojada y quedarse clavada allí para siempre, pero dejó a la niña en los brazos de Thomas y subió a la barca ayudada por el marinero. Una vez dentro volvió a coger a la pequeña en su regazo y se acomodó en un estrecho asiento de madera. Cuando Thomas se encaramó al bote, se sentó a su lado y rodeó su cintura con un brazo, la atrajo hacia sí y dejó que descansara la cabeza en su pecho. Poco a poco fueron

alejándose de la orilla. Lo último que Josefa vislumbró de aquella tierra donde había nacido fueron las solitarias dunas en aquel arenal dorado rodeado de espesa vegetación. Estaba oscuro y el único sonido que se oía era el chapotear de los remos en las aguas del mar.

La noche caía sobre ellos acogiéndolos en su manto protector. El brioso cantábrico los tragaba lentamente dejando que se perdieran en su espesa bruma. Acunada por el suave balanceo de la barca, Josefa cerró los ojos porque no quería ver lo que dejaba atrás, aunque siempre lo sintiera en su interior. Perpetuamente.

Capítulo 11

COLISIÓN

Una nueva barrera se interpuso en la investigación que estaban llevando a cabo Tess y Borja relativa al fallecimiento de Josefa durante el bombardeo de la ciudad vasca en la Guerra Civil. No existía en Gernika ningún censo oficial de las personas que habían fallecido en la incursión aérea que había asolado la localidad aquel 26 de abril de 1937. Aunque había destruido más del setenta y cinco por ciento de la superficie del pueblo y había dejado a la ciudad convertida en un amasijo de escombros, la cifra de muertos nunca había podido ser cuantificada.

—Dos días después del bombardeo, las tropas nacionales tomaron la ciudad y la cerraron a cal y canto —les explicaron en el archivo del museo de la Paz en la localidad—; eliminaron los restos del ataque y enterraron a los muertos, pero no hicieron la inscripción correspondiente en el registro civil. Si las personas por las que preguntas murieron durante el bombardeo y sus cadáveres quedaron aquí, no se podrá saber nunca. Se han realizado intentos de identificar a las víctimas, pero es difícil.

—Dos de ellas, el hombre y la niña, están enterradas en el cementerio de Derio. La familia de la mujer dice que está enterrada aquí, pero no lo saben seguro. ¿Existen fosas comunes en el cementerio?

—No hay constancia de ellas —respondió el empleado.

—¿Cómo podría saber si Josefa Arruti Bilbao falleció en la incursión aérea?

—Tal vez esté su defunción anotada en el registro. Voy a llamar para que vayan buscando la documentación, pero no sé si encontrarán algo —dijo amablemente.

—Por favor dígales si pueden mirar también la de Thomas Bennett y la de Emilia Bennett-Salazar —pidió Tess.

Apuntó los nombres y realizó la llamada de teléfono. Cuando colgó les indicó el lugar donde debían dirigirse así como el nombre de la persona con la que debían hablar. Cuando llegaron ya les estaba esperando con un antiguo volumen encima del mostrador.

—¿Son ustedes los que vienen para ver el libro donde esta anotada la defunción de Josefa Arruti Bilbao? —se interesó nada más verlos.

Tess asintió levemente con la cabeza.

—He encontrado la inscripción de Josefa Arruti, no así la de los otros dos nombres que me han dado —anunció la funcionaria.

Tess miró a Borja sonriendo mientras la funcionaria abría el libro y se lo mostraba.

—Aquí consta su fallecimiento el 26 de abril de 1937, pero deben saber una cosa. El certificado de defunción se expidió en 1940.

—¿Cómo puede ser eso posible? —preguntó Borja extrañado.

—Las inscripciones de los fallecidos en el bombardeo se hicieron hasta 1948 y en ninguna pone la causa del fallecimiento. En esta tampoco.

—Entonces es simplemente un documento legalizado para declarar fallecida a esa persona —intentó aclarar Tess.

La empleada del registro la miró.

—Podría ser —contestó al fin—. Yo lo único que puedo asegurarles es que esa persona por la que preguntan está legalmente fallecida. ¿Quieren que les haga una fotocopia?

—Sí, gracias —dijo Tess pensando que tal vez en algún momento ese documento podía ser útil.

—De las otras dos personas nos ha dicho que no hay constancia de su

fallecimiento. ¿Significa que no murieron en el bombardeo?

—Indica que no fueron inscritos aquí. Pudieron ser recogidos mal heridos y llevados a otra localidad donde pudieron ser atendidos y sobrevivir o, por el contrario, fallecer y ser inscritos en el registro civil correspondiente o tal vez anotarse años después. Tengan en cuenta que, aquellos eran tiempos de guerra, no siempre se podían hacer las cosas correctamente aunque se quisiera hacerlo.

Después de agradecer a la empleada del registro el tiempo dedicado salieron a la calle y fueron a pasear por el Parque de los Pueblos de Europa, junto a la Casa de Juntas, donde se ubicaban las grandiosas esculturas de Eduardo Chillida y Henry Moore. Tess iba en silencio, con la vista al frente perdida en sus pensamientos, Borja la cogió de la mano. Estaba fría.

—No era esto lo que esperabas ¿verdad? —dijo llevando la mano de Tess a sus labios y depositando un beso—. ¿Te arrepientes de haber venido?

Tess suspiro.

—No, pero estoy cansada y no encuentro la salida de esta espiral en la que me he metido.

—Pero algo has averiguado —comentó Borja tratando de animarla.

—Que la que yo creía que era mi bisabuela igual era la amante de mi bisabuelo, que dicen que murieron, pero que lo más probable era que se fugasen secuestrando a la hija de él. Que esa acción llevó a la locura a la madre de la niña que posiblemente era mi verdadera bisabuela. ¡Madre mía que panorama familiar! —habló con desamparo.

Borja la paró y la puso frente a él.

—¿Tanto importa lo que sucedió? Tú sigues siendo Tess y nada de lo que hicieron ellos debe importante.

—Me estoy encontrando con acontecimientos que no me gustan demasiado. Hasta ahora mis bisabuelos eran una pareja enamorada, ella era una madre estupenda y él un hombre bueno y honrado. ¿Esa es la imagen real o solo una mentira? Ya no sé quiénes eran.

—¿Y eso te duele?

Tess se quedó unos segundos en silencio pensando:

—Lo que realmente siento es que mi abuela callara toda esta información, que me dejara a un lado de este secreto, y mi abuelo también debía estar al tanto de todo eso. Tal vez si me lo hubieran contado yo no estaría ahora aquí intentando reconstruir el rompecabezas de unas vidas.

—¿Y si ella lo desconocía? —preguntó Borja mirándola fijamente a los ojos.

—Ella tenía el anillo y tuvo que ver las palabras como las vi yo; conociéndola, se lo preguntaría a su padre. Y también están las palabras inventadas del abuelo Harper que tenían un significado, él también conocía la verdad.

—Piénsalo bien —siguió argumentando él—; ella era una niña cuando su padre presuntamente la secuestró. Si lo hizo, se crio con su padre y Josefa, y tal vez siempre pensó que era su madre y no sospechó nunca el rapto, si es que lo hubo. Y si realmente se lo explicó, puede que no le importara y pensó que era mejor callar. Igual se lo contó a su marido y este le guardo el secreto.

—Podría ser —murmuro Tess.

Estaban junto al estanque del parque, y los patos gritaban envolviendo el ambiente con sus graznidos. Borja en un impulso bajó la cabeza y acercó sus labios a los de ella; primero fue un beso suave, pero se fue volviendo más ardiente en el momento en que Tess se agarró a él con fuerza, como si en ese momento estuviera ahogándose y se aferrara con ímpetu al salvavidas que él le lanzaba.

—Eh —dijo Borja casi sin respiración—, como sigas así no respondo, y tener sexo en un parque público no es mi estilo.

Tess le pego un suave puñetazo en el hombro.

—Pues entonces haz el favor de llevarme a un hotel.

Desnuda contemplaba el mar en calma que se veía desde la habitación que

habían alquilado en un hotelito en Mundaka para pasar la noche. Acababan de hacer el amor, y Borja se había quedado dormido; oía su respiración acompasada al movimiento de su pecho al subir y bajar rítmicamente. Ojalá aquel instante pudiera durar siempre y hacer su amor eterno. Hasta el momento sus amoríos siempre habían tenido un principio y un final; nunca había querido más. Borja había llegado a su vida por casualidad, en el momento en que búsqueda de ese pasado desconocido la hacía vulnerable, y la había brindado un ancla a la que aferrarse. A veces pensaba que, si no hubiera sido por él, la vorágine de información que había recopilado las últimas semanas la habría vuelto loca. Era difícil de asimilar todo aquello para una chica de Yorkshire que siempre había llevado una existencia tranquila y ordenada dentro de una familia tradicional.

Abrió la ventana, el aire fresco rozó su piel y le produjo una sensación placentera. Respiró hondo dejando que el aire mañanero invadiera sus pulmones y fijó la vista en el verde de los campos que contrastaba con el color azul del mar. La ría de Gernika, salpicada de marismas y arenales, era uno de los paisajes más hermosos de la provincia.

—Tess —llamó suavemente desde la cama Borja—. Vuelve conmigo.

Se aproximó al lecho invadida de nuevo por el deseo y él abrió sus brazos ansioso por recibirla:

—Mmmm —susurró mientras recorría el cuerpo de ella con sus manos.

Amaba el cuerpo de aquella mujer y estaba ávido de ella. En ese instante advirtió que ya estaba preparada para él, pero quería prolongar el momento y siguió acariciando su piel mientras notaba que los delicados dedos femeninos se posaban en las partes más vulnerables de su anatomía. Se besaron mientras se rozaban y los dos se sintieron hambrientos y, una vez saciada su hambre, ninguno quiso esperar más. Ella se arqueó buscándole y él no la hizo esperar. Las uñas de Tess se clavaban en un espalda mientras intentaba atraparlo en su interior. El juego continuo hasta que Borja estalló y la abrazó con fuerza comprobando que ella también se estremecía. Ambos se miraron y se besaron

con suavidad. Cuando salió de ella, la envolvió con su cuerpo y fue en ese instante cuando pronunció en apenas un susurro:

—Me da la sensación de que te estas convirtiendo en una persona muy importante para mí, y eso me da miedo, mucho miedo —musitó Borja mientras aún la tenía atrapada entre sus brazos empapándose del olor de su piel.

Tess aturdida cerró los ojos; unos minutos después, envuelta en sábanas calientes, impregnadas aún por el olor reciente de dos cuerpos amándose, tomó la decisión. Ya no quería saber nada de su pasado. Había tenido una abuela que la adoraba y que hablaba de unos padres a los que veneraba y un abuelo estupendo que inventaba palabras cariñosas con las que llamar a sus chicas. Quizá debería desistir de remover el pasado y dejar que los muertos descansasen en paz, estuvieran donde estuvieran enterrados, en la magnífica cripta de la necrópolis de Derio, en el anonimato de una tumba en cualquier lugar o en el cementerio de Yorkshire. Había llegado el momento de volver a su país y a su rutina.

Lo más difícil de esa decisión era decírselo a Borja. No quiso hacerlo mientras comían en el restaurante del palacio de Arteaga, o cuando paraban en diversos miradores desperdigados por la carretera para contemplar el admirable paisaje de la ría de Guernica desde diferentes puntos, ni tampoco mientras tomaban una taza de chocolate con tostadas en la venta de grandes ventanales que daban al abrupto cantábrico en la playa de Laga.

—Tal vez deberías mudarte a mi apartamento el tiempo que te quedes en Bilbao; sería mucho más cómodo para los dos —dijo Borja mientras iban en el coche camino de la ciudad.

—No sé. Lo pensaré —fue la respuesta a su proposición.

Permaneció el resto del viaje en silencio porque notaba que las palabras se negaban a salir de su boca. Esperó hasta que el coche estaba aparcado a las puertas de su hotel en Bilbao y ella permanecía inclinada sobre la ventanilla para despedirse.

—En cuanto pueda arreglar el billete de avión me voy —dijo al fin.

—¿Te vas? ¿Abandonas la investigación? —dijo Borja sorprendido.

—Nunca la debí empezar. Estoy descubriendo cosas que no me gustan y tal vez mi abuela no me dijo nada para protegerme o no tenía ni idea, ¡qué más da ya! Me siento abatida y sin fuerzas para continuar.

—Estás cerca del final —dijo Borja misteriosamente.

—¿Por qué dices eso? — Tess arrastró las palabras con voz cansada.

Borja suspiro fuertemente. Él también había tomado su decisión.

—Primero quiero que sepas que estos días junto a ti han sido geniales. Eres una persona muy especial; quiero que te quedes y ver hasta dónde nos puede llevar todo esto que hemos empezado.

—A ningún sitio. Me has ayudado mucho y te lo agradezco. Sin ti posiblemente estaría aún más perdida de lo que me encuentro pero se acabó. Ha sido bonito mientras ha durado y no me arrepiento de nada, pero esto es el final de mi búsqueda y de mi relación contigo; no creo en los amores a distancia.

—Tal vez cambies de opinión —dijo Borja dubitativo.

—No me encuentro en el mejor momento de mi vida. Tengo demasiadas cosas en las que pensar y resolver.

—Hay una persona que está muy interesado en hablar contigo —soltó Borja de sopetón.

—¿Quién? —preguntó Tess intrigada.

Borja tomo aire ante de responder.

—Quiero que comprendas que no te he hablado antes de él porque es mayor y tiene la salud delicada. Soy demasiado protector con él, lo sé, y no quería que nada ni nadie alterasen su vida. El otro día le hablé de ti por primera vez y ha insistido en conocerte.

—¿Pero quién es? —volvió a preguntar Tess.

—Mi abuelo Antonio. El padre de mi padre.

—¿Tu abuelo Antonio? No comprendo ¿Por qué quiere conocerme?

—Mi abuelo paterno es el hijo de Catalina, la mejor amiga y confidente de

Josefa Arruti —añadió en voz baja—, y conocía muy bien a Salazar.

Tess lo miró incrédula; durante todos aquellos días no le había dicho nada, había visto su impotencia intentando encontrar respuestas y había callado. Rieron y amaron, pero se había olvidado decir que la persona que podía tener la clave era su abuelo y estaba vivo. Clavó su mirada en él; sus ojos estaban encendidos por la rabia que sentía en ese instante y la liberó dando un pequeño golpe con el puño a la carrocería del coche.

—Mira —intentaba disculparse Borja—, la vida de mi bisabuela fue difícil y tuvo que hacer algunas cosas en las que tanto mi abuelo como mi padre no quieren hurgar.

Tess seguía sin comprender ¿Qué cosas tan terribles tuvo que hacer Catalina?

—La madre de mi abuelo fue amante de Ramón Salazar —confesó al fin Borja.

El aire se negaba a llegar a los pulmones de Tess y sintió que su corazón perdía un latido. Notó un pequeño vahído y abrazó su cuerpo para poder seguir en pie.

—¡Y no se te ha ocurrido decirme nada hasta ahora! Eres un maldito imbécil. —Estaba muy furiosa—. Llámame en cuanto podamos ir a ver a tu abuelo.

Se giró rápidamente y se adentró en el hotel sin volver la vista atrás. Lo único que sentía en esos momentos era rabia, una inmensa cólera hacia el hombre que la había tomado el pelo. Iría a ver al abuelo de Borja. El anciano no tenía la culpa de tener por nieto a un rufián, y luego se marcharía. Apretó los puños con fuerza y masculló una maldición; estaba preparada para recibir la llamada.

Capítulo 12

DECONSTRUCCIÓN

Un amigo comunicó a Salazar la noticia. Guernica había sido quemada por las milicias vascas, posiblemente ayudadas por dinamiteros asturianos de izquierdas. La ciudad venerada, donde se conservaba ese roble milenario al que honraban, quemada por ellos mismos, claro que tampoco había que extrañarse demasiado, así eran esa amalgama de rojos y separatistas que habían proclamado esa mamarrachada a la que llamaban Gobierno Vasco. Con voz pletórica de congoja detallaba, a todo el que quisiera oír, que aquellos malnacidos habían preferido quemar la villa cuando las tropas leales a Franco se encontraban cerca antes de permitir que su ejército desfilara por sus calles. No conformes con tal infamia, después, cuando aún el fuego no se había apagado, vertieron la vil calumnia en la que aseguraban que la responsable de la destrucción era la aviación alemana al arrojar sobre la población bombas incendiarias. Debían estar locos para decir eso cuando todo el mundo sabía que las incursiones nacionales solo alcanzan objetivos militares, y Guernica no lo era.

En el fondo le daba igual si la ciudad había sido destruida por el fuego de unos o las bombas de los otros, su preocupación en esos momentos llevaba el nombre de Thomas. No sabía nada de él, ningún conocido lo había visto y la servidumbre le informó que hacía dos días que no dormía en la mansión. Eran tiempos convulsos y no era ningún secreto que su yerno no apoyaba al bando

nacional en esta guerra, a los que consideraba rebeldes por haberse alzado en armas contra un gobierno legalmente constituido en las urnas. Estaba inquieto y un mal pensamiento le rondaba la cabeza, pero prefiero quitárselo de su mente y considerar que con el revuelo de las últimas horas tal vez se había quedado con Josefa en casa de Catalina, y allí se encaminó.

Al abrir la puerta, Catalina recibió a su amante con los ojos rojizos enmarcados por unas grandes ojeras negruzcas. No había duda de que llevaba tiempo sin dormir y que había estado llorando.

—¿Te has enterado de lo de Guernica? —preguntó Ramón al acomodarse en la sala de estar.

—Sí, ese bombardeo brutal ha sido una canallada.

Salazar, con el semblante serio, la observó con una mirada dura.

—Han sido los rojos separatistas quienes la han quemado —dijo con voz severa— y ten mucho cuidado de decir lo contrario. Delante de mí no voy a consentir otra versión.

Catalina hizo un gesto con la mano para indicarle que la dejará en paz y clavó fijamente sus ojos en su rostro desafiándole.

—Dicen que más de sesenta aviones dejaron caer las bombas uno tras otro —continuó diciendo sin apartar su mirada de Ramón Salazar—. Guernica ha sido bombardeada por aviación Alemana e italiana. Los periódicos ingleses así lo atestiguan, y los franceses también, así como números testigos que lograron sobrevivir. El mundo conocerá la brutalidad que habéis llevado a cabo contra gente indefensa. No podréis seguir mucho tiempo contando vuestra mentira; a partir de este momento el mundo se dará cuenta de quienes sois.

—Seguiremos el tiempo que nos dé la gana porque la guerra la vamos a ganar nosotros, y como vencedores se respetará la versión que nosotros demos. Es mejor que te vayas haciendo a la idea o lo pasarás muy mal; todo el mundo sabe que has apoyado a la república y que eres roja. No conforme con eso has ayudado a esa gentuza en esta misma casa, eso te convertirá en traidora, pero si estas calladita y no te metes en líos yo puedo protegerte. A ti

y a tu hijo —dijo Ramón visiblemente enfadado ante las palabras de ella—. Pero no he venido a eso. No encuentro a Thomas, ¿está aquí?

El momento había llegado. Catalina sintió como un temblor que le recorría el cuerpo pero intentó aparentar calma.

—No —dijo escuetamente.

—¿Tienes alguna idea de donde puede estar? —preguntó Salazar.

—Llevo varios días sin ver a Thomas —respondió ella con calma.

—¿Y Josefa? —preguntó Ramón visiblemente nervioso.

—Marchó al caserío de mi cuñado y no ha vuelto. Tengo miedo de que le haya pasado algo. Nadie sabe nada. He mandado recado a Juan, pero tampoco sé nada de él.

—¿A qué fue Josefa allí?

—La despensa estaba medio vacía y quería conseguir productos frescos. Le repetí cientos de veces que no era necesario pero no me escuchó. Le preocupaba la alimentación del niño, ya sabes cómo es ella —declaró Catalina afligida.

—¿Qué medio de transporte uso para ir?

—Alguien la llevó —respondió Catalina con aplomo. Había ensayado muchas veces en su mente la misma conversación y sabía resultar convincente.

—¿Quién? Solo un loco o un militar osaría ir tan cerca del frente —apuntó Salazar bruscamente.

—No lo sé, Ramón —respondió Catalina imperturbable.

—Deseo por tu bien que me estés diciendo la verdad. No me gusta que me mientan y espero que nunca tengas que conocer de primera mano lo que hago con los embusteros —dijo levantándose bruscamente de la silla.

Se dirigió hacia la puerta y abandono la casa dando un portazo. Una leve desazón recorría su cuerpo; habían desaparecido los dos y estaba seguro de que de manera voluntaria, ya que su yerno sabía que jamás consentiría en un divorcio. Además eso de separarse los matrimonios se iba a terminar en cuanto los nacionales asumieran el poder de la nueva España. Debía volver a

su casa, alguien tenía que saber algo. No se podían haber esfumado así sin más; estarían escondidos y los localizaría. Iba a poner todo su empeño en ello. Tenía ojos y oídos en muchos lugares, sus tentáculos llegaban muy lejos.

Una vez en la mansión y sin quitarse ni el abrigo lo primero que hizo fue ir a la cocina. Abrió de un golpe las puertas abatibles asustando a Dominga que se afanaba en los fogones.

—¿Señor? —dijo extrañada de ver a Ramón Salazar allí, ya que raramente entraba en aquella estancia.

—¿Sabes dónde está tu hija?

—No, señor, ya sabe usted que últimamente no hablamos demasiado.

—Catalina me ha dicho que había ido al caserío de sus cuñados; igual se ha acercado a ver a los sobrinos.

—No lo sé, señor, no me puedo comunicar con ellos.

—En cuanto te enteres de algo me avisas.

—¿Ocurre algo?

—Nada, pero quiero ser el primero en saberlo. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor, descuide que así lo haré.

Ramón abandonó la cocina y se dirigió a la sala donde algunas tardes su hija se dedicaba a bordar. Elisa estaba junto a la ventana con un paño entre las manos. Salazar se la quedó contemplando unos instantes; era bonita aunque no fuera demasiado lista, muy diferente a Josefa. No le extrañaba que su yerno prefiriera a su amante antes que a su esposa.

—Hola, papá —dijo levantando la vista para mirar a Ramón mientras sus labios se curvaban con una cálida sonrisa.

—Hola, Elisa, venía a preguntarte si has visto a Thomas.

—Hace varios días que no le veo.

—¿Y la niña? —preguntó ante una duda que cruzo su mente.

—Estará con la niñera —dijo mientras se encogía de hombros.

—¿Cuánto tiempo haces que no ves a Thomas o a la niña? —preguntó Ramón irritado.

—No lo sé, he estado muy ocupada.

—¿Haciendo qué?

—Mamá y yo hemos ido a misa, y luego hemos estado mirando nuestro guardarropa porque cuando ganemos la guerra tendremos que ir a desfiles y alternar con los oficiales y no querrás que vayamos como unas harapientas, ¿verdad, papá?

Ramón miraba incrédulo a su hija, que mantenía la mirada puesta en su bordado.

—Eres más idiota de lo que pensaba —masculló furioso.

En aquel momento entró su esposa Carmen en la habitación.

—¿Qué ocurre Ramón? —dijo molesta.

—La niña, ¿dónde está Emilia? —preguntó gritando.

—En la habitación infantil con la niñera —respondió Carmen.

—¿Estás segura? ¿La has visto hoy? —interrogó Salazar cada vez más nervioso.

—No, pero me imagino que estará allí. ¿Dónde va a estar?

No le dio tiempo a Carmen a terminar la frase porque Ramón abandonó corriendo la habitación, subió los peldaños de la gran escalera que conducía al segundo piso de la mansión de dos en dos. Aún tenía una brizna de esperanza de que su nieta estuviera en su cuna. Se precipitó a la habitación de Emilia seguido de cerca por Elisa y Carmen.

El cuarto estaba vacío.

Con furia Ramón tiro al suelo una colección de muñecas que estaba encima de una cómoda.

—¡Imbéciles! ¿Es que no os habéis dado cuenta de que faltaba Emilia? —dijo mirando a su mujer y su hija—. Teníais que ocuparos de ella, ¡maldita sea!

Abandonó la habitación, seguido por las dos mujeres, que intentaban calmarlo sin demasiado éxito, llamando a gritos a Avelino, su chofer. El hombre salió por la puerta lateral que comunicaba el vestíbulo con las

dependencias de servicio en el mismo instante que Ramón bajaba las escaleras.

—¿Está el coche de Thomas en el garaje? —preguntó.

—Sí, señor, allí está.

—¿Y su chofer?

—En estos momentos no se encuentra en la casa señor.

—¿Sabes dónde llevó a Thomas la última vez?

—A mí no se me informó, ya sabe el señor que esos dos no daban muchas explicaciones de sus idas y venidas, pero oí que hablaban entre ellos de la carretera de Guernica —y añadió con vacilación—. Fue el día anterior al incidente.

—Pero el coche está en el garaje, eso significa que el mecánico volvió a casa.

—Sí, señor. El coche se encuentra en el garaje, pero Saturnino no está.

La cólera se iba adueñando cada vez más de Ramón Salazar que tenía el rostro congestionado y colorado.

—¡Maldito hijo de puta! Me la ha jugado, él y esa maldita zorra.

El chofer, abrumado ante el arranque violento de su jefe, miraba con inquietud a Carmen y Elisa que se abrazan en un intento de protegerse mutuamente de la ira de aquel hombre que parecía haberse vuelto loco.

—Cuida tu lenguaje, Ramón —amonestó Carmen a su marido—; no estás en una taberna, sino en una casa decente.

—No servís para nada ninguna de las dos —profirió a gritos dirigiéndose a ellas.

—Pero, papá... —decía Elisa estática y fría—. ¿Qué le ha pasado a tu nieta? ¿Se ha perdido?

Ramón vislumbró una pizca de desdén en los ojos de su hija y levantó la mano con intención de darla una bofetada. Se arrepintió y la mano se quedó en aire. Con furia la empujó y su fuerza estuvo a punto de tirarla al suelo.

—Fuera de mí vista las dos. Y tú —le dijo a Avelino—, a mi despacho.

Una vez que se encontraron los dos hombres solos Ramón se sirvió una copa de la botella de coñac que estaba sobre un aparador y se la bebió de un trago. Se volvió a servir otra que apuró con tanta ansia como la primera. Los vapores etílicos hicieron que viera lo sucedido con mayor claridad. Una vez calmados los nervios se sentó en la silla de su escritorio mientras el hombre permanecía de pie en actitud sumisa. Intuía que algo escabroso había sucedido.

—Thomas y su hija han muerto en Guernica cuando los separatistas quemaron la ciudad, ¿te queda claro?

—Sí, señor —balbució el chofer.

—Necesito dos cadáveres, el de un hombre joven y el de una niña de la edad de Emilia. Que no sean muy reconocibles.

—¿Pero de dónde sacó a los difuntos? —preguntó el hombre con desconcierto.

—¡Coño, estamos en guerra! Hay un montón de muertos por ahí.

—Sí, señor.

—Y de esto ni una palabra a nadie.

—Por supuesto señor.

—Vete y haz lo te que te mandado. Si lo haces bien, sabré recompensarte.

Al abandonar Avelino el despacho Ramón Salazar volvió a servirse más brandy y alzó la copa en un brindis solitario. Si Thomas no estaba muerto y aparecía, lo asesinaría con sus propias manos, aunque dudaba mucho volver a verlo nunca más.

—Por ti, hijo de la gran puta. Me las has jugado bien.

Apuro el coñac de un trago. Cuando sintió que sus entrañas ardían como si estuvieran quemándose en el infierno, se encontró mucho mejor.

Capítulo 13

EQUILIBRIO

Estaba furiosa, y mucho. Tess elevaba el tono de su voz con cada palabra mientras sujetaba su teléfono móvil con el hombro e intentaba abrir un paquete de pañuelos de papel con la mano contraria. Al otro lado de la línea telefónica Alan trataba de calmar el arranque de rabia que sufría. Desde que había aterrizado en Bilbao lo mantenía informado de la evolución de sus investigaciones y, cuando comentó su sospecha del rapto de su abuela Sarah, le había parecido demasiado rocambolesco. Una vez solo, y dándoles vueltas al asunto, asomó en su mente una sombra de duda. Calló su recelo. Conocía muy bien a Tess: era capaz de dejar volar su imaginación a mundos totalmente inesperados si se le concedía el más mínimo apoyo. En más de una ocasión esa desbordante fantasía los había metido en algún que otro lío. Aún recordaba, cuando eran niños y Tess le había asegurado que había visto en el sótano de la iglesia católica de un pueblo vecino cadáveres de niños tapados con sábanas, lo habían denunciado a la policía y había resultado que eran viejas imágenes deterioradas que se habían quitado del altar a lo largo de los años. El párroco estaba visiblemente molesto y el sargento de policía encolerizado. Alan había aprendido la lección; a partir de entonces había sido la voz de la razón entre los dos.

—Tienes que ser prudente —intentaba convencerla por enésima vez—. Borja es la llave para descubrir la verdad así que trágate el maldito orgullo y

se amable. Te conozco y sé que lo puedes hacer.

—Me ha mentido y me ha manipulado —replicó ella con terquedad—; aunque reconozco que la culpa es mía por ser una tonta de remate.

—En eso estoy totalmente de acuerdo contigo.

—¿Pero? —interrogó Tess, que por el tono de su voz de su amigo intuía que deseaba añadir algún otro comentario.

—Hasta cierto punto entiendo, y también comprendo, su postura.

Aquellas palabras de Alan la enfurecieron más y emitió un fuerte gruñido. No podía creer que su amigo se pusiera de parte de Borja. Aunque solo fuera por lealtad a quien debía apoyar era a ella.

—Tu adorabas a tu abuela —prosiguió diciendo Alan— y la hubieras protegido de cualquier cosa.

—¡Por supuesto! —gruño Tess

—Si la historia esa que supones en la que tu abuela fue secuestrada por su padre es cierta —argumentó Alan—, puede herir a mucha gente, tal vez a demasiada. Algunos están muertos como tus bisabuelos y tu abuela, pero otros siguen vivos; piensa en la familia de Josefa y en la familia de Borja, tal vez no quieran enterarse de la verdad. Al fin y al cabo ellos ya tienen su historia y es la que quieren creer.

—O no les interese que exista un testimonio nuevo —murmuro ella—. Mi aparición puede cambiar muchas cosas. Sea cual sea la realidad, no voy a reclamar nada material, solamente la verdad y ellos tienen el deber moral de decírmela si la conocen.

Al pronunciar esas palabras acudió a su mente la imagen del sobrino de Josefa con su piel casi transparente, arrugada y cetrina, arrastrando los problemas de memoria, en lo frágil y vulnerable que se percibía su imagen sentado en la butaca de aquel caserío. Aún podía sentir la mirada de sus ojos tristes clavados en ella. Y luego estaba la hija, sobria y dura.

—Puede que tengas una pizca de razón —prosiguió diciendo Tess—. A mí no me hace ninguna gracia que mi bisabuelo fuera un secuestrador que criara a

su hija con su amante y la hiciera pasar por madre de mi abuela pero, si esa es mi verdad, tendré que aceptarla. Lo que no tolero es que Borja me haya ocultado información de forma deliberada; eso no ha estado bien.

—Solo te pido que seas paciente y lo escuches; déjalo que se explique y acude a ver a su abuelo. Ese hombre es la ficha que falta en todo este rompecabezas. Si te enfadas con su nieto, te faltará una pieza fundamental y el enigma se quedará sin resolver.

—Lo sé, Alan. Lo sé.

—Has llegado muy lejos para echarlo todo por la borda por una simple rabieta —y añadió con sorna—, así que, amiga mía, comienza a comportarte otra vez como la chica amable y encantadora que algunas veces eres capaz de ser. Además puede que existan otras versiones de la historia.

—¿Cómo cuáles?

—Especulando, y te digo que solo estoy imaginando; tal vez Emilia y Sarah no sean la misma persona. Quizá hubo una niña Emilia que murió y después nació tu abuela. Ahora tienes una ventana abierta al pasado con una persona que vivió toda aquella época de primera mano. No dejes escapar la oportunidad de escuchar a ese hombre.

Alan tenía un don especial para calmarla. Era así desde que eran pequeños. La serenidad frente a la turbulencia. Su otro yo. El hermano que la vida le había negado.

—Te haré caso. Voy a llegar hasta el final.

—Entonces habla con el abuelo de Borja.

—Yo pensaba que significaba algo para él y por lo visto no es así. Otra vez me he vuelto a equivocar con un hombre —confesó con amargura.

—Tess, cielo, estoy oliendo orgullo herido; además una cosa no quita a la otra, ¿Has disfrutado con las *atenciones* del galán? —le pregunto divertido.

—Prefiero no contestarte chismoso —dijo enfadada.

Unos débiles golpes sonaron en la puerta de la habitación y al abrir la puerta Tess se encontró cara a cara con Borja Mendizábal. En un principio clavó sus

ojos en el rostro de hombre y lo miró fijamente a los ojos; él le sostuvo la mirada sin pestañear y al final le hizo un gesto indicándole que tenía su autorización para franquear la puerta. Allí se encontraban los dos solos de nuevo; el aire se volvió espeso. El muro que ella había elevado entre los dos a raíz de los últimos descubrimientos parecía que se había vuelto infranqueable.

—Tengo que dejarte —dijo Tess hablando de nuevo por teléfono con su amigo.

—¿Es él? —preguntó su interlocutor.

—Sí —respondió ella escuetamente.

—Trátalo bien, es la clave. Adiós, preciosa.

—Adiós, Alan.

Al colgar el teléfono quiso encararse con Borja, pero fue él quien habló primero.

—Necesito hablar contigo para explicarte muchas cosas.

—Empieza, estoy deseando oírte —replicó Tess sin intentar disimular su molestia en el tono áspero de su voz y dejándose caer sobre la cama con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo adoro a mi abuelo Antonio —comenzó a comentar Borja que permanecía de pie junto a la puerta que acababa de cerrar—, pero es muy mayor y, aunque su cabeza funciona muy bien, su salud es frágil. Tiene noventa años.

—¿Vive con vosotros?

—No. Odia la mansión y todo lo que ella representa. Vive en un pequeño apartamento en un complejo para personas mayores.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Sí, al principio me dio miedo contárselo; pensé que lo de las fotos era una tontería y que te irías pronto, pero según ibas avanzando en tus investigaciones me sinceré con él. Mis reservas eran exageradas, hace mucho tiempo que esperaba a tu abuela. Se llevó un gran disgusto al enterarse que ha fallecido recientemente. Tiene muchas ganas de hablar contigo.

El rostro de Tess se curvó en un gesto de sorpresa. Clavó su mirada en él y se retorció las manos con nerviosismo.

—¿Qué le has dicho de mí?

—Que eres inteligente, obstinada, imaginativa y con un pelín de mal genio. El resto lo adivino solito —dijo con un guiño y sin poder apartar su mirada de ella.

—¿Qué adivinó? —preguntó Tess intrigada.

—Que le gustas a su nieto, y mucho.

Dio un paso hacia Tess con la intención de tocarla, pero está no se lo permitió y retrocedió. Borja se quedó frente a ella con los brazos perdidos en el aire y la miró a los ojos con intensidad.

—También le he comentado que me siento mal por haber sido un condenado capullo.

—No quiero más mentiras estúpidas ni más explicaciones insustanciales —sentenció ella con rudeza.

—Te puedo asegurar que mi abuelo es un hombre honesto y te contará la verdad.

—Averiguaré lo que he venido a saber y me marcharé. Una vez acabada mi investigación no quiero saber nada de los Salazar, los Mendieta ni el País Vasco.

—¿Sea lo que sea que averigües?

—Sí, jamás volveré por aquí. De eso puedes estar seguro.

—¿Lo que he hemos tenido ha significado tan poco para ti?

—¿Qué hemos tenido, Borja? Te agradecería que me lo explicarás porque desconozco totalmente a lo que te estás refiriendo —dijo en un tono de voz levemente alto.

—Sabes que entre los dos hay una conexión. No me puedes engañar con algo tan serio —expresó con voz fuerte y seria.

Fue hacia ella y le levantó el mentón mirándola profundamente a los ojos.

—Dime a la cara que lo ha habido entre nosotros ha sido mentira.

A la mente de Tess llegó un torbellino de sentimientos contradictorios; tenía miedo a quedarse atrapada en un limbo inmovilizada para descubrir su verdad.

—Todo ha sido una farsa, un par de revolcones para apaciguar tensiones — dijo con una potente voz que incluso ella desconocía que podía tener.

—¡Mentirosa! —dijo con un gruñido mientras agarraba su rostro entre sus manos y besaba sus labios con fuerza.

Un beso apasionado y eterno. Un deseo compartido.

—¿Ves como no dices la verdad? —dijo Borja cuando sus bocas se separaron.

Tess frunció el ceño, prefería no sentir.

—Los últimos meses han revuelto mi vida. Las palabras inventadas del abuelo no eran tales porque ese lenguaje existía y es vasco. Unas viejas fotos escondidas me traen a Bilbao y, por si fuera poco mi abuela, que quería con locura a su padre, posiblemente fue secuestrada por él. Yo siempre pensé que era buena persona.

—Nadie somos solo ángeles o demonios; todos los seres humanos llevamos grabado en nuestro ADN el bien y el mal. No podemos ser siempre buenos pero tampoco podemos ser siempre maléficos. Aún en la persona más buena existe un acto de maldad al igual que en una mala persona también puede existir la piedad.

—Quiero respuestas y las quiero ya —dijo Tess con voz autoritaria

Borja se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó una vieja fotografía amarillenta que le tendió.

—Yo desconocía la existencia de esta imagen, pero mi abuelo Antonio me la ha dado para que la veas antes de tu visita.

Era una instantánea pequeña, arrugada y ajada por el paso del tiempo, en ella se distinguía a un niño con semblante serio que se encontraba de pie junto a una mujer sentada que le agarraba con su brazo la cintura en un gesto de protección. A su lado otra mujer, también sentada, sonreía abiertamente con un bebé en brazos.

—El niño es mi abuelo —explicó Borja—, la mujer que está a su lado es su madre, y la que está sentada con él bebé en su regazo es Josefa con la pequeña Emilia. La foto la hizo Thomas en el comedor de la casa de mi abuela.

Tess escudriño hasta el último detalle de la foto.

—Me inquieta esta mujer —dijo señalando a Josefa—. No sé cómo es capaz de sostener en brazos a la hija de su amante, o es una estúpida o demasiado generosa. Además creo que físicamente me parezco a ella un poco —comentó tímidamente sin creer demasiado en sus palabras.

—¿Y eso te asusta?

—Me aterra —confesó Tess con un suspiro.

—Tienes razón, existe un cierto parecido, pero puede que no signifique nada o tal vez lo revele todo.

Estudiaron juntos la imagen, ambas mujeres compartían similar mentón, unos labios finos y los ojos claros.

—Mi abuela se parecía a su padre —dijo Tess—; el parecido que estamos viendo es ficticio. Tiene que serlo.

Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo, estaba llegando al final del camino. Tan solo quedaba un eslabón en la cadena y ese era Antonio Mendizábal. Después, cuando la búsqueda llegara a su fin, sería todo o nada.

—¿Cuándo podemos ir a ver a tu abuelo?

Borja la miró de frente, tendió su mano hacia el vacío y aguardó. Lentamente Tess extendió la suya y se la agarró con fuerza.

—Vamos, nos está esperando.

Capítulo 14

METAMORFOSIS

En Biarritz Thomas y Josefa descansaban del agitado viaje en una habitación en la que la luz se colaba tenuemente entre unos visillos a los que una ligera brisa movía en una sutil danza. Habían vivido momentos tensos desde el instante en que, una vez abandonado el arenal de Laga, se habían hecho a la mar y habían sido recogidos a varias millas de la costa por un pequeño pesquero que había conseguido burlar el bloqueo al que sometía el ejército nacional las rutas marítimas, y los puertos, del Golfo de Vizcaya. La travesía había sido larga, más por la tensión que se había vivido a bordo que por el tiempo que habían tardado en desembarcar en el puerto de San Juan de Luz. Estaban en Francia y a salvo. Al poner pie en el espigón ambos se habían abrazado en un acto de amparo mutuo. Él la había apartado suavemente y había acariciado su mejilla en un tierno arrumaco, y le había regalado una sonrisa amplia y sincera. Por primera vez desde mucho tiempo atrás, y a pesar de la incertidumbre que les esperaba, se había sentido tranquila.

En la localidad marinera había aguardado un automóvil, conducido por un muchacho joven, que los había llevado hasta Biarritz. Josefa, con la niña en brazos, se había acomodado en la parte posterior con Thomas a su lado. Amanecía mientras el coche había rodado por la solitaria carretera que unía las dos localidades. Desde la ventanilla del coche se distinguían praderas verdes, acantilados y casitas blancas de contraventanas rojas, un paisaje

similar al del parte española y sin embargo totalmente diferente. Una línea, que llamaban frontera, separaba dos mundos opuestos. Una de las partes era caos, la otra limpieza y orden. Habían dejado atrás la red que los mantenía atrapados sin esperanza, aquí, al otro lado, al fin podían ser libres. En un momento determinado Thomas había tomado la mano de Josefa, se la había llevado a sus labios y había depositado en la palma un suave beso.

—Hemos llegado —susurró.

El vehículo paró ante una modesta casa de una planta, un tanto aislada de las de su entorno, en la que destacaba un pequeño y cuidado jardín delantero. Una mujer les esperaba en la puerta.

Madame Orlach, una adorable viejecita que ayudaba a la causa republicana española, era su anfitriona. La mujer de escasa estatura, delgada y con chispeantes ojos grises, enmarcados por un pelo blanco, los recibió con los brazos abiertos. No era la primera vez que acogía en su modesta vivienda a gente huida del otro lado de la frontera.

*Frère Jacques, Frère Jacques:
Dormez vous? Dormez vous?*

En esos momentos cantaba a la niña mientras intentaba dormirla en un capazo situado sobre la mesa de la cocina. El joven matrimonio descansaba en una de las habitaciones, él era un hombre muy educado, su esposa muy dulce y la niña una monada; los dos la adoraban, se los veía muy enamorados. Al pobre bebé le había tocado vivir en un tiempo convulso, pensó mirando a la pequeña. Esperaba que a partir de ese momento tuviera más suerte.

*Sonnez les matines! Sonnez les matines!
Din, dan, don. Din, dan, don*

Con el sonido que imitaba las campanas le niña sonrió y madame Orlach le devolvió la sonrisa. Era sencillo hacer reír un niño, solo se necesitaba una humilde canción infantil. Cerró los ojos y deseo ser una chiquilla otra vez,

pero al volver a abrirlos seguía siendo una mujer anciana muy cansada.

Thomas, tumbado en la cama recordaba los días que había pasado en la localidad en su Luna de Miel con Elisa. Entonces se alojaba en una lujosa suite del exclusivo Hotel Du Palais, muy distinta a la humilde habitación en la que se hallaba en ese momento. Con los ojos cerrados rememoraba aquellos instantes y lo único que lograba evocar era la frialdad de su recién estrenada esposa y su amarga noche de bodas en el sórdido burdel al que había acudido en busca del cuerpo cálido de una mujer. Nunca había imaginado que años más tarde, y con España inmersa en un conflicto, volvería a la localidad con una mujer a la que amaba y una hija. Elisa y Josefa eran dos mujeres muy diferentes: mientras una era fría y dura, la otra era cálida y tierna. No había elección posible, él siempre había preferido el ardor al aire glacial.

Nunca había amado a Elisa; los motivos para casarse con ella estaban muy alejados de ese sentimiento y tenían mucho que ver con la codicia. Tampoco fue el afecto el sentimiento que lo había movido para acercarse a la mujer que descansaba a su lado, la única razón que lo había movido era llanamente la lujuria. Tal vez si Elisa hubiera sido de otra manera él no hubiera buscado en Josefa, ni en ninguna otra, un refugio donde cobijarse. Ante el desapego de la esposa no le había costado demasiado enamorarse de su jovial amante. Cada mañana, al despertar, daba las gracias a los hados del destino por haber aceptado el loco plan que Salazar le había propuesto.

Al pensar en Ramón una sonrisa burlesca asomó a su rostro. Sabía que el viejo zorro no tardaría demasiado tiempo en percatarse de su ausencia, y atando cabos no tendría ninguna dificultad en averiguar que se había fugado con su hija y con Josefa. Bramaría al principio y le costaría un poco digerir, lo que seguro que consideraba una traición, pero era un hombre práctico y con recursos; estaba seguro de que le declararían muerto, junto con su hija, y casaría a su hija viuda con otro imbécil para tener su ansiado heredero varón.

Extendió una mano, con cuidado para no alterar el descanso de Josefa y cogió los periódicos franceses, desperdigados por la alfombra, que hablaban

del bombardeo de la ciudad de Guernica, las primeras fotografías llegadas a las redacciones comenzaban a ocupar las portadas. La incursión aérea había reducido la localidad a un amasijo de escombros; los diarios *Ce Soir* y *L'humanite* habían publicado esas imágenes, aunque la versión oficial de los franquistas seguía siendo que la habían quemado los rojos. No podrían mantener mucho tiempo más la mentira: Guernica había sido bombardeada; Josefa y el habían visto los aviones, habían oído el estruendo de las bombas y las columnas de humo que salían de una ciudad en llamas, habían captado en el aire el hedor del azufre que anunciaba la muerte y habían notado el denso soplo de la destrucción. Ellos lo habían visto y otros muchos también; aquel había sido el último bosquejo que recordaría de España, pero debían mantener la boca cerrada porque nadie debía saber que ellos habían sido testigos de primera mano.

Josefa se desperezó en la cama entornando los ojos. La libertad le había devuelto la tersura a su rostro y el brillo a la mirada. Miró los periódicos que estaban sobre la cama.

—Así que se sabrá que lo que destruyó Guernica fueron las bombas enemigas y no el fuego de su propia gente como quieren hacer creer —remarcó mirando con horror las fotografías publicadas en los diarios.

—Así es cariño. ¿Cómo te encuentras preciosa? —dijo abarcándola con sus brazos.

—Bien, ya he descansado.

A Thomas le preocupaba su embarazado, los nervios y esfuerzos que había tenido que hacer para huir no eran muy convenientes en su estado.

—Mañana salimos para Bayona, ya está todo preparado —anunció Thomas — y los documentos están legalizados.

—¿Cómo me llamo ahora? —preguntó

—Eres Alice Bennett, Jones de soltera. Has nacido en isla de Jersey; allí nos casamos y allí nació nuestra hija Sarah Bennett.

Desde el mismo instante que se montaron en el bote en la playa de Laga a la

niña la llamaban por su nuevo nombre, que habían elegido para ella entre los dos; era una manera para que fuera respondiendo a su nueva identidad.

—Algún día le contaremos la odisea que hemos vivido para estar los tres juntos —dijo Josefa—; tiene derecho a saberlo.

—Cuando sea mayor y tenga capacidad para entender.

—¿Crees que comprenderá lo que estamos haciendo? ¿Nos perdonará? —preguntó Josefa con preocupación

—Claro que sí, mi amor. La vida que le esperaba no es el mejor de los mundos para crecer; sí es verdad que tendría dinero, pero le faltaría algo mucho más importante: el afecto. Tienes que dejar atrás tus miedos, ahora tú eres su mamá y siempre lo serás. Además dentro de poco tendrá un hermano o hermana. Quizá con el tiempo seamos una gran familia —decía Thomas mientras rozaba sus labios y acariciaba el vientre donde crecía su nuevo hijo.

—¿Y si nos odia por lo que hemos hecho?

—Nadie sería capaz de odiar a una mujer como tú y menos su propia hija.

Las palabras de Thomas habían sido pronunciadas con tanto fervor que no le costó demasiado esfuerzo creerle. Constantemente el temor la acechaba; Josefa siempre había sido asustadiza desde que era una niña que vivía en el caserío y oía colarse el viento por las rendijas. Su padre, o su hermano, la consolaban con palabras cariñosas llevándose sus pesadillas. Ellos habían muerto y nunca más la había vuelto a abrazar nadie. Luego había llegado el horror aquel día en que su madre y Ramón Salazar la habían convertido en la concubina del señor inglés. Aún recordaba las lágrimas que le había costado aquella monstruosa decisión. Paradójicamente, todos sus malos sueños huían cada vez que sentía el abrazo de Thomas.

Se levantaron de la cama perezosamente. En la cocina encontraron a madame Orlach, que estaba acunando a la niña en su canasto mientras le susurraba canciones en francés.

—Mama, papa, mama, papa, nena —balbuceaba con su lengua de trapo.

Ella fue a coger a la niña y pronunció unas palabras en español. Thomas

frunció el ceño, pues aquel idioma debía ser omitido y cuanto antes mejor.

—Jo, cariño a partir de ahora solo la podrás hablar en inglés, nada de español y por supuesto nada de vascuence —susurró.

—No me he dado cuenta, me ha salido sin darme cuenta —dijo avergonzada; algunas veces se le escapaban palabras cariñosas hacia la niña en su lengua natal, las mismas que su padre le decía cuando era pequeña en el caserío de Durango.

—No importa —le dijo, beso su frente y le sonrió cálidamente—; vamos a prepararnos que estará a punto de llegar el taxi para que nos llevará a Bayona.

Josefa, Alice, era consciente de que habían realizado un largo camino y que no podían dejar nada al azar. Cerraba los ojos y podía oler las bombas caídas sobre Guernica, ver la playa de Laga a pesar de la total oscuridad y las débiles luces del pesquero en alta mar, volver a rozar las manos curtidas y ásperas de los marineros que los habían ayudado a subir a bordo, aspirar el aroma a pescado, mar y gasoil que impregnaba la bodega donde habían estado escondidas ella y la niña entre redes húmedas y cajas llenas de peces mientras Thomas, en cubierta, trabajaba como si fuera un pescador más.

El barco se había detenido de repente y había dejado de oír el monótono sonido de las maquinas. El miedo había estado otra vez amenazándola al ver un haz de luz que nacía de una linterna que enfocaba la esquina donde ella trataba de ocultarse, detrás de unas cajas de pescado, mientras apretujaba a la niña contra su pecho rogando para que no llorara. En aquel instante había cerrado los ojos y había apretado los párpados temiendo vislumbrar lo que no deseaba, pero entonces alguien había rozado su hombro y al abrirlos había reconocido a Thomas que las venía a buscar para bajar a tierra.

—Estamos en Francia cariño. Hemos burlado el bloqueo —había dicho mientras la ayudaba a ponerse de pie para subir a cubierta.

Amanecía en San Juan de Luz y el pequeño puerto de pescadores se preparaba para la actividad diaria. Cuando había oído hablar en francés había sabido que ya no había vuelta atrás y por primera vez se había sentido esposa

de Thomas, madre de Sarah y embarazada de su segundo hijo. Al final todo saldría bien.

De eso hacía ya varios días. Mientras ella estaba perdida con sus pensamientos, el taxi que los había recogido en casa de madame Orlach en Biarritz, los dejó en la puerta de un céntrico hotel de Bayona. Nadie habló durante el trayecto y el conductor se limitó a despedirse con un escueto adiós al partir. Alice se disponía a entrar en el vestíbulo del establecimiento cuando Thomas le agarró del brazo y la retuvo:

—No, amor, no vamos a hospedarnos en este lugar.

—¿Entonces? —preguntó ella sorprendida.

—Nos ha dejado aquí por precaución, estamos cerca de la frontera y no quiero ningún incidente desagradable. Salazar ya se ha debido enterar de nuestra desaparición y sinceramente no sé hasta dónde llegan sus tentáculos, por eso iremos en coche hasta Burdeos donde pasaremos un par de días. Conduciré yo.

En una callejuela cercana al hotel estaba el garaje donde recogieron las llaves de un coche, un moderno y elegante Citroën Avant negro. Les quedaban casi trescientos kilómetros por delante, y posiblemente tardarían más de cinco horas en recorrerlos, aunque el tráfico no fuese excesivo por la carretera que recorría la región de Las Landas. Pararon a comer en un coqueto restaurante junto al mar en Capbreton, allí no había restricciones de comida. Puestos de nuevo en marcha, no llegaron a su destino, Alice se empezó a encontrar mal, sentía un ligero malestar en el estómago y pequeñas punzadas en la espalda. El dolor se fue acrecentando de tal manera que hizo que se doblara hacia delante:

—¿Qué te ocurre cielo? —preguntó Thomas preocupado mientras intentaba mantener la atención en la carretera.

Antes de contestar a la pregunta sintió un líquido caliente que resbalaba por sus piernas y al tocarlas comprobó horrorizada que eran unos hilos de sangre.

—No te asustes, pero creo que tengo una pequeña hemorragia —dijo con una

débil voz.

—Pararé en el pueblo más cercano para buscar un médico —replicó Thomas con seguridad.

Un cartel anunciaba que la población de Arcachon estaba solo a dos kilómetros.

—Tranquila, queda muy poco para que te visite un doctor —dijo mientras aceleraba el coche y miraba con preocupación a Alice cada vez más pálida y nerviosa.

A las afueras del pueblo se encontraron a una mujer que iba a coger una bicicleta. Al preguntarle por el consultorio médico, les indicó una casa cercana de piedra y grandes ventanales con contraventanas de madera blancas. Thomas aparcó el coche, salió rápidamente, atravesó a verja y llamó con insistencia al timbre. Inmediatamente le abrió una enfermera que corrió para avisar al doctor. Cuando los tres fueron hacia el coche encontraron a Alice pálida y con el rostro cubierto de sudor, a pesar del estado de amodorramiento en que se hallaba seguía sintiendo un dolor punzante que comenzaba en su estómago y seguía hasta la espalda. Thomas la cogió en brazos y la introdujo en la consulta con delicadeza. Al tumbarla en la camilla ella sintió que se adormecía y susurró el nombre de la niña. Luego todo fue oscuridad.

Nada más despertar notó la boca pastosa e intentó abrir los ojos, pero los párpados la pesaban enormemente. Cuando logró abrirlos, vio a Thomas con el cabello despeinado y los ojos cerrados, que abrió inmediatamente al notar el movimiento de ella.

—¿El bebé? —preguntó aunque ya sabía la respuesta.

—No está, cariño —dijo Thomas en un susurro mientras acariciaba sus mejillas.

Ella puso su mano suavemente sobre el vientre que se había quedado vacío y al tomar conciencia de esa realidad comenzó a sollozar en silencio. Sentía la ausencia que su hijo había dejado en ella.

—Te pondrás bien muy pronto —decía Thomas mientras intentaba secar esas lágrimas con delicadas caricias de las yemas de sus dedos.

Los siguientes tres días vivió en una especie de limbo entre la realidad y las sombras, hasta que una mañana se despertó. Con la cabeza más lucida, se sintió culpable por el rechazo que había tenido en el instante de saberse embarazada, y pensó, con horror, que quizá el niño había intuido el desdén materno y se había negado a nacer. Nunca podría decirle que ese repudio simplemente había sido miedo. Ya no importaba, jamás lo podría estrechar entre sus brazos para contárselo.

El doctor le dio el alta médica, pero aún le flaqueaban las fuerzas y decidieron quedarse a descansar en uno de los balnearios que se esparcían por la ciudad. Al principio Alice no abandonaba su habitación aunque Thomas y Sarah iban a la playa para disfrutar del delicado sol primaveral mientras hacían castillos de arena junto a la orilla. Debido a la insistencia de Thomas, se atrevió a salir con ellos a dar un paseo por el pueblo y admiró las hermosas villas que la gente adinerada había construido para sus vacaciones; incluso se aventuró a ir de excursión a la gran duna de Pilat, que se encontraba a diez minutos andando del pueblo. Dejó que fueran Thomas y la niña, quienes escalaron hasta la cima porque ella se encontraba sin energía.

Sentada en un muro cercano los observaba hundirse en la arena, caerse y volver a levantarse, e inesperadamente se dio cuenta de que volvía de nuevo a sonreír. En aquel instante se prometió que no volver a dejar entrar el desánimo a su vida. Aquella chiquilla no se merecía una madre triste.

—¿Estas bien? —le dijo Thomas al volver de la duna y sentarse a su lado.

—Sí, no te preocupes, estoy perfectamente.

—No me engañes, tienes la mirada melancólica.

—Mientras os veía jugar por la duna me he dado cuenta de que ya ha habido demasiada tristeza en mi vida. A partir de ahora he decidido que solo dejaré entrar a la alegría.

Thomas la miró con dulzura y deslizó sus labios sobre los de su mujer; el

embujo del íntimo instante fue roto por la niña.

—Mamá, toma —decía mientras abría su puño regordete y depositaba en la mano de Alice un poco de arena que acababa de recoger en la duna.

Ella puso cara de asombro mientras recogía el polvillo.

—¿Me la has traído para mí?

—Para mamá —decía la niña sonriendo.

—Gracias, pequeña —dijo mientras besaba a Emilia en la frente.

El primer regalo que le hacía su hija. No permitió que la fina arena se deslizara entre sus dedos y la agarró fuertemente mientras cerraba su puño para no dejarla escapar. La conservó, mezclada con otro puñadito recogido en la playa de Laga, en un pequeño recipiente de cristal durante muchos años. Al mirarlo recordaba el instante en que la oscuridad había abandonado su vida para siempre y había dejado entrar la primavera. Con el océano atlántico como testigo, enterró su pasado y decidió dar paso a la vida.

Después de los días de descanso, y una vez recuperada de la pérdida, prosiguieron su viaje hacia Burdeos. Al llegar a la ciudad buscaron un lugar cómodo donde hospedarse. Encontraron un pequeño hotel, en una callejuela cercana a la basílica de Saint— Michel, y una vez instalados se dedicaron a callejear por la ciudad y pasear por las orillas del Garona mimetizados entre los turistas. La monotonía y la tranquilidad iban instalándose en sus vidas, pero Alice a veces sentía un tremendo vacío. No quería preocupar a Thomas, por eso forzaba la sonrisa e intentaba ocultar la tristeza que a veces se asonaba a sus ojos. No le habían quedado secuelas físicas por el aborto, y el médico le aseguró que en cuanto se recuperara podría tener otro hijo sin dificultad, pero necesitaba hablar con una mujer y echaba en falta a Catalina; ella siempre encontraba la palabra justa para consolarla.

Las noticias de los periódicos no eran muy halagüeñas. Dos días después del bombardeo, Guernica fue ocupada por las tropas de Franco. Las fortificaciones del Cinturón de Hierro que parecían tan fuertes no iban a ser

suficientes para la defensa de Bilbao. Y si la ciudad caía, muchos de sus amigos, que habían sido contrarios a Franco, lo iban a pasar muy mal.

Paseaban por la Place des Quinconces, junto al monumento a los girondinos, con su espectacular fuente con los bravíos caballos de bronce que llamaron poderosamente la atención de la niña que los quería tocar y alargaba sus manitas hacia ellos. Alice se fijó que Thomas tenía la mirada perdida en la figura situada en la cúspide del pilar central.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—Me fijaba en la escultura que corona la obra, ¿sabes que representa?

—No tengo ni idea.

—Es la libertad rompiendo sus cadenas.

Ambos se quedaron en silencio; Thomas puso una mano en el hombro de Alice y la atrajo hacia él para darle un casto beso en una de sus mejillas. Sabía lo que estaba pensando.

—¿Entrarán en Bilbao? —preguntó ella a la vez que se separaba ligeramente para mirar su cara.

—Sinceramente creo que el bombardeo de Guernica ha decidido la guerra. Desfilarán por la Gran Vía, no te quepa la menor duda.

—¿Y el cinturón de hierro?

—No creo que unas cuantas fortificaciones y algunas trincheras los paren. Van a ganar la guerra.

—Tengo miedo por Catalina.

—Ella y el niño saldrán para Inglaterra en cuanto la cosa se ponga fea. Lo tenemos todo arreglado porque no quiero que se queden allí una vez que la república pierda la guerra. Le insistí varias veces a Catalina para que se viniera ahora, pero tenía algunos asuntos familiares pendientes, aunque me prometió que antes de que entren en Bilbao abandonará la ciudad para reunirse con nosotros en Inglaterra.

Alice suspiró mientras Thomas apretaba su mano para transmitirle tranquilidad. Con sus dedos entrelazados siguieron dando su paseo en

dirección a las dos grandes columnas, hacia el Garona.

Los siguientes días fueron vertiginosos y sus recuerdos se entremezclaban unos con otros. En Burdeos cambiaron de coche y tomaron la carretera en dirección a La Rochelle. Pasaron la noche en un pueblecito cercano, Niort, en una cómoda aunque un tanto destartalada pensión, con contraventanas de un brillante azul, situada en una tradicional y antigua villa que había conocido tiempos mejores. Sus dueños, un pintoresco matrimonio ya anciano, no contaban con demasiados huéspedes así que la llegada de aquel joven matrimonio con una pequeña supuso un regalo en su monótona vida. La habitación que les dieron era agradable, aunque los muelles del somier de la cama chirriaban ante cualquier movimiento, pero la suavidad de la colcha y el alegre papel de florecitas que cubría sus paredes hacían de aquella estancia un lugar íntimo y acogedor. A la mañana siguiente cuando bajaron al comedor a desayunar se encontraron con un enorme buffet que contenía los mejores productos frescos de las granjas que se diseminaban en las inmediaciones.

Tanto a Thomas como a Alice les hubiera gustado pasar algún tiempo más en aquel hotel, pero iban con retraso y la niña estaba inquieta y llorosa. Al llegar a Nantes tenían la intención de pasar una sola noche en la ciudad, pero la tos persistente de la pequeña Sarah los obligó a cambiar los planes y ampliar la estancia en la ciudad. Además el dinero en efectivo se iba agotando y necesitaban una transferencia desde Inglaterra para poder hacer frente a los gastos del viaje.

Fue en esta ciudad, en una terraza cercana a la catedral, donde se encontraron con un refugiado vasco que no les dio buenas noticias sobre el desarrollo de la guerra. Alice se fijó en un muchacho muy joven sentado en una mesa cercana a la suya. Cubría la cabeza con una boina francesa, pero la forma ligeramente ladeada en que la llevaba le hizo recordar a la *txapela* que llevaban los hombres en su tierra. El chico estaba enfrascado en la lectura de un libro y no reparó en ella, pero al levantar la vista de las páginas impresas sus miradas se cruzaron. Aquel gesto la asustó y desvió sus ojos rápidamente.

—Hola —dijo el chico utilizando el español para el saludo.

Sintió miedo y miró a Thomas.

—Hola, ¿cómo está? —respondió Thomas exagerando su acento inglés.

—Me llamo Iñaki Goitia —se presentó el joven.

—Soy Thomas Bennett, mi esposa Alice y nuestra hija Sarah —dijo mientras la señalaba con un leve movimiento de cabeza.

—¿De vacaciones?

—Sí, ¿y usted?

—Voy a París a reunirme con unos familiares.

—¿De dónde es?

—De Bilbao. Me ha dado la impresión de que su esposa miraba con atención la portada del libro. Es el último publicado por el gran poeta Lauxeta, *Arrats Beran*; se titula —y añadió a modo de explicación— *Al caer la tarde* en español.

La intensidad de la mirada del hombre ponía muy nerviosa a Alice, que en esos momentos deseaba volver a ser Josefa, una sencilla chica de caserío y poder hablar tranquilamente con Iñaki de poesía y de su tierra.

—¿Cómo van las cosas por Bilbao? —preguntó apresuradamente Thomas intentando desviar la atención de su esposa.

—Sinceramente creo que queda poco para que las tropas nacionales entren. Toda mi familia murió en el bombardeo de Durango, el único pariente que me queda vivo es un tío que vive en París y voy a reunirme con él.

—Lo siento —dijo Alice conmovida y con las terribles imágenes del bombardeo aún guardadas en su retina—. Se te ve muy joven ¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciséis; yo quería alistarme pero no me dejan por la edad y el tío me quiere a su lado, es carpintero y lo ayudaré para ganarme la vida hasta que se arregle todo y pueda volver. No creo que Europa deje que Franco asuma el poder. ¿Y ustedes? ¿Se quedan mucho en Francia?

—Se nos acaban las vacaciones, pronto regresaremos a Inglaterra.

El chico se puso en pie.

—Le regalaría el libro —dijo dirigiéndose a Alice—, pero el autor se lo dedicó a mi padre y es lo único que me queda de él.

—Le deseo lo mejor —dijo ella con una sonrisa en los labios.

Se alejó un poco de ellos dándoles la espalda, pero repentinamente se volvió.

—*Agur* —dijo utilizando la fórmula de despedida en vasco a la vez que les guiñaba un ojo y se perdía entre las calles.

—*Agur* —contestó Alice en un susurro siendo consciente de que aquella palabra de despedida no solo se lo decía al muchacho, sino a toda su vida.

—Tienes que tener más cuidado y no hablar en vasco —dijo Thomas cariñoso—; nunca sabes quién tienes al lado.

—No volverá a suceder, te lo prometo. Me he acordado de Bilbao y de toda la gente que tendrá que huir, y ese chaval apenas un niño, su vida trastocada...

—No pasa nada —la tranquilizó Thomas.

—¿Seguimos estando en peligro? —preguntó temiendo que Salazar les estuviera siguiendo la pista.

—No lo creo; hemos cubierto la huida muy bien, pero en tierra francesa aún estoy alerta. Una vez que lleguemos a Inglaterra me sentiré más seguro porque Ramón no sabrá donde encontrarnos. Siempre le he hecho creer que soy de Londres y no tiene ni idea que mi familia es de Yorkshire y mucho menos que tengo un pequeño astillero en Bridlington, herencia de mi padre que falleció recientemente. Siempre le mentí al decirle que mis padres murieron cuando yo era niño, y fui educado por unos tíos que me enviaron a un internado primero, y a la universidad después, su ausencia en mi vida la justifiqué por malas relaciones con ellos. A veces me he sentido culpable por ocultar mi pasado y renegar de mi familia, pero ahora me alegro de ello. Será prácticamente imposible que dé con nosotros.

Poco después del encuentro, el dinero que esperaban fue transferido a un banco francés y abandonaron Nantes para dirigirse a Rennes y de allí, al

anochece, salieron para Granville, la etapa final de su viaje en tierra francesa. En la población marinera se alojaron en el hotel Normandy, donde aguardaron la llamada que estaban esperando.

Capítulo 15

SOBREVIVIR

Antonio Mendizábal residía en una urbanización formada por pequeños edificios de dos alturas rodeados de jardines con un pulcro césped, de una bella tonalidad verde suave, que se extendía a su alrededor y en el que se podían ver numerosos bancos de madera oscura donde alguno de los residentes charlaban en grupo o leían en solitario. En una esquina, junto a un pequeño estanque con patos, una cuadrilla de hombres y mujeres vestidos con ropa deportiva gritaban entusiastas mientras ejercitaban a algunos perros, de diferentes tamaños y razas, en un circuito de *agility*. Borja aparcó el coche cerca de la puerta principal, en un lugar donde una enorme placa indicaba que estaba reservado a los visitantes. Casi no se habían dirigido la palabra durante el trayecto; ella aún seguía con el semblante serio y su silencio dejaba claro que aún continuaba enfadada. Ante esta situación, él prefirió no hablar para no enfurecerla aún más.

—Mi abuelo está muy contento en este lugar, tiene la libertad que quiere y a la vez está muy bien atendido si necesita algo. Mi padre se alegró mucho cuando decidió mudarse a este complejo —dijo Borja intentando iniciar una conversación mientras Tess salía del coche.

Al atravesar la puerta principal entraron en un amplio hall en el que irrumpía la luz natural a través de una gran cristalera que permitía ver la parte de atrás del cuidado jardín. Frente a la puerta estaba la recepción atendida por un

chico y una chica que sonrieron amablemente nada más ver a los visitantes.

—Vengo a ver a mi abuelo —dijo Borja.

—Está en su apartamento esperándolos —indicó el chico.

—Gracias —contestó Borja mientras se dirigía a la zona en la que destacaban tres grandes puertas de ascensor.

Una vez dentro de la cabina apretó el botón del número dos y el ascensor se puso en marcha lentamente. Descendieron en un pequeño rellano del que partían, a ambos lados, sendos pasillos idénticos. Borja se dirigió al corredor de la derecha y se paró ante una puerta tocando suavemente con los nudillos, del bolsillo del pantalón vaquero se sacó una llave con que la abrió.

Al traspasarla se accedía directamente a un enorme salón comedor con un gran ventanal que daba a una terraza donde se veía una mesa de mimbre blanco con un par de sillones a juego. La minúscula cocina, estilo americano, estaba en el lado derecho, junto a ella una puerta cerrada y al lado de esta una entornada dejaba ver una cama cubierta por una colcha beis. De la terraza salió un hombre mayor con el pelo completamente blanco. Iba vestido con unos cómodos pantalones de algodón claros, un polo azul marino en el que destacaba el logo del cocodrilo y calzaba unos zapatos mocasines de ante con costuras vistas en tono índigo.

Una gran sonrisa iluminó su rostro al ver a Borja, se dirigió a él y le dio un gran abrazo. Luego miró a Tess con atención, escudriñando cada fragmento de su rostro. Dio unos pasos y acarició la mejilla con ternura, como lo haría un abuelo con su nieta:

—Tanto tiempo esperando a alguien de la familia inglesa y al final has venido —fueron las palabras del anciano, pronunciadas con voz fuerte pero con un leve temblor de emoción.

Ambos se estudiaron mutuamente unos segundos con expectación. Tess besó la mejilla surcada de arrugas del hombre.

—Es una alegría conocerte y quiero que sepas que ya he reprendido al torpe de mi nieto por no traerte aquí el mismo día en que se encontró contigo —le

susurraba Antonio mientras la abrazaba con fuerza.

La separó un poco y se la quedó mirando directamente a los ojos.

—Qué pena que mi madre no viva para verte, para ella Josefa era como su hermana pequeña. Yo era un niño cuando vivía con nosotros, pero tengo muy buenos recuerdos de esa mujer. La última vez que la vi me dijo: «Anda, Antonio, vamos a jugar al escondite inglés», entonces me puse frente a la pared y comencé el juego, «Un, dos tres, al escondite inglés» canturreé con mi voz infantil. Las dos primeras veces que me di la vuelta estaba allí, parada, al lado de la puerta. No había avanzado y eso me extraño. Siempre nos divertíamos y reíamos, pero ese día podía ver claramente las lágrimas resbalar por sus mejillas y era incapaz de entenderlo. La tercera vez que me di la vuelta ya no estaba en la habitación. Nunca más la volví a ver.

Se hizo el silencio.

—Vamos a sentarnos, estoy cansado —les dijo mientras les señalaba el sofá y él tomaba asiento en un sillón individual situado al lado.

Una vez acomodados continuó hablando.

—Mi madre tenía todo preparado para marcharnos a Inglaterra y reunirnos allí con Thomas y Josefa, pero a última hora no pudo ser. —El anciano perdió la mirada en el infinito y al cabo de un pequeño instante continuó hablando—. Unos días antes de caer Bilbao, un diplomático del consulado inglés vino a casa y le entregó unos papeles para poder subir en un barco que salía del puerto; creo que iba para Francia y una vez allí nos recogerían para llevarnos a Inglaterra. Teníamos nuestro salvoconducto para huir, pero de un modo inesperado todo se truncó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Tess realmente interesada.

—La noche anterior a la partida vino un miliciano a casa y le avisó a mi madre que habían matado a mis tíos y a mi prima. Fue una venganza personal más que un asunto político porque eran nacionalistas, pero no gente destacada. Mi tío era un hombre trabajador y el caserío daba sus frutos, pero con mucho esfuerzo. Quien los señaló fue un vecino amparado por la guerra y el

aislamiento del lugar. Primero ejecutaron a mi tío, luego a mi tía, allí mismo en la puerta del caserío, les hicieron ponerse de rodillas y les dieron dos tiros certeros en la cabeza. Mis primos estaban allí y vieron todo ese horror. La prima protestó y se abalanzó contra uno de los que dispararon a sus padres, le pusieron una pistola en el pecho y apretaron el gatillo, murió en el acto. Era solo una niña. Mi primo sabía que el próximo era él, así que en un instinto de supervivencia corrió al bosque para esconderse. El vecino no quería dejar testigos y los asesinos tampoco.

—¡Qué horror! —expresó visiblemente afectada.

—Logró refugiarse en una casa cercana. Eran buena gente y amigos de mis tíos, así que lo escondieron en el corral de los cerdos y dieron aviso a mi madre. Ella fue a buscarlo inmediatamente. No sé cómo logró llegar hasta él, pero se lo trajo a casa con nosotros. Cuando lo encontró, le costaba reaccionar: no hablaba tenía la mirada perdida y el cuerpo helado, no obedecía a ningún estímulo. Aquel era el día que teníamos que coger el barco para Francia, preparamos unos hatillos con lo imprescindible y nos fuimos rápidamente para el puerto con la esperanza de coger el barco los tres. El primo no tenía papeles, pero faltaba poco para que los nacionales rompieran el cinturón de hierro y desfilaran por la Gran Vía y mi madre no quería verlo. Pensó que una vez en el buque ya se arreglarían las cosas.

Borja alcanzó un vaso de agua a su abuelo, que se estaba emocionando al recordar aquella parte de su vida.

—Al llegar —prosiguió relatando el hombre mayor—, comenzaron a bombardear, el caos era total y no pudimos subir a ninguna embarcación, así que nos volvimos a casa. La mayor parte del trayecto la hicimos andando, escondiéndonos como podíamos y con el miedo en el cuerpo. Al poco de llegar, los nacionales entraron en la ciudad que estaba casi vacía, no encontraron resistencia. Mi madre nos metió a los niños en una habitación y ella esperó sentada en el comedor, llamaron a la puerta dando voces y me asomé para escuchar. Eran soldados de las Brigadas de Navarra, se fijaron en

una bandera roja y gualda que mi madre había colocado estratégicamente en una silla, se la había dado Salazar unos días antes. Al comprobar que solo había una mujer y dos niños afortunadamente nos dejaron tranquilos, aunque advirtieron que colgara la bandera en el balcón.

—¿Lo hizo? —preguntó Tess

—Claro que lo hizo —respondió Antonio con una sonrisa amarga—; lloraba como una magdalena mientras la sujetaba a la verja pero esa orden era de obligado cumplimiento. Iba nuestra vida en ello.

Antonio Mendizábal se levantó del sofá y se dirigió al ventanal, se quedó allí con la mirada perdida en el horizonte durante unos momentos. Luego se volvió y fue hacia un aparador, abrió uno de los cajones y sacó dos fotografías.

—Ven aquí muchacha— le dijo a Tess.

Ella obedeció y se colocó junto a él. Antonio le enseñó una de las fotografías.

—Esta es Catalina. Mi madre.

Era una foto de estudio donde se veía a una mujer morena de mediana edad que sonreía a la cámara. Iba vestida con una blusa blanca y en su cuello destacaba un collar de perlas de varias vueltas.

Otra de las fotografías, un tanto borrosa, mostraba a una pareja joven bailando a lo agarrado en una fiesta popular.

—Es la única foto que hay de mis padres juntos. Creo que no se hicieron ninguna más, entonces no era como ahora; los retratos se los hacían los ricos, los pobres, solo en días especiales.

Tess recordó las fotos que había encontrado escondidas en la litografía del *Guernica* mientras ayudaba a Antonio a volver a sentarse en el sofá.

—La vida ha cambiado mucho desde que yo era pequeño. Si Ramón Salazar levantara la cabeza, se volvería a su tumba de la impresión. —Profirió una sonora carcajada y añadió—. A mi madre le contó muchos secretos. Ella lo escuchaba con paciencia y él iba librándose de su carga, que desde luego era

mucha. En su casa nadie le hacía caso, ni la estirada de su mujer y mucho menos ese hijo adoptivo que se había inventado.

Borja se revolvió inquieto y su abuelo lo miró.

—A ti no te voy a descubrir nada nuevo porque ya lo sabes, pero la chica no. —Se calló durante unos segundos—. Gregorio no era un Salazar. La guerra había terminado hacía unos años y Ramón seguía visitando a mi madre, pero en ese momento lo hacía en calidad de amigos porque tenía una nueva amante joven, una viuda de guerra con un hijo al que más tarde ayudo a entrar al seminario. Recuerdo que aquel día vino a casa con muy mala cara, y mi madre le puso un café con un bizcocho que había hecho el día anterior. Hablaban en voz baja, pero yo abrí la puerta de mi habitación y escuché desde el pasillo. Fue cuando me enteré de sus secretos.

—Está en el hospital, se ha intentado ahogar en la playa, iba vestida con el traje de novia.

—Tu hija no está bien, ten paciencia.

—La vamos a internar en un sanatorio, pero Carmen no quiere. Dice que ella la cuidará.

—Déjala hacerlo, es su madre.

—¡Ay, Catalina! Hice algo terrible que ella jamás me perdonó. Se enamoró de un muchacho que se aprovechó de ella y la dejó preñada cuando apenas tenía diecisiete años. La lleve a un convento de monjas en Navarra y allí tuvo al niño. Un varón. Pero se lo quité. Mi hija me odió desde entonces.

—¡Cielo santo!

—Embarque al chico en unos de mis barcos para México y le dije que si alguna vez volvía a poner un pie en España lo mataría con mis propias manos.

—¿Y el bebé?

—Carmen quiso que pagáramos a una familia de campesinos para que lo cuidaran y no perderle la pista; al fin y al cabo, era nuestro nieto, pero yo

no lo veía como tal, así que lo entregué a un hospicio. Años más tarde intenté saber de él para recuperarlo, pero era demasiado tarde. Me dijeron que nada más empezar la guerra alguien había ido a buscarlo y se lo había llevado de muy malas formas.

—¿Quién?

—Por la descripción, el padre del niño. Intenté hacer averiguaciones, pero fue imposible. La familia desapareció de Bilbao. Mi hija no quería volver a ser madre y los dos abortos que tuvo se los provocó ella misma con unas hierbas que le había proporcionado alguien. Era su venganza contra mí: no darme ningún nieto. Me dijo que ella tenía un hijo, mi heredero, que lo buscara.

—¿Y el de Emilia?

—La pusimos vigilancia las veinticuatro horas al día para que esa gestación no se malograra pero nunca quiso a la niña. Siempre pensaba en su primer hijo y en el padre del niño. He arruinado muchas vidas, Catalina, demasiadas. Solo vi la riqueza de la familia Aguirre y pensé que casándome con Carmen podía acceder a sus círculos selectos y mírame ahora. Una mujer que se quedó estéril después de tener a Elisa y una hija que heredo la debilidad de su familia materna.

—No digas eso, Ramón, es tu hija.

—Desde niña era rara, «melancolía», me dijo el doctor, igual que su abuela materna. Locura, Catalina, simplemente chifladura. Lo intenté, Dios sabe que lo intenté, es verdad que cometí un error, pero para enmendarlo le di un buen marido y solo le exigí un hijo legítimo, ¿era tanto pedir?

—Bueno, tampoco es para tanto. Ahora ya tienes uno al que legar tus negocios.

—¡Ay Catalina! Tú no lo entiendes. Gregorito no tiene sangre Salazar.

—¿Cómo qué no? Es hijo de tu primo.

—Te voy a contar un gran secreto y confío en tu discreción.

—Por supuesto, Ramón.

—A mi primo Gregorio no le iban las mujeres; esa actitud era un escándalo en una familia tan católica como la nuestra. Lo sabíamos, pero todos callábamos. A mí me lo confesó cuando éramos adolescentes y tengo que decir que no me sentó demasiado bien; le dije palabras muy duras acompañadas de algunos insultos. No estoy muy orgulloso de ello, siempre fuimos como hermanos y cuando se confió a mí le fallé. La familia quería tapar la falta a toda costa y cuando se presentó la ocasión no la desaprovechó. La hija de una familia amiga se quedó en estado de un hombre ya casado, así que la unieron en matrimonio con Gregorio a cambio de que su familia diera a los recién casados una cuantiosa dote. Gregorito fue uno de esos niños que la familia dice que son sietemesinos aunque están a término.

—¿No tenía ni idea!

—A favor de mi primo tengo que decir que quiso muchísimo al niño; no tanto su mujer que se desentendió de ambos y se dedicó a una vida de ocio y viajes, algunos de ellos con sus amantes. Sin embargo, mi primo siempre fue muy discreto con sus aventuras.

—¿Sabías eso cuando adoptaste al niño?

—Claro que sí, pero él lo desconoce. No quiero que el chaval conozca los orígenes de su nacimiento. Sé que con el orgullo que tiene iba a sufrir mucho si se entera de que mi primo Gregorio no era su padre biológico.

Tess se quedó mirando a Borja.

—¿Lo sabe tu madre?

—Sí, intentó encontrar a su abuelo biológico, más por curiosidad que por cariño.

—¿Y lo consiguió?

—La familia se cerró en banda, pero una prima, la oveja negra de la familia, que vivía en París, le puso sobre su pista. Averiguó que era un hombre bastante mayor que su abuela, que había tenido aventuras con muchas

jovencitas y que murió alcoholizado. No quiso saber más. Por lo que a ella respecta, el viejo Gregorio Salazar era su abuelo paterno y como tal respeta su recuerdo.

El silencio inundó la habitación roto por las conversaciones y las risas que se oían en el jardín.

—Todas las familias tienen sus secretos chiquilla —le dijo Antonio.

—Lo sé, en la mía se han ocultado muchas cosas.

—A veces es mejor callar —sentenció el anciano.

—Creo que en ese punto estás muy equivocado, todas las personas tenemos derecho a saber quiénes somos y de dónde venimos.

—Para eso estoy aquí. —Antonio suspiró—. Hoy va a ser el día de ensamblar todas las piezas sueltas para que empieces a construir la verdad. Es mi regalo.

Tess se preparó para abrir su Caja de Pandora.

Capítulo 16

EL FINAL DE SU PRINCIPIO

Alice llevaba a la niña en brazos y Thomas la agarraba desde atrás rodeando con sus brazos a ambas en una actitud protectora. Soplaban una suave brisa que arrullaba sus rostros y la mar, con vivaces olas, los mecía como una madre protectora arrulla la cuna de un recién nacido. Allí, en la lejanía, se vislumbraba la isla de Jersey imponente en medio del profundo océano. Una dura roca a la que afianzarse.

—Tierra inglesa —dijo Thomas mientras la atraía hacia él para depositar un suave beso en la nuca—. Lo hemos logrado, cariño. Te prometo hacer que tu vida a partir de este momento sea muy dichosa y voy a poner todo mi empeño en que ni un solo día de los que pasemos juntos te arrepientas de la decisión que has tomado.

«Un, dos tres al escondite inglés», esas palabras resonaban en la cabeza de Alice en la voz infantil del pequeño Antonio. Notó la humedad en sus ojos mientras a su mente acudían las imágenes de aquellas desapacibles tardes de invierno en las que Bilbao quedaba envuelto bajo un cielo plomizo en las que un halo de luz grisácea aventuraba esa llovizna fina, pero persistente, que iba calando poco a poco y hacía que la ciudad se volviera un bosque de paraguas. La inclemencia del tiempo se combatía, en la intimidad de aquella morada, que era su refugio, con un puchero de chocolate puesto al calor de la lumbre y que poco a poco iba impregnando, con su olor dulzón, la atmósfera del hogar;

Bizcochos que se iban ablandando al ser untados en la taza de espeso cacao y el último sorbo, apurando hasta el final, que dejaban en el niño unos graciosos bigotes marrones. Después, cuando la olla estaba ya vacía, se retiraban la mesa y las sillas del comedor a una esquina para hacer sitio y alguien, de cara a la pared, decía aquellas palabras mágicas, «Un, dos tres, al escondite inglés». Un juego que había finalizado para ella en los arenales de Laga y que renacía en aquella isla que se vislumbraba en la distancia. Su escondite inglés nunca más sería un juego, sino la realidad en un escenario en el que comenzaba a interpretar su nueva existencia.

—La pesadilla ha terminado. Estamos a salvo Sra. Bennett —dijo Thomas

En el barco habían llevado a cabo una pequeña ceremonia de boda; no tenía ninguna validez legal, pero no importaba, ya que tenían un certificado de matrimonio expedido en la isla de Jersey tres años antes donde decía que Thomas Graham Bennett y Alice Olivia Jones habían contraído matrimonio. También tenían la partida de nacimiento, y bautismo, de su hija Sarah Charlotte Bennett nacida un año después. A pesar de que todos esos papeles legales, habían querido tener en su memoria el recuerdo del instante en el que se convirtieron en marido y mujer. Le habían dicho al capitán del barco que les gustaría celebrar una ceremonia simbólica de renovación de votos y así lo habían hecho. Thomas había vuelto a deslizar el anillo por el dedo de su esposa, la alianza que le había entregado para proclamar su amor por ella y que llevaba las palabras escritas en su lengua: «*Maite Dotzut*. Te quiero».

Alice pasó la niña a su padre que la acurrucó contra su pecho; Sarah dormía sosegada ajena a la belleza de la bahía de St. Aubin, que los recibía con sus limpias aguas. Al otro lado, en la lejanía pero aun visible para el viajero, se divisaba el continente que habían abandonado. Ninguno de los dos volvió la vista para contemplarlo mientras el bote se dirigía al puerto de la isla en la capital St. Helier, para ellos no existía ninguna posibilidad de vuelta atrás.

—Nos quedaremos un tiempo aquí —decía Thomas sonriendo—. Nos alojaremos en casa de la Sra. Jones, que es tu tía. Hacía tiempo que no os

veáis porque tu padre murió hace mucho tiempo y la relación con tu madre no era buena, pero al fallecer esta habéis retomado la relación. ¿De acuerdo?

—Claro. ¿Cómo es ella? —quiso saber.

—Una anciana dulce y amable que apoya a la causa republicana en España. Ayudó a la evacuación de niños y nos acogerá a nosotros para comenzar nuestra nueva vida. Fue maestra de escuela antes de jubilarse y te dará algunas clases de inglés.

—Estoy nerviosa —susurró alzando su vista hacia el gran castillo que dominaba el puerto.

—No tienes que estar intranquila, señora Bennett. Estamos a salvo.

—Me gusta cómo suena mi nuevo nombre.

—Ese es ahora tu apellido.

—Y lo seguirá siendo el resto de mi vida. Lo único que siento es que nuestro bebé no podrá crecer junto a nosotros —murmuro Alice con un halo de tristeza.

—No tienes que preocuparte por eso porque su recuerdo siempre estará en nuestros corazones. Además tenemos una hija maravillosa y seguro que vendrán otros.

Ella sonrió ante esas palabras.

—También sé a ciencia cierta que tiene la mejor madre del mundo —añadió Thomas con apenas un susurró—. Sois las dos mujeres más importantes de mi vida. No lo dudes nunca.

Cinco minutos más tarde desembarcaron en el puerto con la mar en calma y un cielo azul sin apenas nubes.

La señora Jones vivía a las afueras de St. Helier en una bonita casa blanca de grandes ventanales que daba directamente a una playa. Los recibió con alegría en la puerta y enseguida extendió los brazos para coger a la niña mientras Thomas pagaba el taxi y Alice se ocupaba de organizar el equipaje.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo con entusiasmo—. ¡Pero que muñequita tenemos aquí! ¿Sabes que eres una niña muy guapa? ¡Claro que sí, tunante!

Pero no os quedéis ahí como pasmarotes, pasad a la casa que vendréis cansados del viaje.

Era una mujer de baja estatura, la piel muy blanca, pelo cano, ojos azules como cielo de verano, delgada y muy parlanchina. Se movía con destreza e intentó ayudar a Alice con algún bulto, pero esta no se lo permitió y siguió a la señora Jones al interior de la casa. Nada más atravesar la puerta había una gran estancia en la que destacaba una gran biblioteca que cubría una de las paredes, un sofá con tapicería de flores rojas y una gran mesa de comedor. En una esquina de la estancia había una escalera al lado de tres puertas de madera que permanecían cerradas. La casa olía a flores silvestres y té.

—Os he puesto en el primer piso. Hay dos habitaciones y un baño. Mientras estéis aquí, me quedaré en la habitación de abajo, la que hay junto a la cocina. Así tenéis un poco de intimidad y os sentiréis más cómodos.

—No quisiéramos molestar —dijo Alice.

—No me molestáis para nada. Es un verdadero placer poder ayudar de cualquier forma a los republicanos españoles; ojalá lo hubiera podido hacer con más gente. A partir de ahora, eres mi sobrina y quiero que te sientas como tal. Esta casa es también tuya. Intuyo que nos llevaremos bien muchacha.

El verde de los campos y el azul del mar le recordaban a cada momento la tierra que había dejado para siempre. Thomas y ella, acompañados muchas veces de la niña, daban largos paseos por los senderos y contemplaban las vacas de pelaje marrón que salpicaban el paisaje destacando en el verde de los prados. Otras veces cogían un coche y recorrían las estrechas, y escasas, carreteras de la isla algunas rodeadas de extensos campos de patatas. Incluso en alguna ocasión la señora Jones les preparó dos viejas bicicletas que encontró en el trastero con las que subieron al punto más alto de la ínsula, Les Platons, en el que dieron buena cuenta de los manjares que habían preparado para la ocasión. Pero si había un lugar que les gustaba a los dos en especial eran los escarpados acantilados de la costa norte, tal vez porque a Thomas le recordaban el paisaje de su Yorkshire natal y para Alice eran un perfecto

sustituto de los de La Galea, cercanos a la mansión de los Salazar, y desde los que tantas veces había contemplado el impresionante paisaje que formaba el estuario natural donde desembocaba el río Nervión, ya convertido en ría, y que llamaban El Abra.

A pesar de las excursiones respetaba escrupulosamente el horario destinado al estudio. Las clases de dicción, que puntualmente tenía con la señora Jones, iban dando sus frutos. Alice logró dejar atrás su acento extranjero para conseguir, poco a poco, la entonación del inglés de Jersey.

—Creo que sería difícil ubicarte como extranjera. —Observo Thomas después de una larga conversación mantenida en inglés

—Todo se lo debo a mi profesora; ha obrado un milagro —dijo exagerando el acento británico—. Es una buena.

—De las mejores. No lo dudes —contestó Thomas riendo.

El tono de su voz, y la expresión de su cara, hicieron que ella se atreviera a preguntar algo que venía rondando por su cabeza desde tiempo atrás.

—Es algo más que una apacible y dulce viejecita retirada en la isla, ¿verdad? —preguntó intrigada.

El tardo en contestar.

—Ahora es una maestra jubilada que vive en la isla y que ha recibido a su amada sobrina y a su familia para unas apacibles vacaciones.

Alice se quedó pensativa.

—¿Y antes que era?

—Alguien muy valiosa para Inglaterra.

—¿Cómo se ha podido esconder en una isla tan pequeña donde la relación entre sus habitantes es tan estrecha?

—Porque ella es de aquí y se marchó para estudiar magisterio en Londres donde ejerció como profesora hasta que se jubiló.

—¿En qué lugar encajó yo si aquí todo el mundo la conoce?

—Eres la hija de un hermano tarambanas que murió en Londres alcoholizado, y por supuesto sin descendencia, pero eso solo lo sabemos

nosotros tres.

—¿Cuál es la verdadera razón de que esa apacible dama inglesa este aquí?

Thomas se quedó un rato pensativo y miró a Alice. Tomó su barbilla con una de sus manos y la acercó lentamente hasta su rostro para depositar un suave beso en sus labios.

—Hay un Führer en Alemania que dará mucha guerra en Europa y la isla está cerca del continente.

—¿Es peligroso ese señor?

—Mucho, el bombardeo de Guernica quizá solo sea una muestra de lo que nos espera.

Un escalofrío recorrió la espalda de ella al recordar.

—Por cierto como símbolo tienen una esvástica muy similar a la cruz vasca que mande grabar en tu anillo.

—¿Crees que deberíamos borrarla? —interrogó preocupada.

—Claro que no, que Hitler se haya apropiado de ella no significa que se lo dejemos llevar a cabo. Para ti es un símbolo.

—Algún día, cuando le cuente a Sarah nuestra rocambolesca historia, se lo pasaré a ella. Iniciaré una tradición familiar, ese anillo siempre pasará a la primera niña que nazca en las generaciones venideras. ¿Qué te parece cariño?

—Una idea fantástica, como todas las tuyas.

La pequeña, ajena a la conversación, chapoteaba feliz con las olas del mar. Alice se acercó a ella y contemplo como las olas rompían en la playa para retirarse después dejando tras de sí una estela de espuma blanca, en aquel momento se mimetizó con las aguas de aquel mar y sintió que cada vez que abandonaban los arenales se llevaban un pedacito de Josefa Arruti para traer hasta la orilla a Alice Bennett. Hasta que llegó el instante en que se sintió una nueva persona.

Tres días después Thomas entró muy agitado en la habitación donde ella tejía un gorro mientras la niña descansaba plácidamente en su cuna.

—Las tropas de Franco ya han entrado en Bilbao.

Un grito ahogado salió de la garganta de Alice, puso sus manos sobre su boca y comenzó a sollozar. Todo estaba perdido. Thomas la abrazó fuertemente y la atrajo hacia su hombro protegiendo su nuca con sus manos mientras ella lloraba. De repente se separó bruscamente.

—¿No ha resistido el Cinturón de Hierro? —preguntó.

—Goicoechea les ha entregado los planos. —Y añadió con sorna—: este ha tenido más éxito que sus compañeros que ya lo intentaron en el 36.

—¿Y la ciudad?

—Desierta, todo el que ha podido ha huido. La mayoría de los puentes están destruidos pero las fábricas siguen en pie.

—¿El Gobierno Vasco?

—Parece ser que en un primer momento se retiró a Trucios con idea de irse para Barcelona. En Bilbao la bandera roja y gualda cuelga en la fachada del ayuntamiento.

—Catalina y el niño —susurró angustiada—. ¿Qué va a ser de ellos?

—No te preocupes porque teníamos un plan de fuga. Me imagino que en estos momentos estarán en un barco camino de Francia para posteriormente pasar a Inglaterra.

—Entonces vayamos a su encuentro —dijo Alice con determinación.

Dos días después una embarcación los dejó en el puerto de Southampton, el mismo puerto del que había partido años atrás el mítico Titanic. Estaban alojados en un coqueto hotel a las afueras, una casa de campo de estilo tudor; a Alice le gustaba estar con la niña en la sala de huéspedes junto a la chimenea que aún permanecía encendida algunas horas al día a pesar de que era junio y el verano se quería abrir paso en la campiña. El calor y el olor que desprendía la madera al quemarse, junto con el crepitar del fuego, le transportaban a su lejana infancia en las verdes montañas vascas. Aquel día estaba más inquieta que de costumbre y, mientras la niña jugaba con un peluche de trapo, ella miraba fijamente la lumbre.

Las noticias que llegaban desde Bilbao a los periódicos ingleses aseguraban

que muchos civiles, mujeres y niños en su mayoría, habían tomado el camino del exilio y embarcado en buques que tenían como destino puertos franceses. Thomas se había marchado temprano esa mañana para intentar recabar alguna información sobre Catalina y el niño. Llevaba fuera varias horas y eso la ponía más nerviosa porque cada minuto que pasaba iba perdiendo la esperanza del reencuentro. En cuanto lo vio atravesar la puerta y observar su semblante se le encogió el estómago. Intuyó que algo había sucedido.

—¿Malas noticias?

—Pésimas, las peores que te podía traer. No han cogido el barco.

Alice se llevó la mano a su boca para ahogar el grito que quería fugarse de su garganta.

—Pero, pero... —balbuceó sin querer pronunciar con palabras lo que en esos momentos pensaba su cabeza.

—Han fusilado a su cuñado junto a su esposa y uno de los hijos. La niña.

—¡Dios Santo! —gritó sin poder reprimir el horror que aquella noticia le producía—. Eran buena gente nunca hicieron mal a nadie. ¿Cómo ha sucedido?

—Parece ser que un vecino quería hacerse con el caserío y las tierras y la guerra le ha dado la oportunidad.

—¿Y el niño? —preguntó Alice con temor a la respuesta mientras a su mente acudía la imagen del pequeño Juan Mendizábal, siempre alegre y de semblante risueño.

—Logró escapar y se refugió en casa de unos amigos que lo escondieron y avisaron a Catalina que se fue a por él. Pensó que les daría tiempo a llegar al barco, pero no fue así.

—¿Podrán coger otro?

—Son momentos de caos, pero intentaremos que de una u otra forma salgan los tres. Te lo prometo.

Alice se abrazó con fuerza a Thomas sabía que aquel hombre haría lo imposible por salvarlos. Eran su familia. Si se quedaban en las tinieblas que se abatían sobre las personas que aspiraban a ser libres, no habría paz para

ella.

Capítulo 17

MELODÍA SECRETA

Antonio se revolvió en su sofá; se lo notaba una cierta incomodidad y miró de frente a su nieto que le hizo un gesto afirmativo con su cabeza.

—Hay tantas cosas que debes conocer —dijo suspirando—; algunas son difíciles de hablar, pero soy ya un anciano y necesito quitarme esta losa que llevo desde hace tanto tiempo. Te debemos la verdad a pesar de las consecuencias que traiga.

—No quiero hacer daño a nadie, simplemente pretendo descifrar porque las palabras de ese anillo de boda están en el idioma vasco y entender las razones por las que nunca se me dijo nada.

—El motivo es el miedo, pequeña; los jóvenes no lo entendéis porque habéis tenido una vida fácil, pero a las personas de mi generación nos tocó vivir tiempos convulsos. Cuando yo era joven callabas y acatabas. La libertad o el pensamiento propio no eran cosas de las que los hombres, y mucho menos las mujeres, disfrutábamos en aquella época.

—¿Quién era la madre de mi abuela? —preguntó Tess con el temor de ya conocer la respuesta.

—Elisa Salazar —contestó el anciano sin dudar.

—¿No era hija de Josefa Arruti? —interrogó ella con temor.

—Por supuesto que no. ¿De dónde has sacado esa idea absurda muchacha?

—Dicen que me parezco a ella, el pelo rubio, los ojos azules...

—La niña tenía muchos rasgos de Thomas. Es verdad que Josefa era rubia y de ojos claros pero hay mucha gente por ahí con esas características y no todos son de la misma familia.

—¿Por qué la secuestro su padre y la hizo pasar por hija de su amante?

—Esa es una explicación demasiado simple para esclarecer todo lo que sucedió en aquellos días.

El silencio se hizo en la habitación.

—Cuéntaselo, abuelo. Creo que es hora de que sepa la verdad —apremió Borja.

—¿La verdad? ¿Realmente quieres saber la verdad? —expresó mirando fijamente a los ojos de Tess que inclino la cabeza afirmando—. Hicimos lo que pudimos para sobrevivir.

Acompañó las palabras con una risita socarrona mientras Tess lo miraba desconcertada. Fue entonces cuando el anciano, con la mirada perdida en el horizonte comenzó a hablar.

—Mi madre era la amante de Salazar porque se había encaprichado con ella desde el mismo momento en que la vio con mi padre. Al quedarse viuda la fue acorralando como un cazador a su presa y ella, una sencilla mujer, se tragó el orgullo y la vergüenza para darme de comer y una buena educación. Aún recuerdo el desprecio de otras señoras en las tiendas, o incluso en la iglesia donde se negaban a compartir banco con ella, las miradas furtivas con cara de asco de esas elegantes damas avinagradas que olían a naftalina. A mí me protegía de todos esas habladorías; siempre pensó que yo no me daba cuenta, pero lo sabía todo. Mis compañeros del colegio iban a casa los unos de los otros a jugar o hacer los deberes. Ninguno de ellos quería venir a la mía o me invitaba a la suya. Aquella situación era muy difícil para mí, pero siempre se lo oculté para que no sufriera, igual que ella disimulaba otras cosas para ahorrarme disgustos. Fue una superviviente, el hombre en el que me he convertido se lo debo a ella. Nunca la juzgaré.

—No tiene nada de que avergonzase —dijo Tess perpleja.

—Era leal a los suyos. Acogió a Josefa bajo su protección cuando no era nada más que una inocente chiquilla a la que un acuerdo de gentes egoístas mancilló. Nos pudimos salvar de esa posguerra gris, pero no lo hicimos porque amparó a mi primo Juan de una muerte segura aun exponiendo su propia vida. —Se quedó en silencio unos segundos como intentando decir algo más que le costaba—. Murió de viejo en Inglaterra. Tú lo conociste y me atrevo a suponer que le quisiste mucho.

—¿Yo? —inquirió confusa intentado recordar mientras algunas caras conocidas volvían a su memoria.

—Claro que tú le conociste como Bernard Harper —soltó con voz clara mirando fijamente a los ojos de la muchacha.

—Bernard Harper era mi abuelo —susurró ella aturdida.

—Juan Mendizábal, mi primo, y Bernard Harper eran la misma persona.

—Eso es imposible —balbuceó Tess—. Mi abuelo nació en Londres y se crio en Argentina, sus padres tenían un rancho y murieron en un accidente de avioneta. Eran amigos de mi bisabuelo, quien lo acogió porque no tenía ningún pariente que pudiera hacerse cargo de él.

—Mentiras y secretos. Acabábamos de pasar una guerra y estábamos sumidos en el hambre y la enfermedad. A mi tío lo mataron por malos quererres y el único que sabía quiénes eran los asesinos y el mal nacido que había mandado apretar el gatillo era mi primo. Mi madre hizo creer a todos que estaba muerto y lo escondió. Estaba delgado y débil, la ropa le caía grande, aunque poco a poco con los cuidados que le dimos fue recuperándose.

—Entonces esas palabras que decía... —balbuceo Tess.

—¿Qué palabras? —preguntó el anciano.

—Tenía palabras secretas para llamarnos cariñosamente, yo era *Laztana* y la abuela *Biotza*.

Antonio Mendizábal sonrió.

—El muy puñetero no se pudo olvidar del vasco; le dijeron que no lo volviera a hablar, que iba su vida en ello. Hay cosas que salen aunque las

tengas que mantener ocultas. Quizá en el fondo no quiso perder totalmente su identidad. *Biotza* era como se dirigía mi tío cuando llamaba a su esposa y *Laztana* como nos llamaban a los niños.

—Dale a leer los papeles de tu madre abuelo —indicó Borja.

—Están en el primer cajón de mi cómoda, Borja; ve a la habitación y tráelos.

Borja se dirigió a la habitación y volvió al cabo de un rato con un manojó de papeles amarrados con una cinta de color rojo.

—Aquí tienes el cuaderno que ella escribía de vez en cuando y algunas cartas que nunca enviaba —le dijo Antonio a Tess mientras le entregaba el atado—. No quemé estos papeles porque pensé que tal vez algún día vendría alguien con ganas de saber, y esa persona eres tú. Te están destinados. Borja y yo nos vamos a dar una vuelta por el jardín y te dejaremos sola para que leas. Tienes café recién hecho y algún refresco en la nevera. Sírvete lo que quieras, considera que estás en tu casa.

El anciano se puso de pie, ayudado por su nieto, que le dio el brazo mientras caminaban lentamente hacia la puerta. Cuando los dos hombres abandonaron la habitación, Tess se arrebujo en el sofá, cogió el raído cuaderno de tapa negra y lo abrió. Algunas páginas estaban arrancadas pero las que aún quedaban se hallaban amarillentas por el paso del tiempo. Imaginó la mano que guiaba la pluma para escribir, con excelente caligrafía, parte de su propia historia.

Se preparó para leer.

Capítulo 18

ALBORADA

Alice se había adaptado muy bien a la vida inglesa. En poco tiempo era una vecina más del pueblo, una joven madre con un esposo que la adoraba y muy activa en el quehacer de la comunidad. Thomas retomó la dirección del astillero y habían construido una casita cerca del mar, con un gran jardín, donde pasaba sus horas plantado flores y cultivando una pequeña huertecita.

Aunque no lograba quedarse embarazada de nuevo la alegría que le proporcionaba la pequeña Sarah llenaba su deseo maternal por completo. Se parecía mucho a su padre, pero también decían que a ella. Ser las dos rubias y de ojos claros ayudaba bastante a ver esa semejanza. A veces, al advertir lo rápido que crecía se sentía mal y pensaba en Elisa, pero era solo era un golpe momentáneo de congoja, cuando la pequeña fuera mayor le hablaría de aquella otra tierra tan lejana donde nació y de la familia que tuvieron que dejar atrás.

Un día, el primero de abril de 1939, Thomas vino con la noticia de que la guerra en España había terminado y Franco la había ganado. Pensó en sus sobrinos, en Catalina y el pequeño Antonio e incluso en su madre. Las noticias que llegaban, a través de periódicos y la radio, no eran muy halagüeñas; se hablaba de exilio, presos políticos, y hambre. Miseria, demasiada.

—¿No hay forma de ayudar a Catalina desde aquí? —preguntó a Thomas desesperada ante las noticias que leía en los periódicos.

—En estos momentos no pero hay abierto un canal de emergencia para

cuando lo necesite. En cuanto pueda vendrá con los niños. No te preocupes — le respondió Thomas a la vez que le acariciaba la mejilla.

Ella lo besó a la vez que él la cogía en brazos para subir las escaleras hasta su habitación. Entre sábanas revueltas y las caricias ardientes de sus cuerpos sudorosos, celebraron que estaban vivos e intentaron olvidar todo lo que había quedado atrás.

Un mes más tarde llegó una angustiada petición de ayuda. El sobrino de Catalina, Juan, corría peligro. Los asesinos de sus padres y hermana sabían que el niño había visto el crimen y no querían dejar testigos. Vivían angustiados, temiendo que en cualquier momento se presentasen en su casa para llevárselo. Salazar le había prometido su ayuda para alejarlo de Bilbao, pero no de forma desinteresada. Sabía de la ideología nacionalista de su padre, y en la nueva España que estaban construyendo los que habían ganado la guerra no cabían esos descarríos, su deber era reeducar a los hijos de los que fueron sus enemigos. Juan Mendizábal, como otros muchos hijos de rojos, debía ir a un colegio de la falange, donde le enseñarían, de manera cristiana, ser leal a la patria. Era la única forma que admitía para darle su protección. No había otra opción. Catalina, horrorizada, supo que debía preparar la huida del pequeño y el único lugar invulnerable estaba en Inglaterra.

Thomas y Alice viajaron al sur del país a finales del mes de mayo para recoger al pequeño Juan, que había conseguido salir del puerto de Santurce en un carguero con destino a Hamburgo. El buque realizó una parada técnica en El Havre y dejó al furtivo pasajero al cargo del capitán de un yate de recreo con destino a Brighton.

El niño que desembarcó aquel día en el puerto inglés no se parecía en nada al recuerdo que Alice guardaba de él. Estaba excesivamente flaco, su ropa holgada acrecentaba esa delgadez, y sus piernas se asemejaban a dos frágiles palillos, a sus ojos les faltaba vida y su sonrisa, antes siempre permanente, había desaparecido. Intentó gritar su nombre, pero el chillido fue un susurro silencioso. Solamente pudo correr hacia él para ampararlo entre sus brazos,

aunque al hacerlo se dio cuenta de que su cuerpo estaba inerte. Hizo lo único que pudo en aquellos momentos, musitarle dos palabras conocidas al oído, *Laztana Biotza*. Solo entonces Juan reaccionó y la abrazó agarrándose a ella con fuerza mientras intentaba contener sus sollozos. Thomas contemplaba la escena desde lejos sin querer romper ese momento íntimo entre dos personas que se reencontraban.

Pidió una habitación en el hotel Lion y acostaron al niño en la gran cama custodiado por los cuerpos de los dos adultos. Estuvo dormido durante veinte horas seguidas, algunas pesadillas alteraban su sueño y cuando esto sucedía Alice lo acurrucaba contra su maternal cuerpo mientras acariciaba su pelo y le susurraba al oído palabras de cariño. Su nueva documentación atestiguaba que Bernard Harper había nacido en Londres siete años atrás, con un año había emigrado, junto a sus progenitores, a Argentina, donde estos habían muerto en un terrible accidente. Sin familia cercana Thomas Bennett y su esposa, amigos íntimos de la pareja, se hacían cargo de su tutela. Juan Mendizábal había dejado de existir.

Aquel primer verano en Yorkshire fue de descubrimientos para un chaval que ansiaba la libertad. Aprendió el idioma sin dificultad y seguía a Thomas a todas las partes. Jugaba con la pequeña Sarah y se dejaba mimar por los brazos amorosos de su tía Alice. Si había un lugar preferido para él, era el astillero donde el tío construía los barcos, y se afanaba en coger pequeños trozos de madera y moldear sus propias embarcaciones que botaba, acompañado de los amigos, en las playas cercanas.

La paz de aquellos días duró muy poco, con el final del verano Inglaterra tuvo la peor de las noticias. El uno de septiembre de 1939 el canciller alemán Adolf Hitler invadió Polonia y dos días después Francia e Inglaterra le dieron un ultimátum para que se retirara. Al no hacerlo, inició la Segunda Guerra Mundial. Thomas se preparó para luchar en la marina, pero unas fiebres reumáticas se lo impidieron, y no apto para el servicio activo, se dedicó desde

la retaguardia a patrullar las costas inglesas en el servicio civil.

Un año después comenzaron los bombardeos alemanes sobre Londres. Alice siempre preocupada en temas de infancia, fue una de las más activas vecinas de la localidad en la organización de la acogida de niños londinenses en el seno de las familias del pueblo para protegerlos de la terrible realidad que vivía la capital. Ella, aunque debía ocultarlo, sabía muy bien, y de primera mano, el terror que traían las bombas alemanas. Uno de esos viajes fue el ocho de mayo de 1941. Thomas fue a despedirla a la estación junto con Bernard y Sarah. Se sentía contenta con aquel viaje destinado a privar a los más pequeños del infierno de las bombas. Besó a los niños y a su marido y, en el último instante, antes de subirse al tren, se quitó su alianza de su dedo anular, la besó y se la colocó en el dedo meñique de su mano izquierda a su esposo y subió al tren. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Thomas.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó confuso.

Ella, desde la puerta del vagón, le brindó una de sus extraordinarias sonrisas.

—Guárdamela hasta que vuelva —dijo diciéndoles adiós con la mano y lanzándoles besos en el aire mientras el convoy se ponía en marcha lentamente.

Dos días después, el diez de mayo, organizaba un grupo de niños en la estación de St. Pancras de Londres para llevarlos a la seguridad de la campiña de Yorkshire cuando se inició otro de los terribles bombardeos que asolaban la capital británica. Acostumbrada ya a esas incursiones, puso a buen resguardo a los niños en cuanto oyó las sirenas, pero una de las niñas más pequeñas corrió desesperada sin rumbo fijo por la estación y salió a la calle. Alice fue tras ella inmediatamente y en el momento que logró atraparla, comenzaron a caer las primeras bombas. El ambiente se impregnó de un olor penetrante a petróleo, empezaron a arder pequeños fuegos mientras caían cascotes de los edificios que se derrumbaban a su alrededor. El caos se apoderó de la zona. «El infierno otra vez», pensó mientras veía a la niña

acurrucada en el suelo llorando entre espasmos. Fue entonces cuando instintivamente se tumbó encima protegiendo a la pequeña con su propio cuerpo.

Cuando todo terminó y las fueron a buscar, la niña estaba con vida, pero Alice se había ido para siempre.

Fue enterrada en el cementerio de Bridlington con honores militares; la ciudad condecoró su valor mientras su viudo, hija y sobrino adoptivo, la lloraban en silencio. Alice Bennett permaneció eternamente joven en la retina de quienes la conocieron y en una fotografía, colocada en un lugar de honor en el salón de la casa familiar.

Una imagen que Sarah mostraba orgullosa, primero a su hija y más tarde a su nieta, mientras les narraba la apasionada historia de un amor que vivió un caballero de Yorkshire, que por negocios desembarco en la isla de Jersey, donde conoció a una bella y dulce lugareña de la se enamoró y, aunque en un primer momento, había sufrido el rechazo de la muchacha, él había logrado embelesarla con sus encantos y casarse con ella. Los protagonistas de esa historia eran su padre Thomas y su madre Alice.

Capítulo 19

PASADO AL PRESENTE

La letra de los textos era picuda y de trazo enérgico; quedaban pocas hojas y las que ya no estaban habían sido arrancadas con cuidado, como si quien lo hubiera hecho deseara borrar para siempre las huellas de las palabras que un día escribió. Tess advirtió el encabezamiento de aquella libreta: «Para que conozcas las causas que llevaron a este final». Catalina le hablaba a ella solo por medio de unas hojas amarillentas. Había llegado el momento que había venido a buscar. Se preparó para leer.

Esto es simplemente una historia de gente corriente que fueron extraordinarias. Algún día, alguien se preguntará el porqué de algunas cosas y necesitará respuestas. Tengo la esperanza de que este cuaderno la ayude a encontrarlas. Lo conservó escondido porque es peligroso que caiga en manos inadecuadas, pero no he sido capaz de negarle a esa persona mis palabras. Josefa, mi dulce niña, era una chica como tantas otras. Su destino era encontrar un buen chico para casarse y criar a sus hijos, pero su vida dio un giro inesperado. Derramó muchas lágrimas por la infamia a la que fue sometida por su propia madre y por Salazar, que la convirtieron, contra su voluntad, en la querida de Thomas, el yerno inglés de él. Fue vendida para devolver la salud a su hermana enferma y comprada para descargar a una señorita arisca de los deberes conyugales. En el camino, y contra todo

pronóstico, los amantes se enamoraron loca y apasionadamente, puedo dar fe de ello. Un amor tan intenso que fue capaz de superar diversas pruebas que acaecieron en su camino. Una de ellas un inesperado embarazo. Aún recuerdo que lo sospeche cuando estaba de dos faltas, fuimos al boticario para hacer la prueba de la rana: positiva. El gesto pálido de Thomas al enterarse de la noticia vislumbraba la catástrofe; su esposa también estaba embarazada, el ansiado heredero de Ramón venía en camino. No era un buen momento para la criatura que Josefa llevaba en su vientre. Era una mujer valiente, pero ser madre soltera en aquellos tiempos no era nada fácil, la reclusión en un convento hasta dar a luz y nada más nacer el bebé darlo en adopción fue la única vía que tuvieron muchas mujeres que esperaban hijos sin estar casadas. Pero ella, terca, se negó a aceptar ese destino. No quería pensar en entregar a su hijo a desconocidos, no entraba en sus planes. Yo la contemplaba con infinita pena mientras ella tejía patucos o se acariciaba su tripa aún lisa. Sus ojos cargados de tristeza me partían el alma.

Al enterarse Salazar del embarazo, por boca del propio Thomas, me culpó a mí. Era imposible razonar con él, creía que era una maquinación de Josefa, ayudada por mí naturalmente, con no sé qué turbulentos fines. Esperaron poco para poner remedio al problema, al día siguiente a las nueve de la noche se presentó Ramón en casa con Dominga y una partera. En cuanto los vio Josefa, comprendió lo que iba a suceder; lloró y suplicó que le dejaran a su hijo, incluso dijo que se marcharía lejos, que nunca la volverían a ver. Sus ruegos no sirvieron de nada, la dieron un tranquilizante y la comadrona arrebató el feto de sus entrañas. Thomas tuvo una gran discusión con su suegro y vino a casa a pasar unos días para estar junto a ella. Durante aquella larga noche que velábamos el sueño de Josefa, le eche en cara su cobardía, pero se defendió alegando que no podía perder también al hijo que esperaba su esposa. Un niño sacrificado por otro. No tengo palabras para el tremendo dolor. Salazar no tuvo su ansiado heredero

porque el bebé que dio a luz Elisa fue una niña. Me alegré infinitamente.

Tess levantó la cabeza del cuaderno y sintió náuseas. Las palabras escritas la entristecían profundamente y compadecía a esa muchacha a la que habían obligado a soportar un aborto no deseado. ¿Había capaz de amar a la hija de su amante a pesar de que no le dieron la posibilidad de nacer al suyo?

La primera vez que vi a la nieta de Salazar la llevaba su padre en brazos y estaba frente a mi puerta. Pensé dar un portazo y dejarlo en la escalera, pero fui incapaz de hacerlo. Me tragué el orgullo y los dejé entrar en mi casa sin entender su insensibilidad al dolor de Josefa por su obligada perdida. Noté cómo se quedaba paralizada al ver a Thomas y a su hija, y al mirarlo a los ojos vislumbre el brillo de sus lágrimas, pero afortunadamente supo controlarse. No quería tocar a la niña, no podía, pero con gran esfuerzo alzó su mano y el puño de la criatura atrapó con fuerza uno de sus dedos. Thomas nos pidió perdón por traerla. Su esposa estaba débil, y se quejaba constantemente de lo molesta que resultaba la criatura, por supuesto Ramón apenas la miraba porque estaba decepcionado. Josefa comprendió enseguida que esa inocente necesitaba cariño y decidió darle el suyo. Solo una mujer muy especial era capaz de llevarlo a cabo como lo hizo ella.

Una sublevación militar ha arrastrado al país una guerra civil. Josefa, Thomas y yo apoyamos a la república, Ramón a las tropas de Franco. La gente está crispada con posturas enfrentadas y acérrimas en las que no cabe ninguna posibilidad de diálogo. Los que ayer eran nuestros amigos son hoy enemigos. Deje de creer en Dios el día que murió mi esposo Antonio y me olvide de castigos divinos: ahora sé con certeza que el único infierno que existe está aquí, en las calles, en las trincheras y los campos de batalla cubiertos de cadáveres de jóvenes que hubieran tenido que morir de viejos.

La contienda ha traído a la gente mucha miseria, hambre y miedo. Josefa sufrió un terrible bombardeo en Durango; Salazar la mandó allí con un

propósito. Se libró de la muerte por los pelos y estuvo a punto de morir a manos de los amigos de su cuñado que son requetés y en ese momento estaban organizando las armas para cuando llegaran las tropas nacionales. Thomas vino a verme desesperado al enterarse donde había ido y logró un coche para ir en su busca. Llegó a tiempo y logró traer a Josefa sana y salva. Durante la noche oí sus sollozos ahogados; solo fue capaz de decirme que fue horrible, cada vez que intentaba contarme algo de lo sucedido las palabras no llegaban a su boca y únicamente era capaz de llorar y yo lloraba con ella, era lo único que se me ocurría hacer.

Han decidido huir al saber que Josefa estaba de nuevo embarazada. Quieren que ese hijo tenga la oportunidad de nacer. Al principio me pareció un plan descabellado, pero en el fondo de mi corazón sé que la situación es desesperada. Europa nos ha abandonado y los fieles a la república vamos a perder la guerra. Tenemos un futuro incierto. La idea es que también los acompañe la niña, ya que su padre no quiere dejarla atrás. Josefa tuvo muchas dudas, pero al final se ha atrevido a llevarlo a cabo. Creo que es mejor que se la lleven con ellos; serán los padres que se merece tener.

Llevo mucho tiempo sin escribir en este cuaderno. Los acontecimientos han sido angustiosos. He perdido muchos amigos. A algunos los sorprendió la muerte en la guerra, otros fueron asesinados y algunos se tuvieron que ir como Thomas y Josefa.

Se marcharon el mismo día que Guernica fue bombardeada. No supe si habían conseguido huir o se habían quedado entre los escombros para siempre. Las informaciones eran confusas y la angustia no me permitió dormir en varios días. La casa se quedó muy vacía sin ella.

Su desaparición causó ira a Salazar, que aseguró con indignación a todo el mundo que su yerno y su nieta habían muerto en la quema de Guernica. El día que se celebró su funeral estaban a salvo en Francia, camino de Inglaterra, donde más adelante me iba a reunir con ellos, pero mis cuñados

y mi sobrina fueron asesinados por los malos quererres que amparaban la guerra y mi prioridad era encontrar a mi sobrino Juan superviviente de la masacre. Cuando quise coger el barco y exiliarme era demasiado tarde, las tropas nacionales habían entrado en Bilbao. Aún recuerdo el momento en que llamaron a mi puerta y los soldados leales a Franco me ordenaron colgar la bandera bicolor en mi balcón, entonces supe que todo había terminado. Lloré, pero me juré resistir. La insignia adornó el forjado de la barandilla durante muchos días muy a mi pesar.

En el cementerio de Derio hay dos tumbas que son mentira y una que está vacía. Elisa Salazar ha huido de su padre, escapó de casa con ayuda de su madre, para Lisboa. Me han contado que un hombre y un muchacho la esperaban en Buenos Aires. Ella también fue un títere en manos de su padre, como lo fuimos muchos de nosotros, y también se merece un final sin tiranos.

Las demás páginas del cuaderno estaban en blanco. Si lo que le había contado el abuelo de Borja era verdad, en cierta manera debía su vida a aquella mujer. Tess se levantó del sofá y salió a la terraza, apoyó los codos en la balaustrada y tuvo ganas de gritar. No quería parecer una loca, o asustar a los vecinos, así que tomo aire, lleno sus pulmones y lo expulsó con fuerza. Se sintió mucho más tranquila.

Al volver la habitación se sentó en el sofá de nuevo y cogió las cartas, numeradas aunque sin fechar, que Catalina nunca llegó a enviar. Empezó su lectura.

Querido Juanito:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Por aquí vamos sobreviviendo como podemos. Seguimos con las cartillas de racionamiento y los alimentos escasean, pero con dinero se pueden comprar cosas en el estraperlo. Yo misma me he convertido en estraperlista, vendo medias de nailon a las mujeres que pueden pagárselas, me las consigue un contacto en

el puerto de Santurce. Cada vez que me acerco por allí recuerdo aquella madrugada en la que te dije adiós para siempre e intento retener el calor del abrazo que me diste mientras te aferrabas a mí sin querer soltarme. Aquel acto fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Notaba tu miedo, pero tuve que darte una nueva identidad para salvarte. Ya no eres Juan Mendizábal, sino Bernard Harper. Llevas el nombre por tu abuelo paterno y el apellido por el instrumento que tanto le gustaba a tu padre: el arpa. Aún recuerdo un día, poco antes de empezar la guerra, que fuimos a un concierto y cayó embelesado al ver como la interprete era capaz de sacar sonidos tan bellos de sus cuerdas. Era la primera vez que lo escuchaba, y a finalizar me dijo muy serio que en otra vida sería arpista. Es mi pequeño homenaje al estupendo hombre que fue.

Imagino a un niño asustado camino de una nueva vida. El abuelo a veces le contaba el viaje de vuelta en barco desde Argentina cuando era apenas un chiquillo, pero en ese momento sabía que lo en realidad narraba era una huida desde un puerto vasco para emprender el exilio. Tess suspiro y cogió la siguiente carta.

Querido sobrino:

Me han llegado una comunicación que estas bien. Thomas les ha hecho creer a todos que eres el hijo huérfano de unos amigos que vivían en la Argentina y que murieron en un trágico accidente allí. A partir de ahora esa será tu realidad; a nadie le podrás decir que en Bilbao tienes una tía que te adora, pero sabes bien que no podía permitir que Ramón Salazar se saliera con la suya. Cuando vino aquella noche a decirme que te llevaba a un internado de Madrid donde harían de ti un buen cristiano y un insigne falangista se me estremecieron las entrañas. No lo iba a consentir. Tu padre se revolvería en su tumba si yo permitiera que eso sucediera. Te dije que olvidarás aquel funesto día donde viste asesinar a tus padres y tu hermana, que olvidarás al vecino que dio la orden y el rostro de quienes la ejecutaron.

No vivas con rencor, no merece la pena. Tengo que decirte que gracias a la intervención de Ramón Salazar, el vecino no se ha apropiado del caserío tal como deseaba, ahora lo vamos a rentar pero, algún día, cuando puedas volver sin miedo, será para ti, es tu patrimonio, la casa de tus antepasados. Me hubiera gustado que crecieras a mi lado junto a tu primo Antonio, pero prefiero perderte para que tengas un futuro a sabiendas que estas en buenas manos porque sé que Thomas y Josefa velarán por ti como yo misma lo haría. No encontraría en todo el mundo mejores personas para educarte que ellos.

Tess dejó la carta sobre la mesa y cogió otra para leer.

Queridísimo sobrino:

Son días muy tristes para todos, aunque la noticia me ha llegado con mucho retraso debido a la guerra en Europa. Me he enterado de que Josefa ha muerto en un bombardeo sobre Londres. La que se convirtió en mi hermana de corazón se ha ido para siempre. Era una buena mujer. Cierro los ojos para oír su risa por el pasillo y los juegos que inventaba en el comedor con vosotros los niños, pero al abrirlos todo es silencio y tristeza. La casa me oprime y el ambiente en Bilbao, antes alegre y bullicioso, es cada día más gris. Voy a vender esta casa llena de tantas lágrimas para empezar de nuevo, un hogar diferente donde los recuerdos no acechen en cada rincón. Nuevos muebles que no contengan el aroma de las manos que se posaron sobre ellos, sábanas y toallas que no fueron acariciados por la piel de quienes se marcharon y nunca volverán. Tengo que dejar partir a vuestros fantasmas. El dolor permanecerá siempre conmigo, pero me obligaré a apartarlo, se lo debo a tu primo que el pobrecito ha sufrido tanto.

Pudo reconocer la desesperanza en esa carta de una mujer derrotada y se preparó para leer la siguiente.

Querido Juanito:

Hace mucho tiempo que no te escribo, no te apures, estoy bien. Todos los domingos vamos a misa como buenos católicos que estamos obligados a ser, yo con mi mantilla y tu primo con su traje de pantalón largo. También nos hemos mudado a una casa nueva, de aquellos tiempos que tu conociste solo quedan algunas fotografías escondidas en un cajón. Ramón Salazar me ha convertido en algo parecido a su confidente y me considera su amiga; yo me limito a sacar provecho de la situación. Tiene una nueva amante, una viuda de guerra, joven, guapa y pobre, que tiene un hijo al que ha ayudado a meter en el seminario. Me gustaría mucho poder verte, ni tan siquiera tengo una fotografía actual de tu rostro, pero te imagino parecido a tu padre y a tu tío, fuerte, amable y muy apuesto.

Bernard tuvo todas las cualidades que había imaginado Catalina. La abuela Sarah decía que la había enamorado con sus aires de galán y su eterna sonrisa. Como abuelo había sido el mejor del mundo, le gustaba contar historias de miedo las noches de tormenta, inventar palabras y recoger conchas con formas raras en la playa. Tess Lo recordaba en la gran mesa de dibujo en su taller o construyendo juntos, primero pequeños buques de papel que flotaban en el estanque, luego barcos de madera que arrojaba al mar con mensajes escritos en su casco, más tarde, en el astillero, aprendiendo a diseñar junto a él los yates de recreo, los mejores de la costa de Yorkshire. Cada vez que se botaba alguno había una gran fiesta en el muelle que rodeaba al pequeño astillero, los abuelos bailaban agarrados mirándose a los ojos, mientras se besaban con ternura rozándose discretamente los labios y diciéndose palabras al oído. Nunca imagino los secretos escondidos tras aquellos seres que parecían tan anodinos y corrientes.

Cogió el siguiente papel interesada cada vez más en aquellas cartas escritas para no enviarse jamás.

Querido sobrino:

El motivo de la presente es para decirte que he ampliado el taller de

costura cogiendo a algunas muchachas que quieren aprender el corte como alumnas. Tengo éxito porque se apuntan más de las que puedo atender. Antonio ya ha empezado a estudiar derecho y se ha ennoviado con una chica del Casco Viejo, hija de un comerciante de telas. Dentro de un mes tengo que ir a Paris con la excusa de los desfiles de modas y la compra de algunas telas. Me gustaría mucho verte, ya he mandado recado a Thomas, pero tengo miedo de que no me den el pasaporte, aunque soy una ciudadana que no se mete en líos. La política la deje atrás hace ya muchos años, tal vez Salazar intuya que va a tener lugar ese encuentro y lo impida. Espero verte tesoro.

Recordó una fotografía de un jovencísimo abuelo posando con la Torre Eiffel de fondo, estaba solo pero miraba con atención a la cámara y sonreía feliz. Decía que aquella imagen era especial porque había sido el primer viaje que había realizado al extranjero solo.

Mi amado sobrino:

No sabes la alegría que me dio verte en Paris, sé que fue muy poco tiempo, pero solamente poder verte y abrazarte fue suficiente. Estás muy cambiado, eres todo un caballero inglés, pero sigues teniendo el encanto de los Mendizábal. No lo pierdas nunca. Me hiciste muy feliz al saber que andas ennoviado con la pequeña Sarah, aún recuerdo cuando era apenas un bebé y su padre la traía a nuestra casa. ¡La de papillas que la hice! Quien me iba a decir entonces todas las cosas que nos deparaba la vida. Al volver del viaje vino Salazar a casa; creo que sospecha de nuestro encuentro. Aún tengo aprensión de que ocurra algo inesperado y tengáis que volver. Desde que terminó la guerra el miedo forma parte de nuestras vidas diariamente; tal vez cuando Sarah y tú estéis ya casados podré descansar más tranquila, no sé si conoces que, según la ley española, ella es menor de edad y estaría bajo la tutela de un familiar varón, en este caso su abuelo Ramón. No creo que se le ocurra reclamarla. Sería un verdadero escándalo después de haber convertido a su yerno y a su nieta en mártires de su cruzada. Él ya tiene heredero en el hijo de un primo, un poco memo para mi gusto, pero Ramón

lo está moldeando a su gusto así que está contento de que alguien continúe su estirpe.

La siguiente carta era escueta y estaba escrita con letra temblorosa.

Mi queridísimo sobrino:

Hace mucho tiempo que no te escribo. No quiero asustarte, pero no estoy bien, me noto cada vez más débil y sé que mi tiempo se está acabando, solo espero que mi final no sea demasiado cruel. Mandaré destruir todos estos papeles, las cartas han sido una manera de tenerte cerca de mí, de hacerme la ilusión de que estabas ahí, al otro lado, y que recibías mis noticias. Eran vanas ilusiones que me han ayudado a sobrevivir a tu ausencia. Se me ha marchado demasiada gente a la que quería.

La última epístola estaba escrita apresuradamente, con letra entrecortada como si las fuerzas le fallaran a la persona que la había redactado.

Querido y amadísimo sobrino:

Me muero, lo sé. Tengo un cáncer en el pecho y eso me llevará a la tumba. Me han extirpado la mama derecha y me han dado radioterapia, pero me encuentro muy débil y la enfermedad se ha extendido a la otra. Salazar quiere llevarme a los Estados Unidos porque dice que allí están los mejores médicos y los tratamientos más avanzados, pero yo estoy muy cansada y solo quiero reunirme con tu tío. Sé que tú estás bien con tu trabajo en el astillero, tienes una esposa, y tu primo tiene una buena colocación y una mujer que le quiere mucho. Os he dejado bien a los dos. He cumplido mi ciclo y ya solo espero reunirme con mi amado esposo, con Josefa y tus padres y hermana. Espero que me estén esperando y perdonen mis debilidades y pecados. Me voy en paz.

Tess dejó las cuartillas en su regazo y su mirada se perdió sobrepasando el paisaje que se veía desde el ventanal. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas

mientras contemplaba como el crepúsculo, con sus tonos anaranjados y rojizos, iba cediendo paso a la oscuridad de la noche. No supo cuánto tiempo estuvo allí, quieta, pero al abrirse la puerta del apartamento se sobresaltó. Borja y Antonio traspasaron el umbral y encendieron la luz. El resplandor la sorprendió y se tapó los ojos instintivamente.

—¿Cómo estás muchacha? —preguntó el anciano mientras se acomodaba en su sillón, cercano al de Tess.

—Tratando de asimilar todo lo que he acabo de leer. Estoy en shock. No entiendo por qué mis abuelos nunca me contaron esta historia.

—Fue muy doloroso para todos los que la vivimos. Tratábamos de olvidar a toda costa. Ramón, la humillación de que su yerno se fugara con su nieta; su hija, la ofensa a la que fue sometida; mi madre, la pérdida de su sobrino al que juró proteger en caso de que algo ocurriera a sus padres, y yo mismo, el trauma de una guerra que perdió mi madre, pero fui yo quien sufrió sus consecuencias.

—Pero después, cuando habían transcurrido los años y España se convirtió en un país europeo, ¿por qué no me lo dijeron?

—Porque a veces, pequeña, el olvido es mejor que el recuerdo —contestó Antonio mirándola fijamente a los ojos—. Aún tengo pesadillas con la noche que Salazar se presentó en la casa para informar a mi madre que Juan se iría al internado al día siguiente. Mi madre lloraba sin consuelo, se tiró a sus pies suplicando, pero nada ablandaba su corazón de hielo. En cuanto se marchó mi madre salió de casa y volvió más allá de la medianoche con un hombre. Nos subimos a un coche y nos marchamos al puerto de Santurce. Allí estaba un buque de carga al que se subió Juan. El barco zarpó casi inmediatamente y nos quedamos en el muelle llorando, agarrados de la mano y sin apenas sentir el frío de la madrugada. El hombre que nos acompañaba repartió unos cuantos sobres a la gente que trabajaba en el dique y pudimos salir de allí. Estábamos en la cama abrazados, aún conservamos la ropas del día anterior puestas, cuando Salazar llegó buscando a mi primo, al no encontrarlo me sacó a rastras

de la casa.

—¿Qué hiciste tú?

—Defenderme. Me lance como una fiera contra él, pero me apartó con empujones y palabras malsonantes. En un momento determinado me agarró por el cuello. Pensaba que me iba a matar. Me dijo que me tenía que ir con él. Tuve miedo, me arrastró a mi habitación, cogió una pequeña maleta que estaba debajo de la cama y puso un par de mudas, dos pantalones y tres camisas, mi madre imploraba, pero de nada sirvieron sus suplicas.

—¿Dónde te llevó?

—Ocupe el lugar destinado a mi primo y me llevaron al internado de Madrid. Te puedes imaginar, verme allí encerrado era aterrador, todas las mañanas, con frío o calor, formábamos en el patio para jurar fidelidad a Franco y a la falange de José Antonio Primo de Rivera. Mis días eran de absoluta soledad y las noches de pesadilla. Otros niños recibían visitas o se iban a casa para las vacaciones. Yo nunca. Allí me pase dos años sin ver a mi madre ni tan siquiera recibir noticias tuyas, hasta que un día, el último del segundo curso apareció ella, me abrazó con fuerza y me trajo a casa. Todos aquellos dolorosos sucesos la habían cambiado. Dejó de ser una mujer luchadora y se rindió.

—No, abuelo, estas equivocado, simplemente tuvo que camuflarse en el entorno —dijo Borja.

El silencio se hizo en la habitación hasta que el anciano volvió a hablar.

—Llama al restaurante para que nos suban aquí la cena para los tres —le ordenó a su nieto—. Que traigan algo de ensalada y pescado y una buena botellita de vino de Rioja, pero que no se enteren que voy a beber yo que viene el médico enseguida para quitarme lo bueno.

Borja y Tess sonrieron y el nonagenario añadió.

—Me han prohibido todo lo que me gusta, así no me voy a morir nunca.

—¡Abuelo! —le riñó Borja divertido.

—Anda compórtate como un buen chico y tráeme un sobre que está en el

segundo cajón de mi mesilla.

El nieto obedeció y se fue a la habitación.

—Te voy a enseñar una carta que recibí de tu abuelo hace ya mucho tiempo y quizá entonces entiendas algunas cosas.

Borja entregó el sobre a su abuelo, que a su vez se lo pasó a Tess. Inmediatamente reconoció la caligrafía del abuelo Bernard, sacó la carta y comenzó a leer.

Querido Antonio:

Sarah y yo nos hemos alegrado mucho de tener noticia tuyas y estamos muy complacidos de que te tengas una esposa y un hijo. Sé que eres una persona honrada y un buen abogado y que las cosas que nos planteabas en tu carta te salían del corazón. Te puedo decir que la respuesta que te vamos a dar la hemos meditado mucho. Sarah es la heredera de la fortuna de los Salazar, es su nieta legítima, pero eso ya no importa; no nos sobra el dinero, pero tampoco andamos mal, el astillero tiene trabajo y Thomas nos dejó una pequeña herencia en bienes inmuebles. Mi esposa no quiere volver a ser Emilia porque en su corazón nunca lo fue. Al cumplir dieciocho años tuvo una larga conversación con su padre, que le explico quién era y los motivos que tuvieron para convertirla en otra persona y lo aceptó sin condiciones. Alice fue su madre a todos los efectos, guarda un maravilloso recuerdo de ella como una mujer buena, amable, cálida y muy cariñosa. La quería tanto que no hay lugar para otra madre en su corazón. No tiene ninguna intención de buscar a Elisa. En cuanto a mí, dejé de ser quien era hace mucho tiempo. Thomas fue un padre para mí y su esposa, mientras vivió, se ocupó de que no me faltase el calor de una figura materna. Ellos me calmaban las noches en las que me despertaba empapado en sudor oyendo los disparos que mataron a mi familia y fueron capaces de alejar mis malos sueños. Sarah y yo somos muy felices, nos respetamos y adoramos mutuamente.

Nosotros nacimos semejantes, pero la vida nos deparó caminos distintos. Tú eres Antonio Mendizábal, el hijo de Catalina, y único heredero del

casario familiar. Yo soy Bernard Harper, inglés de mediana edad, constructor de barcos y casado con Sarah. La niña Emilia murió en el bombardeo que asoló Gernika durante la Guerra Civil y Juan Mendizábal falleció el día que asesinaron a sus padres. Así lo deseamos mi esposa y yo, que consideramos que es mejor que nuestro secreto no pase a generaciones venideras. Te ruego que respetes nuestra decisión.

De todas maneras quiero que sepas que te recordamos con mucho afecto y que siempre ocuparas un lugar destacado en nuestros corazones.

La carta llevaba la firma de Bernard y Sarah Harper. Tess sostuvo el escrito en sus manos incapaz de pronunciar palabra. Llamaron a la puerta y, cuando Borja abrió, un camarero entró con la cena que habían pedido. Lo dispuso todo en la mesa de comedor y abandono la estancia.

—Anda muchacha, vamos a cenar —ordenó Antonio mientras se ponía de pie torpemente y se dirigía a la mesa.

—Tengo el estómago cerrado. No sé si podré probar bocado— murmuró.

—Deja el pasado atrás y vive el presente, Tess Hamilton.

—Tengo una recuerdo maravilloso de mi abuela y de mi abuelo. Ambos me adoraban y se desvivieron por mí; me dieron la mejor infancia que pude tener y me hablaban de mis padres y de los bisabuelos con inmenso cariño.

—¿Y lo que has descubierto cambia para algo eso? —preguntó el anciano mirándola a los ojos.

—No, para nada —respondió ella con seguridad—. A mí me llamaba *laztana* y a mi abuela *Biotza*; me gustaban mucho como sonaban esas palabras cuando las pronunciaba y me alegro de conocer su significado porque sé que para él eran especiales.

Antonio Mendizábal sonrió.

—¿Sabes cómo se llamaba mi tía?

Tess negó con la cabeza.

—Gloria —dijo el anciano—. Igual que tu madre. Y ahora sírveme un poquito de vino para que pueda brindar por nuestro maravilloso encuentro;

eres la nieta de mi primo y doy gracias a la vida por haberme permitido conocerte.

—Mi segundo nombre es Katherine —dijo sonriendo ampliamente.

Los tres alzaron sus copas y las chocaron en el aire produciendo un leve sonido de cristal al rozarse para brindar.

—¡Salud! —dijeron los tres al unísono.

—¿Qué fue de Elisa Salazar? —preguntó Tess interesada en la que fue su bisabuela biológica.

—Nadie volvió a saber de ella. Para todo el mundo murió loca de amor y pena. Ramón dejó correr esas habladurías porque le convenía, pero mi madre decía que seguro que Carmen sabía de su hija. Al fallecer ella todas las joyas de la familia habían desaparecido y en el joyero vacío se encontró un retrato de madre e hija donde ambas sonreían abiertamente junto con el recibo de una transferencia a Buenos Aires de mucho dinero. Ramón intentó buscarla, contrato detectives para ello durante muchos años, pero iban saltando de un país a otro, Chile, Venezuela, Costa Rica, Méjico y la pista se perdido para siempre en California.

En ese instante la cena se convirtió en una reunión familiar. Al morir la abuela Sarah pensó lo sola que se había quedado, pero allí, frente a ella, estaba un tío abuelo y su nieto, y a través de esas dos personas había conocido a todos los que la precedieron. Tal vez pudiera haber sido otra persona, haber vivido otra vida pero eso ya carecía de importancia.

Aquella noche en la penumbra de su habitación del hotel distinguió el cuerpo de Borja arrebujado entre las sábanas. Acababan de hacer el amor y el ambiente olía a deseo satisfecho. En el transcurso de la cena había tomado la decisión de marcharse, quería olvidar los días en los había buscado su pasado, pero también quería retener en su memoria algún instante al que acudir de vez en cuando. Por eso al llegar a la puerta del hotel no se había bajado del vehículo y le había dicho a Borja que aparcara el coche y subiera a su habitación. Sintió el calor de su cuerpo y una vez más aspiró el olor de su piel

disfrutando de su fragancia. Se habían acostado juntos, habían disfrutado del sexo, en lo que ella sabía que era su despedida.

—Has cumplido mi fantasía adolescente de acostarme con la prima más hermosa —le dijo Borja mientras la besaba.

Ella había sonreído cándidamente arrebujándose en el calor que desprendía el cuerpo de su amante. Cuando notó que su respiración se acompasaba y sus ojos estaban cerrados, se levantó furtivamente de la cama y encendió el ordenador. Aún quedaban tres asientos libres en el avión para Londres que salía cuatro horas más tarde. Dudó durante un instante que pareció eterno, pero puso el cursor sobre la opción de comprar y adquirió uno de ellos. La decisión estaba tomada y meditada; no podía existir una duda de última hora.

Escuchó un leve ronquido que indicaba que el sueño de Borja era profundo. Mejor así, no había tiempo para despedidas, o tal vez lo que en realidad no existía era el valor para llevarla a cabo. Salió a hurtadillas de la habitación abandonando en aquella cama al hombre que la había ayudado a recomponer su pasado. Miró el anillo de plata que brillaba en su dedo y lo besó. Llegó al aeropuerto justo a tiempo para realizar el embarque. Al pasar el control de seguridad, volvió la vista atrás con la esperanza de que la hubiera seguido. No estaba allí.

Mientras el avión tomaba altura y se quedaban allá abajo las montañas verdes, los acantilados profundos y aquel bravío mar Cantábrico, Tess escuchaba en su reproductor de música la voz pastosa y quebrada de Chávela Vargas mientras una lágrima furtiva resbala por su mejilla,

Y si quieren saber
de mi pasado:
Es preciso decir otra mentira:
les diré que llegué
de un mundo raro.

Su final había llegado.

EPÍLOGO

Era su día de descanso, pero el trabajo se había complicado y Tess estaba reunida con un cliente para ultimar unos detalles del yate que su astillero estaba construyendo. Su marido había llevado a su hijo a la playa hasta que ella finalizara la tarea. El encuentro concluyó pronto y, con paso rápido, fue a buscarlos. Era un día gris y desapacible con un viento que soplaba con fuerza en los acantilados de Yorkshire mientras los miles de pájaros que los habitaban revoloteaban inquietos, mientras dejaban oír sus estridentes graznidos junto a sus blancas paredes. Al asomarse por la pendiente, distinguió a sus dos amores chapoteando en la orilla en la gran playa de Bridlington. El niño, con sus *katiuskas* amarillas y su impermeable del mismo color, tiraba piedras al agua bajo la atenta mirada protectora de su padre. Su hijo había salido marinero, le encantaban los barcos y todo lo relacionado con el mar. Llevaba, como las generaciones que le precedían, agua salada en sus venas y la construcción naval en su corazón.

Se quedó un rato contemplándolos mientras descendía lentamente por el camino que la llevaría al arenal, tan parecidos entre sí, morenos y de ojos oscuros. Al niño, cuando sonreía, se le formaban unos graciosos hoyitos en las mejillas, exactamente iguales a los del abuelo Harper. Cuando eso sucedía, lo miraba nostálgica recordando al hombre que tanto había querido. Algún día, cuando fuera capaz de entenderlo, le contaría la historia de sus tatarabuelos, de sus bisabuelos, su mezcla de sangres, culturas y saberes.

Entonces su marido, intuyendo que ella estaba allí, levantó la vista y alzó la mano en señal de saludo. Le dijo algo al niño, que también levantó su manita. Ella agitó los dos brazos y la niña que llevaba en su vientre se movió y dio una patada como una forma de saludo a su padre y a su hermano.

Su hijo corrió torpemente hacia ella por la playa y Tess fue a su encuentro. Cuando llegaron a la misma altura el niño y se pegó a sus muslos abrazándola con fuerza.

—*Laztana* —le dijo cogiéndole en brazos y besando su cara fría por el viento.

Su esposo se puso a su lado abarcando a los dos en un gran abrazo y luego le dio una palmadita en la tripa a modo de saludo a la niña que volvió a patear al sentir la mano de su padre.

—Mira lo que te ha cogido tu hijo —dijo su marido enseñándole el cubo de playa con algunas piedrecitas y conchas.

—¿A que son bonitas, mamá?

—Sí, cariño, son preciosas.

—Son para ti.

—Me alegro mucho de que me las regales.

Tenía en su despacho botecitos llenos de conchas que su hijo recogía en la playa para ella.

El, y la niña que venía en camino, habían nacido porque Tess se había empeñado en buscar parte de su pasado.

Dos días después de llegar a Yorkshire de su ajetreado viaje al País Vasco habían tocado a la puerta de su casa con golpes fuertes e insistentes y, al abrirla, se había encontrado a Borja en el umbral con una pequeña maleta en las manos.

—Sí, crees que te vas a librar de mi estás muy equivocada —había dicho mirándola firmemente—. No te lo voy a permitir.

Le había contado la angustia de un hombre que se despertaba solo en un lecho de sábanas revueltas, intentado palpar la calidez de un cuerpo de mujer

y evocando el roce de piel contra piel, pero que lo único que encontraba era una cama fría y yerma. Aquel amanecer se había levantado de un salto y había abierto el armario para darse cuenta de que estaba vacío. Solo un segundo había durado su aturdimiento hasta comprender que la mujer se había ido. Había conducido deprisa, pero al llegar al aeropuerto el avión que tenía como destino Londres estaba dejando la tierra para elevarse al cielo. En ese instante se había jurado que lo suyo no había acabado, sino que acababa de empezar.

Tess se había limitado a abrazarlo para sentir su calor, para oler su aroma y percibir la vida que solo él era capaz de transmitir. Sabía dar órdenes, pero tenía la dulzura de su abuelo Antonio y el coraje de su bisabuela Catalina, y esos eran los tres elementos que la habían conquistado irremediamente. Desde aquel día no se habían separado, su vida era una locura continua de aviones, estancias en dos países y maletas siempre preparadas. El abuelo Antonio había muerto poco después del nacimiento de su hijo, al que habían llamado Thomas en honor al antepasado que había comenzado a construir aquella familia. En el rincón de los recuerdos estaba aquella fotografía que le habían sacado en el instante en que, con infinita ternura, había sostenido por primera vez en brazos a su biznieto, compartía espacio junto a otras de los que les habían precedido. A pesar de todas las vicisitudes, las trabas y el dolor soportado habían esparcido una buena semilla. A Tess le gustaba mirar esos retratos mientras le explicaba a su hijo quienes pertenecían aquellos rostros estáticos. Era su ventana al ayer.

—¿En qué piensas mamá? —preguntó su hijo.

—En el niño tan bonito que tengo —dijo ella sonriendo al pequeño.

—Eso dice también papá y el tío Alan, la señora Green y los abuelos de Bilbao. Me quiere mucha gente.

—Eres un niño muy afortunado —le dijo su madre.

—¡A que sí! —dijo riendo mientras daba saltos de alegría y marcaba en la arena la huella de sus botas *katiuskas* amarillas.

Tess y Borja se miraron y sonrieron. El niño se volvió hacia ellos y se

colocó entre los dos aferrándose a cada uno de ellos con una de sus manos. Ambos sabían lo que deseaba su hijo. Lo sujetaron con fuerza aupándole y comenzaron a balancearlo con la banda sonora de su risa de fondo. El heredero de Salazar era un niño feliz.

Algunos términos utilizados en esta novela

*El euskera que se habla actualmente en el país vasco se denomina *Batua* y nació de la necesidad que existía de unificar un idioma que contaba con diferentes dialectos que se hablaban en el territorio. El euskera Vizcaíno, o *Bizkaino*, es el dialecto que se hablaba en esta provincia. Las instituciones, medios de comunicación, enseñanza, etc. utilizan el *batua* como idioma de referencia pero el *Bizkaino* aún sigue teniendo su presencia en los hogares o en algunos ámbitos informales.

**Laztana*: se puede traducir como caricia y es un término muy común empleado en el País Vasco para dirigirse cariñosamente a los niños y niñas.

**Biotza*: su significado es corazón y es un apelativo cariñoso.

*Durante el desarrollo de la novela se han utilizado dos diferentes grafías para nombrar a la villa de *Gernika*, tal como se le denomina oficialmente en la actualidad. Cuando se le nombra con la grafía *Guernica* es el tiempo de la república y la guerra civil. De hecho el famoso cuadro de Picasso se sigue escribiendo con la grafía *Guernica*.

*Se conoce como *aña* en el País Vasco a la mujer encargada del cuidado de los niños de las casas pudientes. En algunos casos también amamantaban a los niños, entonces se denominaban *aña fresca*. Si sus servicios eran solo para el cuidado de los más pequeños se denominaban *añas secas*. Hoy en día esa figura ha desaparecido.

**Lauburu*: nombre que recibe en euskera la cruz de brazos curvilíneos.

**Sirimiri*: lluvia fina y persistente, en otros lugares la denominan *calabobos*.

*Cinturón de Hierro: línea estática formada por diferentes fortines, parapetos y trincheras levantado por los afines a la Republica como defensa de Bilbao durante la Guerra Civil.

*Traducción de la canción infantil francesa Frère Jacques:

Fray Santiago, Fray Santiago:
¿duerme usted? ¿duerme usted?
Suenan las campanas, suenan las campanas:
ding, dong, dang, ding, dong, dang

*Txapela: boina tradicional vasca.

*Lauxeta: seudónimo del poeta vasco Esteban Urkiaga. Durante la Guerra Civil formó parte de la administración vasca. Capturado por las tropas franquistas se le hizo un consejo de guerra y fue ejecutado.

Esta novela es ficción. Los nombres, personajes y sucesos, excepto los históricos, son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o acontecimientos, es mera coincidencia.

AGRADECIMIENTOS

Al escondite inglés no hubiera sido posible sin las críticas constructivas de mi hermana, mi primera lectora, que me ayudan a seguir avanzando; sin mis amigas Amaia y Mila, trasmisoras de saberes del milenario idioma del que son herederas; sin las extensas y documentadas respuestas de mi hermano a mis preguntas; sin Lola y su equipo de la editorial por su buen hacer diario y sus esmeros; y, por supuesto, sin todas esas personas que me han alentado con su apoyo y que me ayudan a seguir en el proceso creativo. Gracias de todo corazón.

Si te ha gustado

Al escondite inglés

te recomendamos comenzar a leer

14 razones para pasar de ti
de *Begoña Gambín*



Capítulo 1

La ocasión la pintan calva.

Dicho popular

Benidorm (Alicante), 30 de julio de 2018

Un bulto se movía debajo de las sábanas con movimientos sensuales mientras el otro que estaba a su lado, parecía una estatua, inmóvil por completo.

Carlota sintió un cosquilleo en sus brazos, pero su cuerpo le pedía a gritos seguir durmiendo. Sus ojos no querían abrirse, pero cada segundo que pasaba estaba más incómoda. Con el objetivo de evitar que esas molestias la despertaran, intentó bajar los brazos que estaban elevados sobre su cabeza para cambiar de postura, pero algo se lo impedía.

Pese al malestar que sentía, consiguió amodorrarse de nuevo, aunque, por encima de su soñolencia, no pudo evitar notar las pulsaciones que le martilleaban las sienes y un embotamiento en su cabeza.

Tum, tum, tum, retumbaban los tambores dentro de ella. *Tum, tum, tum*, retumbaban sin cesar.

Sin abrir los ojos, su subconsciente comenzó con lentitud a reconocer su cuerpo, que descansaba sobre su lado derecho, desde los pies hasta la cabeza. Se notaba la piel ardiente y sensible pese a que el aire acondicionado mantenía fresco el ambiente. Sacó una pierna por encima de la sábana y solo consiguió que miles de agujas se le clavasen en su epidermis. Notaba como si hubiese corrido diez maratones seguidos, y las agujetas producidas por cada uno de ellos se hubiesen acumulado, unas encima de otras.

Los párpados le pesaban y mantenían la oscuridad en sus ojos por lo que su mente asumió que todavía era de noche, así que aumentó su empeño por no despertar. Volvió a intentar bajar los brazos, insistió con fuerza. Bueno, con la

fuerza que le permitió la laxitud que sentía en todo su cuerpo junto con el dolor en sus músculos que aumentaba con el más leve movimiento.

Otro tirón de brazos consiguió que comprendiera que no tenía nada que hacer. Algo rodeaba sus muñecas y las retenía por encima de su cabeza.

Bufó con fastidio. No tenía más remedio que abrir los ojos y ver qué era lo que inmovilizaba sus miembros superiores. Parpadeó unos segundos. Volvió a bufar, molesta. Notaba los ojos llenos de arena. La arenisca le rascaba la córnea como si tuviese, en su lugar, un puñado de gravilla perforándola. ¡Seguro que tendría los ojos rojos como la nariz de un payaso!

Decidió esperar unos minutos antes de volver a intentarlo. Sondeó su mente abotargada para conseguir despejarla. Sus recuerdos más inmediatos eran confusos. El día anterior, su mejor amiga y jefa, Raquel, había contraído nupcias con Dante, el propietario del complejo hotelero situado en Benidorm en el que se había llevado a cabo la celebración y en el que se encontraba ella hospedada.

Raquel le había pedido que, durante la ausencia de quince días de ambos por su luna de miel, ella se quedase en el hotel para comprobar que el proyecto de ocio que habían implantado en él correspondía con las necesidades del complejo. Así que debía estar en su cuarto, aunque no recordaba cómo había llegado allí.

Lo último que acudía a su mente era el desmadre que se formó durante el convite después de que Raquel saltase a la piscina. Como no podía ser menos, ella, Felipe y Fanny habían secundado a su amiga por lo que acabaron todos sumergidos en las refrescantes aguas.

Y después, tras la sorpresa, muchos otros invitados también acabaron en remojo. Hasta al estirado de Carlos, con su pelo engominado y su traje de Massimo Dutti, lo vio tirarse de cabeza. ¡Increíble! Jamás habría pensado que el prepotente director del hotel y amigo personal de Dante acabase haciendo una locura mayor que comer el pescado con el tenedor de la carne.

Notó que el hormigueo de los brazos le aumentaba y que, si no hacía algo

para recuperar su movilidad de inmediato, pronto las punzadas del dolor muscular serían insoportables.

Decidió abrir los ojos desmesuradamente para intentar espabilarse, parpadeó y volvió a abrirlos. La penumbra que envolvía la habitación, no era tan profunda como para impedirle ver con bastante claridad lo que la rodeaba. Elevó la mirada hacia arriba, pero no podía verse las manos, así que echó la cabeza hacia atrás en su búsqueda y de repente las vio.

¡Unas esposas de pelo rojo que rodeaban uno de los barrotes del cabecero aprisionaban sus muñecas! Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba esposada a la cama?

Se estrujó la cabeza intentando recordar cómo había acabado allí, pero no lo consiguió. ¡No tenía ningún recuerdo después del chapuzón en la piscina!

Histérica, miró alrededor y se dio cuenta de que no estaba en su cuarto. Esa decoración no era la que tenía en la habitación que le habían destinado en el hotel.

¡¿Qué estaba pasando allí?!

Comenzó a sacudir sus brazos con la imposible ilusión de desprenderse de las esposas. La cadena que unía las dos argollas, golpeó el barrote produciendo un ruido que aporreó la cabeza de Carlota. Entrecerró los ojos en un intento de mitigar el dolor, pero este era punzante y persistente.

Y entonces, escuchó un gruñido quejoso a su lado izquierdo. Giró enseguida su cabeza y la mitad superior de su cuerpo y vio un bulto a su lado.

Su garganta inició un grito que consiguió retener antes de que saliese al exterior de su boca. Pese a la histeria que sintió, su cabeza se despejó de inmediato y contuvo el chillido que pugnaba por salir de su garganta.

El corazón le palpitó a mil por hora y un miedo atroz le invadió el cuerpo. De un plumazo le desaparecieron todos los dolores que sentía y su máxima preocupación se concentró en esa figura.

¿Quién dormía junto a ella? ¿Quizás su amiga Fanny? No, no lo creía. Llevaba pocos meses casada y lo más seguro es que estuviese en brazos de

Vicente. Lo mismo que Raquel. Era su noche de bodas. ¡Imposible que estuviera allí!

Observó con mayor minuciosidad el cuerpo que permanecía tapado por la sábana y llegó a la conclusión de que era una constitución de hombre. El ancho de los hombros que se adivinaba, no parecía coincidir con la silueta normal de una mujer.

¿Sería su compañero de trabajo y amigo Felipe?

Si era él, podía estar tranquila, no era la primera vez que dormían juntos. Los gustos de Felipe coincidían con los de ella a la hora de buscar género humano para pasar una noche loca.

Todavía estaba con estos razonamientos cuando un brazo emergió de debajo de la sábana y se posó de un golpe sobre lo que Carlota imaginó que sería su cadera. Lo observó con minuciosidad. ¡Ese no era el brazo de Felipe! Su amigo tenía los brazos delgados con unas grandes manos que reconocería con los ojos cerrados. Y, además, el moreno intenso de ese brazo musculoso no correspondía con el color de su piel.

Entrecerró los ojos para enfocar la mano desconocida y se fijó en que llevaba una manicura muy bien cuidada. Fue subiendo por el brazo con lentitud para admirar cada uno de los músculos que se marcaban en él junto a unas prominentes venas. Para mayor perplejidad, se fijó en que estaba exento de vello.

«¡Ay, Dios! —exclamó para sí—. ¿Quién será? ¿Con quién he pasado la noche?» Debía conocerlo, puesto que el complejo hotelero llevaba una semana cerrado para albergar a los invitados a la boda de Raquel y Dante, así que debía ser un invitado de uno de los dos contrayentes.

Con el cuerpo lo más quieto posible para no despertar todavía a su acompañante en la cama, giró su cabeza hacia el otro lado para darle un repaso a la habitación a ver si descubría alguna pista que le llevase a la identidad del susodicho.

«¡Ay, Dios!», volvió a exclamar en su interior. En un rincón del cuarto, sobre

un sillón, vio un manchurrón rojo que identificó como su vestido, por lo que ella debía estar desnuda. Se concentró en percibir su cuerpo y notó que sus braguitas sí que estaban en el lugar que le correspondían. El sujetador era imposible porque el vestido que había llevado a la boda no le permitía llevarlo.

Siguió el concienzudo escrutinio de la habitación hasta llegar a otro rincón donde un galán de noche sostenía con pulcritud las piezas de un traje de chaqueta en color azul noche...

Ese color le sonaba...

¿A quién había visto con él puesto? Le sonaba mucho mucho...

¡No! ¡No podía ser! ¡¿En serio tenía que ser él?!

Giró la cabeza con brusquedad para mirar a su lado al mismo tiempo que el hombre levantaba su cuerpo, sacaba sus piernas de la cama, posaba los pies en el suelo y se sentaba en el cochón.

La sabana resbaló sobre el cuerpo del hombre y dejó ver una ancha espalda morena en la que se modulaban los músculos como un desierto repleto de ondulantes dunas. Elevó la mirada hacia su cabello. ¡Era increíble! Su pelo castaño con mechaz claraz, permanecía repeinado hacia atrás, ¡como siempre! Seguro que ella parecería un espantapájaros, toda desgredñada.

—¡¡Carlos!! ¡¿Qué haces aquí?! —gritó emitiendo algún que otro gallo.

El director del hotel giró la cabeza y la miró con los ojos soñolientos.

—Buenos días, Carlota —la saludó con un tono de voz pastoso y bronco, muestra inequívoca de que acababa de despertarse.

—¡Contesta! ¡¿Qué haces aquí?!

—Querrás decir, ¿qué haces tú aquí? Este es mi cuarto.

—¡¿Se puede saber por qué estoy esposada a tu cama?! —continuó con las preguntas ignorando la respuesta de Carlos.

—¿No lo recuerdas? —inquirió él al tiempo que elevaba las comisuras de sus labios con una sonrisa socarrona.

—¡Suéltame!

El joven se levantó de la cama, la rodeó y se plantó frente a ella. Llevaba unos bóxers negros que le moldeaban su respingón trasero.

Carlota no pudo evitar deslizar su mirada por el musculoso y prieto cuerpo del ejecutivo y, pese al desasosiego que sentía, no pudo dejar de reconocer que debajo de esos trajes de chaqueta que siempre vestía había un cuerpo cultivado que estaba de escándalo. Músculos por todas partes, completamente depilado... o por lo menos las partes que se veían..., con un moreno dorado que deslumbraba, ancho de espaldas, estrecho de... Pero ¿qué estaba pensando?! ¿Le habría afectado algún virus?! ¿Ese lechuguino le tenía que haber hecho algo!

—¿De verdad no recuerdas nada de lo que ocurrió anoche?

—¡No! ¡Suéltame ya, pesado!

Carlos la observó detenidamente con sus profundos ojos grises.

—Lo siento, pero si te suelto, jamás volveré a tener una oportunidad como esta para aprovecharla.

Carlota frunció el ceño, pero en el fondo de sus ojos se pudo detectar algo de miedo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tranquila. ¿Tampoco recuerdas que en la cena aseguré que no me interesaba tocarte ni con un palo?

—¡Ya quisieras tú!

—Si yo quisiera, caerías rendida a mis pies, ricura.

—¡Buff! ¡Qué equivocado estás! ¡¡Y ahora suéltame de inmediato o... o... ¡

—¿O qué? ¿Llamarás a tu mamá?

Carlos hablaba con calma mientras su mente maquinaba alguna idea para sacarle partido a la situación. La ocasión la pintan calva. Le tenía ganas a esta rubia despampanante desde que la vio por primera vez, pero desde el primer día habían chocado como trenes.

Era difícil mantener una conversación con ella sin que enseñase su lengua viperina. Él era muy guasón, pero con Carlota le salía una vena incisiva y

prepotente que jamás se había dado cuenta que tenía.

Y así estaban de continuo, erre que erre, bronca tras bronca, era imposible que hablasen sin meterse el uno con el otro.

Y el caso es que a él le atraía la sensual figura de la joven. Físicamente era su tipo de mujer: alta, con unas largas y espectaculares piernas, curvas sexis, el pelo rubio largo ondulado y ojos de un azul profundo. Perfecta para unirse a la lista de sus conquistas.

El único motivo que le había parado a intentar seducirla era que ella era la secretaria y amiga de Raquel, el amor de su mejor amigo y jefe. Las dos habían aparecido exactamente un año atrás, junto con Felipe, otro amigo y empleado de la gestora de ocios, para asistir a la boda de otra amiga en común, Fanny, que además era la prima de Carlota.

Desde entonces, la electricidad les rodeaba a ellos dos cada vez que se encontraban, canalizada hacia las disputas, así que ya era hora de revertirla y encauzarla hacia el deseo y la sexualidad. Estaba seguro de que la joven tenía que ser una tigresa en la cama.

—Gritaré y gritaré hasta que venga alguien.

—Carlotella, esto no es el cuento del lobo feroz. Además, sabes perfectamente que hoy se van todos los invitados a la boda. Dentro de nada, el complejo quedará vacío y hasta dentro de dos días no vuelve a abrirse el hotel.

—¡Suéltame ya, cabrón!

—Tranquila, fiero, tranquila. Primero vamos a hablar tú y yo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

El director, armándose de paciencia, se sentó al borde del colchón. Carlota, al ver sus intenciones, movió su trasero para alejarse de él.

—¡Aléjate de mí, no me roces! —exclamó la joven.

—No tengo ninguna enfermedad contagiosa, fierecilla.

—Yo no estaría tan segura, tienes la enfermedad del «chulo-piscinas»: te crees un ser superior al resto de tus semejantes porque tienes una absoluta e

incuestionable convicción de que, en muchos aspectos, por no decir en todos, destacas indiscutiblemente sobre los demás. Seguro que eres el típico tío que usa su mirada de «azul acero» al estilo *Zoolander* para ligar con las tías que le rodean sin hacer ningún tipo de diferencia ni distinción con tal de conseguir un buen revolcón, y que te paseas por el gimnasio petado de proteínas para aumentar tu masa muscular. En definitiva, eres un fatuo gilipollas y eso es veneno puro y muy contagioso.

Carlos la oyó asombrado ante el retrato grotesco que había dibujado de él.

—¿Has terminado ya? ¿Te has desahogado?

—¡No! Tengo una lista de catorce razones por las que no quiero saber nada de ti. ¡Y suéltame ya!

Carlota se agitó en la cama, sacudió sus brazos en un intento inútil de soltarse y su mirada se convirtió en cuchillos impregnados de odio que dirigió hacia Carlos. Pero también, como consecuencia, se le resbaló la sábana que hasta ese momento le tapaba el pecho.

La joven soltó un grito estridente.

El director no pudo evitar que la vista se le desviara hacia sus dos turgentes senos. Tenían el tamaño ideal para él. Cada vez que descubría algo sobre ella, se reafirmaba más en que era su prototipo de mujer ideal, salvo por su mala leche. Por eso debía conseguir que dejase de pensar sobre él todas las lindezas que acababa de decir.

Además, él no se veía reflejado en su descripción y le había molestado en extremo que ella pensase eso de él.

—Estate quieta, Carlota, te vas a hacer daño —dijo Carlos mientras, con suavidad, la volvía a tapar con la sábana.

—¡Pues suéltame las esposas y dime por qué estoy aquí así!

—Tienes curiosidad, ¿verdad? —Una sonrisa burlona con la que Carlota descubrió por primera vez unos pequeños hoyuelos en las mejillas acompañó a sus palabras.

—Con que piensas martirizarme...

—No. Estoy dispuesto a hacer un trato contigo.

—¡No hay tratos que valgan! ¡Dime de inmediato qué puñetas hago aquí esposada! ¡Y qué cojones pasó anoche!

—Si no aceptas el pacto, no ocurrirá nada de eso.

—¡Buff! Tengo los brazos dormidos, me pinchan como si fuese un faquir y estuviese sobre una cama de clavos. Si sigo así, se me va a cortar la circulación, así que como me pase algo por tu culpa, te demandaré de tal forma, que tendrás que vender hasta los calzoncillos de Calvin Klein que llevas puestos.

—Pues deja de protestar y escúchame: solo te soltaré las esposas si me prometes que vas a aceptar una tregua durante los quince días que trabajemos juntos. Yo no soy ese «pintamonas» que dices que soy, así que quiero que dejemos de pelearnos durante este tiempo para conocernos mejor.

—No me interesa conocerte más. Lo que he visto de ti, no me gusta nada.

—Pues vas a tener que hacerlo si quieres que te cuente lo que ocurrió la noche pasada y que te suelte.

Carlota estaba desesperada. Necesitaba con urgencia ir al baño, pero no pensaba darle ese placer a ese tipejo. Estaba a su merced, pero no quería darle más armas.

«Le puedo prometer lo que sea y luego hacer lo que me dé la gana —pensó buscando una salida—. Sí, eso voy a hacer. Una vez que me suelte y me cuente lo sucedido, lo mandaré a tomar viento fresco»

—Dices que tienes catorce razones para pasar de mí —continuó Carlos—, dímelas y te demostraré una a una que estás equivocada conmigo.

—¡Ja! Eso no va a ocurrir. Te calé desde el primer día.

—Bueno, si estás tan segura, ¿a qué tienes miedo?

—¡Está bien! Suéltame. ¡Trato hecho!

Carlos la observó con desconfianza. Ahora que parecía que la había convencido, recelaba de ella.

—Antes dime el primer motivo de la lista.

—¡Joder, Carlos! ¡Me voy a mear encima! ¡Tu pelo engominado!

—¿Mi pelo engominado?

—¡Sí, no lo soporto! ¡Ábreme las esposas ya o tendrás que cambiar el colchón!

El joven director abrió el cajón de la mesilla de noche y extrajo de su interior las llaves que utilizó para abrir las esposas. En cuanto Carlota logró liberarse, se envolvió en la sábana y corrió hasta el baño. Durante el rato que ella estuvo en él, Carlos extrajo del armario una muda completa para vestirse y la dejó sobre la cómoda, muy bien plegada.

En cuanto la joven salió del aseo, se dirigió hacia él con paso decidido y lo encaró.

—Ahora dime que pasó anoche —le espetó enfadada.

—No, no, Carlota. Te lo contaré al finalizar los quince días, así me aseguro de que cumplirás el acuerdo.

—Eres un cerdo, ¿lo sabías?

—¡Vaya! Me encanta tu forma de cumplir tu promesa.

—Yo no he prometido nada.

—Pues ya puedes hacerlo en este momento o no serás tú la única que se entere de lo que pasó anoche.

A Carlota casi le da un soponcio. ¿Qué demonios había hecho?

—¡Está bien! ¡Palabra de *scout*!

—Tú no eres *scout*, ¿verdad? —inquirió Carlos con una clara sospecha en su voz.

—No, pero para el caso, será como si lo fuera. Ya te he dado mi palabra, ahora me marchó —admitió a la vez que se dirigía hacia su vestido, lo agarraba y volvía a encerrarse en el baño bajo la mirada risueña de Carlos.

Cuando salió vestida, sin mediar palabra, se calzó sus zapatos, que encontró al lado de la cama, y se marchó. En cuanto cerró la puerta, oyó unas fuertes carcajadas que atravesaron la madera de la puerta, se volvió con furia para mirarla con ojos de odio, como si pudiera penetrarla, y su mirada diera de

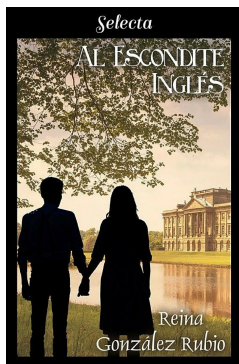
pleno en Carlos.

—¡Te vas a enterar, guaperas! —masculló con furia.

Tess solo quería descubrir el origen de las palabras escritas en la alianza.

Borja temía lo que pudiera encontrar.

Ambos emprendieron la aventura de rebuscar juntos en el pasado sin sospechar siquiera que iban a encontrar su destino.



Poco antes de morir, Sarah Harper le entrega a su nieta un preciado anillo: la alianza de su madre.

La noche del funeral Tess juega con la sortija y esta resbala de su dedo. Al cogerla, se da cuenta de la inscripción grabada en su interior. Pero no reconoce lo que dice y decide investigar.

Lo que descubre la llevará a emprender un viaje donde no solo los secretos serán revelados, sino también el camino que la conducirá a Borja y que cambiará sus destinos y sus vidas para siempre.

Una apasionante novela donde el pasado y el presente se entrecruzan. Palabras extrañas, oscuros misterios de un ayer oculto y una red que se va entretejiendo con historias pretéritas para desembocar en el presente y el futuro de Tess y de Borja.

Reina González Rubio: nacida en Bizkaia desde pequeña le gustaba inventar pequeñas historias e imaginar que algún día se pudieran plasmar en una hoja en blanco. Licenciada en Ciencias de la información por la Universidad del País Vasco ha ejercido su labor de profesional en diferentes medios de prensa escrita, siempre sus entrevistas, sus reportajes y sus crónicas han tenido un marcado carácter social y solidario. Autora de un libro de relatos *Un atardecer como cualquier otro y otros cuentos* en la actualidad da clases de escritura creativa y continua su labor solidaria impartiendo clases de español a colectivos de emigrantes.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Reina González Rubio

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-22-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Al escondite inglés

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Algunos términos utilizados en esta novela

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Reina González Rubio

Créditos